

N.º 71

\$ 1.20



*Para
Hijos*
M. R.

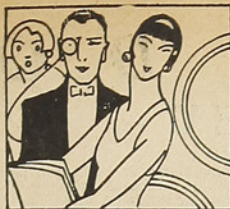
CHILE
HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
DISEÑO Y DISTRIBUCIÓN
1970

Para emblanquecer los Dientes opacos y manchados la



Pasta Esmaltina

no tiene rival. Elimina la película y da firmeza a las encías. No contiene materias arenosas perjudiciales al esmalte.



PARA TODOS

REVISTA QUINCENAL

AÑO III

NUM. 71

Santiago de Chile, 24 de junio de 1930.
Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag", perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



Como la Vida, un Cuento Triste

Por JORGE BLAYA LOZANO

Ven. Entra. No temas. La escalera es oscura, comprendo. El silencio te cobija. Pero debes ahuyentar toda aprehensión. Celina. La casa del pobre no invita al ladrón. Y aquí, en esta casa, todos somos pobres.

¿Ves? En esta primera pieza vivía hasta, hace poco tiempo una muchacha de tu misma edad, huérfana, sin hermanos, sin amigos, sin nadie... Si. La única mujer de la casa. ¡Pobre! Ya te contaré.

Pasa adelante para guiarte. Es cerca de medianoche. Celina, y la escalera y la galería quedan infaliblemente sin luz a las diez. El encargado es un cronómetro para eso. Y para presentar el recibo del alquiler, el día 5.

Espera. Enciendo un fósforo. O, si quieres, tómame de mi brazo. Así. ¡Cuidado, aquí! Una cosa floja que salpica todo el barro que tiene debajo. Hay otras, no creas. Es la defensa de los débiles; salpicar... Ya irás conociendo el palacio.

Hemos llegado, Celina. Esta es mi mansión. El número 19. Suma diez, diría el necio del 18, que juega hasta cuando está dormido.

No nos detengamos en contemplar los mármoles del umbral, ni los bronces de la puerta, ni los vitrales del hall. ¡Adelante! No hay que usar la llave. ¿Para qué?

¿Quién puede tener interés en profanar el templo de mi nada?

Perdóname. Me avergüenzo de recibirte en esta miseria. Quisiera que esta humilde lamparita de dieciséis bujías tuviera por lo menos una pantalla de papel rosado, para que tú no vieses con tanta crudeza el descarrillado de estas pobres paredes ásperas como nuestros destinos; ese camastro duro como la vida; esa pobre mesa que temblequea como mi pulso al apoyarse en ella para hilar mi torturada prosa. Quisiera que este misero cuarto de inquilinato fuese una de esas estancias lujosas que mi pluma forja para solaz de ingenuos o fantasiosos. Quisiera.

¡Quisiera! En este subjuntivo compendias mi vida, Celina. Quisiera, quisiera... Querido, queriendo siempre, inútilmente.



Desde muy niño, ¿recuerdas?...

Pero no. Disculpa. Pierdo la noción del momento; charlo, divago y no pienso que... Es que tu inesperado encuentro esta noche, y tu presencia ahora aquí, en mi casa, han convulsionado todas mis ideas. ¡Siento una alegría! ¡Y un deseo tan imperioso de gritar, de hablar mucho... para no pensar... para no llorar!

¡Siéntate. Tranquilízate, Celina. Calma tu congoja pensando en la mía. Tranquilízate. Y si lo prefieres, pensámonos juntos, en silencio. Dos miserias unidas, forman escasa-mente una miseria.

¿Ves? Hace frío, mucho frío esta noche. Pero yo no lo noto. Tu llegada ha traído burletes y cortinados para la puerta, radiadores y alfombras a los pies de la cama. ¿Tienes frío tú? ¡Si! ¡Pobre!... Abrigate con esta frazada. No es muy pesada, pero, en fin... Y si no te basta, dímelo. Este ex perramus, elevado a veces a la categoría de sobretodo, y al que honro también utilizándolo como robe de chambre, está muy bien acostumbrado: es dócil, se adhiere bien al cuerpo; y aunque tu estatura y la mía...

¡Oh, gracias! Por fin sonrisas, Celina. Una sonrisa pálida, casi invisible. El aspecto de una sonrisa. Pero todo es empezar. Apuesto que antes de una semana ríes y cantas como... como entonces, como hace diez años...

¡Diez años! ¿Es posible que hayan transcurrido diez años desde que sali de Fresneda? ¡Este Buenos Aires! Tú no sabes... Es decir, no se si lo

sabes. Nada me has dicho de ti hasta ahora. Nos hemos encontrado hace un momento. Lo ignoro todo de tu vida presente. Todo no. Sé que estás sola, no tienes casa. Eso me basta. Nada me digas esta noche. Quiero no saber por unas horas. Estás aquí, a mi lado, necesitada de pobre protección que yo puedo darle. ¿Para qué más?

¡No, no, Celina! Te suplico. Que broten tus lágrimas si con ellas se han de ahogar tus penas. Pero no me digas na-

(Continúa en la pág. 78)

ESPERANDO

Por MAY STANLEY

Elvira Lundy movió su bastidor más cerca de la ventana y buscó una hebra de lana blanca en el canasto de labor.

—Si no termino estas velas luego, se dijo, creo que me quedará mal. Se puede bordar las olas y el cielo a cualquier hora; pero las velas necesitan mucha luz.

Sus manos delgadas y nudosas comenzaron a moverse arriba y abajo del bastidor con la práctica de muchos años. Esa alfombrilla tenía que concluirse y concluirse luego; sería una vergüenza que Everett volviera y ella aún no la hubiera terminado y tuviera que confesarle:

—Empecé a bordar esta alfombra para nosotros con el dibujo de "La Niña del Mar" el mismo día que tú te fuiste y aún no la he concluido".

¡Pensar en esto!... Todo el tiempo desde que él se fue y aún sin concluir. Los otros trabajos si que se habían terminado; su vestido de boda bordado con rosas estaba listo en el fondo del baúl, también las frazadas de lana, las

cochetas, todo, menos la alfombra. Naturalmente que el bordar un buque es demoroso, si por casualidad uno se equivoca en la forma de las velas, hay que hacer todo de nuevo. Pero esto no sucedería, pues Elvira sólo necesitaba cerrar los ojos para ver perfectamente la silueta de "la niña del mar" tal como estaba el día que él se embarcó.

Ese día fue muy hermoso. Ella le deseó buen viaje y él, sonriendo, contestó:—Ya lo creo que tendré buen viaje y cuando regrese con mis papeles en orden, seré capitán y nos casaremos; el otro viaje lo haremos juntos, yo, al mando del buque.

—¿Estarás lista y me esperarás?

—Si, dijo ella, estaré lista y te esperaré. Y cuando ya sea tiempo que regreses, pondré una luz en mi ventana todas las noches, cosa que lo primero que tú veas cuando el buque entre, sea mi luz.

—Buscaré la luz, Elvira.

Tantos años que sucedió esto, tanto tiempo que "La niña del mar" hinchó sus velas y se fue. Las manos nudosas resbalaban del tejido y gruesas lágrimas rodaron de los ojos que habían sido tan azules, cuando Everett los cubrió de besos al despedirse. El tiempo había borrado el color de los ojos que

esperaban, el sonrojado de las mejillas y de los labios; pero no había doblegado la esperanza que colocaba todas las noches en la ventana una lámpara encendida. A veces cuando la espera se hacía insostenible bajaba a los muelles a inquirir noticias y la gente era siempre amable con ella y le decían que "La niña del mar" se había atrasado; pero que algún día llegaría. Lo único que este viaje se hacía tan largo, tan largo... Mientras tanto, tenía que terminar su alfombra para cuando Everett llegara, ella le diría cómo la había hecho puntada por puntada de memoria, sólo del recuerdo...

Elvira no estuvo sola en los primeros años desde que Everett se embarcó; su madre vivía con ella y consiguió que su hija hiciera alfombras para vender.

—Eres una maestra en esto, decía la madre, y mientras esperas puedes tejer algunas que te dejarán ganancia.

—Pero, ¿v la nuestra?

—Ya tendrás tiempo, cuando una mujer espera a un marino tiene tiempo de

más—. Elvira, obedeciendo al consejo de su madre, luego tuvo mucha clientela; por desgracia no duró mucho la compañía de la madre, que murió, dejando completamente sola a su hija, quien empezó una vida de rutina. Cuidar la casita, encender la lámpara en la noche para colocarla en la ventana, zurcir alfombras viejas y tejer nuevas, hablar con la gente que venía a preguntarle sobre dibujos o colores y así pasaron los días. De vez en cuando, en las tardes trabajaba en su alfombra, donde copiaba "La niña del mar". El cielo y una parte del buque estaban concluidos; pero aún faltaba mucho, tenía que bordar unas gaviotas y esas

velas blancas... El sol se ocultaba esa tarde y Elvira, cansada y triste, se puso de pie, encendió la lámpara como lo hacía todas las noches, luego puso un cubierto sobre la mesa y una caja de laca roja, que fue regalo del marino; él le había dicho que era del tamaño exacto como serían sus cartas, para que ellas las guardara... Mientras tomaba su té, Elvira sacó las hojas amarillentas sin desdoblarlas; la escritura estaba ya borrosa e indescifrable; pero no importaba, pues Elvira las sabía de memoria.

Un golpe en la puerta la hizo guardar las viejas cartas y salir a abrir. En la puerta había una señora.

—¿Es usted la señorita Elvira? Soy la señora Stevens, vengo a ver su trabajo.

Inmediatamente, antes de sentarse, la recién llegada se quedó mirando asombrada la alfombra inconclusa.

—Qué preciosa, ¿es para venderla?

Y fue mostrándole una por una sus obras; algunas listas para la venta, otras para zurcirlas, otras tan antiguas, que necesitaban mucha paciencia para igualar los coloridos. La señora escogió, elogiando el trabajo y dijo al final:

—Necesito también una con un buque. ¿Tiene?

—No, señora, no hago alfombras con buques para vender. Cuando la visita se fue, Elvira tomó su obra sin terminar y sentándose junto a la lámpara, siguió su labor, mientras sus pensamientos seguían al mar, lejos, muy lejos.

Los meses de verano pasaron luego. Los marineros, conociendo la historia de Elvira, al verla, movían sus cabezas con simpatía y compasión. La pobre mujer seguía esperando y trabajando, hasta que una noche, rendida sobre su labor, le pareció ver que las olas de su trabajo se inflaban, se movían



y la envolvían. La segunda vez que le sucedió lo mismo, tuvo que venir el doctor y recetarle cama; una vecina venía a cuidarla.

Una noche despertó sobresaltada, sintiendo un fuerte viento que remecía la casa; abrió sus ojos y a los pies de la cama había un buque con sus grandes velas hinchadas, navegando hacia el puerto. Elvira se levantó temblando y apenas se acercó, cesó el viento, las velas se aquietaron y sólo quedó inmóvil a sus pies, la alfombra inconclusa, con algunas hebras de lana colgando en sus extremos. Fue un sueño, por supuesto, un sueño; pero...

Quizás era una señal; Everett pensaba en ella; ya vendría cerca "La niña del mar" venía de vuelta; ahora sí que llegaría.

Pasó el invierno y Elvira seguía trabajando. Las alfombras no cundían mucho porque ahora estaba enferma y las pobres manos sufrían de reumatismo; con la llegada esperaba la vuelta del verano para cumplir todos sus trabajos. Luego le vino la certidumbre que "La niña del mar" estaría de vuelta a principios de Mayo para su cumpleaños. Vivió esos meses afianzándose en esa idea y cuando el calendario le mostró que sólo faltaban dos semanas, comenzó a hacer sus preparativos. Concluir las obras que tenía que entregar, limpiar bien toda la casita, sacudir la ropa tantos años guardada. Sacó su traje de novia y lo colocó sobre una silla listo para ponerse.

Llegó la mañana del cumpleaños y encontró a Elvira atareada haciendo una torta. Luego que concluyó, puso dos asientos en la mesa y arregló todo... Miró su vestido de novia y quedó perpleja. ¿Se lo pondría?... Bueno, no era posible que Everett la encontrara con ese viejo delante a cuadros. Una sombra obscureció sus ojos y sus oídos zumbaron.

Tal vez era porque aún no había comido nada. Pero antes

El panadizo. — Un día, en un descuido, una persona se pincha un dedo. El pinchazo es tan insignificante que ni se le presta atención. Al día siguiente se nota que el lugar del pinchazo duele a la menor presión. ¡Bah! No es nada. No es nada, pero al otro día todo el dedo está dolorido y muy sensible. Tenéis un panadizo. La persona a la que sucede este

accidente puede considerarse feliz si el panadizo es simplemente subcutáneo, porque un simple golpe de bisturi termina con las molestias; pero si se extiende hacia el hueso corréis el peligro de sufrir la terrible inflamación flemosa de los dedos, la osteitis y la propagación del pus a las membranas sinoviales. No descui-

de tomar su desayuno, tenía que hacer otra cosa; lo primero, arreglar su peinado; a Everett le gustaban los rizos y hacia tanto tiempo que ella sólo se alisaba el pelo hacia atrás; se acercó al espejo y en lugar de los mechones grises que cubrían su cabeza vio reflejarse los rizos rubios de su cabellera de muchacha.

Contenta se puso el traje de novia; como pudo se abrochó y quedó lista. Dio una mirada a la pieza; extendió en el suelo la alfombrilla de sus desvelos con "La niña del mar", bordada. Qué sorpresa para Everett.

Cuántos cambios en el pueblo, tantos conocidos que se habían muerto o se habían ido lejos; pero ahora, hoy,

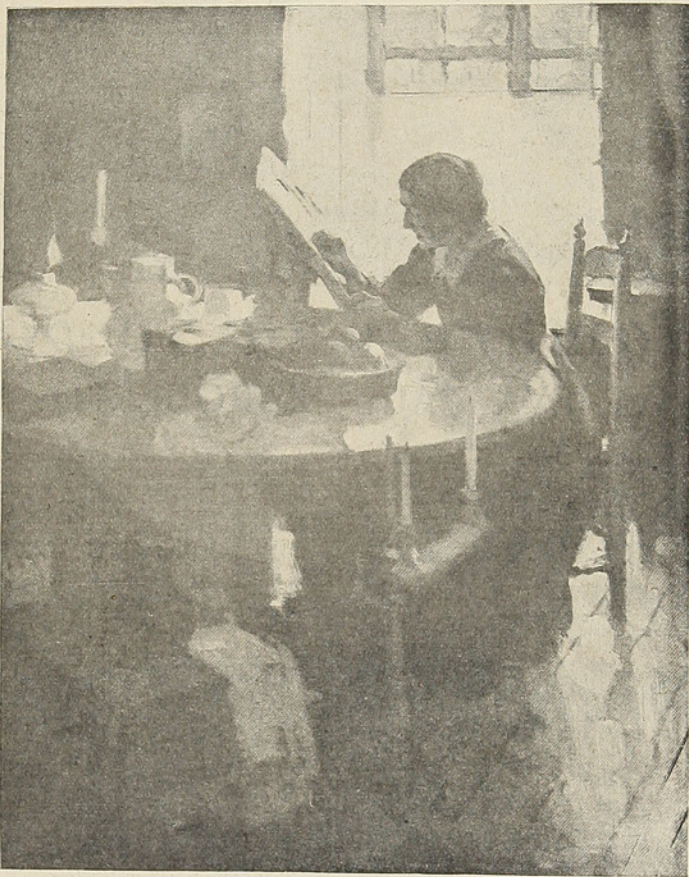
llegaría él y la llevaría con él como se lo había prometido. Con tal que ese ruido y ese dolor que sentía en la cabeza se pasara luego antes que Everett llegara.

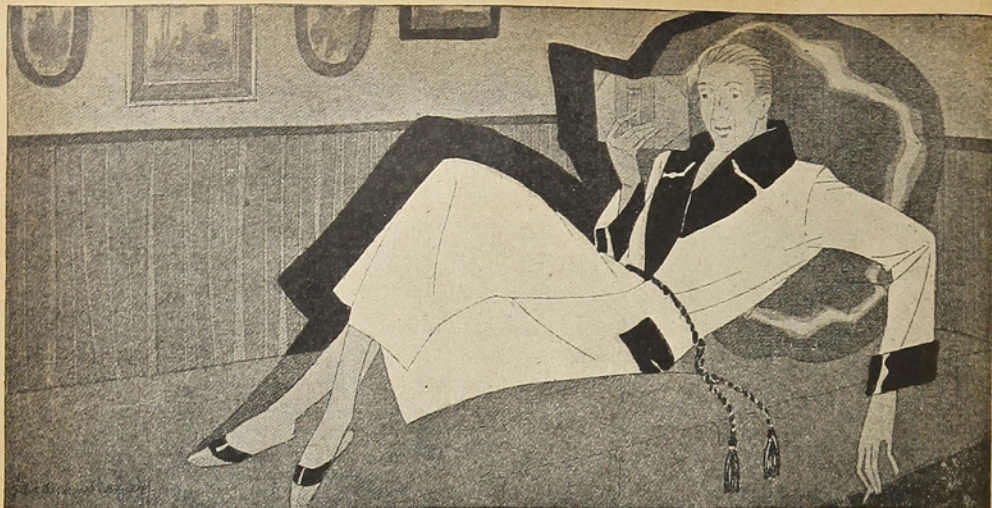
El reloj siguió caminando, pasó el día y llegó la tarde; había que encender la lámpara y ponerla en la ventana. Ahora, más que nunca, ya que él había dicho que se guiaría por la luz. Elvira quiso pararse y las piernas se le doblaron... Estaba rendida de cansancio; pero antes encendería su luz... Hizo otro esfuerzo; pero volvió a caer de rodillas sobre la alfombra tejida con tanto amor y esperanza... Poco a poco la cabeza se fué doblando, hasta reposar sobre las blancas velas del buque. Todo parecía transformarse, el agua tomó vida y esas inmensas olas saladas rodearon sus manos, su cuerpo, mientras soplaban un viento tan helado y tan fuerte... ¡Everett! murmuró, sabía que llegarías hoy, pasaban y pasaban y sobre ellas avanzando triunfante a velas desplegadas el buque que tanto espero... ¡Everett!... Ese nombre murió en sus labios. Los dedos que sostenían el gancho del tejido se crisparon, luego se abrieron... El gancho cayó, rodó por el suelo y se detuvo... Después todo quedó en silencio...

Ahora, toda era agua en la habitación, grandes olas pasaban y pasaban y sobre ellas avanzando triunfante a velas desplegadas el buque que tanto espero... ¡Everett!... Ese nombre murió en sus labios. Los dedos que sostenían el gancho del tejido se crisparon, luego se abrieron... El gancho cayó, rodó por el suelo y se detuvo... Después todo quedó en silencio...

DE UTILIDAD

déis las menores lastimaduras que se produzcan en la cara palmar de los dedos; acudid a los baños prolongados en agua hervida sumamente caliente, lo más caliente que se pueda soportar. No dejéis tan sencillo tratamiento hasta que el dedo vuelva a su estado natural, suave e indoloro.





El Hombre y la Serpiente

Por EVA PAUL MARGUERITE

Es una verdad tan conocida, y atestiguada por tantos sabios, que sería inútil pretender negarla, que la mirada de ciertas serpientes, posee un poder magnético tal, que aquel que cae en la visión de su mirada, es invenciblemente, y a pesar de toda su voluntad, atraído hacia la serpiente, y perece miserablemente, víctima de la mordedura venenosa.

Tendido confortablemente sobre un diván, en bata y pantuflas, Harker Brayton, sonríe, leyendo las llamadas “Maravillas de la Ciencia”, que los sabios del tiempo de Morrister, preconizaban.

La única maravilla en este asunto — se decía — es que los sabios del tiempo de Morrister, hayan creído necedades, que hoy rechazaría el hombre más letrado.

Desarrolló mentalmente, este pensamiento, porque Brayton era un hombre de reflexión, e inconscientemente bajó su libro, sin por ello cambiar la dirección de su mirada. Su atención fué desesperada, por lo que él creyó discernir de repente en la obscuridad. Eran en la sombra, bajo el lecho, dos puntos luminosos, colocados a una pulgada, uno de otro; él no prestó a ello ninguna atención, y volvió a continuar su lectura. Algunos segundos más tarde, un impulso que ensayó de analizar le construyó a bajar de nuevo su libro y a mirar lo que había percibido primeramente. Los puntos luminosos es-

taban siempre allí. Parecían más brillantes, y lucían como un reflejo verde, que Brayton no había mirado primero. Creyó observar también, que se habían aproximado ligeramente. Sin embargo, la sombra impedía, que un observador tan indolente como Brayton, pudiera discernir su naturaleza y su origen. El joven continuó la lectura.

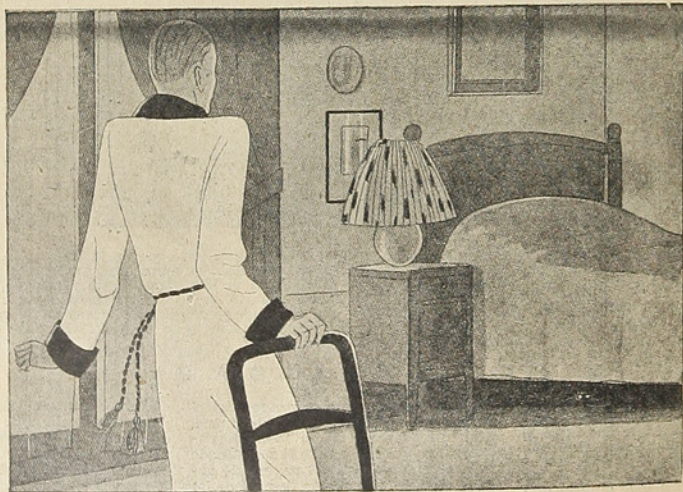
De repente, ciertas frases del texto, le sugirieron un pensamiento que le hizo temblar tan bruscamente, que su libro cayó al suelo.

Medio enderezándose, Brayton ensayó intensamente, de percibir la obscuridad bajo el lecho donde los puntos luminosos titilaban con un reflejo más vivo; su mirada se hizo fija y penetrante. El distinguió entonces, cerca del pie del

lecho, los gruesos anillos de una serpiente. Los puntos luminosos eran sus ojos. Su horrible cabeza, aplastada sobre el último anillo, indicaban la dirección de la malvada mirada. Los ojos no eran sino insignificantes puntos luminosos que miraban a los de Brayton con una fijeza inaudita y una diabólica significación.

Una serpiente, en una cámara en plena villa moderna, era un fenómeno, felizmente, bastante raro, para que necesitase una explicación.

Harker Brayton, hombre de 35 años, letrado y dilettante, de-



portista y rico, de buena salud, acababa de llegar a San Francisco, después de un largo viaje de exploración por varios países. Su gusto por el lujo, se hallaba desarrollado por las privaciones, de tal modo, que los recursos del mejor hotel, le habían parecido insuficientes, y había aceptado con alegría la hospitalidad de su amigo, el doctor Durin.

Como convenía a la profesión de su huésped, la casa comprendía un ala muy anárquica desde el punto de vista arquitectural, como desde el punto de vista práctico, porque era una combinación de laboratorio, de menagerie y de museo. Era allí donde el doctor satisfacía su amor por las ciencias naturales estudiando las formas diversas de la vida animal, y más especialmente, confesámoslo, la de los reptiles. De todos éstos, sus simpatías iban directamente hacia las serpientes; y por esta especial predilección, se aplicaba él mismo, el nombre de Zola de la zoología.

Sus mujer y sus hijas que no participaban en su curiosidad científica por nuestros hermanos inferiores, se veían, con una severidad bien inútil, prohibir el acceso al departamento al cual llamaba el doctor "la serpiente", encontrándose reducidas a la compañía exclusiva de damas de su especie, de lo cual las indemnizaba su padre y marido, permitiéndolas, dada su gran riqueza, eclipsar con sus maravillosas toilettes a todos los reptiles más esplendentes y más bellos.

Desde el punto de vista del mueblaje, "la serpiente" afectaba una simplicidad austera, como convenía a sus humildes habitantes. La mayor parte no podían gustar las alegrías de la libertad, porque poseían la odiosa particularidad de estar vivas. En su departamento privado, sin embargo, no padecían molestia alguna, salvo las que exigía su interés personal, porque tenían la abominable costumbre de devorarse entre ellas. Incidentalmente, Brayton había sido informado, que algunas se habían aventurado en las habitaciones de la casa, donde les había sido bien difícil, por cierto, explicar satisfactoriamente su presencia. Pero, a pesar de la "serpiente" y todo lo que ella evocara de horripilante — él prefería por lo demás no pensar en ello — Brayton encontraba que la casa del señor Druring, era de lo más agradable.

Pasada la sorpresa que le había arrancado un grito ahogado, Brayton se rehizo. Su primer movimiento, fue de tirar pendía al alcance de su mano, pero, aunque el cordón para cogerlo. Acababa de reflexionar, que ese movimiento podía acusarlo de poltronería, y él no tenía miedo. Estaba más afectado por la incongruencia de esta situación que por el peligro que la misma implicaba. Era ridículo, era absurdo. Este reptil pertenecía a una clase desconocida de Brayton. No se podía sino conjeturar su largo. En su parte visible, la serpiente parecía tener el grosor del antebrazo de un hombre. ¿Hasta dónde era peligrosa? ¿Era venenosa? ¿Era una boa constrictor? El joven era incapaz de decirlo, ignorando todo lo concerniente a esta especie. Si no era peligroso, el animal era en todo caso, un huésped en extremo antipático. Su presencia en ese lugar equivalía a una impertinencia. La joya era indigna del cuadro. Aún el gusto bárbaro de la época que había sobrecargado los muros de pinturas y los muebles de bibelots, no había previsto jamás la intrusión de este representante salvaje de la selva. A más — insostenible descubrimiento — la exhalación del aliento de la serpiente, se mezclaba al aire que respiraba Brayton; estos pensamientos se formularon más o menos en su espíritu incitándolo a obrar. El proceso consiste en pos-

poner las consideraciones a la reflexión. Esta actitud es la que define si somos cuerdos o locos. Y es así, como la hoja muerta agitada por la brisa de otoño, muestra más o menos inteligencia que sus compañeras, si cae en tierra o sobre el lago. El secreto de la acción humana es bien sencillo: nosotros obedecemos a la contracción de nuestros músculos. ¡Importa verdaderamente que demos a los cambios preparatorios moleculares, el nombre de voluntad?

Brayton se levantó, dispuesto a alejarse con dulzura de la ganar la puerta. A menudo es así como los hombres huyen de la serpiente, sin incomodarla y presencia de los grandes, por-



que grandeza es poder y el poder es una amenaza. Brayton se aprestó a salir retrocediendo. ¿Le seguiría el monstruo? El gusto que había sobrecargado los muros de cuadros, los había sobrecargado también de muchas armas orientales. Brayton, podía en esa ocasión, apoderarse de una de ellas. Los ojos de la serpiente brillaban con una malevolencia más grande que antes.

Brayton logró desprender su pie derecho del suelo, pero, en el momento de proyectarlo hacia atrás, experimentó una extraña repugnancia a cumplir ese gesto.

— Paso por valiente — pensó — y acaso no tenga ni bravura ni orgullo. ¿Porque nadie será testigo de mi vergüenza, voy a batirme en retirada?

Permaneció inmóvil, una mano colocada sobre el respaldo de la silla y un pie en el aire.

— Vamos pues, murmuró, para tener miedo vis a vis de mí mismo. Levantó su pie derecho un poco más alto, piegando ligeramente la rodilla, y lo colocó vivamente en tierra, tal vez una pulgada más adelante que el otro. No pudo comprender cómo se había producido la cosa. Hizo una nueva tentativa con el pie izquierdo, y obtuvo el mismo resultado. El pie izquierdo se había colocado delante del pie derecho. Su mano se crispó sobre el respaldo de la silla, el brazo extendido, para no abandonar el mueble. Se habría dicho que Brayton temía perder este punto de apoyo.

La serpiente proyectaba siempre una cabeza maléfica. No se había movido, pero sus ojos eran ahora dos lámparas eléctricas, puntilladas de una infinita cantidad de agujas luminosas.

El hombre se había puesto de una palidez terrosa. Dió de nuevo un paso adelante y después otro, arrastrando con él la silla que él dejó de repente. Esta cayó en tierra con un estruendo horrible.

El hombre lanzó un gemido. La serpiente no dejaba oír ruido alguno, no hacía ningún movimiento. Pero sus ojos ceaban como dos soles. El reptil mismo se hallaba eclipsado por este resplandor. Sus ojos parecían derramar círculos de colores vivos, que cuando alcanzaban su mayor desarrollo, se desvanecían como bolas de jabón. A veces le parecía a Brayton que estos círculos alcanzaban sus ojos, y a veces que estaban a una distancia incommensurable. Oyó en alguna parte como el ruido continuo de un tambor, que rompía el eco de una música lejana de una extraordinaria dulzura, semejante al sonido de una arpa aeolia. Reconoció la melodía que producía al levantarse el sol, la estufa de Memnon, y le pareció hallarse al borde del Nilo, escuchando con los sentidos exaltados, este himno inmortal a través del silencio de los siglos. Un paisaje de sol y de lluvia se extendía delante de Brayton; un vivo arco iris le limitaba, encuadrando en su curva millares de ciudades distintas. A mitad de camino, una enorme serpiente, llevando una corona, alzaba la cabeza sobre sus voluminosos anillos y miraba a Brayton con los ojos de su madre muerta. De repente, este paisaje encantador, pareció elevarse como la tela pintada de un teatro, y desvanecerse en el espacio. Un formidable golpe hirió al joven en el pecho y en el rostro. Había caído al suelo. La sangre corría de su nariz y empujaba sus labios. Primero se sintió aturrido, y permaneció tendido, el rostro contra la tierra. Se rehizo al cabo de un instante y comprendió que apartando los ojos del reptil, deshacía el encanto. Si él continuaba evitando la mirada mágica, podía salvarse. Pero era demasiado horrible el pensamiento que quizás la serpiente estaba muy cerca de él, y se preparaba a lanzarse a su cuello y a estrecharlo entre sus terribles anillos. Levantó la cabeza y clavó de nuevo sus ojos en los ojos funestos, cayendo en la esclavitud.

La serpiente no se había movido. Parecía incluso haber perdido todo prestigio en la imaginación de Brayton. Las ilusiones precedentes no se reproducían ya.

Sobre la frente lisa, los ojos negros y redondos, continuaban luciendo con una extraña y malvada expresión. Se habría dicho que, asegurado el triunfo, la malvada criatura había cesado de utilizar artificios seductores. Entonces ocurrió una escena espantosa. El hombre tendido en tierra, arrastró el cuerpo hacia adelante sobre los codos, la cabeza echada hacia atrás y las piernas tensas. Su rostro estaba más blanco entre las

(Continúa en la pág. 79)



Hace algunos días, un periódico de Bruselas, "La Independencia Belga", anunció la muerte en Hollywood, de Gladys Brockwell. Nuestro colega declaraba que esta vedette no era otra que Bessie Love, la deliciosa intérprete, que representa, canta y baila en Broadway Melody. La nueva conmovió a más de un crítico parisiense, y cada cual iba a consagrar a la encantadora artista un artículo necrológico, cuando recibimos de Hollywood, una carta de Bessie Love. A ésta, venían juntas unas recientes fotos inéditas.

Bessie Love reposando en su rancho de Far-West, nos daba nuevas muy frescas y estivales de sus actividades.

El mismo día, un cablegrama de Hollywood, desmentía, para gran alegría nuestra, la nueva lanzada por un periodista demasiado celoso. Bessie Love, está bien viva y dejándose quemar la piel por el sol de Texas. Bessie Love es una gran vedette de la pantalla americana. El primer film que nos la reveló, fue "Intolerancia". Su film más reciente, es Broadway Melody. Qué de camino recorrido por la encantadora estrella entre "Intolerancia" y "Broadway Melody".



las alegres

dy!" Y sin embargo, sólo han transcurrido diez años desde la realización de uno y otro film. Bessie Love, es una verdadera artista americana que nació en una pequeña ciudad de Texas, donde su padre, descendiente de emigrantes irlandeses, era propietario de un rancho semejante a los que nos han hecho familiares los "westerns". Habiéndola destinado sus padres al profesorado, la joven siguió durante algunos años los cursos de un colegio de Los Angeles. En esta época, esta ciudad no tenía todavía el título de capital del film. Sin embargo, ya existían algunos estudios en los alrededores. Bessie Love oyó ciertamente hablar del cinema, y no tuvo sino un deseo: convertirse en estrella ella también.

Un día habiendo venido a pasar sus vacaciones al rancho paternal, dió parte de sus proyectos a sus parientes. Su padre era justamente amigo de Tom Mix, que a menudo venía a filmar en los alrededores sus películas de aventuras. La semana siguiente, Tom Mix vino a visitar a la familia Horton — era entonces el nombre de la familia de Bessie. Hechas las presentaciones, Bessie dió parte a Tom Mix de sus deseos. El simpático Cow-boy, ofreció a la joven el tomarla como partenaire en su próximo film. Bessie Horton se mostró encantada, pero no se mostró lo mismo su padre que tenía de las gentes de teatro ideas erróneas y llenas de preocupaciones. Este, pues, entró en violenta cólera y la obligó a rehusar la proposición de Tom Mix.

Tenaz, Bessie Horton esperó. Un día, ella tenía enton-



de BESSIE

ces diez y seis años, vino a Hollywood, que acababa de ser fundado. Fué de estudio en estudio, esperando obtener ocupación, pero las respuestas que obtuvo la descorazonaron. Entonces, recurrió como última esperanza a David Griffith, a quién le rogó que le concediera un rol importante. Este se sintió atraído por tan simpática muchacha y le designó un importante contrato. Ese día Bessie Horton se convirtió en Bessie Love. "Intolerancia", fué un éxito, y confirmó la confianza que había sentido el gran realizador por la nueva vedette.

LOVE

Desde entonces, Bessie Love no ha dejado de trabajar. Cada uno de sus films, fué para ella un éxito. Fué consagrada estrella en 1915. Después, contrariamente a lo que casi siempre ocurre, su renombre no ha hecho sino crecer, y hoy día es popularísima en Norte América, y el advenimiento del cine parlante, ha encontrado en ella una excelente intérprete.

En efecto, cuando este género de producción nizo su entrada en el mercado americano, Bessie Love, fatigada de representar papeles de ingénua, decidió debutar en el teatro representando vaudevilles en el curso de una tournée por las principales ciudades de los Estados Unidos.

Habiendo sido acogido el film parlante con éxito por el público, los metteurs en escense debieron llamar a las artistas que conocen las exigencias del estudio y las de la escena. Por eso Harry Beaumont llamó a Bessie Love para confiarle el principal papel en Broadway-Melody.

Bessie Love, es una gran artista que estudia cada uno de sus roles en detalle.

Sus proyectos son hacer todavía algunos films, y retirarse a descansar en seguida, en el espléndido rancho que ella posee en un tranquilo rincón de Texas.

G. F.

INES

LIBRERIA al deta-
le tiene en Santiago
AHUMADA 32

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

ALIEL JUSTO

Por JUDITH GAUTIER

—¿Qué me quieres, mujer? La que corre fuera del harem después de la caída del sol, lleva siempre el Mal consigo; el velo espeso no reemplaza el pudor perdido.

El rostro de Ali tenía una expresión muy severa, mas la mujer se echó a sus pies con las manos juntas, retorciéndose los brazos sobre el diván.

—Para la que lo ha perdido todo — exclamó ella — las conveniencias están de más y le basta asegurar la salvación de su alma. Al oír esas palabras conmovedoras, pronunciadas con un acento tan lleno de desesperación como de sinceridad, Ali abandonó la pluma, humedecida aún de tinta, y el pergamino sobre el cual trazaba caracteres misteriosos.

—Habla, mujer, confíame la causa de tu dolor. Entonces ella levantó el tupido velo que la cubría, dejando ver su rostro joven y encantador inundado de lágrimas.

—No tengo derecho ni para esconder el rubor ni para ocultar los rasgos que ya más de un hombre ha visto.

Amable y frío, Ali la miraba de frente. Ella dejó escapar un sollozo y después de erguirse y de limpiarse precipitadamente los ojos comenzó a decir:

—He engañado a mi esposo venerable. El tentador se presentó bajo el aspecto más seductor, suplico y lloró, cualquiera habría dicho que lejos de mí, moriría; sus palabras eran tan dulces y tan timidas que me hacían desfallecer. Luego se volvieron ardientes, como el simún del desierto; su soplo devorante me secaba, me quemaba, me hacía pensar en la frescura de los besos y, como la caravana perdida y muerta de sed que encuentra los manantiales del oasis, yo bebí, bebí ansiosa el veneno de su amor!

—¿Y qué esperas, mujer adúltera? — dijo Ali, irritado y de pie. — La ley es formal y terminante: tú serás ejecutada. ¿Crees acaso que yo iba a perdonar tu crimen?

—No es gracia, ni es perdón lo que quiero pedirte — dijo la culpable levantándose, pálida y resuelta. — A lo que vengo, al contrario, es a entregarme. He cometido un crimen y deseo expiarlo. Que mi carne sea deshecha y desgarrada; que se convierta en lodo sangriento; que sirva de alimento a los perros, para que mi alma se salve del infierno.

—¿Solo el amor de Dios y el horror de tu falta te obligan a hacer esta confesión? ¿No temías que otros te denunciaran?

Nadie conoce mi crimen, pero Dios lo ha visto y yo espero el castigo. El esposo ausente va a llegar pronto. Haz ¡oh yerno del Profeta! — que sorprenda la explicación antes de sorprender el ultraje; haz que encuentre muerta a la que ya no es digna de vivir a su lado!

—¿Qué Alá te perdona en el otro mundo — dijo Ali — yo soy esclavo de la ley, y tú sufrirás la pena que tu falta merece.

—Alabado sea Dios. Castígame en este mundo para que El me reciba purificado en el Paraíso.

Ali la miraba fijamente, con su mirada de observador, tratando de sorprender en ella un desfallecimiento, un escalofrío de miedo en frente de la muerte. Ella tenía los labios apretados y pálidos, pero en sus ojos brillaba el entusiasmo.

—El adulterio — dijo Ali, después de un larga pausa — es un crimen complejo; muchas veces se encarna y una flor de inocencia brota entre los culpables. La mujer dió un paso hacia atrás, conteniendo un grito, y dijo:

—Si, tú lo sabes todo porque tú eres el Amigo de Dios. Mi crimen, en realidad, vive en mí; mis entrañas han temblado ya.

—¿Entonces, lo que tú quieres es agregar al asesinato al adulterio, robar la vida a una criatura de Alá y llenar tu alma de crímenes?

Ella inclinó la cabeza, agobiada bajo el peso de estas últimas palabras.

—La Justicia no tiene nada que ver con la violencia ni con la cólera; la Justicia puede esperar. Anda, regresa al harem, guarda tu secreto y alimenta con lágrimas tu arrepentimiento. Cuando tu hijo vea la luz del sol, es que el momento de la explicación ha llegado. Hasta entonces, adios.

—Está bien, señor; volveré cuando el niño nazca.

Y recogiendo su velo, desapareció silenciosa.

De los labios de Ali brotó un sonora mezcla de piedad y de ironía. Luego pesó:

—Antes de que el hijo haya nacido, el arrepentimiento habrá muerto.

Y cogiendo de nuevo su pluma seca, sentóse en un ángulo del diván para continuar trazando, sobre el pergamino abandonado, sus caracteres misteriosos.

II

Algunos meses más tarde, la ciudad de Medina estaba llena de rumores; la multitud agitábase irritada; todo el mundo maldecía al califa Othman acusándolo confusamente; el pueblo comenzaba a amotinarse.

Aichah, la viuda de Mahoma, llamada generalmente y cólerica de la conducta del califa y del descontento popular.

La favorita del Profeta era aún muy bella. Su madurez era majestuosa, su porte era grave. El prestigio que adquiriera desde la muerte de Mahoma, habíala enorgullecido.

—Meter las manos en las arcas públicas y emplear el dinero del Estado en gastos particulares, es un sacrilegio decía ella.

—Othmán ha restituido ya varias veces las sumas que la necesidad le obligara a tomar — respondió Ali — Lo mismo hará hoy: todo ese ruido es inútil.

—¿Y eres tú quién lo defiende? ¿Tú, que no debieras ver en él, sino al usurpador de tu herencia? Tú, que tienes más derechos que él al Califato? Tú, cuya plaza te fué robada para que él la ocupase?

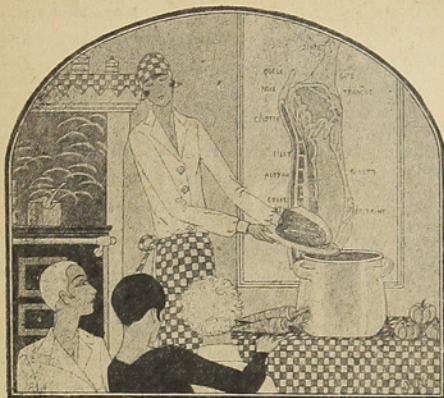
—Un día — replicó Ali con calma — cuando ya el santo Profeta había abandonado la tierra, Fathma, mi esposa querida que ya hoy no existe, sublevándose contra la multitud de injusticias de que nosotros éramos víctimas, quiso quejarse públicamente. En el momento mismo en que ella se lanzaba a la calle, el Ezan comenzó a sonar en la alcazaba del minarete; y al oír las palabras sagradas de: "Dios es Dios y Mahoma es el profeta de Dios" — escuchó Fathma — la dije — el nombre de tu padre resuena por todas partes; ¿quieres que ese nombre siga siendo lo que hoy es? ¿quieres que ese nombre viva tanto como el mundo? Pues entonces, no acuses a nadie; sacrifica las grandezas humanas en el ara de la fe. Y Fathma guardó silencio.

—Esa manera de proceder era noble entonces; pero los años han transcurrido y la fe se ha hecho invulnerable. Hoy es necesario que Othmán haga una penitencia pública y que te entregue el poder usurpado.

—Ten cuidado, Aichah, — dijo sonriendo melancólicamente, Ali. — No trates de protegerme tan decididamente; acuérdate de la profecía: tú tendrás que ser mi enemiga; tú tendrás que hacerme la guerra.

(Continúa en la pág. 77)

La Joven Moderna, ¿se interesa en los Trabajos Domésticos?



Concurrentes del hombre en numerosos dominios de la actividad exterior, deportivos, viajeros, ejerciendo a menudo una profesión, ¿tienen todavía las jóvenes modernas, el tiempo necesario de atender una casa? ¿Se interesan como sus madres y sus abuelas en la confección de guisos y en el confort del hogar? Algunas investigaciones en diversos medios parisienses, van a esclarecernos este punto.

Vamos a ver primero a la señorita Augusta Moll-Weiss. Autora de numerosas obras coronadas por la Academia de Medicina, sobre higiene alimenticia y puericultura, la señora Moll-Weiss, ha fundado y dirige, desde hace treinta años, una escuela de trabajos domésticos para jóvenes de clase social elevada. Es gracioso, esto de, habiéndolo encontrado todo hecho en casa, venir aquí a trabajar con las propias manos; pero también es muy útil, si se poseen servidores, el saber



cómo deben ser hechos los trabajos que se les ordenan. Es así como, las felices de este mundo, frecuentan en gran número, los cursos de la señora Moll-Weiss.

La gran habitación donde nos recibe la directora de este establecimiento, está llena de fotografías donde se admira multitud de niñas con blusas de trabajo, y deliciosas gorritas.

—Este gorrito no es sólo sentador. Sirve mucho para preservar el cabello de los vapores de la cocina.

Sobre todo vuestras elegantes cocineras, ¿confeccionan postres y entradas?

—Nada de eso; lo que prefieren son los platos complicados, los platos "chic", que se comen en los restaurantes.

Sobre lo alto de la doble puerta, se leen los siguientes versos de Verlaine:

"La vie simple, aux travaux monotones et faciles
est une oeuvre de choix qui veut beaucoup d'amour".

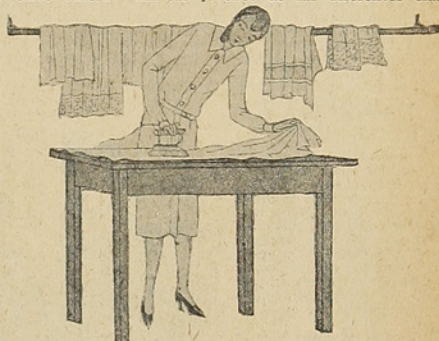
P. T.—2.

—Las jóvenes que son buenas dueñas de casa, se casan más fácilmente.

El barrio de Saint-Germain testimonia un particular interés por la enseñanza de los conocimientos domésticos; encontramos allí muchas escuelas: dos de entre ellas son importantes:

"Le Foyer", 34, Rue de Vaneau; la puerta cochera a la cual acabamos de llamar se cierra detrás de nosotros. Allí encontramos los cursos prácticos de economía doméstica organizados en 1900 por la señora y la señorita Thome.

Le Foyer — dice la directora, — tiene un doble fin: enseñar a las mujeres de la aristocracia los trabajos prácticos, a fin de que ellas puedan extender esta misma enseñanza en la clase obrera. Así las jóvenes de las diferentes clases,



hallan un terreno de encuentro y afección recíprocos.

Este programa social lo han realizado las fundadoras. Sus antiguas alumnas son, cuando ellas lo desean, enviadas como profesoras a las escuelas populares, donde los conocimientos domésticos son dados por los sistemas del Foyer, obra coronada por la Academia Francesa.

En el 77 bis de la calle Grenelle existen cursos que se llaman, "La gaité du foyer". El título es atrayente. Entramos. Una cordial hermana de San Vicente nos da su opinión:

—¿La educación del hogar? ¡Pero si ella hace furor! ¡La más pequeña de las escuelas primarias tiene sus clases de higiene doméstica y de cocina! Sobre el valor nutritivo de los alimentos,

hay mucho

que aprender.

Pasando

por la calle

Babilonia en-

contramos to-

davía a otros

cursos por es-

te estilo. En

resumidas

cuentas, esta

labor es agra-

dable para las

niñas de ca-

si todas las

clases socia-

les, pero lo

que está ocu-

rriendo, es

que las muje-

res pobres, so-

licitadas co-

mo se ven por

la necesidad

de trabajar

fuera de ca-

sa, no pue-

den dedica-

se ya a este

género de la-

bores domés-

ticas.— M.

FATTEZ.

GINGER ALE
Cochrane



**PÍDALO
EN TODAS
PARTES**

La Muchacha que no quería

El Alistair había zarpado del puerto haría una media hora, y navegaba suavemente impelido por el viento fresco de la mañana.

Todo a bordo era una completa calma, después de las ruidosas maniobras que acababan de tener lugar para poner la nave en movimiento.

Por la escotilla de la bodega apareció el primer oficial, George Wix, gordo y coloradote, pero no sonriente y confiado como de costumbre, sin demostrando una preocupación extraña.

Parecía como si vacilara y hasta intentó volver pasos atrás; más sin duda acudió a su cerebro la idea del cumplimiento de su deber, y siguió andando hasta llegar al camarote del patrón. Una vez allí, no lo pensó más y llamó a la puerta.

El joven capitán Penward miró a su subordinado con aire distraído preguntando:

—¿Y bien, ¿qué pasa?

—Si quiere usted seguirme — dijo el oficial — le enseñaré algo muy curioso.

El capitán se levantó y siguió a Wix.

—Pero de qué se trata? — preguntó, intrigado, al ver que se acercaban a la bodega.

Wix andaba de puntillas, con mucha cautela, como el cazador que está en acecho; y al hacerle la pregunta se llevó un dedo a los labios imponiendo silencio.

Los dos marinos descendieron a la bodega. Un gesto de Wix hizo que se detuviera su acompañante en un rincón que estaba obstruido por un montón de sacos y cajas.

El capitán observó entonces que sobre uno de los sacos dormía tranquilamente la joven más hermosa y elegante que había visto en su vida.

El marino la miraba sin querer dar crédito a sus sentidos. Aquello era sin duda, una visión maravillosa.

La joven se agitó y abrió los ojos, quedando por un momento asombrada ante los hombres que la estaban observando.

Después se incorporó, y dirigiéndose a Penward le interrogó con la mirada.

—Buenos días! — dijo el capitán.

—Este es el Seamew, ¿verdad? — preguntó.

—Es el Alistair.

—Pues yo estaba segura de que era el Seamew — exclamó la joven, poniéndose en pie.

Y sin preocuparse de los marinos trepó la escala, saliendo a cubierta seguido de los dos individuos.

—Verdaderamente, no es el Seamew — habló, mirando a su alrededor.

—Ese barco cambió de fondeadero ayer tarde — siguió Penward, acercándose a la joven — y nosotros ocupamos su puesto.

—¿Qué casualidad! ¡Oh! Esta mañana apenas si había luz cuando vine al muelle para esconderme aquí. Sabía muy bien dónde estaba fondeado el Seamew porque lo vi ayer.

Además, este barco es muy parecido al otro, ¿verdad?

—En efecto, se parecen mucho en la forma y dimensiones.

—¡Claro! Con la precipitación no me pude fijar, entré y me fui derecho a la bodega; eso es todo.

—Completamente — dijo el capitán, como si la explicación hubiera sido la cosa más lógica.

DESPUES hubo una pequeña pausa. La joven miró a Penward, vaciló y pareció decidida a dar más pormenores.

—He huido — dijo al fin, — pero lo he hecho en un barco desconocido.

—Y yo lo siento mucho, pero...

—Yo pensaba irme en el Seamew, que es de mi padre.

—¿Huir en el barco de su padre? — preguntó el marino con asombro.

—Si, mi padre es el capitán Wynter. Es probable que usted le conozca.

—Y mucho. Yo me llamo Penward.

Se dieron la mano.

—Y ahora, ¿qué debo hacer? — preguntó la joven.

—Esta tarde llegaremos a Bridport a eso de las seis y allí puede tomar el tren para su regreso.

—De ningún modo. Yo no quiero volver a casa.

—Está bien; puede quedarse en casa de alguna familia conocida.

—No tengo más que parientes y tampoco pienso ir con ellos.

—Pues no sé qué es lo que va usted a hacer.

—¿No me puede transbordar al barco de mi padre?

—Es casi imposible, señorita Wynter. El Seamew salió esta mañana con rumbo diametralmente opuesto al que nosotros llevamos. Creo que en una semana no tocará puerto.

—Por eso me creí tan segura yendo con mi padre.

Hubo otra pausa.

—Bien, bien — dijo el marino, por decir algo.

—Eso es, si, señor — habló la joven en el mismo tono. En aquel momento pasó un camarero con una bandeja hacia el camarote del capitán. Un suave aroma de café quedó flotando en el aire.

—Pero usted, señorita, no se ha desayunado todavía — exclamó Penward.

—Y ese café tiene un aroma delicioso — añadió la joven.

—Acepta usted entonces mi invitación?

Asintió ella, y ambos penetraron en la cabina.

El marino, procediendo con tacto, preguntó:

—¿Pongo otro cubierto, señor?

—Bueno, dijo Penward, mirando a la vez a su invitada.

—Almorzaremos juntos — dijo la joven — y así usted y yo estaremos más distraídos. Además, no es justo que espere usted por mí, después de tantas horas como llevará en pie.

—Desde que amaneció.

—Me figuro que la tripulación estará sorprendida de verme a bordo, ¿verdad?

—Es natural — contestó el capitán, sonriendo.

—Nunca habíamos tenido el placer de viajar en semejantes condiciones.

—Me ven sola y esto debe de intrigarles; pero no se puede llevar una dama de compañía cuando se huye. Además, creí encontrar-me en el barco de mi padre y no hubiera salido de mí escondrijo hasta mediada para que no tuvieran tiempo de devolverme a casa.

—Ya lo habría arreglado todo el capitán Wynter para dejarla en tierra en el primer puerto.

—Y yo no le hubiera obedecido.

El marino volvió de nuevo, poniendo otro cubierto en la mesa.

—¿Sabe usted que se me ha despertado una hambre ferroz? — dijo la muchacha.

—La influencia, sin duda, del airecillo del mar.

—Puede que sea eso.

—Oye — dijo el capitán al marino. — Ya puedes traer más jamón.

—Tiene usted el don de adivinar — manifestó la señorita Wynter, sin dejar de reír, mientras el marino salía para cumplir la orden.

Penward rió también.

—Le aseguro, señorita, que me es muy grato estar almorzando con usted y...

volver a casa

Por F. MORTON HOWARD

La joven le miró un instante y siguió riendo.

—¿Verdad que es extraño? — dijo después la viajera. — Hace una hora ni usted ni yo nos conocíamos, y ya estamos aquí como dos camaradas.

—Cierto — asintió el capitán, entusiasmado.

—Deje un papel en casa, que no encontrarán hasta que vayan a ver por qué no bajo a almorzar, y en el papel les digo que voy a esconderme en el Seamew. Mi tía Hazel creerá que estoy con mi padre. ¿Qué conflicto! ¿Verdad, capitán?

—¿Me permite usted una pregunta?

—Claro que sí!

—¿Por qué huye usted, señorita?

—Pues, huyo de un señor que se llama William Burfoot.

—El semblante del capitán se oscureció un momento.

—Detesto a ese hombre — continuó la joven.

Penward volvió a serenarse como antes de saber la causa de la escapatoria.

—Desgraciadamente — añadió la joven, — el señor Burfoot es mi prometido.

El marino miró entonces con tristeza a su linda invitada.

—Pero usted no lleva el anillo de prometida — indicó él.

—Lo dejé en casa envuelto en un papel de seda y dentro de un sobre dirigido al señor William Burfoot.

—Entonces, ha roto usted el compromiso?

—En realidad, no lo sé. — Claro que no me asiste el menor derecho para continuar mi interrogatorio, pero...

—He querido siempre terminar con esas relaciones, más el señor Burfoot, no acaba de convencerse de que me es altamente antipático.

Penward se indignaba ante la tenacidad del prometido; pero, a la vez, se hacía cargo de su insistencia. ¿Cualquiera se avenía a dejar un encanto como aquél.

—Muchas veces le he devuelto la sortija — siguió la joven, — y otras tantas ha convencido a mi tía Hazel para que la coloque sobre mi tocador. Ella lo apoya porque se figura que es un gran partido para mí. Yo, sin embargo, no lo creo así.

—¿Por qué?

—Me parece demasiado pegajoso.

—Y así y todo se comprometió usted con él.

—Me asediaba continuamente y mi tía me importunaba tanto, que hube de aceptarlo para que no me aburrieran.

—Y su padre lo usted, ¿qué decía a todo eso?

—El piensa con la cabeza de mi tía y aprueba la unión.

Mas, a mi padre no le temo porque sé manejarlo a mi gusto y me prometía pasarme unas cuantas semanas alejada del insubstantial Williams y sin oír los pesadimos sermones de mi tía Hazel.

—De modo que habiéndole salido mal el golpe, debe usted volver a su casa, ¿verdad?

—Se equivoca usted... Yo no volveré a casa, suceda lo que suceda.

—Pues, ¿qué piensa hacer?

La joven se encogió de hombros.

—Aún no lo sé, ¿verdad tranquilamente. — Será muy divertido lo que ocurra, ¿verdad?

PASARON algunas horas. La interesante viaje a estaba leyendo un libro bajo la toldilla.

Penward se colocó a su lado.

—Señorita — le dijo: — he estado pensando mucho en usted.

—¿En mí? — preguntó ella, mirándolo fijamente.

Me refiero a la situación en que se encuentra.

—Y es original, ¿verdad?

—Me parece que tendrá que volver a su casa.

—¿Que "tendrá" que volver?... — preguntó como retándole.

—No veo otro camino.

—Pues caminos no han de faltar; pero ninguno conduce a mi casa.

—Perdone, señorita, la prosalca pregunta: ¿Tiene usted fondos?

—Ni un céntimo.

—¿Y sin dinero?...

—Como estaba segura de que iría con mi padre, no creí necesario prevenir mi cartera.

—Creo que me permitirá hacerle un préstamo para que pueda regresar a su hogar.

—Le digo que "no quiero" volver.

—Y yo le contesto que debe volver. La joven no contestó más y siguió leyendo o haciendo como si leyera.

—Muy bien, señorita... ¿Y qué le parecería si la desembarcaba en Bridport y la dejara allí para que se arreglara, sin conocer a nadie?

—Que obraría usted perfectamente — contestó, volviendo a una página del libro.

—Y no tendría usted más remedio que volver a casa.

—No.

Penward no se había encontrado nunca con un carácter semejante, y contra-jo el entrecejo.

—Como a mi o de su padre, considero un deber aconsejarla así. — Veo que está usted empeñado en que yo vuelva al lado del señor Burfoot.

—Eso de ningún modo. Es decir, yo no quiero que usted sufra lo más mínimo... pero, en este caso...

—No hablémos más.

—Creo que "ese señor" es tozudo y ridículo en su pretensión, y yo, en el caso de usted... Yo en su caso...

—¿Qué? — preguntó la joven, mirándole cara a cara.

—Nada, — siguió el capitán. — Sólo quería decir que el señor Burfoot es muy pesado y muy ridículo.

—¿Qué? — preguntó la joven, mirándole cara a cara.

—Nada, — siguió el capitán. — Sólo quería decir que el señor Burfoot es muy pesado y muy ridículo.

—Sin embargo, usted pretende que yo vuelva a casa, donde le tendré que soportar viéndolo todo el día.

—Puede evitar encontrarse con él.

—Imposible; usted no le conoce. Pero, aunque pudiera alejarme de él, me encuentro con mi tía y con sus sermones... No... decididamente no vuelvo a casa.

—Pues yo lo he pensado bien e insisto.

Ella se puso en pie y le saludó, riéndose al mismo tiempo.

—Me va usted pareciendo tan... tan tozudo como mi señor prometido.

—No es ese el calificativo que merezco, pero lo acepto y continuo decidido.

—¿Decidido?

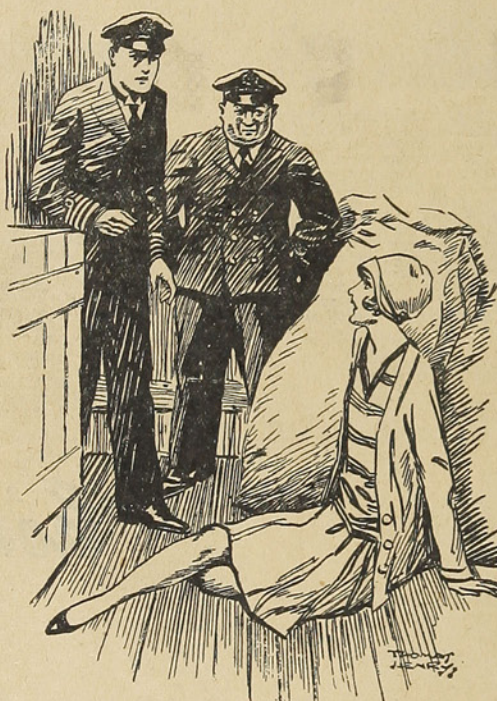
—Usted lo ha dicho; soy "tozudo" y, por lo tanto, yo mismo me encargaré de que vaya derechita a su casa desde Bridport.

—¿Me obligará usted?

—La obligaré... eso es.

—¿Quiere usted decirme de qué modo?

(Continúa en la pág. 68)



LA MARINERA

¡Una pareja alegre! Los pañuelos al aire
y los pies dibujando con criollo donaire
toda la gracia popular;
el mozo con un juego como de daga y toma
persigue a su pareja que finge una paloma
que no se deja conquistar;
mientras bajo los claros dosesles de las parras
manos nerviosas pulsan armoniosas guitarras
y una voz y otra rompen a cantar.
En tanto la voz grave a la aguda se junta,
dibuja el mozo un paso de talón y de punta
que la moza replica con vivaz zapatear,
alza un punto la falda, quebrando la cintura,
y al girar grácilmente enseña con lisura
la curva de una pierna y la vuelve a ocultar.

La moza burla, esquiva, la rueda que hace el mozo,
un coro de palmadas enciende el alborozo
que aviva el golpe del cajón;
el ritmo se apresura con sonoro revuelo,
los pañuelos se cruzan cual palomas en celo.
¡Hay un rumor de tentación!
Juegan los pies del mozo vivo repiqueo,
la moza le responde con leve contoneo,
la voz grave y la aguda alcanzan su son;
y al callar las canciones y al morir las palmadas
aun hay en las miradas
fiebre y luz de ilusión!
¡Y no sólo en las huertas; en saraos de otrora
entró la marinera, aliada con la aurora,
a destronar al rigodón!

JOSE GALVEZ

MADRIGAL DE MUJER

La fortuna te dió su escaso privilegio,
Van sus cadenas áureas a tus manos prendidas,
Tu belleza embellece su raro sortilegio...
¡Y tu ambición recela que es poco aún, mi vida!

Los honores doblaron en reverencia grave,
su multitud de frentes a tu valer rendidas,
Besó tus pies la gloria con su gran beso suave
¡Y tu ambición recela que es poco aún, mi vida!

En tus venas elásticas la sangre azul circula,
Ni una gota bastarda halló en ellas cabida,
Tu escudo en campo azul, al de un infante emula,
¡Y tu ambición recela que es poco aún, mi vida!

Alabardas ha puesto en tus cuarenta años
la juventud, para salvaguardar erguida
tu frente, donde no hay surcos de desengaños...
¡Y tu ambición recela que es poco aún, mi vida!

¡Oh!, la belleza que clavó el sol en tus ojos,
y la luna en tus dientes esa luz desvalida,
y el día moribundo en tus cabellos rojos,
y la potente encina en tu pecho, mi vida...

Mi corazón estruja tu mano desplazada,
y me es dulzura y miel esta mortal herida
Mujer, como una niña me muero enamorada
¡Y tu ambición recela que es poco aún, mi vida!

MARIÁ MONVEL

EL JARDIN DE

LAS MANOS DE LAURA

Nunca manos más galanas,
pálidas y virginales,
bordaron de filigranas
las áureas capas pluviales.

Ni en los místicos jardines,
besó dulcemente el aura,
tan olorosos jazmines
como las manos de Laura.

Pálida mano monil
hecha de seda y marfil
de azules y finas venas.

Manos de alba poesía
cual místicas azucenas
ante el altar de María.

Blancas manos de abadesa,
olorosas e ideales;
manos de rubia Princesa
de las trovas medievales.

Radiantes y milagrosas
tan blancas son, en verdad,
que parecen luminosas
vistas en la obscuridad.

Manita que me has curado
y de mi alma has arrancado
la podredumbre y la hiel.

Eres buena y amorosa,
igual que la milagrosa
mano de Santa Isabel.

EMILIO CARRERE

LOS

POETAS

EL PADRE, EL HIJO Y EL PERRO

Bramaba el viento agitado,
Cuando subían a un cerro
Un padre en su hijo apoyado,
Y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre
El viejo desfalleció,
Cayó exánime en la cumbre
Entre la nieve aterido.

Y "marcha", al joven le dijo:
"No encuentres cual yo la muerte",
"Pues, adios", contestó el hijo;
Y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,
Libre ya de todo empeño,
Vió que, más fiel al amo,
Quedó a morir con su dueño.

RAMON DE CAMPOAMOR

MADRIGAL

—¿Cuánto, cuánto me quieres?—preguntaste
después que me besaste.
Y en tus ojos, ¡oh, reina enamorada!
vi la luz de los astros reflejada.

Me besaste otra vez, contuve un grito,
y hundiéndolo el pensamiento y la mirada
en la noche estrellada,
quise medir, ¡oh, ciego!
la terrible espiral de lo infinito.

—¿Cuánto me quieres?—repetiste, luego,
con más ímpetu y fuego.
—¡Dímelo! ¡mi impaciencia me lo exige!

—Cuando me muera lo sabrás—te dije—
cuando en vano tus ojos me recuerden,
sabrás; tal vez, lo que te quise en vida.
Para amores tan grandes no hay medida:
se sabe lo que son cuando se pierden...

RICARDO LEON

Peinado Femenino

Las mujeres se entretienen ahora con sus cabellos. Su pasión es la diversidad. Todas habían hecho el juramento solemne de no volver a ver jamás el rodete, ese rodete cuyo sólo nombre evoca la época de antes de la guerra y las exposiciones de 1910.

Pero ¿cuál será el medio de cambiar el peinado para no hallar siempre el mismo rostro ante el espejo? Fue preciso dejar alargar un poco los cabellos, ya que, después del peinado a la garzone, sólo restaba afeitarse enteramente la cabeza para modificar la extensión de aquéllos.

Dejar crecer la cabellera, es operación complicada. El peñador experto tiene sin embargo, sus recursos: conserva una mecha alargada y recorta bien el resto del cabello bajo esa mecha, para conservar así a la cabeza la finura deseada. Se requiere en la ejecución, un sentido del modelado para obtener semejante corte; y también debe de saberse disponer armoniosamente esas mechas alargadas.

El medio más simple, consiste en enrollarlas en un grueso rizo alrededor de la cabeza, manteniéndolas mediante un sencillo peine especial para el caso, rodeando la nuca. Esto exige, naturalmente, la raya al medio, que se presta para los rostros regulares y las bellezas morochas. Las rubias preferirán las fantasías más vaporosas, y el "coup-de-vent" recogerá la mecha en lazada por atrás hacia un sólo costado.

Pueden mencionarse, también, los dos pequeños caracoles colocados atrás de las orejas, o la mecha larga, rizada, que se dispone sobre la sien o sobre la mejilla, siguiendo el consejo del espejo, consejo discreto y más indispensable que nunca.

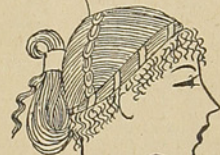
En esta época de cambio y de vestidos largos, el peinado no puede ser ya tan neto; es preciso combinarlo con el conjunto, estudiar cada aspecto como se estudia cada detalle de la indumentaria y de la línea en general. Hasta será imprescindible, si la transformación de la moda se acentúa, cambiar de peinado según la hora y la ocasión, ya de acuerdo con el instante del deporte o con la fiesta nocturna.

De todos modos resulta siempre agradable ocuparse en ser bonitas; es una tarea que todas las mujeres inteligentes saben cumplir perfectamente y en la cual son auxiliadas con una ciencia cada día renovada.

También se asegura que será deplorablemente "pasado de moda", no dejar sobresalir unos rizos u ondas del nuevo sombrerito. Y es de imaginarse que se estarán algunos de esos tocados para veladas, tan prácticos y sentadores, esos gorritos metálicos, en flores de plata o en bordados de lentejuelas, que completan un magnífico vestido para fiestas.

Ya se han expuesto ciertos turbantes de encaje o en red perlada, y es de esperar que alguna de aquellas damas cuya originalidad marca la ley en el dominio de la elegancia, querrá encargarse de reponerlos en favor.

El peinado para veladas, marcaba en otros tiempos una nota de distinción en la indumentaria de gala; hacia que una toilette de teatro se destacara de un vestido de baile, trazaba un límite entre los paseos en público y las reuniones privadas. Los modistos, al renovar las tradiciones de la elegancia refinada, han preparado la tarea futura de los peñadores y creadores de sombreros y tocados.



Lo que es mi tío—comenzó a decirme el loco de La Brigue—era un viejo tonto, pero muy buen hombre por lo demás; y, en cuanto a mi tía, también era una vieja miserable, bromista como no hay dos.

Ambos vivían en Puy-l'Évêque, hondonada lúgubre del Vendomais.

Su casa, que no tenía sino dos pisos, estaba situada en un extremo del pueblo, a dos pasos de las antiguas fortificaciones. Esa vivienda en donde no se oía, desde la mañana hasta la noche, sino el ruido de sus querellas, había sido heredada por mi tío de su buen padre, quien la había heredado del suyo, el cual, a su vez la tenía del bisabuelo de mi tío... y así hasta lo infinito.

Desde tiempos inmemoriales el inmueble iba pasando de generación en generación, como el paquete de naipes que los jugadores del bacarat van haciendo pasar de mano en mano. Cada uno de los propietarios habíalo restaurado, según el gusto de la época, bien por el techo, bien por el cimiento; pero todos habían olvidado alguna parte, dejándolo siempre con una pata en el aire y con la mitad atrásada de medio siglo, respecto a la otra mitad, obligándolo así a representar un papel ridículo y singularmente dudoso. Su aspecto era el de un personaje que hubiese vestido sus piernas con el pantaloncillo acañonado del gran siglo, y su talle con la levita vulgar de un lechuguino contemporáneo.

Entre los cuatro muros de esa casa de Yanot, vivían pesa, como, el perro y el gato, mis buenos tíos. Amados el uno contra el otro, por una antipatía tan profunda como instintiva que se había ido acentuando lentamente durante los treinta y cinco años de existencia común, provincial, formalmente imbécil y desprovista de todo objetivo, bastaba que uno de ellos expusiera una manera de pensar, para que el otro expusiera la manera diametralmente opuesta.—¿Por qué? ¡Vaya usted a saberlo! Por cualquier cosa, por nada, por mero placer, por la razón que fuere. Causaba para matar a LaTourneille. Lo cierto es que ambos estaban hechos para exasperarse mutuamente, pues mientras ella era roma, agria, agresiva, él era sarcástico, desdenoso, amable de los alzamientos de hombros y de los silencios insultantes.

Es necesario decir que si la casa de mis tíos dejaba mucho que desear en su parte exterior, tampoco en punto de comodidades era perfecta, aunque si bastante bien hecha, después de todo, para aquel par de imbéciles que encontraban motivos de disputa en la necesidad sorprendente y en la extraña imprevisión con que sus habitaciones estaban arregladas. El dormitorio, situado en el piso segundo, comunicaba con el comedor, situado en el primer piso, por medio de un corredorcillo, estrecho como las indianas de a peseta y largo como un día sin pan, en el fondo del cual se encontraba una escalera, no menos absurda, pero si más peligrosa, que hacía pensar por lo oscura y torcida en el alma de un usurero.

Como era muy difícil subir por ahí sin romperse bonitamente la cabeza, ocurriose una vez a mi señora tía, hablar de la necesidad de remediar aquello, construyendo una escalera humanamente practicable para unir las dos piezas.

Mi tío se quedó anonadado ante la grandeza de aquella

idea; por lo cual creyó necesario proclamar en alta voz la... inepcia del plan, circunstancia que, naturalmente, decidió a mi tía a ejecutar en el acto su proyecto. Depositaria de los fondos comunes, llamó en seguida a un carpintero y a un albañil quienes acabaron el trabajo, ayudados por sus aprendices, en poco más de una semana. Mi tío había mirado a los obreros silbando y fumando su pipa. Cuando se quedó solo con su mujer, no pudo menos que decirle:

—Ahora ya debes estar contenta de tu obra... ¡Admirable escalera, en realidad... y elegante... y decorativa... y cómoda!...

En todo caso yo no he de pasar nunca por ella. Mi tía que no esperaba aquello, se puso pálida y preguntó a su marido:

—¿Tú no pasarás nunca por esa escalera?

—Ya lo creo que no—respondió mi tío.—En toda mi vida.

—¿Y por qué no?—volvía a preguntar mi tía.

—¿A lo que mi tío respondió:—Porque no me da la gana.

El sonreía contenta de sí. Ella, atolondrada, se callaba.

Al fin dijo violentamente:—Eso ya es demasiado ¡Caramba!...

Pero te juro que has de pasar por ella.

—Y yo—respondió el otro con seguridad y con calma—te juro que no he de pasar.

Y así se acabó la discusión.

Durante tres días mi tío siguió saboreando el placer de su triunfo; pero el domingo, cuando fué a solicitar los setenta y cinco céntimos con que mi tía le gratificaba semanalmente en vista de sus pequeñas necesidades, ésta tomó su desquite declarando que ya no había dinero para los imbéciles obstinados.

Una cochinada ¡caramba!... El tío tuvo intenciones de apalearla, de golpearla, pero tuvo también la fuerza de contenerse, de hacerse el indiferente, de poner buena cara y aun de silbar entre dientes un alreñillo alegre. Luego, siguiendo su costumbre dominical, salió después del almuerzo, sin un real en el bolsillo, para vagar durante cuatro horas por las calles, bajo una lluvia terrible. Por la noche volvió a su casa mojado hasta los huesos y afectando el ligero balanceo de cuerpo y la pesadez de lengua de los hombres que han bebido un poco... historias que él inventaba para hacer creer a su mitad que los imbéciles obstinados contaban fuera de casa con más de un amigo capaz de brindarles algunas copas.

Y esa comedia grotesca siguió representándose todos los domingos. Los dos conyuges habían hecho de la terquedad una cuestión de honor, y ni uno ni otro cedían. Luego dejaron de hablarse, dejaron de conocerse—Durmiendo juntos, en el mismo

lecho de una posada cosmopolita y marchando con orgullo, uno por «su escalera», a las horas de comer, sentían desenvolverse en sus almas los sentimientos furiosos e irreconciliables del odio.

Un día, al bajar por su camino—por «el suyo»—mi tía dio un mal paso... Y cayendo ruidosamente en aquella oquedad de cueva, donde quedó boca arriba con un lechoncito, se rompió una pata.

Mi tía, como era natural, algría... ¡Para socorrerlo!... No; para mostrarle su alegría, alegría inmensa. Sus primeras palabras fueron sorprendentes:

(Continúa en la página 72).



LA VUELTA

Por GUY DE MAUPASSANT

El mar azota la costa con sus olas monótonas. Nubes blancas pasan rápidas por el cielo azul, arrastradas por el viento impetuoso; y la aldea, abrigada en un pliegue del terreno que baja al océano, se calienta al sol.

Junto al camino, aislada, se ve la casa de los Martin-Levesque. Es una casita de pescador, de paredes de arcilla y la techumbre de paja. Una huertecita, grande como una sábana, donde crecen cebollas, perejil, coles y zanahorias se extiende ante la puerta y la cierra un seto por el lado del camino.

El marido está pescando, y la mujer, junto a la puerta, remienda una red oscura tendida en una pared, como una inmensa tela de araña. Una niña, de unos catorce años, a la entrada de la huerta, sentada en una silla de enea, repasa ropa blanca, cose, zurce, lo que ya ha zurcido y cosido diez veces. Otra

muchacha, que parece tener un año menos, lleva en brazos una criaturita de leña; y dos arripes de tres o cuatro años, sentados en el suelo frente a frente, escaraban la tierra y se echaban puñados de ella a la cara.

Nadie habla. Sólo el rorror que quieren hacer dormir chilla con voz agria y débil. Un gato duerme en la ventana, y unos girasoles abiertos forman junto al suelo como un ramillete de flores blancas sobre el que vuelan miles de moscas.

La muchacha que cose junto a la entrada grita de pronto:

—¡Madre!

Esta contesta:

—¿Qué quieres?

—Ya vuel-

ve. Están inquietas por lo que desde la mañana un hombre ronda la casa; un hombre viejo que parece pobre. Le vieron cuando acompañaban a su padre a la barca. Estaba sentado en la cuneta, frente a la puerta. Al volver de la playa aún estaba allí, mirando la casa.

Parecía enfermo y muy miserable. Durante una

hora permaneció inmóvil; luego, viendo que inspiraba sospechas, se levantó y alejóse arrastrando los pies.

Pero pronto volvió con su paso lento y cansado y de nuevo se sentó un poco más lejos esta vez, como para espiarlas.

Madre e hijos tenían miedo. Aquella, sobre todo, sentía gran espanto porque era miedosa y su marido, Levesque, sólo debía volver del mar al anochecer.

Su marido se llamaba Levesque; a ella la llamaban Martin y le habían bautizado sus vecinos por Martin-Levesque. He aquí por qué; ella se había casado en primeras nupcias con un marinero llamado Martin, que cada año iba a Terranova, a la pesca del bacalao.

Al cabo de dos años de matrimonio tuvo de él una niña, y estaba otra vez grávida cuando el buque en que navegaba Martin, el "Dos Hermanas", una barca de tres palos, de Dieppe, desapareció.

Nunca más se supo una palabra de él; ninguno de los tripulantes volvió y se creyó que todos habían naufragado con el buque.

La Martin esperó a su marido diez años manteniendo con grandes trabajos a sus dos hijas, pero como era trabajadora y buena mujer, un pescador del país, Levesque, viudo con un hijo, la pidió en matrimonio. Se casaron y tuvo dos niños en tres años.

Vivían penosa y laboriosamente. El pan era escaso y la carne casi desconocida en aquella casa. A veces, en invierno, era preciso quedarse a deber al panadero. Los niños estaban sanos y robustos. La gente decía:

—Los Martin-Levesque son buena gente. La Martin es muy trabajadora y Levesque es el mejor pescador de la comarca.

La niña, sentada en el huerto, siguió:

—Se diría que nos conoce. Quizá es algún mendigo de Epreville o de Auzosse.

Pero la madre no se engañaba, no. No era nadie de los conocidos. (Continúa en la pág. 71).





CUENTO PERSA DEL SIGLO VIII

¡Mujeres hermosas cuya vista enciende el corazón de los hombres más prudentes! ¡Vosotras las que con una sola mirada hacéis más daño que mil flechas, o producís más placer que el encuentro de un río en el desierto! ¡Escuchad la historia triste de la hermosa Djuidi, que de amor murió allá en la Bactriana!

¡Bravos guerreros que hacéis temblar al enemigo, al precipitarlos sobre él con la impetuosidad de un torrente en la tempestad deshecha! ¡Vosotros cuyo valor defiende de la servidumbre y la brutalidad de los harenas a las doncellas! ¡Escuchad la heroica historia del valiente Zégál, que murió de amor en la Bactriana.

Bahakari era un gran soberano que reinaba en todo el país de la Bactria. Su nombre era venerado por los habitantes de cien ciudades, y ponía a raya a los enemigos invasores de sus estados, porque tenía a sus órdenes un gran número de valientes guerreros cuya bravura era irresistible.

El palacio de Bahakari estaba en una gran plaza fuerte, con murallas de pederual y puertas de bronce. Tenía innumerables esclavos, armas de un temple maravilloso, y oro en abundancia. Porque Bahakari era el rey más poderoso de todo el gran Imperio Persa.

Y Bahakari poseía todas las riquezas; pero la de más valor era su hija. La bella Djuidi, la heredera del trono.

¡Guerrero intrépido! Tú que jamás temblaste ante la lanza de tu enemigo, tú habrías temblado al mirarle Djuidi, si la hubieses visto. Tú habrías seguido su vista para adivinar su intención. Tú habrías sido el más feliz de los hombres si ella te hubiese sonreído. Tú habrías querido morir si ella te hubiese desafiado.

¡Es que Djuidi era hermosa! Todas las doncellas de la gran ciudad eran también hermosas; pero cuando Djuidi aparecía, nadie las veía a ellas. Djuidi sola, radiante, era vista por todos. ¡Ved que ve las estrellas en cuánto sale el sol! Todos los príncipes del Imperio y de los demás países estaban enamorados de Djuidi: hasta la había pretendido el primogénito de un Emperador de Bizancio.

Todos hubieran querido su amor; pero Djuidi era severa, y sólo quería amar al más bravo, al más apuesto y al más sabio.

Príncipes guerreros, ¿cuál será el elegido de entre vosotros?

Djuidi salió un día a sus jardines, radiante de hermosura como el sol naciente, ágil como la gacela, con una mirada tan brillante que hubiera hecho

perder la memoria y perturbado el espíritu al hombre más resuelto y más sensato.

Djuidi llevaba su guzla, y los pájaros la seguían, y los rosales embalsamaban la atmósfera.

Y Djuidi cantó.

Y cuando cantó, todos cayeron en delirio. Y habló. Y cuando habló, los poetas callaron y los filósofos quedáronse absortos. Sólo las aves la saludaban con sus trinos.

Jóvenes príncipes la seguían.

¿Quién la enamoró? Ninguno.

A quién ama Djuidi es a Zégál. Ella que hacía temblar de emoción a los demás ella ya tiembla al encontrarle.

Y Zégál, que es el más bravo, el más hermoso y el más sabio de entre todos los capitanes, se enamora de ella y la sigue... siempre... invariablemente... como un astro sigue a otro en el espacio...

Sin que su voz le diga nada, sus ojos se lo dicen todo.

Y ambos se miran y sus espíritus se comunican, y se quedan en éxtasis.

Zégál ama a Djuidi; Djuidi ama a Zégál.

Príncipes guerreros, perdéid ya toda esperanza. Djuidi será de Zégál; Zégál será de Djuidi. Por la vida. Por la muerte. Eternamente. ¡Sus dos almas hacen una!

No se han visto más que una sola vez y ya saben el infinito amor que se destina.

¡No se han hablado aún.

Nadie les ve comunicarse. Nadie sabe que se conocen; y no obstante, Zégál pasa las noches estrelladas con Djuidi, y Djuidi con Zégál.

El amor sabe reunir a los amantes a través de todos los obstáculos, al mismo tiempo que vuelve ciegos y sordos a los que guardan a las doncellas.

Zégál ama a Djuidi, la hija del rey. Pero Zégál es pobre. Zégál es un oscuro hijo del pueblo, y no podrá jamás pretender a ser su esposo.

¿Qué importa! Zégál y Djuidi no han pensado en esto para amarse. Su amor nació sin que ellos lo supieran. No lo supieron hasta que ambos estuvieron envueltos en la inmensidad de su llama.

Los amantes no sueñan en un porvenir cuando tienen el presente. Cuando están juntos no desean nada más. Todo el resto de la creación les es indiferente.

Y Zégál ama a Djuidi, y Djuidi ama a Zégál, y están juntos.

Están juntos de noche. Bajo el inmenso azul lleno de estrellas palpitantes, que les contemplan emocionadas de su alegría, únicos testigos.

Son dichosos. Nadie más conoce su

pasión que los astros, y los astros no lo dirán a nadie. Nada impide sus transportes. No sueñan en lo que ha de venir. Disfrutan toda la eternidad en cada momento. Se dan besos de todo su ser.

Mas ¡ay! que el placer dura un instante y el dolor toda la vida. La felicidad es momentánea y la desgracia eterna.

¡Llora Djuidi! ¡Llora Zégál! He aquí la desgracia que avanza con sus alas negras. Su sombra se proyecta sobre vosotros; pero vuestro amor es inmenso, no morirá; pero os hará morir.

La guerra se ha declarado. El bárbaro del desierto pedregoso invade las fronteras de la Persia. Y sus caballos relinchando avanzan; y arden los pueblos, y matan a los hombres y arrebatan a las mujeres para llenar sus serrillos. Y se apoderan de las joyas, de los caudales, de las cosechas y de los ganados. Los buitres les siguen, pues tienen abundante pasto por todas partes donde ellos pasan.

Los árabes invaden el país. ¡Bahakari, alerta! La muerte se aproxima si no sabes defenderte.

Los árabes son crueles. Matan a los guerreros. Hacen esclavos a los niños. Violan a las mujeres. ¡Alerta, Bahakari! ¡Forma tu ejército!

Bahakari hace tocar los clarines; redoblan las calderas. ¡A las armas, jóvenes guerreros! De todas partes llegan con premura; con sus cotas de escamas, con sus cascos puntiagudos, con sus caballos veloces, sus largas lanzas, sus arcos y sus flechas. ¡Capitanes, desvenad vuestras espadadas, rayos de la fuerza de Ormuzd! ¡Soldados, llenad vuestros carcajes en abundancia! ¡Defended el país! ¡Corred a las fronteras!

Los árabes violan a las doncellas pero vosotros sabréis defenderlas. Después serán vuestras esposas, las madres de vuestros hijos.

Los capitanes forman con sus legiones, y el primero que forma es Zégál. Nadie le reconociera. Dulce, amoroso antes, temblando de emoción a los pies de Djuidi, ahora es fiero y más alto que todos montado en su caballo. Si antes llevaba bordada y sedosa túnica de color de malva, ahora viste armadura de refielos de rolámpago con un sol en el pecho que a todos deslumbra. Al empuñar su espada parece que blande un rayo. Zégál es terrible. Míthra le protege.

Pero Zégál es un oscuro hijo del pueblo. Si sus actos son brillantes, su origen es muy humilde. Zégál es joven, es fiero.

(Continúa en la página 75.)



CANAS

El Agua de Colonia "LA CARMELA"

es un producto digno de toda confianza. Reúne las siguientes propiedades características que son las que la distinguen de todas sus imitaciones:

1. Devuelve al cabello canoso su color natural exacto: rubio, castaño o moreno.
2. Es absolutamente inofensivo.
3. Es de uso sencillísimo, pues no requiere lavados de cabeza: se aplica al peinarse, como cualquier loción.
4. No engrasa ni mancha en lo más mínimo la piel ni la ropa.
5. Higieniza el cuero cabelludo y disuelve la caspa en 4 días.

La prueba del pañuelo convence a cualquiera

Eche sobre un pañuelo unas gotas de cualquier tintura química y, al lado, otras gotas de Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA" y déjelo secar.

Pronto observará que la tintura deja una mancha indeleble, negra o marrón, más o menos oscura, mientras que el Agua de Colonia "LA CARMELA" no deja absolutamente ningún rastro.

Cuánto vale este solo detalle? Después de conocerlo y comprobarlo, ¿preferirá Vd. seguir manchando químicamente su cabeza y sus ropas, cuando puede lograr que sus canas recobren el color natural de los 20 años usando un producto eficaz e inofensivo como es el Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA"?

"LA CARMELA" se usa como loción al peinarse. No mancha la piel ni la ropa y extirpa radicalmente la caspa.

Pruebe con un frasco; nos agradecerá el consejo.

Precio del frasco \$ 18 m¹

En venta en todas las farmacias y perfumerías.

Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA"

Agentes exclusivos para Chile: DROGUERIA DEL PACIFICO S. A. - Suc. de Daube & Cía

ETERNAS NOVIAS

Formar un hogar es cosa más digna de estudio de lo que parece. Es general la desprecupación personal de las esposas cuando hace un tiempo que han realizado el sueño anhelado: ¡casarse! ¡Unirse al hombre amado! Luego, se forman una idea bien equivocada en cuanto a mantener el encanto de su marido. Muchas mujeres están en un error al suponer que solamente con atender los quehaceres de la casa ya conquistan al esposo... De nada sirve un marco reluciente y ordenado, si la dueña de casa está desahogada y hasta cree innecesario un poco de coquetería. Estoy convencida de lo contrario. Lógicamente, una mujer prolija y hábil es necesaria para su hogar; pero, unido a esto, es tan importante como lo anterior el acicalamiento.

En la mujer inglesa se observa, en cualquier época de su vida, y aún peinando canas, ese cuidado personal. He conocido a señoras ancianas, las cuales jamás dejaron de "coquetear" a su esposo, y por eso abunda, en la mayoría de los hogares ingleses, ese ambiente de paz. El esposo halla en su casa lo que otros deben buscar fuera. No creo que sea un

sacrificio tener para por las mañanas un bonito salto de cama, y alisarse los cabellos mientras se acompaña al esposo, durante el tiempo que él permanece en la casa, antes de ir a sus obligaciones.

Una cosa muy importante es enjuagarse la boca con agua y un poco de dentífrico, inmediatamente de despertarse. Son éstas, pequeñas cosas al parecer, grandes detalles que a veces suelen pasarse por alto.

Cuando llega la hora del almuerzo, procurará la esposa arreglar la mesa, y que no falte un florero con unas simples ramitas de helecho espárrago o flores, bien combinadas. Ella puede vestir sencillamente; pero con vestido o blusa y falda; el batón no resulta, por elegante que sea. Si en la casa puede disponerse de alguna habitación pequeña, inmediata al comedor, destínese para tomar el café y charlar cuanto tiempo pueda disponer el esposo.

Por la noche, la "toilette" debe ser algo más elegante. Téngase preparada la mesa y procurese satisfacer las costumbres del esposo, al cual a veces agrada tomar un baño antes de cenar, y vestirse con otro traje. Luego toman el café, oyen música, y así pasan la vida placida y afortunada.

Ellos también desean contribuir a ese encanto del hogar, suprimiendo los consabidos pijamas, muy apropiados para por las mañanas, mientras no salen de su habitación. Como todo es cuestión de costumbre, quienes puedan idealizar la vida, no deben abandonarse y hacer de la existencia conyugal, una perdurable poesía.

Muchas lectoras no podrán, por justificadas razones, hacer lo que indico, pero estos detalles van dirigidos a quienes pudiendo llevar la vida matrimonial en forma bien distinta, por comodidad mal entendida, hacen que sus maridos tomen malos derroteros, de los que ellas mismas sufrirán las consecuencias más tarde.

¡Mujeres! evitad la prosa. Es peligrosa. Sed las eternas novias de vuestros maridos.

Esta es la insignia que usan los 7.500 estudiantes del INSTITUTO PINOCHET LE-BRUN (Lebrun) Santiago, Av. Club-Hípico 408 Casilla 424 - Teléfono 474 (Maladero)-Dir. Telegr. - Ipote

Enseñamos: - TENEDURIA DE LIBROS - CONTABILIDAD - ARITMETICA COMERCIAL - GRAMATICA CASTELLANA - MECANOGRAFIA - TAQUIGRAFIA - CORRESPONDENCIA MERCANTIL - ESCRITURA - ORTOGRAFIA - REDACCION - MENTALISMO Y AUTO-SESTION - DETECTIVISMO - INGLES - CARICATURISMO - APICULTURA - AVICULTURA - DACTILOSCOPIA - GEOMETRIA - DIBUJO LINEAL - VENDEDOR - ARCHIVO - LEYES TRIBUTARIAS - ESQUEMAS - CONTADOR ESCUELA ACTIVA.

CUPON

Sirvanse enviarme informes, sin compromiso alguno por mi parte.

NOMBRE

CALLE

CIVIL

CURSO

P. T.-24-VI-30

PARODONTOL

EVITA
CURA
SANA

PIORREA
(PARODONCIA)



USASE SOLO POR GOTAS

BASE:
YERBAS MACERADAS

BUENAS IMPRESIONES HACE
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA
Santiago - Valparaíso - Concepción

DE UTILIDAD PARA LAS DAMAS

LOS PAÑUELOS DE ENCAJE

Hay que lavarlos con más cuidado que el resto de la ropa, siempre aparte y no retorcerlos. Limpiando un vidrio o un ajuile se extenderá sobre él, luego de lavado y enjugado. El pañuelo quedará seco y sin arrugas. El mismo procedimiento se practica para los pañuelos de seda.

PARA EL CHAROL

I

Negro de anilina	24 partes
Acido clorhídrico	4 "
Alcohol	4 "

II

Goma laca	24 "
Alcohol	100 "

Las soluciones se hacen por separado y se mezclan después.

¿Por qué hacer tomar á su niño Aceite de Hígado de Bacalao

o demás preparaciones con base de Aceite, cuando su estómago mismo rehusa muchas veces tan repugnantes y desagradables medicinas?

Una cucharada de

Pangaduine
M. R.

licor exquisito, completamente desprovisto de aceite, encierra sólo los Alcaloides y Principios Activos de cuatro cucharadas de Aceite de Hígado de Bacalao.

FORMULA: Est. conc. Hígado de Bacalao, elixir a base de oporto.

CONSEJOS DEL DOCTOR

No podéis tener idea de cuántas mujeres hay en el mundo convencidas de que padecen una afección al corazón. Se trata de mujeres nerviosas, y nueve veces sobre diez, su crisis de palpitación es provocada por un estómago distendido, que por su contacto con los plexos nerviosos y con el corazón, trae consigo una serie de fenómenos, que conducen a ese estado palpitante del músculo cardíaco. «¿Qué de mujeres!», decía el doctor Polain, «entran en mi gabinete con una enfermedad del corazón y salen con una enfermedad al estómago!». La aerofagia, acto de tragar demasiado aire, es una de las causas.

Convenecio, señoras, vosotras que padecéis de tiempo en tiempo, la sensación de un corazón angustiado, que no sois cardíacas. La enfermedad del corazón es rara en una persona joven, y cuando ella existe, da lugar a otros síntomas, que en seguida imponen el diagnóstico.

Sin embargo, las falsas cardíacas padecen siempre, y no basta decirles: «Es nervioso». Es preciso curarlas. Su inquietud, su angustia, su miedo de morir, son verdaderos sufrimientos, que no deben encontrar al médico indiferente o desprevenido.

Ante todo, hay que dirigirse al elemento moral. Es preciso apaciguar sus temores, explicarles el mecanismo de los fenómenos que ellas experimentan. Se deberá esforzarse en convencer sus espíritus atormentados, que esos trastornos son benignos y sin ninguna gravedad. Se les hará comprender, que el corazón es un órgano más sólido de lo que ellas se imaginan, y que no comienza a dar signos de debilidad sino en la edad madura. Esto en el médico es cuestión de autoridad, de saber hacerlo, y de elegir bien los argumentos.

Al mismo tiempo, se aconsejarán las distracciones, la vida al aire libre, y la práctica de los deportes. Se esforzará en calmar la hiperexcitación nerviosa por medio de los sedativos, y sobre todo por el régimen alimenticio. Es absolutamente comprobado, que la alimentación con mucha carne, realiza un excitante nervioso, y que hay que preferir el alimento vegetariano, porque es menos tóxico. Por supuesto, que hay que suprimir el alcohol, el té y el café.

En fin, se deberá vigilar el estómago y el intestino. No olvidemos que las falsas cardíacas son casi siempre dispepticas, aerofágicas y constipadas, o dicho de otro modo, autointoxicadas, y es en esta intoxicación de origen alimenticio y digestivo, donde hay que buscar la causa de los trastornos al corazón.

D. A. THIBAUT.

¿QUE MUJER ADMIRA MAS?

Ni siquiera en un reducido grupo de muchachas, que pertenecen a un mismo gremio y prestan sus servicios en los mismos estudios, existe uniformidad de pareceres cuando se trata de opinar sobre un mismo tema. Recientemente, algunas de las artistas de Hollywood fueron interrogadas con el fin de averiguar cuál era el ideal de cada una de ellas en lo tocante a su propio sexo. La pregunta que a todas se les hizo fue la siguiente: «¿Quién es, en nuestra civilización, la mujer famosa que usted prefiere, y por qué?».

De todas las mujeres famosas que salieron a relucir en las respuestas sólo dos recibieron más de un voto: Juana de Arco y la emperatriz Josefina. Esta resultó ser la preferida de Bebé Daniels y de Roberta Gale; mientras que la santa francesa recibió los votos de Dorothy Lee y Sally Blane.

Según las dos primeras artistas, la esposa de Napoleón cometió algunas indiscreciones; pero el sacrificio que hizo de su amor hacia su esposo, bastan para que se le perdonen sus defectos y se convierta en objeto de admiración.

En cambio Dorothy Lee y Sally Blane, admiran más la abnegación y el heroísmo con que Juana de Arco luchó por su ideal religioso y por la liberación de su patria.

Helen Kaiser prefiere a Sara Bernhardt por su talento artístico y por la bienhechora influencia que ejerció en su profesión.

Lady Emma Hamilton convence más a Betty Compson, porque, a pesar de ser hija de un humilde herrero, supo encomendarse a una altísima posición, en la que fue la mujer más poderosa de la Gran Bretaña, y ganó triunfos diplomáticos para su país.

Rita La Roy admira más que a ninguna otra mujer, a Mme. Curie, tanto por sus descubrimientos científicos cuanto por el bien que éstos reportan a la humanidad; sobre todo, en relación con la curación del cáncer.

Renée Macready, a pesar de ser irlandesa, dió su voto a la reina Victoria, de Inglaterra, que fue, según la artista, el monarca que más favorablemente influyó en el bienestar de los habitantes del vasto imperio británico.

Finalmente, June Clyde cree que es más digna de admiración la contemporánea, Lady Astor, que, a pesar de ser norteamericana, ha sabido conquistar un puesto tan distinguido en la Cámara de los Comunes, de Inglaterra.



FAJAS de GOMA

¿DESEA USTED hermosear su cuerpo? Pues, use las famosas fajas y sostén-senos IDEAL de goma. Reducen la gordura conservando al mismo tiempo la línea natural, respondiendo así a las exigencias de la moda actual. Pase a ver los distintos modelos y elija el que más le convenga. El material es de primera calidad, de mucha duración y los precios de \$ 40.— hasta \$ 120.— ÚNICA FABRICA EN EL RAMO, que tiene mucha práctica. A provincias se remite contra reembolso.

De parte de mis clientes recibo a diario los más elogiosos agradecimientos por los resultados obtenidos.

También soy fabricante de los maravillosos rodillos para automasajes "SOUG-ROLLER", para combatir la gordura.

PRECIOS: DESDE \$ 40.—

FABRICA DE ARTICULOS DE GOMA de Julio Heerwagen

Santo Domingo, 2048
Teléfono 88915

SANTIAGO
Casilla 3665

RECHACE

LAS

IMITACIONES



PARA LOS NIÑOS: LA CABRITA Y LA MARIPOSA

Había una vez una cabrita blanca que se llamaba Nevadita.

Todas las mañanas Nevadita se iba con su mamá a ramonear hierba tierna en la orilla del bosque. Se oía sonar la campanita que llevaba colgada del cuello y los pájaros se decían:

—Es Nevadita, que va al campo.

Un día una mariposa roja se posó en la punta de un cuernecito de la cabra, muy cerca de la oreja.

—Ven conmigo, Nevadita—le dijo con

dulce voz.—Te haré visitar mis dominios. Tengo hierbas muy tiernas y sabrosas.

—¿Quién eres tú, mariposa? Jamás te he visto en el campo...

—Yo era una cabrita como tú, pero una hada buena me transformó en una mariposa para que pudiera pasear a mi antojo por todas partes. Ahora vuelo de flor en flor y soy la reina del prado.

—Eres muy feliz. Yo no puedo correr

a mi antojo porque en seguida mamá me llama y me reprende.

—¡Pobre cabrita blanca! Ven conmigo. Tu mamá no lo sabrá y yo te haré ver cosas maravillosas.

La cabrita miró a su alrededor. La mamá estaba lejos, detrás de una mata. Entonces se decidió y siguió a la mariposa que revoloteaba delante de ella para enseñarle el camino.

La campanita tintineaba más fuerte, como si quisiera decir a Nevadita:

—Detente, locuela, ¡Tin, tin, tin! Pienso que no conoces a esta mariposa. Puede engañarte, ¡Tin, tin, tin, tin, tin!

Legaron así al fondo del bosque y, de pronto, la mariposa desapareció. ¿A dónde se había ido? No se sabe. Lo cierto es que la cabrita se vió sola en medio del gran bosque, sin saber hacia qué lado dirigirse.

—¡Bée, bée, bée!

—¿Quién me llama?—dijo un vozarrón.

Nevadita se volvió temblando de miedo y vió un gran lobo que salía de la espesura y que la miraba con ojos relucientes.

—¡Bée, bée, bée! ¡Socorro! Bée, bée, bée! ¡Mamá, ¡ven pronto!

Pero la pobre mamá estaba lejos y no podía oír.

—Quisiera saber—dijo el lobo—quién te ha permitido venir aquí.

—Señor lobo: no me castigue. Me iré en seguida.

—¿Irte de aquí? Hablas demasiado fácilmente. Si tuviera hambre ya te habría devorado. Pero no perderás nada con esperar. Esta noche tengo invitados. Harán honor al plato que les serviré y me dirán si tu carne es tierna.

Nevadita temblaba como una hoja y se arrepentía de su atolondramiento. Le faltaron las fuerzas, se desplomó y se quedó quieta de miedo. El lobo, que la creyó muerta, se alejó para dar una vuelta por los alrededores, a la espera de cenar.

Al rato Nevadita abrió un ojo, luego otro y, al no ver a nadie, echó a correr a través del bosque, tan ligero que sus patitas apenas tocaban el suelo.

La campanita hacía tin, tin, tin, tin, tin...

Corrió mucho rato, pues no sabía el camino.

Llegó por fin a la linder del bosque donde la mamá la llamaba balanceando tristemente.

La mamá se puso tan contenta al volver a ver a su hija, que olvidó regañarla.

—¡Ah, Nevadita! ¡Qué angustias me sufrido por ti!

—¡Bée, bée! No volveré a hacerlo, mamá. La mariposa tiene la culpa. ¡Por qué me llevó tan lejos?

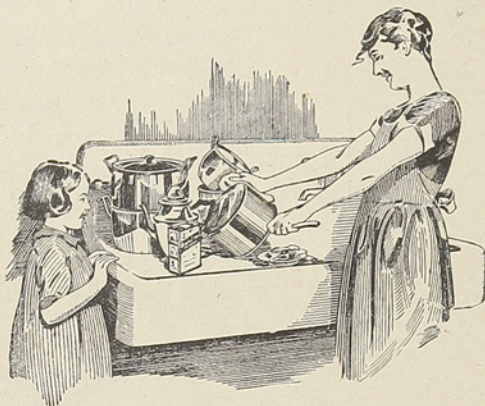
—Esa mariposa, hijita, es un duende perverso que se entretiene en extraviar en el fondo del bosque a las cabritas imprudentes. Recuerda que jamás hay que seguir a un desconocido, pues se corre el riesgo de ser engañado.

A. GIRARDOT

SOBRE LA MUJER

Las mujeres esquivan la autoridad, amándola locamente. El hombre que no domina a una mujer, nunca es amado por ella.

He conocido a una mujer que había aprendido a llorar ante su espejo: «En otro tiempo—decía—cuando lloraba me destruía por completo; hoy, lloro como un ángel».



Resplandecientes—limpísimas —iy tan fácilmente!



Limpia

Bañaderas • Azulejos
Ventanas • Espejos
Cobre • Bronce
Hojalata • Niquel

Aluminio

Las manos • Calzado blanco

En un segundo, como varita mágica, el Bon Ami deja sartenes y cacerolas como nuevas, como si nunca hubieran estado sucias. Su efecto tan rápido y tan espléndido resulta maravilloso. El Bon Ami ejecuta su tarea limpiadora por todo el hogar. No raya. No daña las manos.

De venta por todas partes

Bon Ami

Fume Piccardo

TABACO
SIEMPRE
IGUAL

EL ARTE DE ADELGAZAR

Si es difícil engordar cuando se es demasiado delgada, es, por lo contrario, más fácil adelgazar cuando se es demasiado gruesa. El régimen de las obesas se reduce por lo general, a esta fórmula: comer poco y hacer mucho ejercicio. Desgraciadamente esta fórmula tan sencilla ofrece, sin embargo, serias dificultades para su aplicación por la razón singular de que, con raras excepciones, las personas gruesas suelen ser apáticas y gozar de un excelente apetito.

Por consiguiente, suele resultarles a las gruesas difícil y doloroso tener que restringir su alimentación habitual, particularmente porque se hace necesario llevar la privación precisamente a los alimentos que suelen ser consumidos con mayor gusto, y que son aquellos que mas hacen engordar, tales como las substancias feculentas.

Se hace indispensable suprimir el pan o reducir su ración a proporciones mínimas y suprimir asimismo las pastas y las substancias farináceas de todas las clases.

Se pueden, sin embargo, preparar algunas materias almidonosas feculentas eliminando la parte de harina que poseen, o reemplazándolas también con otros alimentos análogos que contienen la cantidad de fécula. Y este procedimiento ya servirá para reducir los rigores y molestias del régimen.

He aquí algunas de las preparaciones a que hago referencias:

Las papas se cortan a la “Julienne” o en trozos muy delgados, con un cuchillo especial. Se tienen sumergidas en agua fría cubriéndolas éstas mientras aquéllas despiden el almidón que blanquea la misma, y una vez que ésta queda perfectamente clara, se escurren las papas y se las saca con un paño poniéndolas después a freír durante unos tres minutos en un fuego fuerte. Se las saca del fuego; se escurren de nuevo, se recalienta la fritura y se vuelven a sumergir en el agua las papas durante cuatro o cinco minutos. Se dejan escurrir y se salan. Estas papas no contendrán ya nada de almidón. Se habrán convertido, en virtud del procedimiento explicado, en las papas convenientes para el régimen.

Si se desea suprimir por completo las papas, pueden reemplazarse por las trufas que no contienen nada de almidón.

Se cortan en rodajas delgadas, lo mismo que las papas fritas y se frien en aceite o en grasa hirviendo.

El régimen fundamental para las mujeres delgadas que desean engordar, es someterse a una alimentación fuerte y abundante. En razón inversa del concepto emitido para las gruesas, ha de entenderse que las delgadas necesitan comer aquello mismo de que las otras deben privarse, es decir, que deben alimentarse lo más posible de substancias feculentas, como ser: papas, pan, etc.

Entre los alimentos especiales que por sus condiciones nutritivas

se recomiendan a las personas delgadas se cuenta la carne cruda. Este alimento, sin embargo, es muy frecuentemente causa de cierta repulsión; muchos estómagos se resisten a él, lo cual es un inconveniente para la institución del régimen.

Se puede, sin embargo, disfrazar este alimento mediante distintas preparaciones que lo hacen accesible a los estómagos más delicados.

He aquí algunos de tales procedimientos:

Confitura de damasco.— Redúzcase a pasta un poco de carne; mézclese con tres partes de jalea de grosella. Esta verdadera confitura puede tomarse con la cucharita o aplicada en sandwichs.

También las “trufas de carne”. Se reduce la carne a pasta, bolitas de cinco a seis gramos cada una, y se envuelven en polvo de cacao. La capa de este polvo disimula perfectamente el gusto de la carne.

Y por último, entre muchas otras, las “tortitas de carne cruda”. Se prepara la corteza para las tortitas. Se rellenan con un poquito de carne reducida a pasta. Se cubren con una capa de jalea de grosella o de dulce de cerezas.

En esto de engordar o adelgazar, finalmente, se presentan circunstancias muy diversas que reclaman la intervención facultativa, y en la cual el médico debe establecer el régimen alimenticio adecuado, siendo al mismo tiempo, un consejero culinario.

A las personas que deben soportar el régimen lácteo, les será fácil disimular el sabor de la leche, mediante la adición de

café, té, chocolate, horchata o algunas gotas de ron.

A las enfermas que no pueden tomar sal, se les harán los alimentos menos inspidos, mediante toda una gama de especias, tales como la pimienta, la canela, la moscada o simplemente el azúcar.

¡GOCE DE BIENESTAR!

Haga usted una prueba bañándose con

BAÑOSAL “18”

que es un producto a base de hojas de las diferentes clases de pinos y abetos, que conserva intactas todas las cualidades de las hojas frescas.

El contenido de un sobre de BAÑOSAL “18”, es suficiente para aromatizar el agua del baño dándole al mismo tiempo cualidades altamente vivificantes.

De venta en todas las Buenas

Farmacias

M. R.

SEDALOSE

SEDANTE DEL SISTEMA NEURO-VEGETATIVO

estados espasmódicos
excitación nerviosa
neurastenia
psicastenia
melancolía
insomnio

LABORATORIOS LICARDY
38 BOULEVARD NEUILLY-PARIS

S A B E R E M P O L V A R S E

Saber empolvarse es un arte difícil y delicado que poseen muy pocas mujeres, a pesar de su coquetería. He sido sorprendido en alguna reunión elegante, por rostros demasiado blancos, con polvos excesivamente claros; por mejillas muy rosas, cubiertas de una crema grasienta; por fisonomías, en fin, afeadas por un «maquillaje» intempestivo. No es suficiente querer ser bella; es preciso saberlo ser, y algunas mujeres poseen esta ciencia en un grado supremo. Recurren a todos los artificios, sin que éstos se hagan visibles. Saben exactamente dónde em-

ben colocar el rojo para que parezca natural, y saben empolvarse minuciosamente, teniendo en cuenta el matiz de su piel. Esto es de una importancia capital: muchas mujeres creen que esclairecen su tez eligiendo unos polvos blancos o de un matiz demasiado claro, y llegan así a resultados desastrosos; el cuello parece ennegrecido, y el color de los cabellos, de las cejas y de los ojos, se halla en desacuerdo con esta pintura torpe. Hoy día, no hay una mujer coqueta en París que no se encargue los polvos matizados ex profeso para el color de su tez. Los institutos de belleza poseen grandes cantidades de colores diversos que, mezclados cuidadosamente, acentúan el tono ocre, sin llegar a la exageración del año pasado. ¿Quién no recuerda a aquellas infelices que creían embellecerse pintándose hasta llegar a parecer indias? Afortunadamente, este capricho pasó muy pronto.

Sin recurrir a los maestros del arte, una mujer, con tal de que sea cuidadosa, puede muy bien proporcionarse los polvos de arroz que le convienen. Le bastará con adquirir dos o tres cajas y hacer con ellas algunas mezclas, hasta obtener exactamente el matiz deseado. Las rubias mezclan polvos malvas con rosas y blancos, pero es preciso hacer esto con mucha discreción. Hablando del colorete, os diré que lo prefiero en pasta, pues en polvo se coloca menos fácilmente, así como prefiero también el rojo anaranjado al rojo obscuro. Se destaca menos y da más agradables reflejos. Lo colocaréis, desde luego, con pequeños toques delicados, teniendo en cuenta el óvalo del rostro. Sobre una cara redonda, el rojo debe ponerse más alto que sobre un rostro delgado. Otras veces, debe colocarse a los lados muy hacia atrás para no descender más allá de la línea de las mejillas, procurando no descender más allá de la línea de la nariz, y, sobre todo, evitando que el color forme manchones, pues el efecto es deplorable. Los polvos de arroz colocados sobre el colorete atenúan éste. En cuanto a los ojos, aconsejo que no os los pintéis durante el día. Si acaso, podríais pasaros un ligero cepillo, humedecido en negro, tanto por las pestañas como por las cejas, pero sin pegarlas ni hacerlas pesadas. Os ruego la mayor discreción y que eludáis el empleo del lápiz. Nada envejece ni afea tanto como el uso immoderado de los afeitados.

Si algunas mujeres se fijaran en el desastroso efecto que produce a la vista una capa de polvos mal aplicada, preferirían prescindir de este adorno de belleza y llevar la cara al descubierto. Nada más feo, nada más antiestético que ciertos «revoques» faciales que, para afrenta del buen gusto, se ven por ahí de cuando en cuando.

Hasta en más de una ocasión se ven ¡Dios las perdone! muchachas que se han puesto una espesa capa de polvos sin haberse lavado previamente la cara, creyendo ¡inocentes! que basta estar «bien» empolvada para disimular la falta de cumplimiento de las normas más elementales de la higiene.

Una ligera corriente de aire

basta para que Vd. se constipe, se ponga ronco y empiece a sentir los tormentos de la tos.

Un resfriado a veces es una cosa sin importancia, pero cuando se descuida, puede convertirse en una dolencia crónica de graves consecuencias. El

CRESIVAL

Solución de sulfatoresorcinato de calcio al 40%

alivia y cura la tos, facilita la expectoración y cura radicalmente toda clase de catarros de las vías respiratorias.



CURA GÁSTRICA

Gelosa, Gelatina, Caolín purificado

ARDOR ACIDEZ
PESADEZ CALAMBRES

GASTRALOSE

M. R.
TABLETAS

Dosis:

DOS TABLETAS UNA MEDIA HORA ANTES DE CADA UNA DE LAS COMIDAS PRINCIPALES, POR LA MAÑANA AL LEVANTARSE, POR LA NOCHE ANTES DE ACOSTARSE, EN CASO DE NECESIDAD EN EL MOMENTO DE LAS CRISIS DOLOROSAS.

La GASTRALOSE tómate al natural o disuelta en un poco de agua

LA PALABRA “GRINGO”

Una vieja canción popular se titula: ¡Green grows the rashies oh! (Verdes crecen las hojas, oh!). Cuando la campaña de ocupación y conquista de Tejas, era la canción favorita de las tropas norteamericanas. No pudiendo los mestizos mejicanos pronunciar las palabras del coro, las transformaron en los que cantan el “grin-go”, y más tarde se le aplicaron al norteamericano y al extranjero.

Esta versión, asegurada el general Edelmiro Mayer, era la verdadera, y nadie podía decirlo con más autoridad que el general Mitre también la aceptaba.

LABORATORIOS LICARDY, 38, B^d Bourdon, NEUILLY-PARIS

L A M A N O

¿No os ha sorprendido alguna vez, observando la mano humana, un vago parecido con alguna flor maravillosa, cuyo cáliz perfumado se abre y se cierra a voluntad, como se abren y cierran los cinco pétalos de rosadas yemas?

Cinco es el número favorito en el reino de las flores; la zarzamora, el nomeolvides, la pimpinela roja tienen cinco pétalos. Nuestra mano, pues, ha sido formada sobre el mismo molde que todas esas flores, de acuerdo con el principio universal de armonía que hace que todas las cosas que existen en el mismo planeta estén destinadas a vivir reunidas en vista de su ventaja mutua y para que juntas trabajen por un fin común.

Por eso, lo mismo que las flores, sus modelos, nuestras manos deben hacer el oficio de cáliz que recoja el rocío y la miel para alimentar a todo el cuerpo, y, además, para distribuirlos a otros seres que los necesitan.

Así, la mano liberal es siempre la más bella; la mano que derrama libremente para que otros gocen y se regocijen con los beneficios.

Por eso es la mano el más perfecto instrumento imaginado por la Providencia para donarlo al hombre; por eso debe ser empleada dignamente, recordando, por la gracia rítmica de cada movimiento, su divino origen.

Así, pues, si, como me place figurármelo, la mano, la más fiel amiga del hombre y su servidor más digno de confianza, recuerda realmente en sus grandes líneas la imagen de los más bellos y más frágiles ornamentos de la tierra, podemos deducir que la forma floral le ha sido dada por modelo con el objeto de ennoblecér su además y conservar la fuerza de cada acción. Si sólo hubiera sido hecha para que fuese útil, la simple fuerza le bastaría, y aun podría serlo considerablemente sin la ligereza de estructura que da gracia a cada uno de sus movimientos y ofrece perpetua satisfacción a nuestro sentido estético.

Todas son semejantes en sus papeles esenciales: la pequeña mano cuyos lindos dedos guían la aguja a través de alguna red de finísimos hilos, y el robusto puño cuya fuerza de gigante manejaría una barra de hierro como un juguete.

En toda la superficie del globo, las manos del hombre están en la tarea; éstos con la pluma, aquéllos con la azada, el pincel o el arado, sembrando, cosechando, edificando sin tregua, sin descanso y esforzándose colectivamente por ejecutar algún magno proyecto.

CARMEN SYLVA

CUANDO DEBES CASARTE

Tú—mujer—cásate joven, lo suficientemente joven para que tu esposo pueda apreciar las diferentes fases de tu hermosura, desde la de la jovencita hasta la de esa segunda juventud, más atractiva quizás que la primera, y que poseen la mayor parte de las mujeres que son dichosas en su matrimonio.

La "Watteau" de dieciocho años conviértese en una "Rubens" a los cuarenta. Y a menudo, una mujer, a los cuarenta años, es más hermosa que nunca, sobre todo si ha tenido cuidado de sí misma y si su esposo y sus hijos saben también atenderla.

Los cuarenta años son el cenit de la belleza; entonces es cuando verdaderamente se poseen todas las gracias; entonces, cuando se tiene tacto, cuando se logra la tranquilidad, cuando se está segura de sí misma, cuando se conoce el mundo, y cuando, en fin, se posee la experiencia de la vida.

Y no temas—mujer—que se presenten las canas; que con un color hermoso, una expresión amable y sonriente y unos bellos ojos, nada sienta mejor que los cabellos blancos, tanto más hermosos cuanto más blancos.

Y me preguntará el hombre:—¿A qué edad debo yo casarme? Joven también, pero nunca antes de ver tu porvenir claramente trazado, nunca antes de poder proporcionar a tu esposa las comodidades que tiene derecho a esperar de ti.

Cásate, pues, después de los treinta años, y, sobre todo, después que estés bien seguro que ese matrimonio será tu felicidad. Casarse no es hacer una experiencia.

En cuanto a la diferencia de edad que debe haber entre tu mujer y tú, he llegado a una conclusión que me parece sensata: casaos con una joven que tenga la mitad de vuestros años, "más siete". Cualquiera que sea vuestra edad, llegaréis—tal me parece—a un resultado satisfactorio. Haced el cálculo y veréis que tengo razón. No te cases jamás con una mujer ríea, de mayor estatura o de más edad que tú. Por la fortuna, por la talla y por la edad, sé siempre superior a tu mujer. Si quieres que te admire un poco y te respete mucho, procura levantar sobre su cabeza la tuya, y que se sienta inferior a tu fuerza, a tu bolsillo o a tu experiencia de la vida para hallar la protección que una mujer debe encontrar en un hombre.

GUSTAVO ANDRAI

!Goza de Buena Salud!



El Vigor y La Salud

son la base del bienestar. Cuando los haya perdido por causa de alguna enfermedad, tome el

H E M A T O G E N O

del DOCTOR HOMMEL

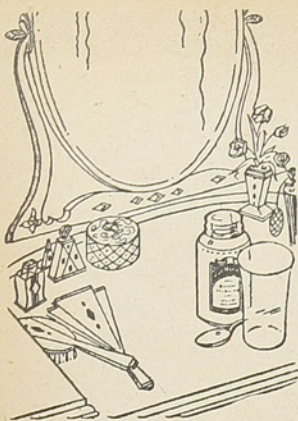
que enriquece y vigoriza la sangre, aumentando los glóbulos rojos.

Este poderoso reconstituyente, ha comprobado su eficacia y se recomienda en los casos de anemia, clorosis, convalecencias, debilidad general, raquitismo y depresiones nerviosas.

Base: Hemoglobina.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

M. R.



Hay un nuevo elemento de belleza en el Tocador Femenino

Las damas están descubriendo que existe una nueva ayuda para la conservación de sus encantos: **Sal Hepática.**

Sal Hepática es la colaboradora de esos frascos, pomos y botellitas que encierran cremas, lociones y colorete. Porque Sal Hepática hace el aseo interior del cuerpo.

Sal Hepática es un laxante salino, y no hay mejor amigo de la hermosura que esta clase de laxante, cuya misión es eliminar del organismo las toxinas que causan el mal color y las manchas de la tez. Sal Hepática purifica la sangre, neutraliza la acidez y tiene la suprema ventaja de ser rapidísima en sus efectos.

Sal Hepática afecta la fuente misma de la belleza mediante su limpieza interna del cuerpo. Por eso resulta excelente para combatir el estreñimiento, la indigestión, la jaqueca y el catarro.

Rara vez tarda más de media hora en hacer efecto Sal Hepática. De venta en todas las farmacias.



En un aduar cercano de Medina, nació un niño, hermoso como los serafines, más fuerte y bien templado que las hojas damasquinas. Mozo ya, las mujeres le devoraban con los ojos a través de sus velos, los hombres le temían, por la fuerza de su brazo y el temple de su corazón.

Hubo un villano que acusó a Hescham de una acción tan fea que, los jefes de la tribu, sin escucharle siquiera, le arrojaron al desierto. Sus mismos hermanos se alegraron de su desgracia, y Ebléh, el envidioso, el malvado, se alegró de la definitiva desaparición del Fuerte.

Hescham tuvo el desierto por casa, las panteras y chacaes por compañeros, a los hombres por enemigos. Pero hubo algunos que, encantados de su trato y de su arrojo, le eligieron por jefe. En breve espacio de tiempo acreció el número de sus parciales. La fama de su bondad y de sus acciones valerosas se extendió tanto, que sus hermanos sintieron haberle dejado calumniar, las mujeres, no haberle defendido. Ebléh, habiéndolo acusado, y he ahí que un día, al frente de un gran golpe de partidarios, entra Hescham en el aduar donde naciera y pregunta por sus padres y hermanos y por Ebléh, y le dicen que han huido al saber que se acercaba, temiendo su venganza. Al oírlo, envía jinetes en persecución de los fugitivos, y una vez capturados y en su presencia, cuando les vio temblar como las palmeras combatidas por el simún, les dijo así:

A UNA MADRE

Largamente lloras la pérdida de tu hijo, mujer. El tiempo, eterno cáustico que cicatriza las más hondas heridas, no ha sido aún capaz de mitigar tu dolor. Nada más natural y lógico que las lágrimas que viertes llorando la desaparición del hijo en quien pusiste tus más caras ilusiones y tus más fervientes anhelos.

Bien comprendes que de nada sirve tu dolor infinito, mas ¿qué importa al corazón destrozado que sus desgarrados sollozos tropecen vanamente con la imperturbable dureza de la realidad? ¿Qué razonamientos pueden mundar un profundo dolor en serena resignación? ¿Qué valen nuestra inteligencia y cordura cuando nos domina el corazón?

Nada hay más santo que el llanto de una madre, llanto que es blasfemia, desesperación y muerte, ante la irreparable pérdida de un hijo. Pero, mujer, entregada a tu dolor, si bien cumples con tus otros hijos tus sagrados deberes de madre bondadosa y fuerte, no reparas que, inconscientemente, les amargas los mejores años de su existencia. ¿No ves que les estás haciendo terrible la muerte por demasia? No tanto por el temor de perder la vida, sino por ti, por el pesar que su muerte pudiera causarles. Hacer que nuestros hijos teman la muerte, mujer, es hacer de ellos seres tímidos y amoraless incapaces de sacrificarse por los más puros afectos y el bello ideal. Es relegarlos a la categoría de entes miserables y egoístas que no conocerán jamás el heroísmo de ofrendar su sangre y su vida por la felicidad de los suyos y por el progreso de la Humanidad; es despojarlos de la divina dignidad humana, y de la fortaleza necesaria para encarar con resolución el combate de la vida.

Llora a tu hijo muerto, mujer. Pero esconde tu dolor en lo más íntimo de tu corazón; no acobardes a tus hijos vivos con el espectáculo de tu rostro lleno de aflicción y pena, espejo de tu alma martirizada.

MARCIO F. DONEGAL

—Sin vuestro rigor—a sus padres—sin tu asquerosa envidia—Ebléh, aún ignoraría lo que es ser bueno y lo que es ser fuerte. Os perdono—, a sus hermanas—; a ti te doy esta bolsa—a Ebléh—; Allah sea con vosotros.

Y antes que las mujeres hubiesen aparecido para contemplar el vencedor, espoleó éste a su yegua y se perdió en las inmensidades del desierto, como se pierden las almas en la inmensidad de la vida.

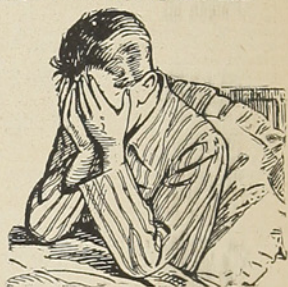
LUIS AMOROS

HOMBRES PREMATURAMENTE VIEJOS

PELIGROS QUE ACECHAN A LOS DE EDAD MADURA.

Dolores repentinos en la espalda y en las piernas. Dolor de cabeza, la sensación de abastimiento; la naturaleza le indica que sus riñones sufren.

¿Por qué seguir sufriendo día tras día, mes tras mes, cuando otros hombres que han sufriendo como usted de los dolores que señalan el mal de los riñones han podido aliviarse? Si Ud. quiere tener salud y vitalidad, lo que debe hacer es facilitar el funcionamiento normal de sus riñones y limpiar la sangre de ese exceso de ácido úrico.



FOR QUE ESTE REMEDIO LE HARA SENTIRSE ALIVIADO

Es fácil describir la razón por la cual las Píldoras De Witt para los riñones y la Vejiga le harán sentir aliviado.

Para deshacerse del mal de los riñones tiene que eliminar del organismo el exceso del veneno ácido úrico. Los riñones deben obrar como purificadores de la sangre y eliminar del cuerpo el exceso de este veneno. Cuando los riñones fallan, esto es señalado por el dolor de espalda y de Cadera, Gotta Marchado, Pérdida de Vigor, Reumatismo, etc.

PRUEBE ESTE MEDICAMENTO GRATIS

Para que Ud. pueda comprobar por sí mismo el valor verdadero de estas píldoras, le ofrecemos una muestra gratis de las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, que tienen más de cuarenta años de fama. Cuando Ud. haya recibido su obsequio y después de 24 horas haya observado por el cambio de color en la orina que ha empezado su acción beneficiosa, puede Ud. pasar a su botella, comprar un frasco y ponerse en el camino de recuperar la salud. Solicite su tratamiento gratis hoy mismo. Escriba su nombre y dirección completa en una hoja de papel y díjale a E. C. De Witt & Co. Ltd. (Dpto. F. Todos), Casilla No 3312, Santiago de Chile.

**Píldoras
DE WITT**
para los Riñones y la Vejiga

(Marca registrada)

FÓRMULA: A base de Extractos Medicinales de Piché, Buchu, Enebro y Uva Uva como diuréticos y Arul de Metileno como desinfectante.

F. 2802 A.

Una Historia de Saltimbanquis

Por OCTAVIO LUXEMBURGO

Aleix y Hamilton, dos artistas ecuestres que trabajaban juntos desde hacía seis años en el mismo circo, habían salido aquella noche a disfrutar de las pocas horas que les dejaban libres los ensayos y las actuaciones. Aleix era el acróbata cómico de la compañía; Hamilton, el atleta.

El primero, por ese singular contraste que suele existir entre el temperamento y la profesión de un hombre, era un muchacho triste y melancólico, a quien jamás se le veía reír en otro sitio que en la pista, cuando trabajaba. En cambio, Hamilton, el artista de los números serios y hasta trágicos, era la jovialidad misma. Viéndoles en la calle, fuera del ciclo de la farsa, se diría que aquellos dos hombres habían equivocado sus papeles. Sin embargo, no era así. Cada cual estaba bien en su puesto. Unicamente Aleix adolecía algo en sus trabajos de farsa cómica por la influencia de aquella tristeza, que trascendía, a veces, hasta su arte.

Hamilton se lo había hecho advertir en muchas ocasiones, pero Aleix respondía siempre con la misma frase, que se había hecho en sus labios un axioma.

—En arte, para trabajar bien, hace falta entusiasmo. Es lo esencial.

—¿Y tú...?

—Yo no tengo entusiasmo; nunca lo he tenido. Trabajé y trabajé por una fuerza inconsciente que llevamos dentro: el instinto, el instinto de vivir.

—Y el instinto de vivir ¿no es ya un entusiasmo, un entusiasmo de la vida?

—Lo sería si esa vida se aceptase como grata, pero yo la acepto como una carga que me impone también el instinto.

—¡Vaya, Aleix...! exclamó Hamilton en una explosión de jovialidad, queriendo disipar el pesimismo de su camarada. — Recuerda que esto mismo me lo decías también hace dos años, y yo logré que cambiasen de opinión al poco tiempo.

Es verdad — reconoció Aleix — Tú me recomendaste que me casara, lo hice, y durante algún tiempo se disipó mi nube de melancolía; aquello era, en efecto, un entusiasmo. Luego volví a caer en el fastidio.

—¿No eres feliz con Hassanna?

—Sí; ella me quiere como una buena esposa; yo a ella también. Pero la vida me aburre. Noto que entre ella y yo falta algo, un nuevo entusiasmo.

Hamilton se pasó la mano por la frente, preocupado.

—En efecto—dijo al cabo de una pausa el atleta — a ti te falta un nuevo entusiasmo, Aleix; a ti te falta un hijo. El hijo es la continuación de la vida, el hijo.

Calló el payaso. En su rostro, un poco grotesco por la mácula de los afeites, hubo una expresión de íntimo transporte. Hamilton había dado en la cuerda sensible de aquella alma nómada y triste. Continuaron paseando por el senderillo que se extendía detrás de las últimas casas del poblado hasta perderse a lo lejos, en la llanura negra. La noche, a pesar de ser de fines de noviembre, era cálida y cálida. Invitaba a pasear. La conversación de los dos artistas derivó luego hacia otras cuestiones. De pronto, interrumpiendo el silencio solemne de la noche, Hamilton y Aleix escucharon una serie de gritos desgarrados que venían de la llanura. Habíanse detenido, extrañados, cuando vieron cruzar rápidamente sobre la blancura del sendero la silueta de un hombre que huía. Aleix y Hamilton se miraron, sorprendidos por aquellas dos circunstancias casi simultáneas y desconcertantes. Ninguno de los dos supo qué pensar al pronto. Tan fugaz e inesperadamente había ocurrido todo. Luego, avisados por ese instinto de recelo que despierta en el alma humana lo desconocido, avanzaron unos pasos por el sendero hacia el lugar por donde había cruzado

aquella sombra fugitiva. Detuviéronse allí. Miraron a un lado y a otro del camino. No había nadie.

—Es extraño todo esto — murmuró Hamilton.

—Sospecho que ha ocurrido alguna tragedia en estos contornos — dijo Aleix.

—Eso mismo creo yo. ¿Pero qué será?

—¿Quién puede saberlo? — respondió Aleix — No tenemos más indicios que la huida de ese hombre y los gritos. ¿De qué parte sonaron éstos? — Hamilton señaló el lado derecho del camino.

—Creo que de allí — dijo.

—Convenría ir a ver si descubrimos algo.

—Vayamos — resolvió el atleta, poniéndose a andar.

No habían dado cincuenta pasos cuando divisaron una masa negra que se alzaba en medio del llano. Avanzaron un poco y pudieron distinguirla más claramente. Era una casa. Llegaron hasta ella. La puerta, abierta, y el interior, obscuro y siniestro, les infundió cierto pavor.

Realmente era alarmante encontrar aquella hora una casa de campo con la puerta abierta. Por otra parte, el silencio era tan completo, que daba la impresión de que en aquella casa no debía haber absolutamente nadie.

Hamilton y Aleix miráronse como en consulta.

Luego el atleta decidióse a avanzar unos pasos en la obscuridad del zaguán, con los brazos extendidos hacia adelante. Aleix, que entró detrás tanteando también, prendió una cerilla, y el zaguán quedó débilmente iluminado.

Nada había en él que pudiera infundir el menor recelo. Era un zaguán amplio, de casa de labranza. En un rincón estaban amontonados unos cuantos útiles agrícolas; en otro, alzábale la chimenea, de la que pendían las llaves y un enorme caldero de cobre. La lumbre estaba completamente extinguida. Todo señalaba un orden perfecto.

Al fondo descubriase un amplio pasillo. Aleix y Hamilton discurrieron por él, hasta encontrarse ante la puerta entornada de una sala, de la cual salía un rayo de luz.

El atleta, que iba delante, empujó aquella puerta y penetró en la estancia, para retroceder inmediatamente, espantado.

El cuadro que se había ofrecido a su vista era horroroso.

Sobre un sofá medio volcado contra la pared, una mujer, en una posición inverosímil, aparecía bárbaramente degollada.

Una criatura de unos más de un año, con las ropitas ensangrentadas, yacía inmóvil en el suelo, junto al cadáver de la mujer. Una lámpara de mesa, colocada sobre el único mueble que quedaba en pie, iluminaba tristemente la escena.

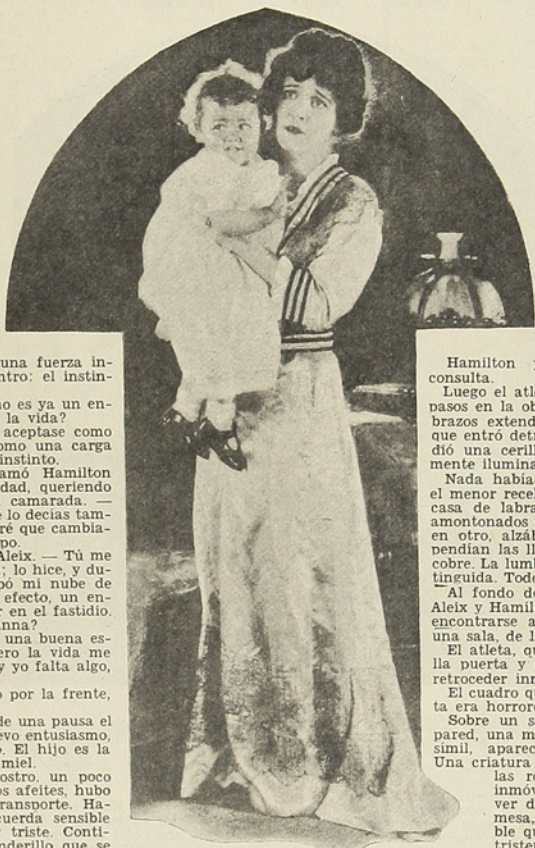
Aleix, que se había detenido a la entrada del cuadro, tan horrorizado

como su compañero, avanzó unos pasos en la sala y se inclinó sobre el cuerpo de la criatura.

—Este niño no está muerto! — exclamó de pronto al ver agitarse ligeramente el débil cuerpecillo.

Se acercó también Hamilton. Aleix había levantado al niño en sus brazos y lo sostenía en alto.

En efecto, respiraba. Por otro lado, la



Exija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
del
mundo

criatura no presentaba ninguna herida. La sangre que manchaba sus vestidos debía de ser la de la madre, probablemente asesinada cuando sostenía a la criatura en sus brazos.

La suposición de este detalle puso un escalofrío de horror en el alma de los dos artistas. Y, acentuados por ese miedo súbito y casi supersticioso que se siente ante la presencia de una persona asesinada, salieron de la sala con los cabellos de punta.

Fuera de ella, Aleix se detuvo de pronto, sublevado contra aquella cobardía.

—No debemos abandonar a esa criatura — dijo.

Y retornó sobre sus pasos.

Al momento volvió a salir con el niño en los brazos.

—¿Qué haremos con él? — preguntó Hamilton.

—Presentarlo a la justicia y dar cuenta de este crimen.

Hamilton calló y ambos pusieron en marcha hacia el pueblo. Los dos iban profundamente conturbados. Antes de llegar a las primeras casas de la ciudad el atleta se detuvo y cogió por un brazo a su compañero, repentinamente asaltado por un temor.

Rápidamente expuso su duda a Aleix. Si presentaban aquel niño a la justicia a semejante hora y en tan extrañas circunstancias era probable que todas las sospechas recayesen sobre ellos.

—¿Por qué? — preguntó

Aleix, sinceramente indignado contra tal hipótesis.

—Porque no tenemos un solo detalle con que justificar nuestra inocencia.

—Contaremos la verdad, y eso será bastante.

—No. La justicia se acoge siempre a su primera sospecha... Luego...

—Luego se sabe siempre la verdad — dijo Aleix, apasionado.

—A veces demasado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Que el asesino puede ser descubierto cuando a nosotros nos han elecido como a tales... Por lo pronto...

—añadió Hamilton — observa que tus ropas, en contacto con las del niño, se han manchado de sangre. Ese es un detalle terrible!...

Aleix se miró. Era verdad: su brazo derecho, en el que apoyaba a la criatura, se había manchado de sangre.

Reflexionó un momento, indeciso.

—¿Qué hacer, entonces? — preguntó.

—Volver a la casa y dejar al niño donde estaba.

—Eso no! — rechazó Aleix, conmovido. — Este niño se puede salvar todavía. No está herido. Debemos cuidarle.

Hamilton adujo aún algunas razones. Aleix no se mostraba conforme. Resolvieron llevarse al niño a la tienda del circo y esconderlo.

—Cuando la justicia haga averiguaciones — opinó Aleix para fortalecer su propósito — lo primero que pensará es que el asesino de la madre se llevó también al hijo. Más tarde, cuando todo se esclarezca, presentaremos al niño y contaremos la verdad.

Hamilton no dijo nada. Torcieron a la derecha, dejando a un lado el pueblo. Y se fueron al campamento de la compañía, situados al otro lado de la ciudad.

Era más de medianoche cuando Hamilton y Aleix penetraron en la tienda de este último. En una cama de campaña, tendida entre los baúles, la joven esposa del payaso, dormía anáclamente.

—Despiértala — dijo Aleix a su camarada, sin soltar al

niño de los brazos. — Hamilton zarandeó el lecho de Hassanna y la joven abrió los ojos, medio dormida. Se restregó obstinadamente los párpados y luego se incorporó resueltamente. Al ver el niño entre los brazos de su esposo quedó muda de asombro.

El payaso le relató detenidamente la aventura.

Hassanna, con ese instinto de ternura maternal que guardan en sí todas las mujeres, había tomado al niño en su regazo y lo acariciaba amorosamente, mientras oía el relato de Aleix.

Cuando éste concluyó, la criatura, solicitada por las maternales caricias de Hassanna, había vuelto a la vida y miraba atentamente el rostro de sus providenciales salvadores.

Luego se echó a llorar desesperadamente.

Hassanna lo calmó y fué a acostarlo en el lecho, junto a ella.

—No, ahí no — dijo Aleix. — A este niño hay que esconderlo en alguna parte.

—¿Y dónde?

El payaso paseó unos instantes por la tienda.

Acercóse luego a uno de los baúles, cogió una maleta de cartón que había encima de él y, abriéndola, dijo:

—Aquí, por una noche, estará completamente bien. Ahora abre unos agujeros en la tapa para que pueda respirar.

Hizolo con suma complacencia y luego colocó al niño dentro.

Hamilton y Hassanna miraron la operación en silencio, como si un mismo presentimiento funesto los embargara.

Aleix, que interpretó aquel silencio y que participó también, bruscamente, de un vago temor, dijo con voz recia, como si tratara de infundir fortaleza a su espíritu:

—No hay que temer nada. Dios no desampara nunca al que hace una obra buena.

En efecto. Dios no desampara nunca

al que hace una obra buena, pero a la mañana siguiente, allá sobre las once, cuando unos campesinos descubrieron el crimen y dieron parte a la justicia, en quienes primero se pensó como probables autores del hecho fué en los saltimbanquis que acampaban desde hacía una semana en las afueras del pueblo.

Y no es que Hamilton y Aleix hubiesen dejado ningún rastro delator en pos de sí. No. La sospecha estaba fundada en viejos prejuicios de leyenda. Es fama, y seguirá siéndolo aun mucho tiempo, que los titiriteros se dedican al rapto de criaturas para amoldarlas desde jóvenes a los ágiles trabajos acrobáticos. Cada vez que se ha perdido un niño en una aldea, la opinión popular se ha dirigido a investigar si había titiriteros en los contornos. De no haberlos, ha pasado a pensar en las tribus de gitanos, que también comparten con los primeros el sambenito. Y, finalmente, si no existen ni unos ni otros, el que se ha cargado la culpa ha sido ese maldito misterioso y trashumante que vive en la imaginación de todas las madres aldeanas y que busca incesantemente las mantecas de los niños para remedio de un tísico poderoso y oculto.

Sin embargo de esta sospecha, la justicia quiso primero buscar indicios acusadores y se pasó a investigar en la mis-

(Continúa en la página...)



ma casa del crimen. Sobre los detalles que ya habían visto los artistas la justicia descubrió algunos nuevos, que no dieron mayor luz al asunto.

Se halló, junto a la víctima, un cuchillo de enormes dimensiones, con el cual debió de perpetrarse el asesinato. Sobre la estera que tapizaba la habitación fueron reconocidas las huellas de una bota de campesino, marcada indeblemente en una de las manchas de sangre. Por último, como cosa más importante, uno de los muebles guardarpapas de la habitación había sido fracturado y vaciado el interior de uno de sus cajones, del que, indubablemente, el asesino había sacado alguna cantidad en metálico que guardaba la víctima.

En otras circunstancias, el criterio de los investigadores hubiese sancionado seguidamente que el móvil del crimen había sido el robo. Es la costumbre en estos casos. Pero como ese criterio estaba ya sojuzgado por la presencia de los saltimbanquis en el pueblo, se pensó que el móvil del crimen había sido el rapto, operándose el robo en segundo lugar, a la pasada.

Consiguientemente, cuando los jueces concluyeron su investigación, se fueron directamente al circo.

Eran aproximadamente las cuatro de la tarde. La función había empezado hacia una media hora y todos los artistas se hallaban en sus tiendas, arreglándose para los respectivos números.

Hassanna, que acababa de abandonar la pista, después de ejecutar su trabajo de equilibrista, se había refugiado en la tienda y abierto la maleta donde guardaban desde la noche anterior al niño. Este, feliz en medio de tanto agasajo como le prodigaba la artista, sonreía inocentemente, tendido en la maleta, tan a gusto como en su propia cama.

Por su parte, Hassanna, satisfecha en sus anhelos estériles de maternidad, sentíase también feliz y regocijada. Aquel niño le parecía un presente del cielo.

Pero en aquel instante de suprema dicha vio que se abrían las cortinas de la tienda y que unos hombres graves y solemnes irrumpían en el interior.

Era la justicia. Las circunstancias mejor combinadas no hubieran dado a la escena mayores apariencias de culpabilidad. El niño raptado en la casa del crimen aparecía secuestrado en una tienda de los titiriteros.

¿Caba una prueba más irrefutable?

Dos años y dos meses estuvieron presos en la cárcel del

partido Hamilton, Hassanna y Aleix, considerados inapelablemente los asesinos de aquella mujer.

Próxima a verse la causa en la capital, un hecho inesperado vino a evidenciar la inocencia de aquellos infelices.

Sucedió que acababa de perpetrarse otro crimen en análogas circunstancias al anterior; pero esta vez el asesino había sido capturado en el momento de saltar la tapia de la casa donde había consumado el hecho.

Se trataba de un campesino que había estado de criado en la casa de la primera víctima. Esta circunstancia, primero, y después la confesión del propio delincuente, esclarecieron el misterio del primer crimen. Se trataba de un hecho vulgar, en el que el único móvil había sido el robo.

Adrian Ventura — como se llamaba el culpable — no confesaba ningún sentimiento de animadversión contra ninguna de sus dos víctimas. Dijo que la noche del primer crimen llevaba dos días sin comer. Había solicitado trabajo y recursos, sin obtenerlos de nadie.

Desesperado, faltó de ese equilibrio moral tras del que sucumben los delincuentes espontáneos, se lanzó al campo. No llevaba ningún propósito fijo, pero al llegar al camino por donde habían pasado Hamilton y Aleix, vio luz en la casa de Teodora Obregón. El había servido en esta casa y, por consiguiente, conocía como nadie la topografía del terreno donde iba a operar. Sabía, además, que Teodora Obregón era viuda y que en la casa no dormía nadie más que ella.

Se aproximó cautelosamente... Saltó la tapia que rodeaba la casa por su parte posterior; penetró en la cocina. Sólo llevaba la intención de robar, pero cuando fué a penetrar en la sala donde sabía que la viuda guardaba sus caudales, Teodoro Obregón apareció ante él con el niño en los brazos, a quien iba a acostar en aquellos momentos, y comenzó a dar gritos de socorro. Desorientado por esta contrariedad, ofuscado, temeroso de ser sorprendido, se lanzó contra la mujer, cuchillo en mano, y puso fin a aquellos clamores bárbaramente.

La mujer, con el cuello cercenado, había rodado sin vida sobre el canapé. El niño había quedado en el suelo, exánime por el golpe que sufrió al desprenderse del regazo de la madre moribunda.

(Continúa en la pág. 30).



El martirio de la neuralgia

desaparece como por encanto con una dosis de

Cafi aspirina

No sólo alivia en pocos momentos el dolor mismo, sino que regulariza la circulación de la sangre y levanta las fuerzas, proporcionando un saludable bienestar.

NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES

También dolores de cabeza, muelas y oído; jaquecas; cólicos menstruales; reumatismo; consecuencias de las trasnochadas y los excesos alcohólicos, etc.



CAFIASPIRINA® (M.R.) Eter compuesto etílico del ácido orto-oxibenzóico con CaCl₂

Las Toses más Rebeldes Desaparecen con el




PECTORAL GEKA

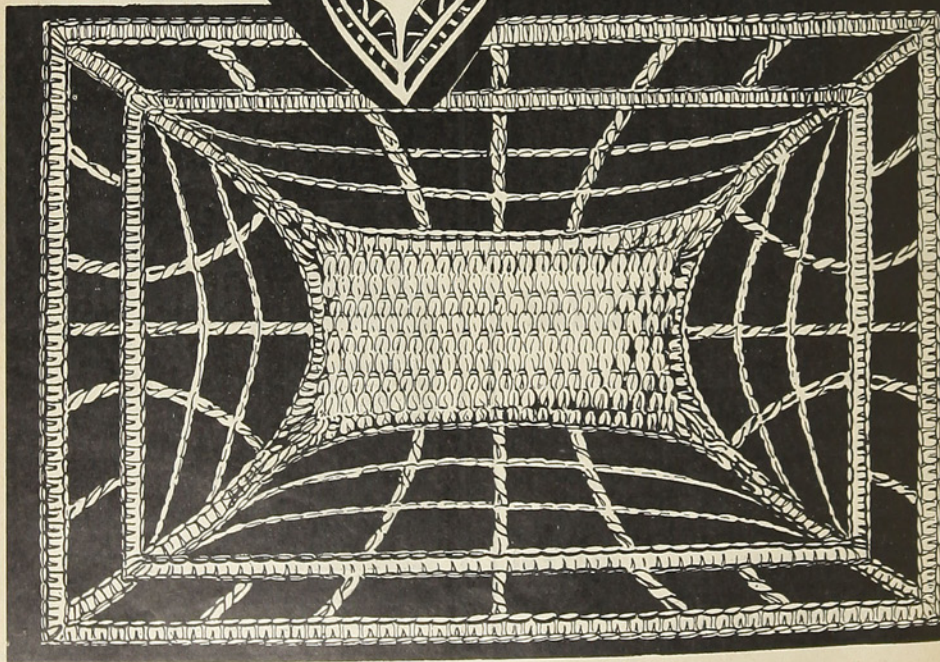
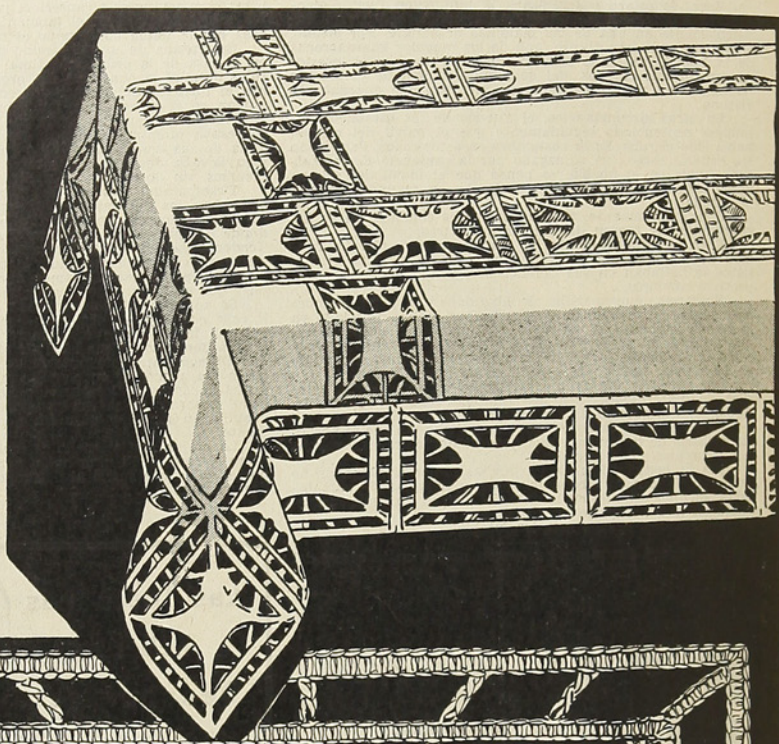
Indicaciones: Tos, Bronquitis, Asma, etc.

Pídalo en todas las Boticas del País

A base de: sulfoguaiacolato, benzoato, amonio, tintura de rosas, acónito, codeína y jarabe de tolu.

Tapiz o Mantel con Adornos a Crochet

Los entredoses que adornan este tapiz, hecho en gruesa tela cruda, se hacen por medio de la repetición de un mismo motivo. Este motivo, como os daréis fácilmente cuenta mirando el dibujo que va en tamaño natural—el detalle por cierto—es sumamente fácil de ejecutar. Para formar los entredoses, reuniréis los motivos teniendo cuidado, para mayor simetría de los mismos, de que los cuatro motivos de los ángulos sean cuadrados. Los entredoses van incrustados en la tela con punto de cordoncillo.



LA BELLEZA FEMENINA

LOS MASAJES FACIALES

Sólo las naturalezas privilegiadas soportan contrariedades y disensos sin quejarse faciales. El rostro inmutable y sereno, el rostro estatuaria responde a un estado fisiológico de excepción, a un organismo que no suele resentirse de ninguna dolencia. Para conservar la frescura del semblante hay que reglamentar la alimentación y el ejercicio corporal y hay que disciplinar el carácter. Además, los masajes faciales serán un ejercicio que emprendido a tiempo prolongará la juventud.

El masaje facial debe practicarse inmediatamente después de las abluciones matutinas. Se apoyarán con fuerza los dedos pulgar, índice y medio, allí donde las arrugas se inician. Hay que acompañar el masaje de un cuerpo grasoso, vaselina, glicerina o alguna de las cremas indicadas para este uso. El masaje deberá hacerse siguiendo siempre la misma dirección. Puestos los pulgares detrás de las orejas, los cuatro dedos restantes de cada mano deben situarse en el centro de la sien e iniciar un movimiento hacia la base de la nariz, luego se cambia el movimiento por otro que parte de la nariz y llega al nacimiento de los cabellos. Los párpados deben ser frotados suavemente.

Las arrugas, conocidas por la gráfica denominación de pata de gallo, deben tratarse partiendo de los ojos y en sentido ascendente hacia las sienes, hecho en sentido contrario acentuará aún más el defecto que tratamos de corregir.

No siempre son las arrugas de fácil desaparición y entonces necesitan ser tratadas en dos sesiones, una matutina y otra vespertina. Como el objeto del masaje es facilitar la circulación de la sangre y devolver a los tejidos su flexibilidad por una constante renovación celular, es conveniente, cuando hay cierta rebeldía, por parte de los tejidos, nutrirlos con materias en que la naturaleza de sus componentes aporte los elementos necesarios e incorporar algún astringente. Combinados con acierto se obtendrá no la tirantez apergaminada y rígida de esos rostros inexpresivos, sino la tersura de la piel de un niño a la que nadie puede negar una flexibilidad incomparable y una frescura que todas perseguimos.

PARA EL CUTIS

Se mondan varios pepinos frescos, se aplastan y machacan en el mortero para que suelten todo el jugo, que deberá recogerse pasándolo por un tamiz. Se añadirá un poco de alcohol y bórato de sodio. Se conservan en un frasco. Debe usarse todas las noches antes de acostarse.

Lavándose diariamente con agua a la que se le añada un poco de vinagre aromático y tintura de benjuí, mejorará su cutis notablemente.

También se recomienda como buen astringente el siguiente preparado:

Alcoholato de limón	20 gramos
Acetate de almendras dulces	20 "
Tintura de benjuí	20 "
Goma tragacanto	2 "
Bórato sódico	2 "
Agua de rosas	20 "

LA CAIDA DEL CABELLO

Reconoce como causa en la mayoría de los casos, la seborrea del cuero cabelludo. Puede conjurarse el peligro lavándose semanalmente la cabeza con quillay y usando:

Captol	1 gramo
Acido tartárico	1 "
Hidrato de cloral	1 "
Alcohol	50 "
Agua de Colonia	50 "

El modo de usarlo es como loción en fricciones suaves contra el cuero cabelludo.

Quando la paciencia de la mujer llega a ciertos límites...



¡Las mujeres son los seres más maravillosos del mundo! Ciertas veces llegan muy fácilmente a fastidiarse e irritarse por cosas verdaderamente nimias, mientras que, en cambio, otras veces resisten con una paciencia rayana en la resignación, a un estado de cosas realmente desolador, como, por ejemplo, cuando, por falta de las debidas atenciones, corren el riesgo de ver destruidos o eclipsados sus propios encantos naturales y factores de belleza. Toda mujer puede y debe ser alegre, simpática, fascinadora. Basta, a veces, para que la vista quede subyugada, poder ofrecer a la admiración de sus semejantes un cutis hermoso, terso; sin embargo, ¡cuántas mujeres se resignan a no poder ostentar tan preciado don natural, sometiéndose a los dictados crueles de una naturaleza madrastra!

Y esto es un error, un error gravísimo; dada la intensidad con que vivimos nuestra vida moderna, sería demasiado pedir, querer que la Naturaleza eliminara en absoluto y por sí sola los rastros que los trajines de la existencia diaria imprimen en nuestras facciones. La pobreza de la tez, las arrugas que se asoman a las comisuras de los labios y que afean la boca, o las que se encarnizan en los ángulos de los ojos, quitándole casi todo su encanto, son consecuencias directas e inevitables del cansancio y de los afanes de nuestra actual existencia tan agitada. ¡Pero sería demasiado fatalismo, verdaderamente oriental, el de someterse resignadamente a estos defectos tan injustos, pero también tan fácilmente remediables! El cutis puede ser librado de todas estas imperfecciones, y devuelto a su lozanía, juvenil, pristine frescura, y con todos los atractivos de una hermosura genuinamente natural.

Sólo se exige, para lograr tan halagadores resultados, aplicarse una crema mercolizada, que puede hallarse en cualquier farmacia. De esta manera toda la piel marchita y fea desaparecerá para siempre, y con ella una causa de profundo dolor moral.

Contrariamente a lo que acontece con tantas cremas de toilette que sólo consiguen

obstruir los poros de la piel robando a ésta su lozanía, la crema mercolizada tiene la virtud de obrar de acuerdo con lo que es su principio básico, es decir, que, en vez de agregar algo al cutis, le va quitando las capas de células ya muertas, haciendo de esta manera que aparezca la nueva piel que surge de las profundidades de la epidermis para venir a irradiar a la superficie. La crema mercolizada, aplicada de noche, antes de acostarse, estimula las sensibles células de las terminaciones nerviosas de la piel, haciendo que su reacción resulte más eficaz y benéfica, pues durante las horas del sueño y del reposo las facciones se distienden y se prestan mejor que en cualquier otro momento a esta obra de regeneración de la piel.

También al respecto de otro defecto, las mujeres demuestran una tendencia a aceptar las cosas así como vienen, defecto que el buen gusto exige eliminar por medio de un tratamiento racional y radical. En lo que se refiere al vello o bozo, no todas las mujeres saben aún que es tan fácil suprimirlo en forma definitiva, con la simple aplicación de porlac en polvo, que toda farmacia puede suministrar. Mezclando este polvo con un poco de agua y aplicándolo al pelo superfluo, se nota inmediatamente que éste se encrespa, siendo entonces fácil eliminarlo con la ayuda de una tarjeta, arrastrando de esta manera junto con la pasta todo el vello, y quedando así el cutis terso y absolutamente suave. Aun en el improbable caso de que el vello volviera más tarde a aparecer, sus raíces quedarían de tal modo debilitadas que, con la repetición del procedimiento indicado, se le quitarían definitivamente las veleidades de nuevas reparaciones. El porlac es perfectamente inofensivo, no produce dolor alguno, y puede usarse con frecuencia si así resultara necesario.

Por supuesto, una cabellera debe conservarse en un estado de constante limpieza, porque si ella es grasenta no podrá lucir toda sus galas. Permiéndole el tiempo, la cabellera debe ser lavada todas las semanas, empleándose para ello el stallax, bastando una cucharada de estos olorosos gránulos de stallax, disueltos en una taza de agua, para preparar el mejor lavado de cabeza o shampoo. Este shampoo presenta la ventaja de hacer una limpieza absoluta del cuero cabelludo, estimulando, a la vez, el crecimiento del cabello, poniéndose este último lustroso, brillante, sedoso y ondulado. Un paquete de stallax, que cualquier boticario podrá proporcionar, sirve para hacer más o menos 40 shampoos, y su precio, que alguien podrá considerar caro, resulta verdaderamente económico, si se consideran bien las cosas y las ventajas que su uso reporta. Las madres juzgan que el stallax es el mejor para la limpieza del pelo de los chicos.

Todos los procedimientos indicados pueden llevarse a la práctica en el hogar, sin necesidad de gastar dinero en los costosos tratamientos de belleza, y con sólo seguir las sencillas indicaciones señaladas en este artículo.

Recetas experimentadas de "Para Todos".

BEBIDAS FAMILIARES QUE SE PUEDEN HACER EN CASA

Vieja receta:—

- 2 litros de vino blanco;
- 750 gramos de miel cruda;
- 20 gramos de canela;
- 3 gramos de jengibre;
- 3 gramos de limón;

Ponerlo todo en un recipiente. Dejar reposar tres días y servir.

Néctar del siglo XIII:—

- 2 pintas de vino;
- 1/2 onza de canela;
- 2 dracmas de jengibre;
- 1 libra de miel.

Té francés:—

- 1 manzana reineta bien lavada;
- 4 higos secos bien lavados;
- 2 o 3 gajos de limón o de naranja;
- 1/2 litro de agua;
- 1/2 pedazo de azúcar.

Lavar los higos y dejarlos en el agua algunas horas. Ponerlos al fuego y agregar la manzana cortada en trozos con la piel, agregar la canela, y dejar cocer diez a quince minutos. Poner en la tetera los gajos de limón o de naranja, verter en seguida la preparación antes descrita,

bien caliente, dejar en infusión unos doce minutos y servir.

Té de avena:—Preparar una decocción de avena y agregar un poco de leche. Así se obtiene una bebida fortificante de un gusto vainillado exquisito.

Para hacer mejor el café:—Para desarrollar el aroma del café, cuando este ya está preparado, es bueno echar en la parte superior de la cafetera una pinta de sal fina, y dejarle caer el agua hirviendo. Nada revela en seguida al gusto, que se le ha puesto sal.

Licor de Borgoña:—Sumergir un palo de vainilla en un vaso de aguardiente, durante ocho días. Derramar entonces este aguardiente en tres cuartos de litro de buen vino viejo dulce. Así se obtiene el Licor de Borgoña, muy rico en alcohol y que es preciso beber en muy poca cantidad.

Licor de nuez:—Coger en su tiempo las nueces verdes, y partirlas en dos. Dejarlas en infusión en aguardiente, seis a ocho por litros, durante tres meses. Filtrar. Preparar un jarabe de azúcar. 400 a 450 gramos de azúcar por litro de líquido—y mezclarlo al alcohol.

Crema de anís:—

- 25 gramos de anís;
- 1 litro de alcohol;
- 1 kilo de azúcar cristalizada;
- 1 litro de agua caliente.

Hacer una infusión durante una semana con los granos de anís en alcohol. Hacer un jarabe con el azúcar y el agua. Colar la infusión de anís en un lienzo fino y mezclarla al jarabe de azúcar. Dejar reposar durante algunos días y filtrar.

Chartreuse imitado:—

- 2 litros de alcohol;
- 4 gramos de anís de estrella;
- 3 gramos de uva angelica;
- 1 gramo de azafrán;
- 1 kilo y medio de azúcar cristalizada;
- 1/2 litro de agua.

Hacer macerar en el alcohol durante dos o tres días, el anís de estrella, la uva angelica y el azafrán. Colar la mezcla y agregarle jarabe hecho con azúcar y agua.

Chartreuse imitado verde:—

- 2 gramos de anís verde;
- 4 gramos de menta;
- 4 gramos de menta;
- 5 gramos de granos de angelica;
- 1 gramo de azafrán;
- 1 kilo y medio de azúcar;
- 1 cuarto litro de agua.

Proceder como en el anterior.

De todas las bebidas, el agua pura es la mejor:—Para purificar el agua, el procedimiento más seguro es hervirla. El doctor Vincent preconiza los comprimidos, uno por litro, compuestos así:

Hipoclorito de calcio, 0.015 gr.; cloruro de calcio, 0.08 gr.

Agitar de tiempo en tiempo. El agua puede ser bebida al cabo de quince minutos.

EL PAIS DE LAS HADAS

Si alguien llegara a saber dónde está el palacio de mi rey, el palacio se desvanecería en el aire. Sus paredes son de plata blanca y su techo de oro puro. Mi reina vive en un alcázar que tiene siete patios y lleva más joyas que hay en el tesoro de siete reinos. Madre, déjame tu decirte, en voz baja, dónde está el palacio de mi rey. Mira: está en aquel rincón de la azotea, donde está la maceta de "Tulsi". La princesa duerme, encantada, en la playa lejána de los siete mares que no se pueden pasar. Sólo yo en el mundo puedo encontrarla. Oye: tiene los brazos llenos de brazaletes y gotas de perlas en las orejas. La caballera le llega al suelo. Se despertará cuando la toque yo con mi varita de virtud, y al sonreírse será como si le derramaran joyas de los labios. Te lo voy a decir bajito, madre: la princesa está en aquel rincón de la azotea, donde está la maceta del "Tulsi".

Cuando sea la hora de irte a bañar al río, sube a la azotea, madre. Yo estoy sentado, mira, allí, en aquel sitio en que las sombras de las paredes se juntan. Sólo a la gata le permito estar conmigo, porque la gata sabe dónde vive el barbero del cuento. Déjame tu decirte al oído, madre, donde vive el barbero del cuento. Vive en aquel rincón de la azotea, donde está la maceta del "Tulsi".

RABINDRANATH TAGORE



Un buen estómago...

Los dolores de estómago, muy penibles, indican un estado capaz de acarrear los peores accidentes. Si, en consecuencia Ud. siente malestar, pesadez, acidez, fermentaciones gaseosas, el estómago aventado, cúidese Ud. en seguida y energicamente. El inconveniente que tiene el bicarbonato de sosa es que después de una calma engañosa, aumenta la acidez gástrica, y, como resultado, exagera el estado mórbido doloroso. Por el contrario, un producto científico, como las

PASTILLAS DIGESTIVAS **THIERRY** M. R.

satura los ácidos del estómago y a causa de ello suprime el dolor.

2 ó 3 pastillas después de comer, como digestivo.

1 ó 2, como calmante y digestivo en caso de dolor de estómago.

De venta en todas las farmacias.

—Una de Magnesia, Fosfato y Carbonato de Cal, Bicarbonato de Sosa y Balaúda.

Caja chica para prueba, 2.—Caja grande, \$ 6.

Representantes: Est. Ch. Collière.—Rosas, 1352.—Santiago.

(Continuación de la página 27)

UNA HISTORIA DE SALTIMBANQUIS

Luego el asesino, animado por esa actividad febril que acompaña a los hechos extraordinarios, deserrajó la cómoda, sacó el dinero, abrió la puerta de la casa y huyó con él, desprovisto, a campo traviesa.

Fué en aquel momento cuando Hamilton y Aleix vieron cruzar la sombra por el camino.

Los pormenores de su segundo crimen eran análogos en todo a los del primero.

No hay que decir que fué sentenciado a la última pena y ejecutado dos meses después de dictarse el veredicto.

En cuanto a Aleix, Hamilton y Hassanna, puestos en libertad, fueron desagradados públicamente por todo el pueblo. Después de esto, el payaso y Hassanna expresaron su deseo de que se les dejase adoptar a aquel niño huérfano como única recompensa a sus torturas.

No había nadie en la ciudad perteneciente a la familia de Teodora Obregón, y como, por otra parte, el sentimiento público era favorable a esta demanda de los artistas, Hassanna y Aleix pudieron partir una semana después de la ciudad, llevándose con ellos al niño sin familia.

OCTAVIO LUXEMBURGO

SE ALIVAN LAS AFECCIONES CUTÁNEAS



Lo venden las mejores farmacias, en la conocida botella azul.

cundo se mantiene limpio y sano el canal intestinal.

Todo el que estima lo que vale una tez radiante, debe evitar el estreñimiento tomando Laxol, el purgante seguro y eficaz.

Laxol es purísimo aceite de ricino hecho grato al gusto y al olfato mediante su mezcla con substancias aromáticas. Los médicos lo recomiendan.

LAXOL

A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A.

Acete de Ricino Purificado 88.96 gramos Sacarina 0.14 gramos
Esencia de Menta 0.90 gramos Total 90.00 gramos

O R A C I O N

Señor: yo no te pido la gloria inmarcesible ni que tus manos curen mi terrenal dolor, sólo, Señor, te pido que me des la alegría de que muera sabiendo lo que es un fiel amor.

Yo, Señor, hasta ahora, la verdad, no he sabido lo que es el amor fervido de una mujer leal; yo, Señor, cuántas veces en mi vida he amado a una mujer, la prueba me resultó fatal.

La culpa ha sido mía; lo sé; yo me entregaba líricamente, ciego, con infantil candor, y ellas, al ver el modo de amar que yo tenía, reíanse, perversas, de mi indefenso amor.

Mi corazón ha sido como una flor ubérrima como el rosal fragante de un prodigioso vergel, donde ellas, como abejas, libaban un instante la miel de sus panales con su aguijón cruel.

BRASA SECRETA

Brasa oculta que me quemas la seda azul del espíritu, que tiembles en mis palabras y en los cantares te brindo.

Mi vida sería sin ti igual que un nevado piceo, un jardín que no ofreciera la inocencia de sus lirios.

Río negro, sin rumores, cuerda en tensión sin un rítmico acorde, barco sin mástil en el mar de mi destino.

¡Brasa oculta que me quemas, mil veces voy te bendigo, porque me acercas soñando a la belleza que ansío!

¡Porque en los ojos que me hablan me haces bajar a su abismo, y voy recogiendo música en las alas de un suspiro!

Quémame, brasa secreta, haz un telar con los hilos de mi alma, para envolver de otra alma en que estoy cautivo.

Haz un carbón duro y rojo de mi corazón sencillito, que yo te sabré llevar como un tesoro escondido.

¡Quémame, brasa secreta la seda azul del espíritu!

FELIX B. VISILLAC

RIMA PROFANA

La blanca niña que adoro lleva al templo su oración; y como un plano sonoro suena el piso bajo el oro de su empinado tacón.

Sugestiva y elegante, toca apenas con su guante el agua de bautizar, y queda el agua fragante, con fragancia de azahar.

Luego ante el altar se inclina, donde un Cristo de marfil que el fondo obscuro ilumina, muestra la gracia divina de su divino perfil.

Mrandola, así, de hinojos, siento invisibles antojos de interrumpir su oración, y darle un beso en los ojos que estalle en su corazón.

FABIO FIALLO

EL HOMBRE Y EL LEON

Cierto día se encontraron un hombre y un león y quisieron saber cuál de los dos era el más fuerte y el más valiente.

El león dió pruebas de su fuerza poderosa; pero el hombre se contentó con sonreír y mostró al león un cuadro en el que estaba representado un hombre que estrangulando a un león.

Y el león contestó: —Si nosotros supiésemos pintar, este cuadro representaría un león estrangulando a un hombre.

LOKMAN.

Si tú, Señor, quisieras... Me voy sintiendo viejo; ya para mí la vida tiene una triste luz; más sienes ya blanquean, y, al vérmelas, me digo que ya poco me queda de soportar mi cruz.

Por eso, yo te pido, Señor, que me concedas, antes de que mis horas se acaben tu piedad; Señor: ¡que un día sólo sepa mi pobre vida, lo que es un amor fervido de una mujer leal!

Que así cuando yo muera, me llevará encendido, dentro de mí, el recuerdo de esa inmortal pasión, y en el silencio triste de mi profunda huesa será una viva llama mi rojo corazón.

Una votiva lámpara, fanal de mi amiga lumbre, que guarde mi ruta por la honda obscuridad del piélago que cruza la barca del sombio Carón para llevarnos hacia la eternidad.

FERNANDO LOPEZ MARTIN

IN MEDIUM VERITAS

Quiero un hombre; nada más. ni pacato, ni arrogante, ni muy caído el semblante ni muy echado hacia atrás.

Que a todo se entregue un poco, pero que nada lo absorba, ni ponga mirada torva porque alguno le haga el coco.

Que a todos tienda la mano y se muestre siempre igual; con el humilde, un hermano, con el soberbio, un fanal.

Que no hable con voz muy queda, menos con gesto altanero, y lleve el puño de acero forrado en guante de seda.

Que observe la compostura que cuadra en cada ocasión; dulce con toda criatura, firme con todo mandón.

Que a nadie bese los pies, siendo a todos reverente, supuesto que lo cortés nada quita a lo valiente.

Que se halle siempre dispuesto en favor del semejante, y lo encuentre en todo instante todo deber en su puesto.

Que, severo con sí mismo, en su vida se resuma este clásico aforismo: "summum jus, injuria summa".

LEOPOLDO VELASCO



Fuerzas perdidas

Carece usted de energía, el menor esfuerzo le abate, le duele la cabeza, neurálgias penosísimas le dejan agobiado, tiene ideas negras, toda epidemia se cebó en usted. Recobre confianza: merced a la

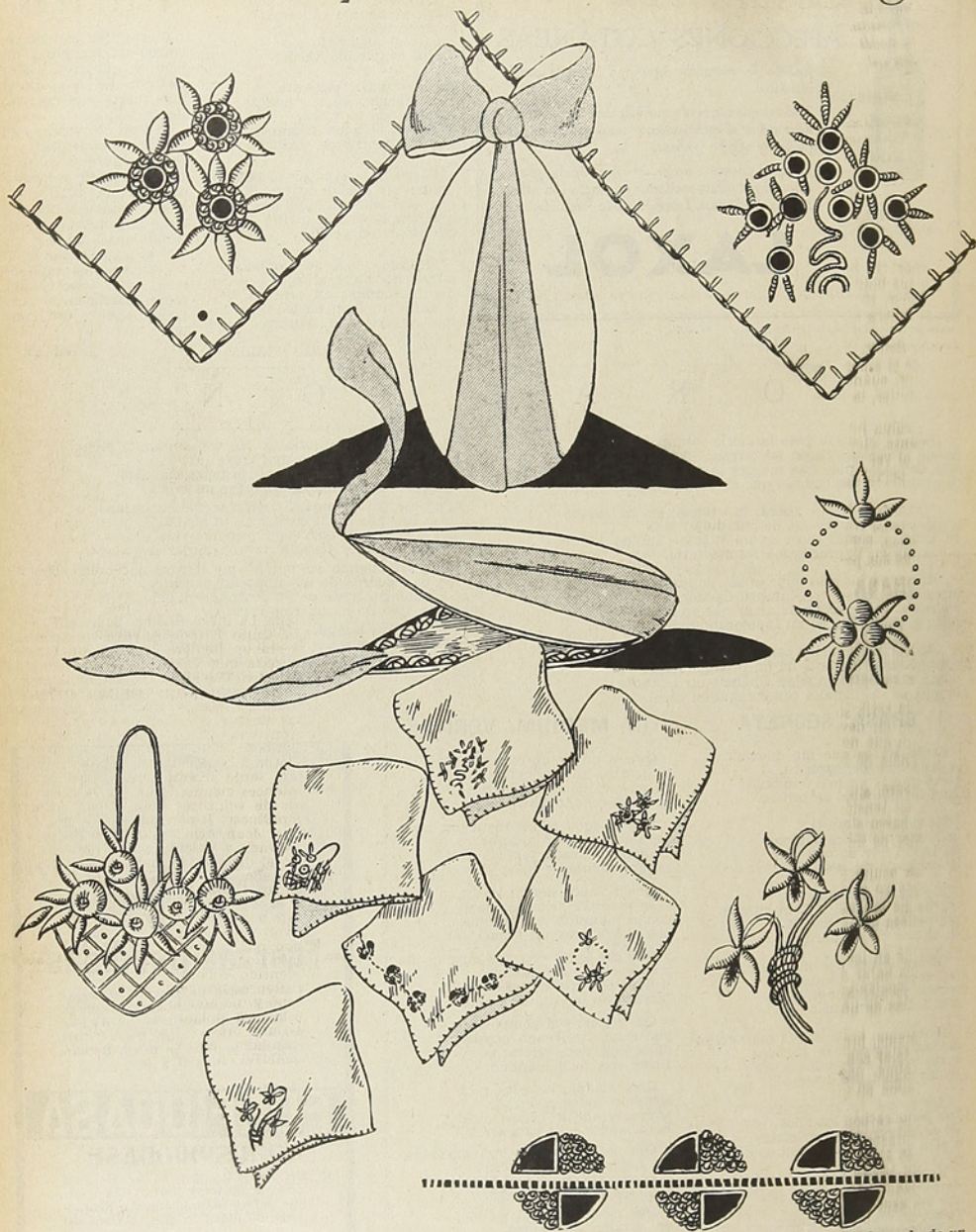
FOSFODASA (PHOSPHODASE)

sus fuerzas van a volver. Se verá usted a salvo de todas estas terribles enfermedades: anemia, neurastenia, debilidad, gripe, tuberculosis.

Labor de la Phosphodase La Ferté-Bernard (Francia)

Fórmula: Yodo, Hipof. Sodio. Pric. acthoj. Nogal.

Para el Cumpleaños de nuestra amiga



Si tenéis que hacer un regalo a vuestra amiga para el día de su cumpleaños, he aquí una idea muy agradable. En una cajita en forma de huevo de Pascua, podéis reunir esta graciosa colección de pañuelos bordados. Para cada uno de estos pañuelos, os hace falta un cuadrado de batista de hilo de 27 a

28 centímetros por lado. Cada uno de ellos va adornado de un pequeño motivo que bordaréis con algodón. Estos motivos se hacen sin nudos en punto de cordoncillo. Cada pañuelo va limitado por una delicada guarda, hecha por medio de un festón pespunteado.

RODOLFO VALENTINO

O EL DON

JUAN MALOGRADO

La verdadera historia de los amores de Rodolfo Valentino no será probablemente nunca enteramente conocida. Después de su muerte, sin embargo, ciertos hechos han emergido de la sombra un poco misteriosa en que Rodolfo gustaba de esconder sus amores.

Numerosas son las mujeres que pueden afirmar con toda sinceridad que han sido amadas por él. Muchas de entre ellas no son conocidas. Algunas no lo serán jamás.

Antes de llegar a Estados Unidos y en el barco que le conducía a ese país, Rodolfo hizo conocimiento con una bailarina ameri-



cana, de la cual se enamoró perdidamente. Se llamaba ésta Marion Hennlon y parece que no correspondió a su amor. Lo aceptó únicamente a modo de diversión para disminuir el hastio del viaje. Ella fue quien le enseñó a bailar. Así el gran actor, entonces completamente desconocido, comenzó su vida sentimental con un amor desgraciado.

No tardó en olvidarla, o para ser más exactos, en dejar de sufrir. Luego encontró en un café cantante a una mujer de la cual sólo conocemos el nombre: Blanca. Era una muchacha del Sur, cultivada, encantadora, noble. El la amó. Pero esto duró poco tiempo. Blanca se casó en seguida con un atleta famoso, Jack Desau-

lles. El matrimonio no fué feliz. La infiel Blanca, llamó a Valentino en su ayuda. Quiso divorciarse para vivir con él. Pero el marido era un hombre brutal y sin honor, y se las arregló para que Valentino se viese implicado en un asunto feo. Valentino fué detenido, puesto en prisión, pero su inocencia era tan evidente, que se le dejó libre en seguida. Cuando él regresó a su club, todos sus amigos le volvieron la espalda. Herido en el corazón, Valentino dejó Nueva York para marchar a Hollywood.

Conoció el hambre y la miseria, y buscó inútilmente, y durante largo tiempo, una ocupación de bailarín. Fué entonces cuando él amó y se casó con una joven actriz de veintitrés años, "Joan Acker". Matrimonio tempestuoso. Reconciliación, y, por fin, ruptura definitiva. Joan Acker marchó a hacer un film en Sierra Nevada y Valentino la olvidó. No sin pena, ella aceptó el divorcio. Cuando ya estaba ésta por pronunciarse, ella le escribió la siguiente carta, que fué leída en los tribunales:

"Amor mío, si supieras cómo quisiera tenerte en mis brazos en este momento! Tengo tanta necesidad de ti. ¿Cuándo volveré a verte? No me olvides. Recuerda, sobre todo, que siempre tengo fe en la estrella de mi delicioso Rodolfo de los ojos nocturnos".

Por fin, Valentino encontró una plaza en una casa de cinema. Representó como partenaire de Bebé Daniels. La amó y fué amado por ella. Después se separaron como buenos amigos.

Después tuvo una breve y fogosa pasión por Nita Naldi, joven italiana, maravillosa y cinica.

NATACHA RAMBOVA. Su segundo y verdadero negocio de corazón, fué uno de los más extraños de su vida sentimental. Cuando Mme. Nazimova estaba en el cenit de su carrera, tenía entre sus directoras artísticas, una brillante y activa joven de ambiciones considerables. Se llamaba Natacha Rambova. Encontró a Rodolfo y se convirtió en Mme. Valentino. Este matrimonio, puede decirse, que estaba determinado de antemano. Natacha Rambova tenía el alma de un Napoleón. Rodolfo soñaba con un hogar donde hubiera un bebé y alguna paz. Pero ella le llevó a una casa con columnas de mármol y drapados artísticos.

Sobrevino la ruptura cuando Mme. Valentine se arriesgó con el dinero de Rodolfo a hacer producción cinematográfica. Ella hizo un film de largo metraje que costó 80.000 dólares y que no se ha visto jamás.

Durante ese tiempo, Valentino se había levantado. (Continúa en la página 53).



EL TREN



He aquí a madame Cecile Sorel que se presenta en la puerta del gran restaurante y quiere también huir, acompañada del conde de Segur, su marido; una nube de fotógrafos, salidos no se sabe de dónde, reclaman algunas poses; es así que nuestro Celimen nacional, consiente gentilmente en bajar de su coche y mostrarnos su toilette.

La bella artista de la Comedia Francesa, lleva un ensemble de grueso encaje de lana beige muy pálido, la ena-

y el bacará obtienen en Cannes un éxito loco; a todas horas los bailarines y los jugadores se entregan con furia a su pasión, siendo las mujeres las más entusiastas. Y se presentan allí, en gran elegancia, completamente diferentes, desde luego, a lo que se llevaba el año pasado en la misma época. Haciendo sido desterrado para siempre el traje de sport, sólo vemos damas vestidas de crespón raso unido o con dibujos muy pequeños, de terciopelos ligerísimos, como muselinas y

gua ondulante, cortada en forma y montada bajo un pequeño "empiétement" prendido a la chaqueta, blusando sobre un cinturón; una gran corbata de crespón de China color de fuego, da a ese conjunto una nota viva que no excluye en nada una perfecta distinción y que se completa con un abrigo trescuartos, en el mismo encaje de lana. Un gran fieltro beige, audazmente levantado sobre el ojo izquierdo con tres pequeñas plumas de faisán, armonizando con la echarpe, cubre su elegante cabeza. Después de mirar, admirar y aplaudir, los paseantes agrupados un segundo antes, se separan y el auto parte a toda velocidad.

Una vuelta por el casino, permite comprobar que el dancing

AZUL

Por Therese Clemenceau



hasta panas recortadas de pelo corto y brillante. Los tonos vivos se oponen a los colores oscuros con tal igualdad, que no se podría decir si los unos son preferidos a los otros.

En verdad, la mujer actual posee todos los coloridos y lo que se muestre un día con un ensemble negro, digno y severo, se presentará al día siguiente con un conjunto de tal manera alegre, que sembrará la animación en torno de ella.

Veamos en la gran sala de juego, la mesa del rey. Está presidida por el ex soberano de Portugal, Manuel, y guardada por rígidos criados con calzón corto, penetrados de su importancia. A su alrededor está la multitud de europeos, asiáticos, americanos. La princesa Bida de Rapurthala, causa sensación por su belleza, el esplendor de sus esmeraldas, que se destacan sobre un vestido de moaré blanco, muy largo, tocando el suelo por todos lados y dejando apenas a mis ojos de periodista, descubrir sus pequeños zapatos verdes, de acuerdo con sus piedras preciosas.

Las Dolly sisters buscan en vano una mesa libre, y se pasean tan rodeadas de un círculo de amigos, que es muy difícil aproximarse a sus ruidosas personas.

Sin embargo, un poco de perseverancia me permite ver a Jenny, forrada por un vestido princesa de raso color de carne, muy corto por delante, en una anchura de algunos centímetros solamente, y se alarga tan completamente, que por detrás forma una verdadera cola. En cuanto a Rosy, se ha hecho crear un modelo enteramente personal, en tul verde pálido de estilo, hecho de mil pequeños volantes y cuya

(Continúa en la página 53).

El Amor Después del Primer

He aquí un periodo bien inseguro, un periodo de prueba para una mujer sin atractivos que se ha asegurado el amor de un hombre por su propio esfuerzo. Me refiero al primer año de matrimonio. Porque durante este periodo él tendrá tiempo bastante para descubrir si la encantadora vision que de ella forjó su cerebro es su verdadera personalidad o fue sólo una comedia representada para conquistarlo.

Toda la habilidad de la mujer será entonces precisa para conservar el amor del hombre. Suponiendo que ella haya

dad que le impongan, acabará por engañar a la mujer, inevitablemente, con lo cual ella quedará en posición nada envidiable. Además... ¿cómo se rie la gente del hombre a quien de un modo visible domina su mujer!

Supongamos también que ella ha comprendido todas las flaquezas de que adolece su esposo. Comprenderá asimismo, por lo tanto, cuáles serán para él las más peligrosas tentaciones y procurará evitárselas. Mas... fuerte o débil, ninguna mujer puede retener a un hombre de otro modo que con-



atravesado segura todo el periodo del noviazgo y salido triunfante de la luna de miel... ¿qué pasará después? Es en extremo importante averiguar cuál de los dos posee carácter más enérgico.

Examinemos el caso de la mujer que, en esto, se encuentra en posición ventajosa. Durante la luna de miel ha podido comprender, con más fuerza que nunca, que su esposo no posee un carácter tan entero y tenaz como ella, y aunque lo adore y él la adore a ella, su deber es tomar el gobierno de la casa y guiarlo a él en la lucha por la vida.

Lo primero, sin embargo, que debe hacer, si quiere conservar el amor de él, es ocultarle con gran cuidado este descubrimiento. Debe ocultarlo también a sus comunes amigos. Nada hay tan lamentable como una mujer que blasona de una superioridad que al fin no le valdrá de nada, pues aunque el hombre pueda, al parecer, conformarse a la autori-

servándolo enamorado de manera que, al querer complacerla le impulse su deseo de agradarla, no sólo su afán de evitar riñas y escenas desagradables.

Hay muy pocas personas que sean capaces de tener presente siempre "el fin" que desean conseguir; muchas veces se olvidan de ello por la fuerza del propio egoísmo, que lucha por manifestarse. Es preciso recordar que en cuanto estoy diciendo trato de beneficiar a las muchachas que sin grandes atractivos personales y a fuerza de habilidad han logrado captarse el amor del hombre con quien desean casarse y que, como es muy natural, anhelan conservar por el mayor tiempo posible una felicidad ganada con tanto trabajo. Por ahora no me dirijo a las jóvenes de fascinadora belleza ni a las casadas que están menos enamoradas de sus maridos que sus maridos lo están de ellas (aunque, considerando la naturaleza polígama del hombre, que le inclina a

Año de Matrimonio. Por Elinor Glyn

la variación, no perderían tampoco éstas el tiempo enterándose de lo que a las otras digo).

Mas nuestra esposa, como hemos admitido desde el principio, está locamente enamorada de él... mucho más enamorada todavía que durante el noviazgo. Es, pues, en absoluto impredecible para su felicidad que él continúe amándola, por lo que ella no deberá dejar en reposo su inteligencia si no quiere perderla. Ante todo debe procurar no perder nunca el sutil misterio que era su principal encanto, ni dejarle a él que sea demasiado familiar en las manifestaciones de la vida cotidiana.

¿Cómo puede un hombre continuar enamorado de una mujer que le permite día tras día verla en los menos atractivos momentos de su toilette? ¿Qué efecto causará en la sensualidad masculina un cabello apretado por las horquillas rizadoras y una nariz cubierta de cold-cream?

Ahora podría hablarlos de las más altas cualidades morales, elevando el tono de mi predicación hasta las nubes... pero creo inútil el hacerlo, pues que estamos aquí para "lograr un fin": la felicidad de la pobrecita esposa, que es vulgar y desprovista de atractivos, como muchos miles de hermanas suyas de todos los países, y por ello me es preciso atenerme a lo que, nos guste o no, es de mucha más importancia para conservar el amor de un hombre que todas las cualidades morales, ¡ay!, habidas y por haber.

Todos nosotros, hombres y mujeres, poseemos una sensualidad. Y sucede que, a veces, buenas esposas y madres excelentes se asombran y lamentan de que los hombres den amor y fidelidad a indignas mujeres de equivocada conducta. Y no se detienen a pensar que esas indignas criaturas tienen la suficiente habilidad para no decepcionar jamás los sentidos de un hombre.

Así, ¡no olvides tampoco esto nunca, y dedica cuanto dinero puedas de tus economías a embellecerle y adornarte para las horas en que estés sola con él.

Por bien que te compungas para salir con él y si inconscientemente se ha fijado en ti cuando estabas desarreglada y poco presentable, quedará influido, sin que tu ni él lo advirtáis, el buen efecto que pudiera causarle el primer de tu vestido, y poco a poco, el recuerdo de tus momentos menos atractivos se fijará en su imaginación. Sé, pues, muy cuidadosa de ti persona en la intimidad; trata de mostrarte siempre tan deseable como cuando eras su prometida.

También debes procurar infiltrar en ti esposo la idea de que se ha de esforzar en mostrarse contigo tan complaciente como antes de la boda. Todo esto, ahora que vives a su lado y sabes con certeza lo que le gusta y lo que no, te será mucho más fácil, pues no te exigirá una atención tan reconcentrada como cuando, de lejos, tratabas de inquirir sus aficiones y antipatías.

Si todo esto te hace malgastar excesivo tiempo o te parece que representa demasiado esfuerzo, debes preguntarte francamente qué harás: si abandonar la lucha y dejarte ir, con la probabilidad de perder su amor, o continuar luchando, con la certeza de vencer. No vaciles entre una y otra cosa: O lo uno o lo otro.

¡Desgraciados los débiles que no tienen valor para realizar hasta el fin lo que han tenido la presunción de empezar! Hacen siempre o muy poco o demasiado y labran su propia ruina.

Si crees que es demasiada molestia estudiar a tu esposo y dominar tus propias impresiones, no te molestes más, pero no te quejes de tu suerte cuando comprendas que ya no te ama. Si no posees una gran fortuna, surgirán numerosas complicaciones domésticas que serán tantas desilusiones para ambos. Trata, sobre todo, pues, de que en lo que depende haya los menos tropiezos posibles, y si tu esposo tiene que trabajar todo el día, como casi todo el

mundo trabaja ahora, trata de hacerle sentir, cuando vuelva a casa, que la dicha y el reposo están en ti y en su hogar. Que no te encuentre deprimida y malhumorada, presta a contarle tus peleas con las criadas u otros asuntos domésticos igualmente poco interesantes. Si en realidad quieres de te aconseje sobre cualquier cosa, pregúntale con sencillez, y una vez tengas su opinión sobre el asunto no insistas más acerca de ello.

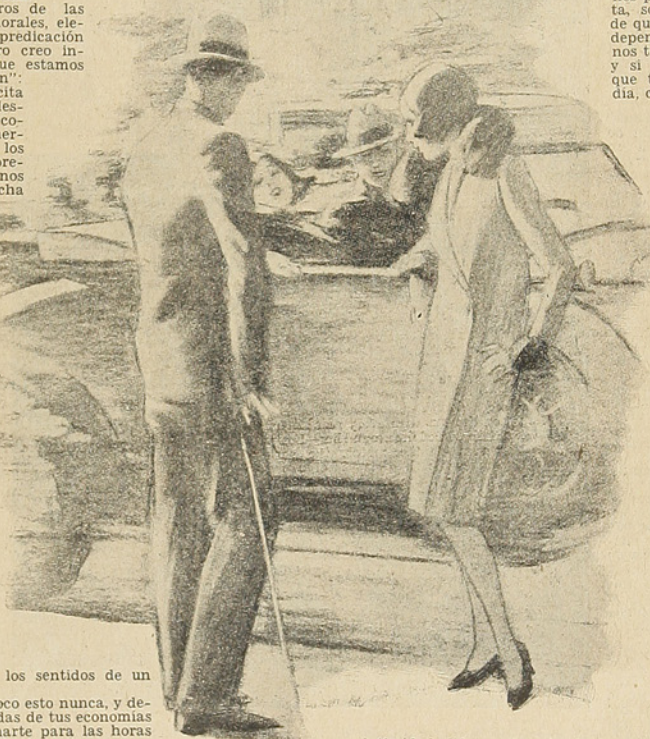
¡Oh, cuánto debes esforzarte para no molestar a tu marido!

Si ella triunfa, la misma

intimidad del matrimonio dará al esposo ocasión de descubrir las excelentes cualidades de su esposa, que se enroscarán en torno a su corazón y le inclinarán a amarla y a reverenciara serenamente, aparte de la pasión, lo que le dará sobre él un dominio más seguro. Pero debe ella pensar que el haberse unido en una ceremonia y el haber cambiado algunos juramentos, después de darse un anillo, no hará a él más paciente o más tolerante de lo que era de soltero. Por el contrario, una vez satisfecho su deseo y su instinto natural será, de seguro, más difícil de sujetar. Y como ella está luchando por conservar su amor, no debe perderse en divagaciones.

Si en lugar de ser él el de carácter más débil de los dos, ella descubre que el hombre que es ya su marido posee una voluntad más fuerte que la suya, será estúpido que se empeñe en sostener una lucha inútil. Tan sólo podrá conseguir

(Continúa en la página 58).



LA MAS HONRADA

Por Antonio Zozaya

Sonaron diez campanadas limpias, rotundas, en el monumental reloj del despacho del barón de Almenares. A su postrera vibración siguieron dos golpecitos tímidos, discretos, dados con los nudillos sobre la puerta, como en demanda de una autorización para entrar.

—Adelante—dijo el barón, desde el lecho en que estaba acostado.

Un criado enlutado entró en el despacho y dijo en voz alta:

—Han traído una carta para el señor barón.

—Está bien—le contestó el noble—Déjala, con las otras de pesame, en la bandeja del receptor.

—El caso es—continuó el criado—que hay en el sobre escrita la palabra «urgente».

—En tal caso—respondió el barón—déjala sobre el escritorio.

—Necesita el señor que le ayude a vestir?

—Insinúo el servidor.

—No—contestó el noble con voz apagada.

—Puedes retirarte.

Don Jaime Rubinat de Moncada, barón de Almenares, era un hombre enjuto, nervioso; de algo más de cincuenta y dos años. En sus ojos fulguraba la impetuosidad de una raza de dominadores y aventureros. Delataban en su rostro las huellas de un insomnio agitado y febril.

Comenzó a vestirse lentamente. Por aquella mañana renunciaba a tomar su acostumbrado baño refrigerante.

Una vez envuelto en su bata enguatada, salió al despacho, dejóse caer en un sillón y en sus pupilas brillaron dos lágrimas.

Creía estar soñando.

Todavía no hacía veinticuatro horas que se había consumado su atroz desdicha. Le parecía ver aquella misma habitación llena de amigos, de parientes, de deudos, que le prodigaban consuelos y le abrazaban, recomendándole resignación y humildad.

Luego se le antojaba oír el arranque del trono empenachado sobre las piedras de la calle y el trepidar del carruaje fúnebre, que se llevaba para siempre el cuerpo de la mujer amada, de la que había embellecido su vida, frustrada ahora de un modo cruel y definitivo.

¿Cómo había ocurrido la tremenda catástrofe? De un modo brutal e imprevisto. Una indisposición de Laura, pasajera, al parecer, e insignificante; luego, la fiebre, la agravación y el desenlace rápido y desolador.

En los instantes trágicos, la llamada al borde del lecho, y la recomendación en voz balbuceante:

—¡Jaime! ¡Nuestra hija!... ¡Todo por nuestra hija!... Y todo acabó. Ahora había que pensar en la hija... y el barón estaba arruinado. No le quedaba sino su pensión vitalicia, suficiente para vivir con modestia.

Una vez que él muriera, Nini quedaría a merced de unos parientes, bien poco generosos y espléndidos. Y él moriría pronto; lo sabía; no podía sobrevivir a aquella mujer, prodigio de virtud y hermosura, en quien había cifrado toda su felicidad y todo su cariño.

Cubriose con las manos la cara y lloró; lloró como cuando era pequeño y escondía la frente en el regazo de la anciana abaronesa de los Almenares. Se sentía viejo, agotado, sin fuerzas.

Nini no tenía ya amparo: su padre era sólo un enfermo del alma; la desdicha era mucho mayor que lo que la niña pudiera sospechar.

Transcurrió un cuarto de hora. El barón alzó la cabeza y miró vagamente a su alrededor. Tenía un deber que cumplir y era incapaz de realizarlo.

En aquellos momentos, si hubiera creído en la existencia de Satanás, lo hubiera evocado y vendido el alma por un capital que salvara del infortunio a la pequeña Laura.

De pronto, su mirada se detuvo en la carta. La cogió y rompió el sobre de un modo inconsciente, casi mecánico. Lanzó un suspiro y comenzó a leer.

«Respetado señor (decía el manuscrito): Quien escribe a vuestencia es Librada, la antigua doncella de la señora baronesa. Perdónese este atrevimiento, en gracia al cariño que siempre ha profesado a la señorita Nini. El barón se detuvo, perplejo. ¿Qué quería Librada? Un mes antes de morir, la había despedido Laura, sin causa aparente, después de doce años de protección. La baronesa había pretextado falta de respeto. ¿Y qué tenía que ver en todo eso Nini?

Falta de otra distracción que le impidiera caer en sus reflexiones abrumadoras, el noble continuó leyendo.

«Yo sé muy bien, señor barón (decía la antigua servidora), que la señorita no tiene patrimonio. Perdónese vuestencia mi franqueza; pero he vivido al lado de la señora, y ella se ha dignado comunicarme sus inquietudes.

«Ahora, lo que ignora vuestencia es que, destruyendo algunos papeles, al parecer, sin importancia, puede destruir también el porvenir y bienestar de su hija.

«Hace doce años, estuvo la señora en París, en casa de su amiga madame Villiers D'Aubry, rue Mourig-nac. Aquella estancia duró dos años; dos años lejos de su esposo, disfrutando de los halagos de una sociedad exquisita y fastuosa.

«Era la señora baronesa una mujer de espléndida y deslumbrante hermosura. Contaba entonces treinta años y debió de ser la admiración de la juventud parisiense. Volvió encantada, de su estancia en la Villa

luz. «No había nacido todavía la señorita Nini, y libre de preocupaciones, pudo disfrutar de sus anchas de los encantos de su juventud y hermosa.

«El señor iba a verla de tarde en tarde; los negocios — los negocios que tan mal resultado financiero han tenido — lo solicitaban aquí. Por fin, regresó la señora; meses después nació la que promete ser tan bella y encantadora como su madre.

El barón suspendió la lectura. Pasó un pañuelo por su frente y se enjugó el sudor.

Después continuó. «Fruto de su previsión, e ignoro de qué benignidades de la fortuna, la señora trajo consigo de París ciento cincuenta mil francos».

«Ciento cincuenta mil francos! — exclamó para sí el barón. — ¡Imposible!

«Pero sin duda (seguía la sirvienta), no convenía a la señora comunicar al señor barón tan grata sorpresa. Conta-



ba, tal vez, conque la muerte no la sorprendería a ella la primera, y decidió guardar su fortuna para su hija, sin que el señor barón pudiera (perdon por la palabra) malversarla.

Un temblor nervioso se apoderó del noble. Aquel dinero de existir, era la vergüenza, el deshonor, el odioso fracaso de toda una vida.

«Dos palabras, para concluir (escribía Librada). En el *bureau* de palo de rosa que tiene la señora en su dormitorio, hay un legajo, atado con una cinta azul, sobre el cual ha escrito estas palabras: “Cartas de amigas”. No hay tales cartas. Allí, en varios sobres, están los ciento cincuenta mil francos.

«Bien ajena estaría la señora cuando me despidió, injuriándome, de que yo había de ser quien salvara el porvenir de su hija, evitando que su fortuna fuera quemada como un legajo de papeles sin interés. Si el señor cree que por ello debe recompensarme, sepa que no ha sido el egoísmo la causa de la decisión de su servidora. Librada».

El barón quedó anonadado. La sirvienta podía mentir. Si mentía, era segura la desdicha de la pobre Nini. Pero, ¡ay, si decía verdad! La niña se había salvado; pero él, desdichado, habría sufrido el más rudo golpe que podría jamás soportar.

La mujer en quien había cifrado todo su cariño, la que le pareció modelo de esposas y de madres, le había vendido. No tendría ni siquiera el consuelo de reverenciarse su memoria, ni aún el de saber que su hija era suya y no fruto de unos amores vergonzosos e ilícitos.

Librada mentía; la sirvienta infiel se vengaba de los supuestos vejámenes impuestos por su ama. El barón se confirmaba en esta sospecha. El mismo había visto en manos de su mujer el legajo de las cartas de amigas. ¿No lo hubiera ocultado con más esmero si en él pudiera haber al mismo tiempo una deshonra y una fortuna?

La duda se hacía intolerable. Pusose en pie el barón y se encaminó al dormitorio de la baronesa.

Al entrar en él sintió un golpe rudo en el corazón. Pensó encontrar el lecho ordenado, limpio, cubierto de edredones y encajes, como otras veces, y lo halló reuelto, con las huellas aún del cuerpo rígido. La almohada aparecía hundida por el peso de la cabeza, que fué hermosa y que desfiguró horriblemente el sufrimiento de la agonía. El señor de Rubinat de Moncada retrocedió espantado y estuvo por desistir de su empeño.

Por fin, rebuscó en un bolsillo que se hallaba sobre la mesa de noche, sacó de él una llave, y, con ella en la mano, se dirigió al pequeño *bureau*.

Poco tardó en hallar el legajo. Allí estaba, atado con su cinta de raso azul y su indicación de “Cartas de amigas”, escrita con la letra fina y de delgadísimo trazos de Laura.

Voltió el noble al despacho y se sentó en un amplio diván. ¿Abriría el paquete? ¿Lo arrojaría a la chimenea? ¿Y si estaba allí el porvenir de la niña? ¿Qué era antes, su dicha o su amor paternal? ¿Tenía derecho a cambiar su desesperación por la de su hija? ¿No había en el fondo de lo que él llamaba su dignidad el más bajo y miserable egoísmo?

En aquel momento se oyó la voz timbrada y angelical de Nini:

—Papá... papá...
Si; abriría el paquete. Nini sería rica, tendría una dote, no se hundiría en la miseria, aunque él perdiera la única esperanza de que Librada hubiera mentido.

Nini apareció.
Apareció llorando, y esto la salvó.
Si hubiera aparecido contenta, la habría sacrificado como Jeffé.
—¡Papá...! ¡Ay, papá...!
No podía articular sino tiernos lamentos.



—La querías mucho, ¿verdad, Nini?— preguntó, sollozante.

—Sí—respondió la niña, entre suspiros espasmódicos, pero firme y resuelta.

—Porque mi mamá era la más hermosa de todas las mujeres, y la más elegante y la más buena!

—¿Verdad que sí?— preguntó con ansia el barón. —¿Verdad que sí, hija mía, que era la más buena y honrada de todas las madres?

—La más buena y la más honrada!— replicó Nini. —Era la más buena y la más honrada de todas!

—¡Gracias, hija mía, gracias!— exclamó el barón, cubriendo su blonda cabecita de besos. —¡Gracias una y mil veces, Nini!

Se lo dijo, llevándola amorosamente hasta la puerta.

—Ve, hija mía, ve con Matilde, con el aya, un momento. Ahora mismo volveré a buscarte.

Salió la niña. El barón la miró marchar un momento, inmóvil. Luego cerró la puerta, lanzó un rugido y se arrojó sobre el paquete de cartas como un león.

De un salto llegó hasta el *chourbersky*, alzó la tapa, arrojó el paquete en el fuego y volvió a tatar el enorme cilindro.

Se oyó algo como el soplo de un huracán. En seguida, el cilindro, agitado por el voraz incendio interior, comenzó a enrojecerse como una granada.

El barón lo miraba en pie, con los puños crispados.

El llanto abrasador, más candente que las entrañas del monstruo, caía por sus demacradas mejillas.

El ruido huracanado de la llama, aprisionada en el abultado cilindro, comenzó lentamente a disminuir y se extinguió al cabo en un total y medroso silencio.

—¡Sí!— rugió Rubinat de Moncada, con los puños crispados y las pupilas dilatadas como las de un demente. —¡La más buena y la más honrada de todas!

ANTONIO ZOZAYA.

Guía Práctica

Para quitar las arrugas que se forman debajo de los ojos conviene darse todas las noches un poco de masaje con aceite común y después aplicar una loción compuesta de medio litro de vino blanco común, cuatro partes de alumbre en polvo y cinco partes de agua de rosas. Todo ello bien mezclado. También puede hacerse la loción con medio litro de agua de rosas, echando en ella seis o siete gotas de tintura de benjuí.

Sin que las manos estén agrietadas, pueden estar rojas y duras a causa de una predisposición especial y frecuente de la piel. Para evitar este defecto sólo será necesario que no se emplee para la “toilette” ni agua fría ni demasiado caliente. Para la calle se usarán guantes.

BUENAS IMPRESIONES HACE
UNIVERSU
SOCIIDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA
Santiago — Valparaíso — Concepción

El barón la estrechó en sus brazos.
—¡Pobrecita mamá...! ¡Ya no la vere más!
Rompió en un llanto ruidoso, desconsolado.
El señor de Rubinat de Moncada lloraba también.

EL PADRASTRO Por JUAN BONGNIOVANNI

Antonio se despertó con la boca amarga. Su pensamiento angustiado recordó en seguida la disputa de la víspera. Y otra vez el sordo rencor le apretó el corazón.

Encendió una cerilla. La gran habitación llena de herramientas y de bolsas se iluminó débilmente.

Miró el reloj que estaba sobre la silla junto a la vela: las cuatro. Dentro de poco debería levantarse para ir a atender el ganado y reanudar su trabajo brutal. ¡Maldita vida! ¡Si por lo menos ganase con ella, además de su pan ácimo, una palabra de aliento y de cariño! En cambio...

La cerilla se le consumió entre los dedos. La habitación se hundió en las sombras. Oyóse poco después, precedido por un cloquear de zuecos, el ruido de la puerta del establo. Alguien habló a las bestias. Un lento mugido se perdió en la noche.

El joven se desesperó y permaneció aún algunos ratos en el lecho. Luego encendió la vela y se vistió apresuradamente, para no dejarse vencer por el frío. Bajó las escaleras. Entró en la cocina desierta.

En la chimenea humeaban algunas leñas semi-consumidas. La lámpara colgada en la pared difundía una temblorosa luz de velorio. El muchacho se inclinó sobre la chimenea y removió los leños con el badil de hierro. Una llamada revivió el fuego. La olla colgada de la cadena empezó a borbollar suavemente.

Antonio miraba el fuego, cuando oyó en las escaleras el resonar de un paso pesado. Se incorporó de golpe mientras el hombre entraba. Al llegar al umbral, el anciano paseó una mirada fría a su alrededor y se acercó a la chimenea sin dirigir la palabra al muchacho. Era un hombre alto, de rostro seco y duro, ojos fríos y cejas tupidas.

Hubo entre ambos un silencio denso de odio. En cierto momento los hombres se miraron y de sus ojos pareció saltar una chispa; pero en seguida los párpados cayeron y divergieron las miradas. El anciano bebió rápido un vaso de vino blanco, se caló el sombrero, descolgó de la percha su blusa y salió, sin saludar.

Antonio, a solas, cerró los puños y los golpeó exasperado contra la mesa. ¡Ah, siempre ese mutismo! ¡Siquiera el padrastro gritase, explotase! El silencio, duro, insostenible, lo irritaba más que cualquier ofensa.

La noche anterior, sin embargo, el anciano había roto su mutismo. Fuertes, brutales palabras se cruzaron los dos hombres. Pero el padrastro se había dominado con esa fuerza de voluntad que Antonio le envidiaba.

Nunca habían marchado de acuerdo, desde cuando Antonio — todavía un niño — entrara con la madre viuda en aquella gran casa vacía.

Antonio experimentó inmediatamente una instintiva sensación de antipatía hacia aquel hombre entrado en años, hacia aquel hombre tosco y salvaje que quizá le quitase un poco del amor a su madre, de su madre hermosa, rubia como los trigos, joven.

Poco comunicativo, el padrastro sólo hablaba raras veces con la esposa. Con el hijastro, casi nunca. Había ofrecido al muchacho su casa y su trabajo con maneras bruscas y frases escuetas.

Eduardo por un padre tierno, Antonio tenía un temperamento sentimental; necesitaba afecto y necesitaba también las manifestaciones exteriores de ese afecto. Ciertas primeras efusiones con el padrastro habían sido recibidas fría-

mente o, por lo menos, así lo había creído Antonio. Eso contribuyó a que el muchacho considerase ajena aquella casa y viese en el trabajo un martirio.

Madre e hijo, que se parecían física y moralmente, habíanse aliado varias veces contra el anciano. Pero Antonio ya no depositaba en la madre la confianza de antes. Comprendía que la madre se apartaba de él, se alejaba. Sin embargo, el muchacho la defendía en todas las circunstancias, aunque sólo fuese por el simple placer de estar contra el padrastro. Así, la noche antes Antonio se había interpuesto violentamente entre ellos con motivo de una discusión de los esposos. Ahora volverían los días de mutismo y de caras graves. Días de infierno.



Antonio tomó su desayuno. Luego, antes de marcharse al campo, quiso subir a ver a la madre. Trepo las escaleras y llamó tímidamente a la puerta de la habitación ocupada por los esposos.

—¿Quién es? — dijo una voz.

—Soy yo, mamá.

—Entra.

El muchacho entró. Casi al borde del lecho matrimonial vio a la luz de la mariposa que ardía bajo una rama de olivo bendito, a la madre arrebujada y encogida como un felino.

—¿Qué quieres?

—Nada, mamá; saludarte.

Siguió un silencio embarazoso. La madre, dándose vuelta, articuló:

—No me siento bien, Antonio. Me duele la cabeza. Déjame descansar.

El hijo inclinó humillado la cabeza y salió sin decir palabra. Al cerrar la puerta tras sí, pensó: "¡Ya ni ella me quiere!". Amargado, se encaminó a su trabajo. Pero para que el padrastro no adivinase su estado de ánimo bajó al establo silbando.

El campanario lejano ya había dado las doce cuando Antonio regresó a la casa, cansado, hambriento,

con los brazos doloridos. La idea de volver a sentir la fría mirada del padrastro le hacía mal un mal casi físico, como su cansancio. "En adelante — pensó — me llevaré el almuerzo al campo. Es preferible..."

Antes de entrar, vio que en el gran patio central las mujeres de los trabajadores se habían reunido a conversar. Cuando Antonio avanzó, las mujeres callaron. El muchacho no dejó reparar en la extrañeza del hecho: a esa hora todos deberían estar rodeando la gran mesa de la cocina.

Penetró en la cocina. El padrastro estaba sentado junto a la chimenea, sin fuego. Tenía la cara entre las manos y parecía meditar hondamente. La mesa no estaba preparada. Todo, en la cocina, infundía una indefinible sensación de frío, de abandono, de derrumbe.

Antonio, desconcertado, volvió los ojos a la puerta, a la mesa. ¿Dónde estaba su madre? ¿Por qué su padrastro permanecía sentado ante la chimenea?... ¿De qué hablaban las mujeres?...

Un presentimiento vago pero intenso estrujó el corazón de Antonio. Y su voz se elevó como un gemido para preguntar:

—¿Qué pasa?

El anciano pareció no oír. Tardó un rato en apartar la diestra de su cara y hacer un ademán. El hijastro siguió la indicación de la mano y se acercó a la mesa, donde se veía una hoja de papel doblada en cuatro. Era una hoja arrancada del cuaderno donde su madre anotaba los gastos de la casa.

Maquinalmente, Antonio tomó el billete y leyó las frases

(Continúa en la página 58).

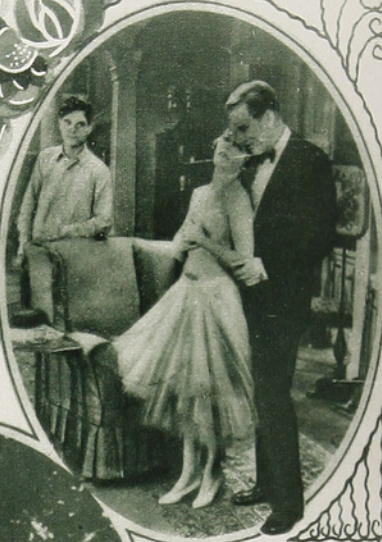


MARGARITA IBANEZ LETELIER, hija de S. E. el Presidente
de la República, don Carlos Ibáñez del Campo y de la Sra.
Graciela Letelier de Ibáñez.

El Amor en la Pantalla



Abrazo de recién casados. Todavía el amor les hace reír de gozo y su trabajo principal durante el día es arrullarse.



El se va al círculo; ella, de compras. Todos los días sucede lo mismo y todos los días se dan este adiós en el que no ponen más que una exquisita cortesía. Es un matrimonio de conveniencia como tantos otros.



Los novios sueñan en el jardín sumido en el plenitudo. Es una pareja sentimental y se aman tanto... tanto, que les entristece el temor de que su amor pueda menguar un día.



Llevan quince años casados. Los abrazos de amor se han ido suavizando hasta adquirir esta serenidad y esta dulzura llenos de fe y de mutua confianza.



El amor celoso se refleja en los ojos de este joven. Ella sufre, le acaricia e idea argumentos para demostrarle que sus recelos son puras imaginaciones.



San Juan, (Johannes Lang).



Annas, (Anton Lechner).



Cristo, (Alots Lang).



San Pedro, (Peter Rendl).



Maria Magdalena, (Johanna Pustinger).

LA PASION DE OBERAMMERGAU

Desde hace muchos siglos, se representa en el pueblo de Oberammergau, en Alemania, La Pasión. Se mantiene la tradición de este culto, entre personas seleccionadas, con perfectos tipos bíblicos, según puede verse en estas preciosas fotografías.



Lana fantasta beige. Flor amarilla y castaño.



Jersey claro manchado de negro. Sombrero y adorno en piqué de algodón blanco.



Crepe bilitta negro con adornos rosados.



Vestido de noche en crepe bilitta de dos tonos de verde. Los guantes son de cabritilla verde más oscuro.



Vestido de noche de crepe satin rosa ópalo.



Muselina impresa, negro, amarillo, rojo y verde.



Muselina de follaje rosado impreso de resaca más oscura y de verde.



Abriego de crepe bilitta blanco. Zorro plateado.



Vestido de crepe royal negro, blusa blanca, flores blancas y rosadas. Sombrero de Bakou negro, adornado de flores blancas.



Un vestido italiano y un abrigo con abrigos, constituyen la elegancia que una mujer elegante lleva en un auto. Ensamblaje gris de JEAN PAUL. Vestido de marroquin. Abrigo de castor.



Traje sastry de «wool flowers», azul marino. Sombrero de Bakou azul marino. Saco y adornos de tafetán azul marino y rosado.



Abriego de terciopelo negro, adornado de zorro plateado forrado de rosado. Este abrigo cubre un vestido rosado ópalo.

GIMNASTICA ORNAMENTAL AL AIRE LIBRE

La torre.

¡Ah!, yo vuelo.

Reja viva.

BIBLI

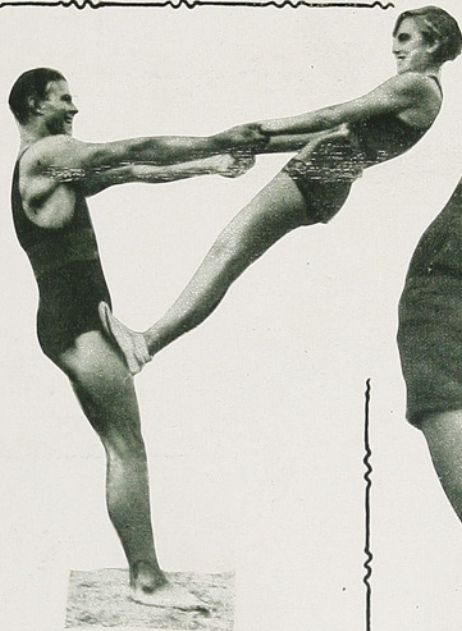
DIA

RE

El corazón.



LA NACIÓN
ILE
CIÓN
PERIÓDICOS Y
S CHILENOS



Gimnástica ornamental.



Ejercicio de rodilla.

AY MAY WONG



Hay en el gesto embrujador de la encantadora danzarina japonesa Anna May Wong, tal gracia, tal poder de embrujamiento, y tal belleza en los adornos, que los ojos que se



pedras preciosas y las perlas tejen armoniosos encajes, que añaden aún más armonía a esta niña de largas pestañas y boca sangrienta.

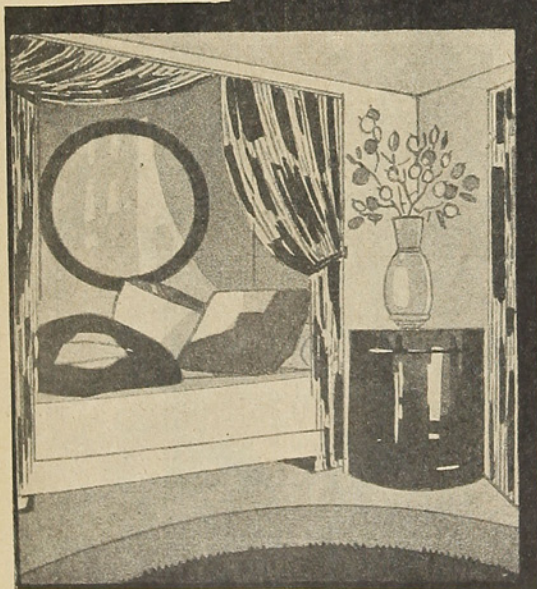
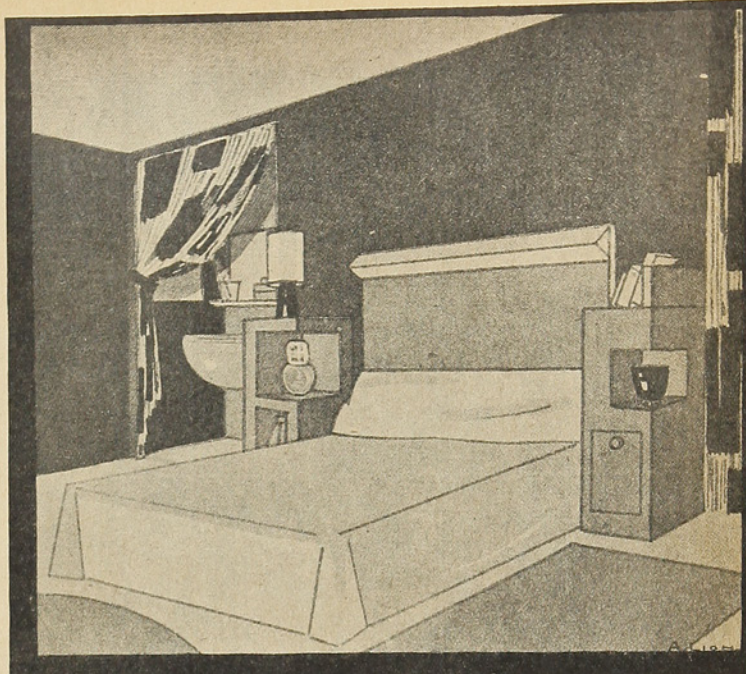


quedan extasiados en la contemplación de su actitud nacida al calor de los ritos del Oriente.

El cuerpo impecable emerge entre el traje prodigioso en que brillan las



La casa moderna



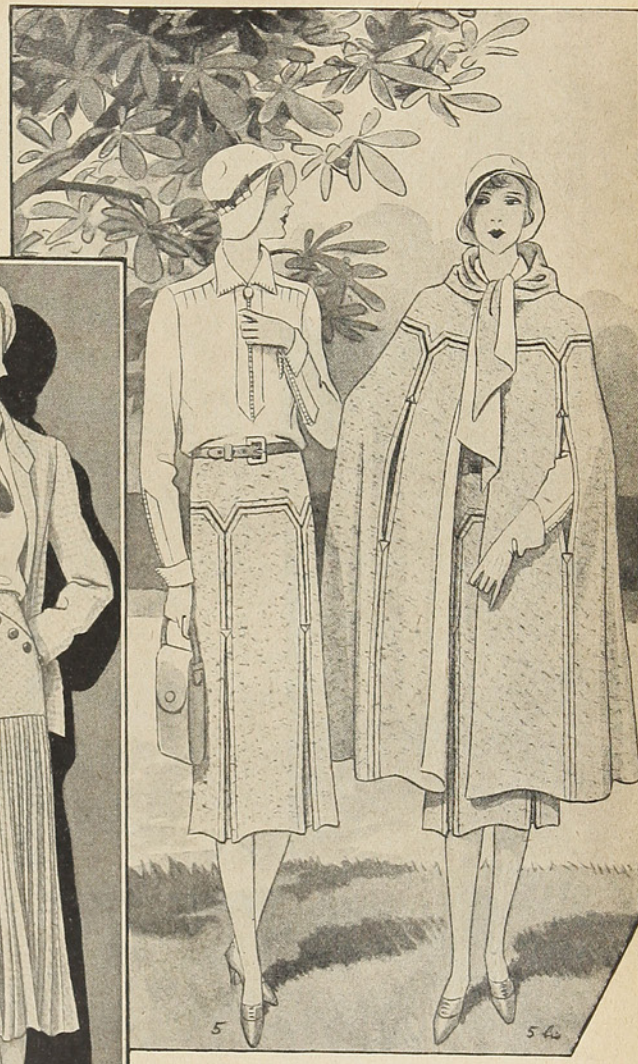
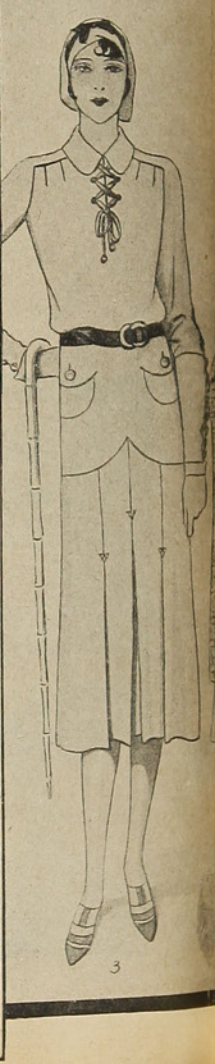
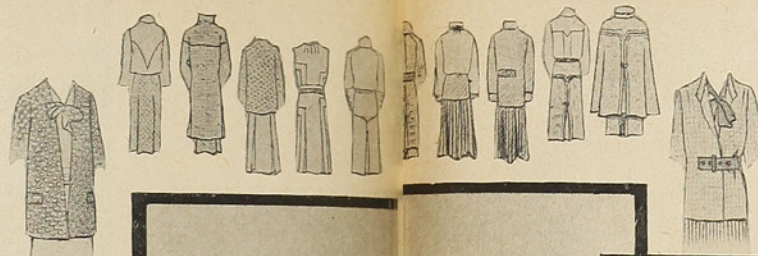
Es preciso ser equitativo: si los niños han invadido el piso bajo, os han abandonado el de más arriba, compuesto de dos grandes habitaciones: vuestro dormitorio, asilo de reposo y de calma, está tapizado de un papel liso, verde turquesa. Los muebles son de encina claro encerados, y cortinas de falla de color, aíslan, a ambos lados del lecho, dos entradas, una que sirve de toilette, y la otra de pieza de guardar. En la habitación vecina, comunicada por una doble puerta, se encuentra el mismo dibujo de cortinas y de muros, tapizados esta vez en papel beige. Esta habitación sirve de pequeño escritorio y de boudoir. Pero una gran alcoba con un diván cama, puede permitir convertirla, cuando haga falta, en habitación de alojados.

Los Ensembles Deportivos



1 y 1 bis. Schiaparelli.—Confortable ensemble de tweed gris y blanco, se ensancha con pliegues cruzados por los costados, y la falda sube por delante, en una punta, sobre la cual viene a abotonarse el plastrón de la blusa, que es de marocainé blanco. Guantes y sombrero negros.

2. Bernard y Cia.—Delicioso ensemble para la próxima primavera. Es tan juvenil como encantador. Sobre el trajecito sin mangas, con cinturón de cuero rojo y hebilla dorada, con un grueso lazo de seda impreso a manera de corbata, se lleva en pequeño paltocito recto, de foulard rojo, impreso negro y blanco con el forro del mismo género del traje. El gracioso sombrero está hecho de la misma tela que el paltó.

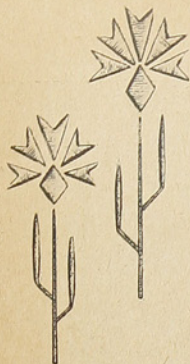


3 y 3 bis.—Trajecito en jersey de lana en tonos beige. Se cierra por delante con una lazada de cuero café y cinturón de cuero del mismo color. El confortable abrigo tres cuartos, es de tweed beige, con grandes bolsillos abotonados sobre el cinturón café.

4. Schiaparelli.—Sastre en tweed grisáceo. Botones y hebillas de cuero. Blusa de crepe de China blanco, con corbata color rojo vivo. La falda tiene una pieza abotonada, más un plisado "sol".

5 y 5 bis.—Falda en tweed verde gris, que se lleva con una blusa de jersey de lana, adornada con cierre "éclair", adelante y en las mangas. La capa forrada de jersey de lana, está cerrada con un cuello echarpe.

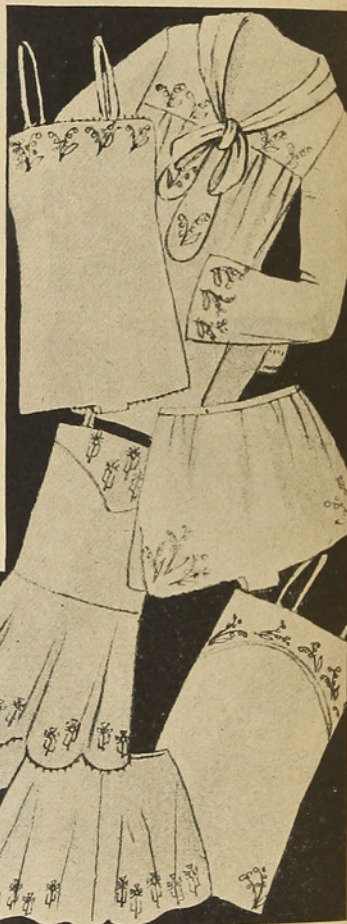
Floreccillas para la lencería



Era de prever que a la gran boga de los calados para adornar la lencería siguiera una reacción en pro de la lencería adornada con bordados finos y así hoy el bordado al realce y el bordado inglés adornan la linda lencería de color que ha reemplazado casi por completo la lencería blanca. Florecillas, guirnaldas y lunares se utilizan como elementos de decoración y se bordan con algodón blanco o de color. Los modelos de lencería dados en esta página están adornados con las florecillas reproducidas a tamaño de ejecución a la izquierda y a la derecha de estas líneas, bordadas con algodón para bordar brillante.



A la izquierda, de arriba a abajo: camisa de noche de linón rosa adornada en el pecho y en el cuello con florecillas bordadas con algodón azul pálido. Camisa de día rosa pálido con florecillas blancas. Debajo, pantalón haciendo tuerzo con la camisa anterior. Combinación pantalón, seda de color malva adornados con florecillas blancas. A la derecha, de arriba a abajo, camisa de noche y camisa-pantalón de linón azul pálido, adornadas con florecillas bordadas al realce con algodón blanco. Pantalón y camisa de color rosa adornados con tres flores azules. A su lado, combinación y pantalón blanco adornados con florecillas rosa pálido; la falda de esta combinación está cortada en forma. Todos estos bordados se ejecutan con algodón para bordar brillante.



C h e z

m i m o s o



Sombrero de panamaleque negro, guarnecido de cinta de terciopelo color tilo.



Toca de "laize" de paja y fieltro azul Mónaco.



Gran sombrero en crin florentino negro, bordeado y guarnecido de una incrustación de gamuza negra y de gamuza roja.

(Continuación de la página 33)

RODOLFO VALENTINO O EL DON JUAN MALOGRADO

tado, y alcanzó una popularidad que ninguna estrella de la pantalla había alcanzado jamás.

VILMA VANKI. — Después vino Vilma Vanky. Rodolfo no logró enamorarse a la encantadora estrella. Cuando comenzó Rodolfo a manifestar su interés por la rubia artista, no faltó quien le advirtiera: "Harás el ridículo. El os amará un poco de tiempo y en seguida te olvidará por otra. Y, como además Vilma era una joven clarividente, cuando Rodolfo se enamoró de otra, ella se contentó con sonreír."

POLA NEGRI. — La otra fue Pola Negri. Yo creo que Pola misma no sabe si se enamoró de verdad de Rodolfo o quiso hacer de él un drama para representárselo ella misma.

El dúo de amor entre Rodolfo y Pola provocó gran animación en Hollywood durante varios meses. Fue éste el más considerable asunto de amor que haya conocido jamás el mundo cinematográfico. Ella se condujo en forma que recordaba mucho la Edad Media.

Un día encontré a Pola en el Estudio.

—Pola — le dije — verdaderamente tiene usted el aire hoy tan dulce, amable y feliz, que supongo que todo debe ir divinamente entre ustedes.

—Qué dice usted — me contestó. — ¿Se refiere usted al amor o a los negocios?

—A los dos — repliqué yo.

Entonces ella me respondió:

En cuanto a los negocios, todo va bien; pero en lo que al amor toca, las cosas van muy mal.

Cuando Rodolfo se marchó en avión para Nueva York, muchos fuimos los que nos apresuramos a acercarnos a Pola para hacerle algunas preguntas relacionadas con las verdaderas causas de la partida.

—Estamos de novios — declaró ella — pero como nos es preciso a cada uno de nosotros el seguir su carrera respectiva, los sucesos nos obligan a retardar nuestros proyectos de matrimonio.

Más tarde sobrevivieron, a la vez, su enfermedad, que debía tener un resultado fatal; después el tumultuoso viaje de Pola que atravesó un continente en un tren especial para estrechar su mano ya fría.

Cuando todo se hubo acabado, Pola declaró:

—Mi amor por Valentino fue el mayor de toda mi vida. No lo olvidaré jamás. Y no le amé como artista, sino como mujer.

UNA JOVEN INGLESA. — La más curiosa de las historias de amor de Valentino no fue conocida sino después de su muerte. Se encontró en una habitación en Londres el cadáver de una joven actriz cuyo nombre era Peggy Shaw. Se había suicidado. Sobre el parquet, esparcidas, se encontraron toda una serie de cartas de Valentino. Las había escrito Rodolfo en los últimos años de su vida. Cartas de simpatía, de amor, de fe. En casi todas ellas, se advertía el deseo de un corazón joven, deseo que no había podido obtener jamás: un hogar, una esposa, hijos...

L. M.

(Continuación de la página 33)

EL TREN AZUL

chaqueta la forma íntegramente una red de strass.

Qué suntuosidad en esos salones! Verdaderamente entramos del todo en un mundo de gran elegancia, que recuerda las más fastuosas épocas.

Los colores oscuros son los más nuevos para de noche y el verde botella, el azul porcelana, el ciruela, se ven mucho en los terciopelos-muselina, los moirés-chifón y los rasos brocados.

El corte es extraordinariamente ajustado, hasta sobre la rodilla, a donde llegan los grandes "empiétements", de los cuales se desprenden volantes en forma separados, semeando inmensos pétalos de flores; a veces, estos mismos pétalos van forrados en tafetán, lo que los obliga a abrirse y a alejarse de las piernas de la mujer a la cual visten. Esta línea es ideal en su novedad y a pesar de eso, yo le prefiero la suave soltura de los tulles degradados que van desde el talle hasta los tacones, sin corte aparente y siguen cada gesto, cada movimiento de tal manera, que al caminar parece que se llevarán alas.

Los millones ruedan de un bolsillo a otro; los que han perdido tratan de ocultar su despecho, en tanto que los que ganan, por pudor, toman un aire desprecupado, aunque sus caras muestran la satisfacción.

Tal es la dichosa existencia de la Costa Azul. Luego, un buen día, es necesario partir: el tren lleva a cada uno hacia su casa, en donde vuelven a hallarse las preocupaciones, que esperaban pacientemente el regreso y os saltan a la garganta. En ese minuto preciso, la vida adquiere de nuevo todos sus derechos.

THERESE CLEMENCEAU

MODELOS



1. Cheruit.—Abrigo de "Nejelic" banana. Capita, trabitas y hebillas de acero en la abotonadura.

2. Jenny.—Encantador conjunto en tela de lana y seda amarilla, con bordados y terciopelo negro. El traje es de crepe de China con plisados y volantes colocados verticalmente.

SENCILLOS



3. Cheruit.—Traje de tweed sobre crespón de China beige. Cinturón de cuero rojo y negro adornado con una hebilla de fantasía.

4. Regny.—Ensemble práctico para la mañana y el sport, en grueso tweed con canesú de pieles de verano. La blusa es de blanco mate brillante, con dibujo mate.

La nueva Lencería

Modificándose la forma de los vestidos se ha tenido que modificar también la de la lencería, por lo que las camisas y las combinaciones ya no caen rectas, sino que ciñen el cuerpo. Ved en esta página algunos nuevos modelos desde el punto de vista de la forma y de los adornos. A la izquierda, en la parte superior, camisa de día y pantalón de linón de color marfil adornado con un ancho encaje y grupos de plieguecillos. Debajo combinación de tul de seda blanco adornado con incrustaciones del mismo tejido rosa pálido unidos al tejido blanco por medio de falsos calados. Debajo de ella se ve una camisa pantalón de crepón de China, adornada con incrustaciones de tul bordado. A su lado pantalón de linón muy trabajado; una incrustación de linón rosa pálido en la que se han incrustado triángulos de encaje blanco va unida al tejido por medio de un falso calado. En el ala derecha, en la parte alta, camisa y pantalón de crepón de China rosa adornados con incrustaciones de crepón de China azul unido por falsos calados. Debajo combinación de crepón de China blanca adornada con encajes blancos y combinación pantalón de linón blanco y amarillo limón.





Cualquiera puede tomar un relato gráfico de sus niños

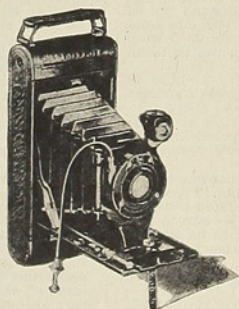
LA KODAK RETRATA HOY
A LOS PEQUEÑOS COMO SON Y LOS MOS-
TRARA MAS ADELANTE COMO ERAN

"AQUI estás cuando empezaste a andar... Este eres tú con tus juguetes y tus amiguitos. Esta otra fotografía fué tomada el primer día que fuiste a la escuela..."

¿Qué valor no tendrán para padres e hijos una serie de fotografías como éstas?... Valor que aumenta a medida que corren los años...

Con una Kodak cualquiera puede tomar buenas fotografías desde el principio. No hace falta experiencia: la experiencia está en la Kodak.

Las Kodaks modernas, en particular, representan la sencillez típica de la Kodak llevada hasta el extremo. Representan también la gran venta-



Una Kodak moderna: la de Bolsillo, No 1-A.
para «fotos» de 6.5 x 11 cm.



ja del luminoso objetivo Kodak Anástigmático f. 6. 3. a precios verdaderamente populares.

Instantáneas de los pequeños en sus juegos o travesuras, buenas fotografías cuando la luz es mala, retratos casi instantáneos en el interior de habitaciones — eso proporciona al aficionado la Kodak moderna.

Para los padres, ello significa un sin fin de oportunidades magníficas para retratar a sus hijos como son. ¡Oportunidades que nos pesaría no haber aprovechado!

Porque los pequeños crecen rápidamente, y más tarde si la memoria falla, la Kodak recuerda.

Véanse las Kodaks modernas en las casas del ramo.

Kodak Chilena, Ltd. - Delicias 1472, Santiago

(De la página...)

EL AMOR DESPUES DEL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO

de él que se doblegue a su voluntad "por amor"; en consecuencia, mas que nunca deberá luchar por conservarlo enamorado. Aparte de esto, lo único que ella puede hacer es utilizar su influencia sobre él para inclinarlo a ser razonable y a escuchar con benevolencia las opiniones de ella si acaso difieren de las de él.

Durante el primer año de matrimonio el rumbo que ha de seguir la vida conyugal se habrá manifestado ya, y si después de doce meses la pareja ha llegado a feliz término en la que podrían llamar prueba del lazo matrimonial, tiene bastantes probabilidades de que su felicidad continúe.

Quizás durante este tiempo venga un hijo y este nuevo y vital interés les habrá unido más y más... Durante los largos meses de espera del pequeño, ¡con cuánto afán debe cuidar ella de no aparecer quejumbrosa, malhumorada, egoísta o indiferente al deseo de bien parecer! A buen seguro que durante esta época se sentirá inclinada mil veces a abandonarse, pero debe reaccionar pensando: "No vale el amor de él la pena de luchar contra mi pereza, contra mi deseo de abandonarme".

Y esta pregunta ha de tenerla presente siempre, y nunca imaginar que él seguirá igualmente enamorado aunque ella no se tome la molestia de conservar su poder de atracción. Y he aquí que otra vez vuelve a ser oportuno el consejo del "Punch".

Sobre todo, no olvides una cosa... Por más economías a que en otros capítulos de la vida doméstica te resignes procura dar a tu esposo bien de comer... Que cuando llegue a su casa cansado, encuentre todas las comodidades posibles; y que tú le le aparezcas tal como durante las horas de fatiga te sonó su corazón. Cuida, por tanto, de no vestirse con ropa vieja y deslucida, porque estés sola y en tu casa.

Y otra vez más tengo que repetir: Todos estos consejos son para las mujeres que desean conservar en su marido "al amante". Si esto no les interesa al cabo de algún tiempo, bastará que sean amables y simpáticas para que todo vaya del mejor modo posible y la vida conyugal proporcione a los dos el mismo placer que comer **pudding** a diario.

(Continuación de la página...)

EL PADRASTRO

escritas por la madre. Y se tambaleó como herido por un ferroz puñetazo en la nuca.

Del corazón del muchacho ascendía un dolor sordo, un rencor violento hacia la madre, una amargura infinita, una vergüenza denigrante. Sufría sabiendo abandonado por la madre fugitiva; sufría sintiendo humillado por ella ante aquel hombre; sufría comprendiendo su situación de intruso en esa casa. Y en su pobre corazón de adolescente la lucha de tantas sensaciones fue insostenible.

Cuando levantó la cara y miró al padrastro, la hoja de papel temblaba entre sus dedos nudosos. Sus ojos, húmedos y suplicantes, interrogaban al anciano.

Afuera, el viento soplo enfurecido. Los postigos se cerraron. Por la puerta entró, con una luz gris, el presentimiento de la próxima nieve. Todo pareció más miserable y más desolado en la frialdad de la amplia cocina.

El anciano levantó la cabeza y quebró el silencio: —Ahora —dijo la ruda voz— ahora sabes. Y por fin podrás estar contento; tú, sí, tú, que me has odiado considerándome un tirano... Es inútil que protestes —agregó advirtiéndole un gesto del joven—. Es así. Ella ya se ha librado de mí, huyendo con otro, con otro que es más rico y más joven que yo.

La voz del anciano tuvo un acento de indecible amargura cuando concluyó:

—Tú también puedes verte libre de mí. Te marcharás, ¿verdad?

Y como para evitar el nuevo silencio que iba a interponerse entre ellos, bromó:

—¡Vete, pues! ¡Vete ahora mismo! Antonio miró al hombre, que se había puesto de pie delante suyo; tronco de roble quebrado por un rayo. En aquellas palabras percibió el eco de una angustia terrible; lamentó de fiera que no comprendió por qué ha sido herida.

Y de súbito el muchacho vio aparecer ante sus ojos el pasado, lo que aquel hombre había hecho por su madre y por él, luego de sacarlo de la miseria. Rudo, salvaje, sí, era aquel anciano. Pero, ¿qué más podía reprochársele?

Ahora comprendía que ama y había profesado ese hombre su madre; ahora, ante aquella angustia, avergonzándose del pecado materno y avergonzándose aún más de no haber

sabido estimar a su padrastro, de haberlo casi odiado. En su corazón se abría la fuente de un nuevo sentimiento de piedad, de inmensa ternura. La imagen de la mujer hostil que hasta entonces lo separara del padrastro se alejaba, se alejaba como para permitirles que se uniesen.

Aquel era su padre; padre no en la sangre sino en el amor. Amor sin palabras, pero sincero; amor sin exteriorizaciones, pero acendrado. ¡Antonio debía mitigar el dolor de ese hombre!

El muchacho se acercó vacilante al anciano. Le posó una mano en el brazo, ligeramente. Un nudo le apretaba la garganta.

—No —dijo— si usted está conforme, si usted quiere... no me marche. Me quedo con usted... papá.

El anciano volvióse a mirarlo con un brusco ímpetu de rebelión por la última palabra. Pero los ojos de ambos se encontraron un instante. Algo dulce y humano dijéronse los ojos. Y las almas, que no sabían pronunciar palabras de ternura, se hablaron con la elocuencia del silencio.

La mano de Antonio se apoyó más fuerte en el brazo del padrastro. Aquel contacto bastaba para suprimir años de desconfianza, de separación, de odio. Del dolor de entrambos nacía una intimidad más íntima que la que existía. Era, casi, aquel silencio, una confesión, una absolución recíproca.

Padre e hijo quedaban solos, en soledades distintas, con desilusiones también distintas: el uno sin esposa, el otro sin madre. Esa soledad, esa desilusión, los unía, los identificaba.

Eran dos hombres que se encontraban a través del dolor. Por ella el anciano no tardó en responder:

—Quedate, hijo. Y abraza al muchacho, apretando los dientes para no llorar.

LA INGENUA DE HOY

Señores y señoras: ser inmortal es cosa lindísima, ¿no es cierto? y suerte prodigiosa es morirse de amor para resucitar a afirmar como excelsos poetas se atreven a afirmar. ¡Morir! ¿Dormir acaso?... La mística frontera nos abre los jardines de eterna primavera, y las rosas de mayo que deshojó la brisa, "mas allá", reflorece en inmortal sonrisa Melipoea, Francesca, Julieta, Margarita, Ofelia, Melisanda, doña Ines: la infinita inquietud que segó la flor de vuestra vida, no os dio muerte. El morir fue la senda escondida que os condujo, a través del amor imposible, a cortar el laurel del gozo inmarcesible. Para vosotros, almas excelsas y triunfantes, ha cuajado el jardín sus rosas más fragantes. Sí, sí, morir de amor... pero ¿qué estoy diciendo? ¿Morir... con lo feliz que puedo ser viviendo? Tengo la juventud de Ines, y la radiante ilusión de Julieta; la sonrisa inquietante de Francesca; soy como Margarita hacendosa; suspiro como Ofelia deshojando una rosa. No envidio a Melisanda la red de sus cabellos: también los mios son de oro, y también en ellos se puede aprisionar un corazón errante... Pienso que sabré ser apasionada amante en el huerto encantado, y como Melibea, arder en dulce llama... cuando nadie nos vea... Todo ello es vida cierta, y la quiero vivir. Y aunque digan poetas que morir no es morir, y a la vida me atengo, a esta que es cierta y mía, ¡y que grita: ¡Despierta, que ya amanece el día! Y el día es tuyo, y tuyo el sabor de sus muelles; tuyas sus azucenas y tuyos sus clavetes... Y hay que cortarlos pronto, y respirar su aroma, y volar sobre el huerto con alas de paloma, alre arriba, embriagándose de sol y de quimera... ¡Vive tu juventud, goza tu primavera! ¡Tú dichosa es tu tesoro, y si eres inmortal, vivir aquí un poquito creo que no está mal! ¿Que esto es prosa? ¿Por qué? Tan honda poesía hay en el sabor del pan de cada día, de la rima serena del ir viviendo en calma, como en el violento morir... ¡Laurel y palma para los que murieron en borrascas gloriosas! Yo, por mí, me contento con muy poca cosa: Salud, Amor, no mucho. Dinero lo bastante para no suspirar por él. Ropa elegante. Un buen perfume. Un buen bailarín. Un buen coche. Ninguna amiga. Un poco de flirt. Alguna noche un "te adoro" y un beso que se pueda olvidar sin que se nos destruya el alma al despertar. Un marido... más tarde. Un hijo... ¡esto es más serio! Un hijo que me enseñe de la vida el misterio, que se duerma en mis brazos y me obligue a decir: ¡aunque la muerte llame, no me puedo morir!

G. MARTINEZ SIERRA

Consultorio

Sentimental

Nina y Chela, Correo, Ovalle, desean correspondencia con tenientes aspirantes de aviación. Ni gordos, ni feos, ni bajos. Ellas son unas mocosas nada feas.

E. Valdés C., Correo 4, Mapocho — Mi ideal es el jovencito Foch, que estudia, creo, II Año en el Superior de Comercio. ¿Recordará a la chica que venía en el tren, el martes 4 de marzo?

Alicia Corbalán, Correo, Copiapó, seria, morena, ojos verdes, familia honorable, desea correspondencia con joven mayor de 25 años.

Chileno 35 años, sin vicios, moreno, sin fortuna, pero que posee tres profesiones: contador, músico y excelente musicista. Actualmente cursa por correspondencia mental y auto-sugestión, busca señorita o viuda sin hijos, de trato afable y honesto, delgada, blanca, de ojos pardos o negros, no mayor de 30 años, familia humilde, físico agradable, para formar hogar ruiseño y espiritual y que esté dispuesta a ayudarme en mi trabajo. La preferido de Santiago, donde iré a radicarme. — Alap Senis Luz. Calle Ramirez, 185, Calama.

He leído con interés el párrafo de "A Alejandro". Si soy correspondida, dígnese escribir mandando foto a M. D. G., Correo, San Fernando.

Lucy, Nena y Chita, 18, 18 y 15, desean conocer tres rubios de 18 a 24, buena presencia, familia honorable. Correo 5, Santiago.

Gringuito profesional, desea saber de la señorita P. White. La amo, Poquita, con fines serios. — F. Wilson. Correo Principal, Valparaíso.

Eulalia, Lilian, Lucía y Nelly Letelier, chillanejas de 15 a 18, suspiran por C. Hidalgo, M. Soza, R. García y L. Torres. Correo 2

Desearía saber donde está Rigoberto Salazar. La última vez que nos vimos fue en Angol. Ahora me encuentro en Talcahuano. — Loquita, Correo, Talcahuano.

Chilolita, Correo, Valdivia, desea amistad con teniente de carabineros que tenga su corazón libre y que vista decente. Lo deseo de Valdivia o de Santiago, hasta de 35.

Deseo correspondencia con el teniente L. M. — Alicia Day, Correo, Viña.

Agricultor de 35, cansado de vivir solo, busca mujercita de 18 a 25, para formar hogar. — Vencer. Correo, Chillán.

Nadia y Miriam Campos, desean correspondencia con jóvenes de distinguidas familias. Ellas 19 y 21. Correo, Copiapó

A Mary H. Chagres, Catemu. La Poza, morocha de 16, desea encontrar marinerito de 25, nobles sentimientos.

Me gusta una chica que estaba acompañada de otra amiga en la Rotativa del Colón. Vestía traje granate y sombrero blanco. Se llama Tita Martínez. Yo vestía de plomo y la miraba con insistencia. Contesté a J. H. F., Correo 2 Valparaíso.

Joven serio, 18, desea correspondencia con señorita libre y dispuesta a amar. — P. D. Oliva, Valparaíso, Correo 2.

Me gusta la rubia encantadora que vive en Playa Ancha. San Pedro, 53. Está de novia con un joven de su calle, pero ya no los veo juntos. Marino. Correo Principal, Valparaíso.

Luis L., Roberto C. y Juan G., amigos inseparables, desean correspondencia con señoritas que viven en Quillota, al lado de la Agencia de "El Mercurio" y que el domingo 18 se encontraban en la Plaza. Somos los jóvenes que fuimos la osadía de molestarlas.

Brr... J'ai la chair de poule a la perspective d'un hiver caractérisé rigoureux. N'y aurait-il donc pas, parmi les aimables lectrices de cette chamante revue, une très mignonne et frivole poupée qui compatissant mon état frileux, se disposerait à rechauffer mon cœur prêt à se laisser enflammer a première étincelle? Prière a toute âme charitable de bien vouloir s'adresser, accompagnant photographie, a Maximo Dovillaret. Talcahuano. (Contestación en castellano).

Elena Zúñiga y Rosa Ortega, Correo, Concepción, desean

correspondencia con jovencitos que sepan corresponder y enlazar sus primeros amores.

G. G. A. y G. G. M., desean correspondencia con señoritas de 20 a 25, Regimiento de Artillería de Costa, Tomé.

R. D. K., Casilla 224, Victoria. Humildad se interesa por carnet 15555. 21 años.

B. S. M., Correo, Viña, me gusta un teniente de carabineros que se llama, creo, E. Figueroa. Tiene un hermano en la Intendencia.

Manuel San Martín, Oficina Brac, Iquique, 28 años, rubio, carirredondo, desea correspondencia con señorita de 22 a 28, que quiera casarse.

Rancagua, Teniente, "C" M. 1; A. 14; P. 11; S. 20; y X. 13; cinco jóvenes para todos los gustos desean casarse con chiquillas sinceras y educadas. Ojalá foto.

M. D'Alembert, Rancagua, Casilla 84-D, extranjero, profesional, desea correspondencia señorita honorable. Indispensable foto.

Deseo conocer joven de corazón libre de 15 a 16 años de edad. Yo, estudiante, 15 años. Correo, Concepción.

A. H., Correo 4, me gusta un jovencito que está en la viñería No 662. Usa lentes.

Me encantaría correspondencia con Adelaida Salazar. Yo soy el moreno que una vez retó. Correo, Concepción.

Gladys Euth, desea correspondencia con moreno simpático, no mayor de 20. Yo, rubia, 15 años. Correo, Concepción.

Toñita Sarmiento, Correo, Concepción, desea correspondencia con L. Miranda, estudiante de I Dentística.

Deseo correspondencia con el estudiante de I de Leyes que se llama Luis Saavedra. Perica Leniz, Correo, Concepción.

Nancy y Maria, 16 y 18 años, desean amistad con muchos de ojos verdes. Maria Nolan, Correo Central.

Letizia y Pivonca, hermanas siamesas, desean conocer hermanos siameses amantes del baile. Correo, Chillán.

La lozania peculiar de los petalos de rosa.

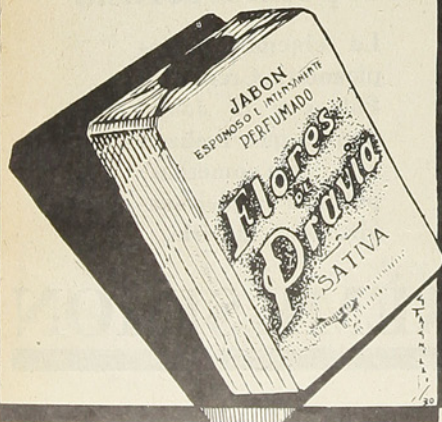
La obtendréis empleando la Crema, los Polvos y el Jabón Simon, que realizan este triple cometido : purificar la piel, suavizarla y nutrirla.

CRÈME SIMON

J A B O N

Flores de Pravia

EL PREFERIDO
de la gente chic



Chica buena, sencilla, busca joven de las mismas cualidades de 30 a 40. Correo, Chillán.

G. L., Correo, San Fernando, antigua amiga del señor Arturo Keidon, desea saber si él todavía le recuerda. Fuimos amigos en 1927.

Violeta Silvestre. Correo, San Fernando, 20 años, desea encontrar joven de sus condiciones que la comprenda.

Violeta de los Alpes. Correo, San Fernando, desea conocer caballero de más de 25, como amigo.

V. de R., Concepción, Casilla 13-C., desea correspondencia con la jovencita que conoció en Arauco, durante las últimas vacaciones, cuyas iniciales son M. O. G.

Corazón que sufre. Correo, Paillaco, estoy enamorada de un joven delgado, pálido, bigote negro, edad 48 a 49. Dirigirse a Flor del Valle.

Norma R., Concepción, desea saber si un joven que vive en Serrano, 575, está libre.

J. G. F. y S. C. I., Correo, Angol, desean correspondencia con amiguitas.

Deseo correspondencia con René Vega. Yo, dislocante. Cilla Fell. Correo, Concepción.

Mirto, Magali y Mitsi, 18, 17 y 16, desean correspondencia con simpáticos de Santiago. M. M. M. Sobrantes. Angol.

Deseo correspondencia con el hijo del director de la Escuela Vocacional de la calle Anibal Pinto, de Talcahuano. Lidia Fuentes Correa. Correo, Concepción.

Viejita de 21, Correo, Coronel, acepta correspondencia con viejo querido.

Eliana y Silvia Saavedra, 19 y 20, desean correspondencia jóvenes mayores 25. Ojalá del sur. Correo, Talca.

Violeta Rivera, Correo, Talca, desea correspondencia con joven empleado en el Banco Español, cuyo apellido es García.

Empleados Notaria. Ernesto O. B., Carmen D. y Manuel G. figura elegante, desean correspondencia con señoritas de 15, empleadas en la Fábrica Islena.

Para el admirador de N. P. E. Soy amiga de ella, y por eso me permito comunicarle a usted que ella no está en Chile y tal vez regrese el 30 de Junio de 1930. Correo, Linares.

Marineros del Hospital Naval, educados, sin vicios, desean relaciones con señoritas de 18 y 19. — O. Ibañez y A. Rodríguez. Hospital Naval. Valparaíso.

Esmeralda Benavente, 27 años, independiente, desea conocer joven culto e idealista, Correo, Chillán.

Flor en Capullo. — Falta dirección.

B. Pibe, Capitán Pastene, Correo, necesita correspondencia con señorita farmacéutica graduada.

L. P. S., Carnet 5912. — Falta dirección.

B. F. R. A., Correo, Rancagua, morena 15, buena posición, busca correspondencia muchacho de 22.

Mary y Nelly, desean amistad con jóvenes no mayores de 25, buena presencia. Correo, Concepción.

Hita, Tita y Lita, Correo 2, Casilla 4, Valdivia, 16, 17 y 18 años, desean correspondencia con cadetes navales o militares.

Me gusta Alejandro Concha. Si su corazón está libre, dirijase a Colombina, Correo, Concepción.

Rosina. Correo, Coronel, me gustaría encontrar amigo de 25 a 30, ojalá de Arica. Tengo 22, buena dueña de casa.

Me gusta el estudiante de medicina cuyas iniciales son C. F. Sus amigos lo llaman Filito. — Gladys, Correo, Concepción.

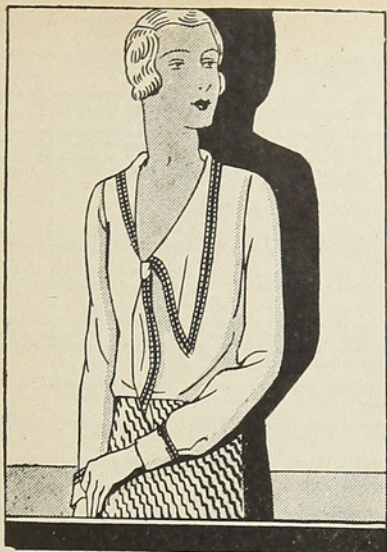
O. A. P., Cédula 4538, Correo 5, 23 años, estudiante, desea amar a una rubia de ojos grandes y bonito cuerpo.

Loreta Fuller, Correo 2, Chillán, 18 años, desea correspondencia con joven 18 a 20, ojos verdes.

Eleonora Ascuy, Correo 2, Chillán, desea correspondencia con rubio, ojos azules. Ella, 18.

Blusas y Faldas para la Primavera

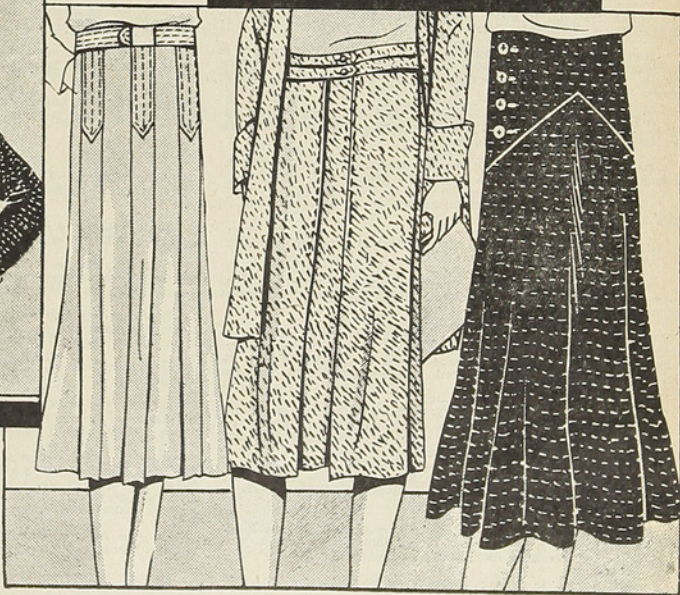
Blusa en toile de seda blanca. Cuello y puños adornados de vivos, en toile de seda marina, con deshilados al cordoncillo.



Blusa en crepe de China beige, adornada de pequeños pliegues en la misma tela.



Blusa en crepe satin con pastillas grises sobre fondo marino. Escote en crepe de China gris claro.



Falda en kashá verde adornada con pliegues pespunteados. Movimiento en forma sobre los costados.

Ensemble en tweed negro y blanco. Doble cinturón.

Falda en lanilla marrón y beige. Pieza abotonada y falda en forma.

Inés Lengua, Correo, Concepción, desea correspondencia con joven sincero.

Graciela Estuardo, Correo, Concepción, me gustaría un jovencito sincero, de 18 a 20. Yo, 16.

Diana Wilson, Correo 3, Valparaíso, 17 años, desea correspondencia con marino graduado.

Ruth R., Correo, Concepción, desea saber si el joven Alfonso Villa está libre.

Rigoberto Calderón, Avenida Argentina, 50, Valparaíso, desea correspondencia con muchachita de 13 a 15.

Extranjero, 22 años, educado y serio, modesto, más bien feo, desea santiaguinita de 15 a 19, que desee amar y ser amada. Carnet N.º 37.696. Correo Central.

E. G. M. Correo, Concepción, desearía ardientemente que el joven alemán Alberto Y., que vive en San Martín, cerca de la iglesia, me amara un poco.

Soltero R., Correo, Concepción, está loco por una morena que vive en Rengo, entre Chacabuco y Víctor Lamas.

Luis P., Concepción, se muere por una jovencita que viaja todos los días por la calle Rengo, al llegar a la Alameda.

P. L. G., Correo, Concepción, admira desde hace tiempo a Sylita V. Si su corazón está libre, contésteme.

Armando Ribert, Correo, Concepción, brillante actuación, desea correspondencia con señorita simpática.

B. L. N., 18 años, Correo 2, Valparaíso, busca amigo de 25, ideas matrimoniales. Soy amante, cariñoso, dueña de casa. Envíe foto.

Rosita Varela, Varillar Elqui, recuerda al amigo que te escribió por última vez en abril de 1927—O. L. N. D., Correo, Valdivia. Escríbeme.

Beatriz y Violeta D., desean amistad con viñamarinos. Son estudiantes.

Deseo correspondencia con muchacho de 19 a 25, militar, profesional o estudiante. Soy estudiante de 17—Lita Gaete, Correo 3, Valparaíso.

Flor Marchita, Correo, Illapel, desea como amigo epistolar al joven E. B. S., que trabaja en la Chilian Telephone, sección Estadística. Correo Illapel.

Chita M., Lia C. y Bessie G., 15 años, desean correspondencia con universitarios. Correo, Rancagua.

Venus Troncal, 16 años, busca estudiante o empleado que enseñe a amar. Ojalá foto. Correo 2, Valdivia.

Renata Silva, Correo, Concepción, 35 años. No busca dinero ni hermosura, sino hombre de 40 a 50 años, soltero o viudo con hijos, familia decente y carácter dócil. Yo responderé apasionadamente.

Mireya del Valle, desea correspondencia con joven buena familia, 20 a 28 años. Yo, 17. El que se interese por mí, conteste a Vía del Mar, enviando foto. Correo.

Dolores del Río y Dolores Costello, morenas, desean correspondencia con jovencitos de 17 a 22. Correo, Concepción.

Lucy Lecrec y Lola Bacalanova, amigas de 17, buscan amigos de 20 a 30. Correo 2, Valparaíso.

E. T., Correo Melipilla, mi eterno ideal lo constituye A. Garcés U. Solo aspiro a que me ame.

Fernando Valdés G., Correo Central, busca una amiga entre las señoritas inglesas. Soy chileno, culto, trabajador y sin vicios, buena situación, no feo.

M. L. M. G., Puerto Montt, Casilla 17-D, 25 años, empleada de almacén, educada, buena conducta, alegre, amante de la música, maneja auto y boga, desea correspondencia con joven de 25 a 30, fiel, bueno, aunque pobre, vista bien. Prefiero santiaguino, que sepa mecánica.

Inés del Valle, desea saber si el señor Alfredo Rodríguez, que trabaja en el mineral de Potrerillos, tiene su corazón libre. A mí me lo presentaron en cierta ocasión y me enamoré de él. Unos me dicen que es soltero y otros que es casado.

Deseo saber si el corazón de R. R. S. se halla libre. Está en III Año de Humanidades. Conteste a Alicia Sandoval. Correo, Concepción.

Chiquilla de 18, buen cuerpo, desea correspondencia con joven educado, respetuoso, amigo del baile, cine, auto, buena familia, roce social, alto. Indispensable foto. Exigente. Correo, Rengo.

Kina-Kani, Correo Central, desea correspondencia con R. A., de Parral.

Eva Durán desea correspondencia con joven no menor de 20—Correo, Concepción.

Marta Herrera, Correo Chillán, desea correspondencia con M. L. D., empleado en el Banco de Chile de esta ciudad.

Adriana Santa Cruz, desea correspondencia con joven de 18 a 24. Prefiere de Concepción a Santiago. Correo, Chillán.

Elena Herrera desea correspondencia con estudiante de Medicina o Ingeniería, educado y simpático. Correo, Chillán.

Lila Vargas, Correo 2, Valparaíso, desea correspondencia con un joven que el domingo 25 de mayo fue a la vermouth del Teatro Colón. Usa sombrero y abrigo plumo. Yo soy la chiquilla de abrigo y sombrero granate. Al salir, me siguió hasta la Avenida Argentina esquina de Pedro Montt.

José M. Gaete.—Falta dirección.

Lila Valderrama D., desea correspondencia con joven moreno, ojos verdes, poco amigo del flirt, no mayor de 22. Chillán, Correo 2.

N. R. O., Correo Central, desea encontrar en viudita joven la compañera de su vida. Lo digo en serio. Dicen que mi físico es agradable.

Luis L. y Roberto C., Correo 3, Valparaíso, amigos de buena presencia y posición, desean correspondencia con hermanas o amiguitas. Nos importan sólo sus cualidades morales, porque las pretendemos con buenas intenciones.

Alicia Menke, Correo, Rancagua, desea correspondencia con «One Poor», de Puente Alto. Soy seria y tengo 18 años.

Flor Abandonada, Correo 6, Valparaíso, no fea, desea jardinero de 35 a 50, para transformarse en una hermosa flor.

Eloisa Pavez, Correo 12, desea amigo que tenga como única condición la de ser moreno y alto, 25 a 30 años. Yo, 24, fea, pero no mucho.

Mariana Haase.—Falta dirección.

René Y.—Falta dirección.

Armando P. R., Correo, San Bernardo, busca amiguita rubia, dije. Es teniente aviador, 22 años.

Constitucionina, Correo, Constitución, desea correspondencia con F. Vera, empleado en el Banco de Talca.

Gladys y Nena Bórquez, desean correspondencia con jóvenes de 17 a 20 años. Lo prefieren alto, ojos claros. Correo 2, Chillán.

Ary R. B., Correo, Viña, desea casarse con un alemán de 26 a 30 años, simpático y alegre. Yo tengo 17, soy educadita, pobre, pero de buena familia.

C. C. T., Hospital Naval, Valparaíso, desea correspondencia con chica de 15 a 18, porteña o santiaguina.

E. G. E. y J. R. O., Valparaíso, Cuartel Silva Palma, marineros de 18 y 19, buscan jovencitas de 15 a 18, aunque no bonitas.

Releg, Correo 3, Valparaíso, sportman simpático, educado, con 22 años, desea encontrar dama con situación financiera asegurada para contraer matrimonio. Aseguro seriedad y reserva.

Jorge Barra O., Chillán, desea correspondencia con lectorcita de 18 a 22.

Fanny Labarca, Correo Carlos Lira, Lo Ovalle, Santiago, alta, rubia, sericita, desea relacionarse con joven trabajador, serio. Enviar foto.

Walter Slezak, Rancagua, Correo, Sewell, joven extranjero, honorable familia, 25 años, desea encontrar amiga sincera de 20 a 22.

Iván B. y Sergio B., Casilla 126, Chillán, agricultores, buena situación, desean correspondencia, fines matrimoniales, con señoritas serias y educadas. Enviar foto, que será devuelta si no gusta.

Estudiantes penquisas, físico no desagradable, desean correspondencia amiguitas de buena familia, de 16 a 20.—G. Peñaflor y R. del Solar, Correo, Concepción.

Herminia Beltrán, Correo, Concepción, desea correspondencia con joven de 30 a 35, instruido.

Alfredo Tagore, Correo 5, familia distinguida, conjunto regular, 22 años, dinero, busca amiguita de 15 a 17, delcita, delgada, buena familia, para divertirla y hacerla feliz.

Para L., que me escribió una carta de despedida con fecha 17 de agosto. Deseo saber de usted para decirle por qué no contesté su carta. No le escribo ahora, porque no sé su dirección. ¿Quiere mandarla al Correo con el nombre que ya sabe y a la misma ciudad dormida donde aún persiste su recuerdo?

Gilberto Poblete, Teniente «C», Rancagua, moreno agradable, 20 años, busca correspondencia con señorita de 17 a 19.

Yolanda S., Correo, Concepción, 18 años, desea correspondencia con joven de 20 a 25. Foto.

R. V. G., B. D. R. y B. A. A., porteñas, buena familia, desean conocer jóvenes altos, de 25 a 30, educados. Casilla 5, Valparaíso.

SU ESTOMAGO ES SU MEJOR BAROMETRO

Las afecciones gástricas pueden compararse a las oscilaciones barométricas; el buen tiempo a la perfecta digestión y la tormenta al período crítico de la indigestión, causa de acedías, pesadeces, ardores, dilataciones, eructaciones ácidas y demás disturbios digestivos que los pacientes denominan males de estómago. Tales dolencias son debidas en general a la secreción de un jugo gástrico excesivamente ácido. Para combatir el mal en su origen, tome media cucharadita de las de café de Magnesia Bismarck en un poco de agua después de las comidas o cuando sienta el dolor. Gracias a su poder alcalinizante, la Magnesia Bismarck neutraliza muy rápidamente la acidez excesiva, evita la fermentación de los alimentos y previene la inflamación de los delicados epitelios del estómago. La Magnesia Bismarck (M. R.) que goza de fama mundial por su eficacia, se vende en todas las farmacias. Base: Magnesia y Bismuto

José Miró Miró, Regimiento Infantería Melilla No 59, 3. a Compañía Melilla, solicita madrina de guerra.

Beatriz Correo, Talca, desea jovencito de corazón pródigo que ame a una chica de 17, ojalá estudiante de Leyes o Medicina.

Consuelo y Esperanza.—Falta dirección.

A. C. Z. Correo, San Fernando, 23 años, morena, amante del hogar, desea amistad con joven trabajador, formal, sencillo, bueno, de 25 a 30 años. Foto.

Lyta, Santiago, a Bel Reyes, Chillán, ¿Recuerda la promesa que le hice en el verano? Si tiene algo que decirme, escriba a la dirección que ya conoce.

Sergio Edén, Correo, Collipulli; creo reunir todos los requisitos exigidos por Gracielita Rawlinson. Agradecería respuesta. Ojalá foto.

Sucy y Eliana Montes, Correo 2, Chillán, deseamos correspondencia con los estudiantes de Leyes, Carlos Mondaca y Astorga, que flecharon nuestros corazones.

M. G.—Me gustaria correspondencia con la señorita María Fábrega, de Angol.

H. H. R. R., Dublé, 123, Potrerillos, jóvenes de 20 años, no feos, desean relaciones con señoritas de 15 a 19.

Pensamiento, Correo, Talca.—Ya se publicó una vez.

Marta, Concepción, para Peter Nelvise, Santiago, deseo ardientemente tu nueva dirección.

Wanda Azócar, Correo Central suera, 30, amante del hogar, busca caballero no menor de 35. Lo desea sin vicios, buena situación, extranjero o hacendado.

Ives Nelson, Correo, 11, Providencia, 16 años, desea conocer morenito de buena presencia, de 17 a 20.

Pastoreña y Amarillos.—Falta dirección.

Nélida del Valle, Correo, Curicó, para Freddy, Teniente "C", Rancagua; ruegole decirme el por qué de su silencio después de tan amena correspondencia.

Y. U. S. Correo, 2, Chillán, estudiante, busca estudiante que la consulte. No más de 20 años.

Odette Cooper, Correo, Concepción; mi ensueño es un jovencito que se llama Carlos Gaete y vive en la calle Freire.

Leonardo de Casti y Antonio Acigar, Correo Central, Chillán, buscan correspondencia con trigueñas de 17 y 18.

Mabel I. B. Correo 2, Temuco, me gusta un joven moreno, empleado en el Banco de Chile, cuyas iniciales son: Alberto J. Soy una amiga que no le olvida.

Toñita, Correo, Puerto Montt, 17 años, desea correspondencia con marino no mayor de 25.

Eliana del Canto, Correo 3, Valparaíso, 24 años, profesional, desea amistad con joven educado, ojalá extranjero, de 28 a 35.

Richard Henry, Correo Naval, Valparaíso, busca jovencita sincera, que piense en el bien, joven, educada.

M. Dely Niquen, deseo correspondencia con joven de Parral. Se llama Carlos Urrutia.

C. Riveros, busca girl rubia, amante del dancing; M. Bravo, la prefiere morena, que guste del cine, y Villarroel la desea como venga. Correo, 2, Valparaíso.

I. Rodríguez.—Falta dirección.

Señorita Viviana Fuentes, es usted mi ideal, pero he sabido que cierto chico... ¡Hay que ver! Sufrir y Espera. Correo Central.

Lilian y Ximena Bahamondes Correo, desean correspondencia la primera con el alférez de la Escuela Militar René González, y Ximena, con el doctor Alejandro Marchant, que vive en San Isidro, al llegar a 10 de Julio. Escriban por separado al Correo, San Carlos.

Betty Mac Roland, desea correspondencia con joven inglés, holandés o suco, de 30 a 38. Dirigirse en inglés o castellano, al Correo, Concepción.

M. G., Correo, 2, Valparaíso, desea correspondencia con universitario de 17 a 20. Tengo 16.

Rita, Correo 2, Valparaíso, deseo saber del estudiante Enrique Pinto Tobar.

Cuecú
FAMOSO ESMALTE
PARA UNAS
El encanto de las damas
elegantes.

Sim
AGUA PARA EL
CUTIS
Un método nuevo
para toda
impureza de la
piel.

Por mayor:
**BRUCHERT y
Cia.
D. ROPPELMAN
Hnos.
VALPARAISO**

H. Quiróz y A. M., Casilla, 387, Concepción, 18 años, empleados, desean conocer señoritas sencillas que les guste el teatro.

S. D. Correo, 5, Valparaíso, para C. B. donde se encuentre: ¿Por qué dejó de escribirme? Si su cariño ha muerto para mí, sería un consuelo muy dulce poder conservar su amistad.

Caballero de 50 años, pobre, sin vicios, serio y honrado, desea contraer matrimonio con señorita o viuda de 35 años, que posea la mayor cantidad de virtudes. Indispensable buen cuerpo, sincera, acudada y seria.—E. S. S. Concepción.

Miryan Storne, desea correspondencia con joven instruido, noble y leal. Correo, Central.

FANDORINE

M. R.

contra las enfermedades de la mujer

Vuelta de la edad
Hemorragia
Vapores
Metritis



80 % de las mujeres
no están satisfechas
de su salud

Esta preparación admirable detiene enseguida las hemorragias,
Profesor GARRIGOU,
de la Facultad de Medicina de Tolosa,
Director del Instituto de Hidrología.

La Fandorine está basada sobre los descubrimientos de los más misteriosos de la Ciencia Moderna y realiza el medicamento completo, único, de las enfermedades especiales del sexo femenino.

Doctor POLLET,
profesor agregado de Partos en la
Facultad de Medicina de Lyon.

La Fandorine cura la mujer de sus malestares

BASE: Extractos Mamario y Ovarico, Amidoperlina. (M. R.)

Glória Garcés, Correo, Chillán, 18 años, busca joven de 20 a 25, nobles sentimientos.

Frederick Golberg, Oficina Central, Potrerillos.—¿Te acuerdas, Chantla Hurtado, del gringuito que tuviste ocasión de conocer en marzo, en la Estación de Ovalle?

Valentino Chico.—Falta dirección.

Alicia Brané, Copiapó, desea correspondencia con C. S. O., de Quillota.

Katty Richardson, Correo 2, Valparaíso, desea correspondencia con joven de 22 a 25.

Meriz V., Correo Talca, desea saber de Oscar Varela Henríquez, de San Javier.

C. Godoy, Escuela de Grumetes, Talcahuano, marinero de 19, desea correspondencia con señorita de 17 a 19.

Nena J. Correo 2, Chillán, morenita aburrida, desea encontrar corazoncito con cara morena que la consuele.

S. S. S., Correo 2, Valparaíso, simpático, cariñoso y trabajador, gustos refinados, desea casarse con señorita pobre, simpática, dueña de casa, no exigente porque gana sólo 500 pesos. Ojalá sea empleada de comercio y tenga 17 a 24 años.

R. D. J., Correo Quiriquina, marinero de la Escuela de Grumetes, desea correspondencia con señorita de 15 a 18.

P. Inostroza y J. González.—Falta dirección.

Leonor T. O., Correo 2, Chillán, desea correspondencia con joven educado.

Oscar Wilde, Rancagua, Teniente «C», empleado, 23 años, desea encontrar lectorcita noble corazón Foto.

Lya Mora, Correo Principal, Valparaíso, oficinista 19 años, desea relacionarse con joven de 20 a 27, instruido, alegre, católico. Ojalá empleado de Banco.

Ingrata, Correo, Calera, desea felicidad al señor Manuel A. L. y le dice que su amistad ha sido sólo una ilusión.

Alma Errante, Correo 3, Talcahuano, marinero, busca muchachita de 18 a 20. El, 23 años.

Violeta del Prado, Monte Aguila, Casilla 209, gordita rubia, desea correspondencia con moreno, de pueblo cercano, hasta de 25.

Betty Pérez, Correo, Talca, desea correspondencia con joven de 25 a 32, deseos de formar hogar, extranjero.

Maria y Otilia Revillonts, Calle Barón N.º 16, Quillota, 25 y 28 años, desean correspondencia con jóvenes serios.

Orlando Contreras, Correo, Chillán, desea correspondencia con la rubia que el día 2 del presente viajaba en un tranvía a Chillán Viejo. Yo soy el joven que la miraba.

Beatriz D., Correo, Talca, busca compañero ejemplar, culto, con quien formar hogar feliz.

Amalia Muñoz, Chillán, Correo 2, busca corazoncito entero, para formar nidito.

Tres marineritos, 24, 24 y 25, buscan amigas sinceras.—R. V., M. L. y R. L. Destructor «Hyatt», Coquimbo.

Maria, la contadorecita de 16 años, se acuerda de Pepe y le dice que lo adora, que se muere por él, etc. A José Valencia, Arsenal, Talcahuano.

Chita V. y E. J., rubia y morena, respectivamente, buscan correspondencia con jovencitos de 19 a 25. Correo 2, Chillán.

Pola Negri, Correo, Traiguén, chica humilde, desea correspondencia con valiente, que no tenga miedo a la pobreza.

R. Fernández, Casilla 460, Temuco, desea correspondencia con joven serio, 30 a 35.

Dos Rubios, Correo 3, estamos locos por una señorita que hace cinco meses fue a un baile a Caletones. Se llama Celia.

Luis C. Zorrilla, Banco Yugoslavo, Valparaíso, simpático, ojos saltones, 3 a 4 mil pesos de ingreso mensual, desea correspondencia con señorita de 35 a 45, aunque pobre. Enviar foto.

Beatriz Donoso, Correo Viña, se interesa por el ahora solo joven de Las Salinas Norman H. Si quiere una amiga con quien divertirse, sepa que yo soy admiradora suya desde hace tiempo.

Fresia M., Correo, Quillota, 18 años, simpática, desea correspondencia con joven de 20 a 25. Foto.

Rubia y morena, 18 años, desea conocer estudiante de ingeniería, pues quedarán encantadas con ellos, después del baile del 21 de mayo. Ojalá tengan autos, y les guste el cine. Orella y Queta, Correo 13.

Guy de Salisbury, Correo, Teniente «C», quiere una chica rancagüla de sus alrededores, ojalá sincera. No pide foto.

Mario York, Correo, Collipulli, desea correspondencia con simpática de 15 a 20. Foto.

Amanda Espinoza, Correo, Talca, busca joven de 30 a 35, empleado público. Fines serios. Foto. Ella, 20 años, buena, sin pretensiones.

E. Ammeter, 33 años; H. Power, 30 años; W. Potencio, y cuatro más, buscan señoritas que desean formar hogar feliz. Braden Cooper, Correo, Sewell, Rancagua.

C. S. V., Correo 5, a Jorge Aravena. Nunca te olvidaré.

Desee correspondencia con Florencio Angel. Está en el Norte. Talca, 4 Oriente 5 y 6 Norte, a Lucrecia López Rojas.

Margarita Cox desea correspondencia con René Neuman. Correo, Talca.

Maria Cisternas y Adriana Uribe, Ovalle, Correo, desean amigos serios, pues ambas quieren llegar al matrimonio. Han de tener de 30 a 36 años. Ellas son respetables y simpáticas.

A. Aranda, Correo, Antofagasta, extranjero, 40 años, educado, buena presencia, actualmente en mala situación económica, solicita correspondencia con viuda o señorita simpática, que disponga de dote importante.

T. Topete, Correo, Antofagasta, español de 39 años, aceptaría correspondencia seria, con señorita o viuda dueña por lo menos de 500.000 pesos. Foto.

Tulio Amaro, Correo, Potrerillos, 21 años, desea correspondencia con señorita de 15 a 20.

Marinero de 19 años, busca lectorcita que le escriba. Alma en Pena, Correo 3, Talcahuano.

J. Carpentier, Potrerillos, La Mina, desea correspondencia con señorita de 24 a 26.

Musset y Bohemia, Correo, Gorbea, buscan lectores de alma pura que las enseñen el amor sincero.

C. de M., Correo Quillota, busca moreno de dientes blanquitos, para que se parezca a un amor que perdi.

Moreno 18, desea conocer señorita honorable, de Valparaíso. Rowly Woop, Casilla 25-V., Valparaíso.

Olga Gómez, Correo, Viña, bajita y gordita, busca joven de 21, decente y pobre.

Antonio López, Antofagasta, avisa a Marta Luz su regreso a ésta, y le ruega escriba a la dirección que sabe.

C. Castetos.—Pídale directamente.

Lucy y Mary Vargas, desean amigos por correspondencia, Correo, Chillán.

Bomberos de 19, desean conocer señorita de 15 a 18, hermanas, amigas y educadas. D. L. L. G., Casilla 4351, Correo 2, Valparaíso.

Alfredo Orsi, Correo 2, Valparaíso, 18 años, desea conocer señorita 16 a 20.

Rosina Ninón, Correo Central, morenita aburrida, desea amigo de 23 años.

Amelia Trejos, Correo, Concepción, me gusta Alfonso Medina, profesor de Taquigrafía.

Flor Silvestre, Correo, Concepción, quiere escribirse con Domingo Aqueveque.

Lita Correo, Concepción, le gusta Pedro Olavarría.

Rubia sin pretensiones, le gusta Oscar Trejos. Correo, Concepción.

Mollin Dove.—Falta dirección.

E. C. C., ruega a Pedro Olmos Muñoz, le escriba a la dirección que sabe.

Great Larrieu, Correo, Copiapó, desea encontrar amigo entre los lectores.

Carlos Saavedra, Teniente, Sewell, Rancagua, 22 años, desea correspondencia con señorita instruida.

Z. Troncoso, Correo, Coelemu, deseo correspondencia con joven de 18 a 22, leal. Yo, 17.

M. C. y C. H. F., Correo, Temuco, desean correspondencia con estudiantes. Somos bomberos.

Max del Campo, desea correspondencia con señorita de 17 a 22, chilena. Yo, simpático, empleado público. Correo, Temuco.

Golondra, desea amigo sencillo, 28 años. Correo, La Cruz.

Casilla 146, Cauquenes, me gustaría un chiquillo sincero y simpático.

Josefina Nieto, Correo 2, Chillán, busca chico educado y rubio.

Extranjera, rubia, trabajadora, 26 años, desea correspondencia con joven estatura regular, educado, 28 a 38. Correo Central, E. Krieger.

María L., desea correspondencia con oficial de la Marina de Guerra. Ella, 18. Conteste a Correo 2, Valparaíso.

Mary B., y Elena R., Correo 3, Valparaíso, desean correspondencia con marinos de la Escuela de Comunicaciones de Las Salinas, de 18 a 22 años.

Nené, Correo, Cauquenes, desea correspondencia con C. A. F. talquino. Ana Z., Correo 2, Chillán, quiere saber del jovencito Leopoldo Cea, que está en Concepción.

María R. R., Correo, Chillán, 16 años, desea correspondencia con chico de 18 a 23, estudiante.

Luis Tapia, Correo 6, Santiago, 24 años, desea correspondencia amorosa.

S. del Río, Perallillo, Calleque, 38 años, instruido, plata, desearía correspondencia con fines serios, con señorita de 20 a 35.

Raúlito Etcheverry, escribe a la dirección que sabes, a M. del Carmen Soto.

E. N. S., desea saber la dirección del cauquino. Correo, Concepción.

Osmat, Correo, San Francisco de Limache, busca joven alegre, porque ella está encantada de la vida.

Edith Q. M., busca moreno que sepa comprender corazón sólo y triste. Chillán, Correo, 2.

Chita B., Correo 2, Chillán, desea saber de Alfonso Casanueva, que actualmente está en Concepción.

W. N. M., Correo 11, Providencia. Me gusta la más bailita de las dos señoras de Info que frecuentan el Teatro Capitol y viven en Andrés Bello, 9 y tantos. Conteste al joven del Packard verde.

Arlette, Correo 5, 16 años, aceptable, considerando su vida vacía, dirige un llamado al joven que quiera atenderla. Debe tener más de 20, buena familia, inteligente, ojalá universitario.

Dora F. P., Correo, Temuco, 22 años, desea correspondencia con joven moreno.

Galta Valprez, Tomás, dice a Tomás, que lo ama siempre, pero que por razones sentimentales no quiere volverlo a ver.

Raúl Vargas Varas, pasa por mi casa el primer jueves, después que aparezca este artículo.

Flavia, Fanny, Fábida y Felicia, minoristas, desean correspondencia con jóvenes educados. F. F. F. F., Compañía Carbonífera de Lirquén.

Miriam, Correo Talca, desea correspondencia con Osvaldo Villalobos, de San Javier.

Claudina y Raquel Naranjo, Chillán, Correo 2, desean correspondencia con los jóvenes de la Casa Ferrada y Bustos, H. B. y A. O.

Delmira Ruiz, Correo Central, se consideraría feliz si el futuro médico Gustavo García quisiera correspondencia amistosa con ella, sin compromiso para él. Si más tarde quiere conocerla, aceptará gustosa. De lo contrario, siempre tendrá en ella, una amiga sincera.

Sueño Oriental, Correo, Cafete, busca joven 25 a 30, caballero, honrado y trabajador. Correo Central.

Iz. Iris, Ilse, Ila, desean correspondencia con Raúl C. Bernardo B., Enrique Riosoco, y Orlando Poblete, del Liceo de Concepción.

Sarda Sotomayor, busca chiquillo estimado. Correo, 5.

Pichita, ruega al teniente de carabineros Luis Suárez Guzmán, que no la olvide. San Bernardo.

J. González, Blindado "Capitán Prat", Talcahuano, busca bella lectora que dispese sus penas.

Raquel Vega, Correo 2, Linares, desea correspondencia con Humberto Montaner Serano, que está actualmente en el Departamento del Ministerio de Guerra.

Two girls, Correo, Concepción, 17 y 18 años, suspiran por F. Espinoza y J. Vera, de la Williamson y Cia.

Lotina, Correo Lota Alto, sería dichosísima si el marido Arturo Coddou, le hiciera un poquito de caso. Soy una morena, no fea y muy cariñosa. Sería feliz si pudiera mitigar sus penas.

M. González, Correo, Concepción, desea correspondencia con la señorita Aida Lefva.

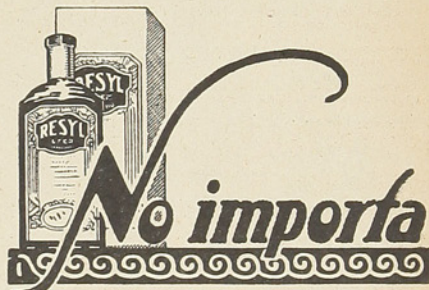
M. Blett, pide al marino Rafael, de los ojos verdes, que le escriba al Correo de Chillán, a su nombre. Cree que no le es indiferente.

Florángel, Correo, Cauquenes, busca joven de trato distinguido, rubio, ojos azules. Ella, 21 años, no fea.

Paca Reta, Correo, Talca, le gusta el capitán garabato que ha salido con más nariz que un gato, y el subteniente Grez, que es más duro de corazón que una nuez.

**ANTI-REUMÁTICO
ANALGÉSICO SEDANTE**
**NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIÁTICA, REUMATISMO**
Resfriados, Dolores de cabeza y muelas
Alivio inmediato:
sin efectos secundarios nocivos

ASCEINE^{MR.}
Comprimidos de Ácido acetilsalicílico
Acet fenetidina, Cafeína



que el fraile del higrometro
señale tiempo húmedo

el está Ud prevenido contra los en
fermedades que la humedad lleva
consegua
Asegure el buen funcionamiento
de sus bronquios y pulmones y for
nifiquelos tomando el insuperable

JARABE
Resyl

Calma y cura TODAS ASMA
bronquitis, GRIPE y toses las
colencias de las vías respiratorias
y tonifica todo el organismo
En todas las farmacias



Se presenta también en comprimidos, forma muy práctica
para las personas ocupadas.

SOMBREROS DE GUSTO



El ala de este sombrero de bakou rojo, forma un ancho pliegue bajo el cual va un drapado de gaza marina.

El crin bordado y el encaje de cañamo estarán en boga. Se les emplea para estas tocas. Está es de encaje de cañamo y fieltro negro.



LA BACLANOVA LUCE SU ROPERO

¡Por fin! Esta exclamación salió hace poco de lo más íntimo del pecho de la bella artista rusa, la Baclanova, una de las figuras de la pantalla que ha sabido elevarse más rápidamente a la cúspide de su carrera durante los últimos dos años.

Y la excéntrica actriz tiene mucha razón al lanzar su ¡Por fin! Hasta el presente solamente se le ha permitido interpretar papeles ingratos, de mujer mundana y vestida pobrísimamente. Comenzando por el papel de mujer mundana de los barrios bajos de Londres que interpretó en "La calle del pecado", película de Emil Jannings, y concluyendo por "Los muelles de Nueva York", creación de George Bancroft en la que la encantadora actriz aparece como una buscona de cafetín de marineros, siempre ha tenido que aparecer en la

pantalla cubierta de trapos y simulando el más desenfrenado libertinaje.

Tan acostumbrada estaba a esta clase de papeles que durante los dos años que lleva trabajando con la Paramount jamás pisó el departamento de modas de la mencionada empresa, a cuyo frente se encuentra el célebre modisto Travis Banton. La única película en que comenzó a cambiar de indumentaria, aunque no de carácter, fue "Caras olvidadas". En esta obra vistió un poquito mejor que en las anteriores, pero no hay mucha diferencia.

Hoy es ya cosa completamente distinta. Después del despliegue de lujo inusitado con que asombró a sus admiradores en "El lobo de Wall Street", al llegar a "Una mujer de peligro", que es su actual creación, la excéntrica actriz rusa, que sabe ser elegante sin confun-

dirse con las demás "Stars", alcanza el máximo de su ensueño en lo que a riqueza de vestuario se refiere. Diez vestidos distintos, a cada cual más rico, más elegante y de gusto más refinado, forman el ropero con que se engalana en las distintas escenas. Estos diez vestidos, hechos todos ellos de acuerdo con las tendencias de la moda actual, son un derroche de originalidad y buen gusto.

De acuerdo con los planes de producción de la Paramount, la Baclanova seguirá apareciendo en escena luciendo riquísimos trajes, ya que tan luego como concluya su actuación en "Una mujer de peligro" interpretará el papel de millonaria neoyorquina en "El hombre que amó", película en la que aparecen como protagonistas los populares artistas Richard Arlen y Mary Brian.

María Barrera, Correo 2, Valparaíso, desea conocer jovencito de 17, simpático. Ella, 16.

Jorge Escobar y Jaime Tocornal, Correo, Providencia, 22 y 23 años, desean amistad con chicas de 18. Poseemos buen auto y somos simpáticos.

Marta Velasco, Correo 2, Chillán, desea correspondencia con muchacho de 28 a 35, bueno, que le guste la música. No soy muy fea.

Fanny Echeverría, Correo, 2, desea conocer joven serio, educado. Ella, 19.

Elinor, Bessie, Maggie, 17 y 19, Correo, Concepción, desean conocer chicos simpáticos.

Chalot, Lillian, Ninette, desean correspondencia con Víctor Swartz, Osvaldo Riquelme y Carlos Cerda. Correo, Concepción.

Marta Davis, Correo, Quillota, le gusta el doctor Acevedo, que hace su internado en el San Borja. Somos las chicas de la playa de Valparaíso, a quien usted, con sus amigos, fueron a dejar a su casa y las invitaron para el día siguiente a Montemar.

L. C. y M. R., Correo, Concepción, desean correspondencia con los jóvenes A. Vinet y P. Espinoza, que estaban en galería cuando se estrenó el cine sonoro. Nosotros somos las chiquillas de platea, una estaba con sombrero grande y la otra de luto.

O. Moncada y H. Villegas, desean correspondencia con señoritas educadas y sinceras. Transporte Micalvi. Valparaíso.

Napoléon II, Casilla, 1147, Concepción, le gusta una joven de 18 a 20, que estudia en

la Academia del Pasaje. Sus iniciales son Y. Z. Soy el amigo que el miércoles 14 la acompañó a su casa.

Alis Levier, Correo, Villa Alegre, desea encontrar joven de 24 a 26, posición, ojialá de Talca, Linares o San Javier.

H. W., Correo, 3, Valparaíso, no puede olvidar a Esterita A. D. R., que jugaba carnaval con él en la Plaza de Quillota.

Nelly, Maruja e Ivonne Wilson, Correo 2, desean amistad con jóvenes de buena familia, simpáticos, no menores de 23.

Rosa del Valle, Correo, Iquique, 31 años, buena dueña de casa, desea correspondencia con caballero de 36 a 46. Fines serios.

Elsie Oneto, Correo 2, Valparaíso, 18 años, desea correspondencia con joven de 20 a 25.

Violeta del Valle, Correo Traiguén, desea correspondencia con morenita de 25, extenso para escribir, 20 años, morena.

Santiago, 24, desea correspondencia con chica 16 a 20, de Cauquenes. Rolando Vargas. Correo 3, Santiago.

Pensamiento, Correo, Talca, carácter taciturno, ha resuelto asaltar la sección envase en el quinto piso de la Casa Gath y Chaves, para robarse a la simpática morena de todos sus ensueños y desvelos. Olga Linares R.

Margarita Correa, Correo 2, sería, educada, habla francés, desea amistad con joven instruido, buena familia.

Maude Livingstone, Correo, Chillán, desea correspondencia con agricultor trabajador. Ella, buena y sencilla.

Germaine Dechanel, Correo, Chillán, busca extranjero de 30 o más años, que la comprenda.

B. B. C., y J. R. M.—Falta dirección.

Mary Zablutt, Oficina Brac, Iquique, 17 años, desea correspondencia con joven de 18 a 20.

Lily M., Correo 2, Chillán, desea correspondencia con R. B., que ahora cursa primero de Medicina en la Universidad de Concepción.

Eduardo Robinson, viudo, rico, 40 años, quiere mujercita feita y hacendosa, de 25 a 35. Soy extranjero, de paso por algunos meses en Chillán.

Deseo conocer médico de 28 a 45, caballero. Soy simpática, morena, educada, seria, sincera, 24 años. Alicia Garcés, Correo 3.

Nancy, Correo 3, Valparaíso, desea correspondencia con joven de 23 a 28, buenas expectativas para el futuro. Ella, morena, le gusta el baile y el paseo, sin ser coqueta y sin haber pololeado nunca.

C. de P. Curicó, joven, pobre, desea casarse con mujer con dinero para trabajar independientemente. Si hay alguna mujer abnegada que lo quiera ayudar, escriba cuánta antes.

Mena, Correo, Valparaiso, 18 años, desea correspondencia con chico 19 a 25.

Lizeth, Correo, Valparaiso, 18 años, desea correspondencia con moreno de Coquimbo al sur.

Deseamos saber del lejano amigo Arturo Asencio C. Las chicas longuianas le recordan con cariño.

Para personas “chic”

Medias Der-Ven

Armónico complemento de las más hermosas prendas femeninas, las Medias DER-VEN son primicias de color, diseño y elegancia.

La maravillosa suavidad de su rica seda no les impide, sin embargo, resistir firmemente el desgaste por uso intenso y frecuente de lavados.

Combinan así calidad, distinción y economía.



Der-Ven

Protección
contra anginas,
resfriados, gripe por



PASTILLAS DE
Panflavina

(M. R. 1 a base de cloruro de 3,4-diamino-10-metilcedrina).

Eviten las graves consecuencias de los resfriados.



LA PANVALÉRASE

(M.R.)

COMBATE ENÉRGICAMENTE LAS AFECCIONES NERVIOSAS

ES EL TÓNICO POR EXCELENCIA DE LOS CENTROS NERVIOSOS

OFRECE PROPIEDADES ANALGÉSICAS Ciertas y una acción sedativa cardíaca

ESPAZMOS
VÉRTIGES
NEURASTENIA
CONTRACCIONES DOLOROSAS

DISNEA
JAQUECAS
INSOMNIOS
PALPITACIONES NERVIOSAS

Extracto total de Valeriana fresca establecida
Aldehído tincolorado — Bromuros de Alibumosa
Extracto completo de Cannabis Indica

SOLUCIÓN

CÁPSULAS

AGENTE PARA CHILE: **RAYMOND COLLIÈRE**
Casilla 2285 Las Rosas 1352 SANTIAGO

(Continuación de la pág. 11)

LA MUCHACHA QUE NO QUERÍA VOLVER A CASA

Penward titubeó, porque aún no había estudiado el asunto.
—¿Lo ve usted? — preguntó la viajera con aire de triunfo.
— Usted sabe muy bien que no puede obligarme a nada.
¿Pertenezco, acaso, a la dotación del buque?...
— Pero viaje sin pasaje, y eso...

— Puede decir que me pongan los grillos y que me lleven a la cárcel, y después, con grillos y todo, a mi casa.
— No haré nada de eso, señorita; pero le juro que irá usted donde debe ir. Lo he decidido.

EL BUQUE fondeó, al fin, en el puerto de Bridport, a las seis de aquella tarde. Penward se dirigió a George Wix, diciéndole:
— Le dejo encargado del barco, mientras yo arreglo en tierra un asunto particular.

Habían puesto la plancha, y la viajera se dirigió hacia allí seguida del capitán.

— Tendremos tiempo de tomar el tren. — dijo él.
— ¿Qué tren? — preguntó ella.
— El que la llevará a su casa.

— Pero, hombre de Dios, ¿cuántas veces quiere que le diga que no pienso volver?...
— Usted lo piensa así, pero yo, no.

Entonces, abur y gracias por haberme traído hasta aquí. Dicho esto, sonrió y continuó hasta el desembarcadero, seguida de Penward. Este le preguntó:
— Quiero ir a pie hasta la estación, o prefiere un taxi?
— Si usted va hacia la estación, yo no — contestó la joven.

A usted no le gustan las escenas ridículas en la calle, ¿verdad?
— Espero que usted no dará lugar a nada de eso — se apresuró a decir ella.

— Me temo que algo va a pasar si usted no se reporta.
— Me está usted amenazando caballero!

— Porque usted no es razonable. ¿Qué va usted a hacer aquí, si no conocer a nadie?
— Eso es incumbencia mía.

En ese momento pasaban por una solitaria alameda. La joven alteró el paso.

La puerta entreabierta de una choza llamó su atención y entró en ella cerrando después de golpe y echando el cerrojo por dentro.

El marino cayó sobre la puerta, apoyando en ella un hombro; pero aunque las maderas eran viejas resistieron el empujón.

Más cuando la fugitiva intentó buscar una salida, aunque fuera por el telado, se vió sorprendida por dos hombres de aspecto funestísimo.

La joven no pudo contener un grito de espanto y retrocedió, mientras los individuos de rostros patibularios se miraban de un modo expresivo.

— ¿Qué le sucede, señorita? — preguntó uno de ellos. — Sin duda la persiguen, pero no tenga cuidado, nosotros les con-

tendremos. Aquí está usted segura, si es que usted nos recom-pensa.

— Carezco de dinero.
— Pero ese brocheito es muy lindo y me ha cautivado.

— Y el bolso también me gusta mucho — añadió el otro.
Y fueron a desvalijarla, pero ella logró desasirse, gritando a la vez:

— ¡Socorro, socorro!...
La puerta se abrió y se par en par produciendo un ruido estrepitoso.

Penward se hizo cargo de la situación, y antes de que los bandidos se repusieran cayó sobre ellos con tal brío y serenidad, que ambos rodaron por el suelo.

Fue cuestión de unos segundos bien aprovechados.
— ¿No le han quitado nada? — le preguntó a la joven.

— Mejor. Creo que éstos tienen ya lo suficiente, conque no perdamos el tiempo que tenemos que tomar el tren.

LOS dos volvieron por la alameda hasta el muelle.

— Usted supondrá ahora que estoy obligada a obedecerle, después de haberme libertado de esos granujas — dijo ella.

— Eso no ha sido más que un incidente, y como yo estaba decidido a no llegar tarde a la estación...

— ¿De veras? Pues me parece que no vamos a llegar.
Y para exasperarle se sentó en un banco de los que había en el muelle.

El capitán consultó el reloj.
— No le queda más que medio minuto para descansar — le observó, contemplándola como a una niña caprichosa.

— No le seguí.
— Lo siento, señorita, pero el tiempo apremia.

Ella no se movió y siguió mirando al horizonte.
Penward tomó a la joven en sus brazos y la condujo a lo largo del muelle.

— ¡Déjeme en el suelo! — gritó ella con rabia. — ¡Déjeme pronto!

— Eso es lo que voy a hacer — dijo el capitán, dejándola gentilmente en un taxi que ya había visto antes.

El marino subió después, diciéndole al chauffeur:
— ¡A la estación del ferrocarril! ¡En seguida!...

— De ningún modo! — gritó ella. — ¡Deténgase! ¡Yo no quiero ir... no quiero, no quiero!...

— El taxi disminuyó la velocidad.
— No haga caso a esta niña; se ve que prefiere que la lleven en brazos...

— ¡Es usted un bruto!
— ¡Gracias, señorita! — dijo Penward.

— ¡Y un fanfarrón!
— No le digo lo contrario. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer?

— Me puede dejar sola!
— Aunque me cueste luchar con una cabecita loca, debo cumplir con un deber y lo cumplo — dijo el joven.

— ¿Siglo hasta la estación o bajan ustedes? — preguntó el chauffeur.

Penward miró a la joven, pero ésta volvió el rostro, demostrando así su indignación.

— ¡Adelante! — gritó el marino. — No pierda tiempo que tenemos que tomar el tren.

UNA vez llegados a la estación, la señorita Wynter se rebeló de nuevo. Cuando se apeó del auto volvió pasos atrás; mas como su acompañante había tenido la precaución de pagar al chauffeur antes de que detuviera el vehículo pudo seguir a la fugitiva aunque sin saber qué hacer, porque en los alrededores de la estación había bastante público.

Sin embargo, se le ocurrió una idea, y poniéndose al lado de la joven, en cuyo rostro se dibujaba la sonrisa del triunfo, empezó a colear. Lo hizo tan bien, que al apoyarse en el brazo de la señorita, parecía una cosa muy natural.

— Eso que está usted haciendo es una ridícula comedia — dijo la joven en el colmo de la desesperación.

— Ya lo sé, pero los demás no lo saben — dijo él. — Ha sido una estratagemma para llevarla conmigo sin recurrir a tomarla en brazos.

Dicho esto siguió coleccionando todo lo artísticamente que pudo, y se la llevó casi arrastrando.

Ya en la taquilla, como no tuvo más remedio que soltar a la fugitiva para comprar los billetes, volvió ésta a tomar el portante hacia afuera.

Penward la alcanzó sin gran trabajo, y tomándola de la mano le dijo con impaciencia:

— ¡Venga por aquí!

Y como suelen hacer los viajeros cuando van retrasados, la hizo correr tras él.

— Debemos aprovecharnos — dijo el capitán, mirando el reloj de la estación. — No nos quedan más que tres minutos.

Ya iban a entrar en el andén, cuando un caballero joven, muy pálido y bajo de estatura se les interpuso.

— ¡Quítese usted de en medio! — exclamó Penward. — ¿No ve usted que tenemos prisa?

— ¡No me importa! — siguió el joven pálido, tratando de detenerlos. — Me agradaría saber...

Lo que deseaba saber no llegó a salir de sus labios, porque Penward, dándole un empujón con el hombro, le obligó a sentarse en una carretilla cargada de equipajes.

El marino se quedó estupefacto viendo la complacencia que demostraba la joven ante aquella escena.

— ¡Ahora, al tren! — dijo Penward, no queriendo perder ni un momento.

Y abrió la portezuela de un departamento; pero la señorita Wynter la cerró de golpe las dos veces que su acompañante intentó abrirla.

Cada vez se mostraba ella más decidida a salirse con la suya; y a él le pasaba lo mismo.

— ¿Por qué no me de...? — preguntó la joven, forcejeando para escapar. — ¡Le odio... le detesto!

— Me figuré que querria usted evitar escenas tan desagradables como ridículas, pero puseo que no hay más remedio...

Y por segunda vez la tomó en sus brazos.

— ¡Alto! — ¡Eso no puede ser! — gritó otra vez el joven pálido, llegando hasta ellos. — ¡Súelte usted a la señorita Wynter!

— Se encuentra algo débil y por lo mismo...

Deciendo esto abrió la puerta del coche, volviéndola a cerrar la joven de un puntapié.

El caballero pálido siguió gritando:

— Pero no habrá un policía que detenga a este hombre? ¡Venga una pareja, o dos, o tres!

El escándalo iba en aumento cuando sonó el pito de la máquina.

Penward hizo un esfuerzo y logró introducir a la señorita por la ventana del coche. Después abrió la portezuela y saltó al interior.

Acababa de ponerse el tren en movimiento.

Penward miró hacia el andén, lanzó una exclamación de asombro y abriendo la puerta saltó fuera.

— ¡Venga usted! — ordenó a la joven. — Acabo de ver a su padre...

Ella obedeció con rapidez.

— ¡Por fin! — exclamó el hombre pálido. — Si no se larga usted pronto de aquí — le gritó el marino — me obligará a ser más desconsiderado que antes.

— ¿No sabe usted que soy el novio de esta señorita?

— ¿Qué está usted diciendo?

— Que soy Burfoot... éste es mi apellido, y le pido una explicación de su conducta...

Una persona corpulenta, de rostro simpático, se acababa de acercarse al grupo.

— ¡Vamos, por fin he dado contigo! — dijo a la joven, severamente. — ¿Qué significa esto de escaparte de casa?

— Yo no tengo la culpa de que cambiara de fondeadero a tu destartado barco. ¿Lo sabía yo acaso?

— Eso no es una contestación — dijo el capitán Wynter. — ¿Por qué te has escapado de casa?

— Te lo iba a decir a bordo del Seaweed. No ha sido más que el gusto de navegar contigo.

— ¿Conmigo?

— Sí, lejos del señor Burfoot.

— Pero escucha, hija mía...

No creas que me he estado divirtiendo..., al contrario: he sido maltratada...

— ¿Por quién?

— Por este hombre. Sólo por haberme encontrado en su barco, ha sido muy grosero conmigo, insistiendo en que debía volver a casa, y...

— ¡Perfectamente!... Esa es la clase de trato que necesitas, muñeca. Necesitas una persona que te mande y que te domine. Penward, le quedo muy agradecido.

— Pero yo no — intervino Burfoot. — Me ha tratado peor, mucho peor que a Betty, sin considerar que soy su novio.

— ¡No lo es! — interrumpió la aludida — ni lo será jamás! ¿Lo entiende usted?

— ¡Es que yo reclamaré mis derechos! — siguió Burfoot.

— Ya sabes lo que piensa tu tía, querida Betty — intervino el padre. — Ya sabes lo que pienso yo.

— Pero como yo pienso de otro modo, volveré a huir otra vez.

— No lo harás. ¿Te parece poco aún lo que me has dado que hacer? — dijo el capitán Wynter.

— Nada hubiera sabido de tu escapatoria, de no haber sido por una avería en la máquina, que me obligó a volver al puerto. Entonces, al saber lo que ocurría vine aquí con Burfoot.

— ¡Y aún dice esta ingrata que no quiere casarse conmigo! ¡Oh, qué desgraciado soy!

— ¡Nunca! — siguió Betty.

— Primero me casaría con...

Aquí se detuvo bruscamen-

te.

— A mi me

CANOSOS

NO PIERDAN SU TIEMPO EN EN-
SAYOS CUANDO TIENEN A LA
MANO

LA TINTURA FRANCOIS INSTANTANEA

M. R.

La única que devuelve en algunos minutos y con una sola aplicación el color natural de la juventud, en negro, castaño oscuro, castaño y castaño claro, y que ha probado sus buenos resultados desde 20 años que se vende en todas las Farmacias.

Autorizada por la Dirección General de Sanidad, decreto N.º 2505.

Quinquina Jotaele





LA NEURINASE

Inofensiva, Suave, Agradable
el verdadero específico del

INSOMNIO

Los Médicos del Mundo entero prescriben la NEURINASE

contra: Insomnio, Neurastenia, Neuralgias,
Lasiitud, Ideas negras, Contracciones nerviosas,
Trastornos de la edad crítica,
Palpitaciones, Convulsiones, etc.

LABORATORIO GENEVRIER, 2, Rue du Débarcadere, PARIS
RAYMOND COLLIERE, Agente Exclusivo, Casilla 2265
SANTIAGO DE CHILE



Neurinasé
A l'usage de la nuit

parece demasiado que la señorita Wynter se vea obligada a oír así por presión — manifestó Penward.

— Es la primera cosa agradable que le he oído decir — interrumpió Betty.

Penward llevó hacia un lado al capitán, diciéndole: — No le quito a usted la razón — observó. — Pero Burfoot es un buen partido para ella.

El capitán Wynter se dirigió entonces a Penward. — ¿No ha pensado usted nunca en que yo pudiera ser un partido regular para su hija?

— ¿Qué me dice usted?

— Lo que siento y nada más.

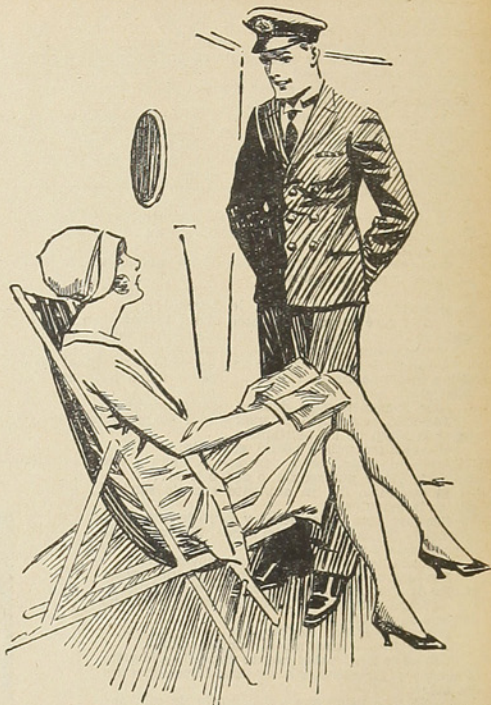
— ¿Conociéndola tan pocas horas y habiéndola contrariado?...

— Creo que si me diera una ocasión podríamos hacer las paces, y después...

— Mire usted: lo mejor es que se lo pregunte a ella. Padre e hija se pasearon del brazo por el andén y Penward vio como ella levantaba la cabeza, indignada.

El marino se aproximó.

— Señorita... — dijo cortésmente, — perdone mi conducta de esta tarde. Creí que era lo mejor que podía Ud. hacer. — Lo sé — contestó la joven. — Fué usted prudente y yo una tonta obstinada. Ambos se estrecharon las manos.



El padre medió diciendo que le acababa de decir a su hija que debía continuar sus relaciones con Burfoot.

— Yo le he contestado que no.

Y yo le he dicho que no le quedaba más recurso que la amistad con usted. ¿Y sabe lo que me ha contestado?

— ¡No se lo digas! — imploró Betty, confusa.

— Pues bien — siguió el padre: — únicamente dije que estaba satisfecha de haber huido. Eso es todo.

— ¡Oh, gracias, Betty — exclamó el capitán, arduosamente.

— Pero, ¿qué es esto? — interrogó Burfoot, interviniendo.

— Esto significa — dijo Penward — que ahora le toca a usted.

— ¿Y qué es lo que a mí me toca?

— ¡Huir! — habló Betty. — ¿No ha comprendido aún su situación? Nosotros no le necesitamos...

...

VIDA PRACTICA

En tiempo húmedo deben tenerse cerrados los pianos. En cambio, en tiempo seco es conveniente dejarlos abiertos para que el aire circule, evitando que las teclas se piquen y el marfil se ponga amarillo.

...

Para ahuyentar a las hormigas de armarios y alacenas es muy bueno y probadamente eficaz colocar en ellos pedazos de alcanfor envueltos en paños de hilo húmedo.

LOS MEJORES SISTEMAS DE IMPRESION,

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

Tiene instalados para satisfacer a sus clientes



Curación de todas las
ENFERMEDADES
DEL ESTÓMAGO
EMBARAZO GÁSTRICO - DISPEPSIAS
VÓMITOS - GASTRO-ENTERITIS



Digestivo Completo
ELIXIR EUPEPTICO
TISY M.R.

à base de Pancreatina, Diastase, Pepsina, Secretina y Enteroquinasa

SABOR AGRADABLE
Consérvase indefinidamente

VAUDIN & GUILLAUMIN, Snc^{as} de BAUDON
PARIS, 12, Rue Charles V, PARIS.

V TODAS BUENAS FARMACIAS

(Continuación de la pág. 15)

LA VUELTA

tornos. Como no se movía poco ni mucho y fijaba con obstinación su mirada en la casa de los Martin-Levesque, la Martin se enfureció y sacando fuerzas de su mismo miedo, tomó una pala y salió al camino.

—¿Qué hace usted aquí? — gritó al vagabundo.

—Este contestó con voz ronca:

—Tomo el fresco. Spongo que no le causo ningún daño con ello.

La Martin añadió:

—¿Por qué parece estar usted espiando nuestra casa?

—Pobre replicó:

—No hago daño a nadie. ¿No está permitido sentarse en la carretera?

No supo qué contestar la Martin y se metió en la casa.

El día transcurrió lentamente. A mediodía desapareció aquel hombre. Pero volvió a aparecer a las cinco de la tarde. No se le vio más aquel día.

Levesque volvió entrada la noche y le explicaron el caso.

—¡Bah! — replicó — será algún holgazán o algún bromista.

Y se acostó sin inquietud mientras que su compañera pensaba en aquel vago que la había mirado de un modo tan extraño.

Cuando amaneció hacia mucho viento y el marinero, viendo que no podría salir a la mar, ayudó a su mujer a arreglar las redes.

A las nueve, la hija mayor, una de las Martin, que había ido a comprar pan, volvió corriendo, azorada, y gritó:

—¡Madre, ya está aquí!

La Martin palideció y dijo a su marido:

—Ve a hablarle, hombre. Así dejará de espiarnos. Estoy que no sé lo que me hago.

Y Levesque, un marinero alto, atezado, de barba espesa y roja, de ojos azules muy vivos, de cuello de toro; siempre vestido de lana por temor al viento y a la lluvia, salió tranquilamente y se acercó al vagabundo.

Hablaron.

No más restricciones

NO DIGIEREN
NADA
LO DIGERIRÁN
TODO
con la



Sal Digestiva

Bemecé

M.R.

ARDORES DE ESTÓMAGO
ACIDEZ GÁSTRICA
PESADEZ DE ESTÓMAGO
VÓMITOS

DOSIS: Una cucharita después de cada comida

FÓRMULA: *Magnesia Bicarbonato Compuesto de al Inodoro*

VENDESE EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIO PARA CHILE: AM-FERRARIS CASILLA 299 SANTIAGO

La madre y sus hijos les miraban desde lejos, ansiosos y temblorosos.

De pronto el desconocido se levantó y se vino hacia la casa con Levesque.

La Martin retrocedía asustada. Su marido le dijo:

—Dale un trozo de pan y un vaso de sidra; no ha comido desde anteayer.

Entraron los dos en la casa, seguidos de la mujer y los chicos. El vagabundo se sentó y se puso a comer con la cabeza baja, teniendo todas las miradas fijas en él.

La madre, de pie, le miraba; las dos chicas, las Martin, le miraban también con avidez, y los dos arrapados, que estaban sentados sobre la ceniza del hogar y jugaban con un caldero, suspendieron sus juegos para contemplar al extraño huésped.

Levesque, sentándose en una silla, le preguntó:

—¿Viene usted desde muy lejos?

—Vengo de Cette.

—¿A pie?...

—Sí, a pie; cuando no hay dinero, ¡qué remedio!

—¿Y dónde iba usted, pues?

—Venía aquí.

—¿Conoce usted a alguien?

—Pudiera ser.

Callaron. Comía lentamente aunque tuviese hambre y bebía un trago de sidra a cada bocado de pan. Tenía la cara avejentada, arrugada; parecía haber padecido mucho.

Levesque le preguntó de pronto:

—¿Cómo se llama usted?

El otro contestó sin levantar la mirada:

—Me llamo Martin.

Un temblor extraño se apoderó de la madre. Dió un paso, como para ver de más cerca al vagabundo y quedó enfrente de él con la boca abierta y los brazos caídos. Nadie le decía nada. Por fin, Levesque preguntó:

—¿Es usted de aquí?

—Soy de aquí — replicó.

Y como al cabo levantó la cabeza, los ojos de la mujer y los suyos quedaron fijos unos en otros, como si las miradas se atravesasen.

Ella dijo de repente con voz cambiada, baja, temblorosa:

—¿Eres tú, marido?

El articuló despacio.

—Sí, soy yo.

No se movió y continuó mascando el pan.

la
Siroline
"ROCHE" M.R.
es el regenerador de los pulmones
cura radicalmente
Catarros
Resfriados
Bronquitis
Tos
Asma
Precautelada **Tuberculosis.**



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Fórmula: Thilocol-Codeína.

Levesque, más sorprendido que conmovido, balbuceó:

—¿Tú eres Martin?

El otro dijo simplemente:

—Sí, soy yo.

El segundo marido preguntó:

—¿De dónde vienes, pues?

El primero replicó:

—De la costa de África. Naufragamos junto a un banco.

Nos salvamos tres: Picard, Vatinel y yo. Después nos tomaron los salvajes, que nos tuvieron doce años. Picard y Vatinel murieron. A mí me salvó un viajero inglés y me llevó a Cete.

Y aquí estoy.

La Martin lloraba, tapada la cara con un delantal.

Levesque exclamó:

—¿Y qué haremos ahora?

Martin preguntó:

—¿Eres su marido?

Levesque contestó:

—Sí, soy yo.

Se miraron y callaron.

Entonces Martin, viendo a los niños en torno suyo, señaló con la cabeza a las dos muchachas.

—¿Son las mías?

Levesque contestó:

—Sí, son las tuyas.

No se levantó; no las abrazó; dijo tan sólo:

—¡Dios mío, cuán crecidas están!

Levesque replicó:

—¿Qué haremos?

Martin, perplejo, tampoco lo sabía.

Por fin, se decidió:

—Haré lo que quieras. No deseo causarte perjuicios. La contradicción está en la casa. Yo tengo dos hijos; tú tres; cada cual se queda con los suyos. La madre, ¿es tuya o mía? Consiento en lo que quieras; pero la casa es mía, porque me

la dejó mi padre y nací en ella, y hay papeles en casa del notario.

La Martin continuaba llorando, oculta por el delantal azul. Las dos muchachas se habían acercado y contemplaban a su padre con inquietud.

Había acabado de comer y dijo a su vez:

—¿Qué es lo que vamos a hacer?

Levesque tuvo una idea.

—Hay que ir a casa del cura: él decidirá.

Levesque se levantó y como iba hacia su mujer, ésta se echó en sus brazos, sollozando.

—¡Esposo mío! ¡Martin, mi pobre Martin, estás aquí!

Y le estrechaba con fuerza, conmovida por un soplo del pasado, por una oleada de recuerdos que le recordaban su juventud y sus primeros abrazos. Martin, conmovido también, la besaba en la cofia. Los dos niños, al ver que su madre lloraba, se pusieron a chillar, y el rorro se desgajaba a más y mejor.

Levesque, de pie, esperaba.

—Vámonos — dijo; — hay que arreglar esto...

Después los dos hombres salieron juntos.

Al pasar por el Café del Comercio, Levesque preguntó:

—¿Echamos una copa?

—No vendrá mal — declaró Martin.

Entraron y se sentaron en la sala, al fin vena.

—¡Hola, Chico! ¿dos copas de coña, del bueno. Es Martin que ha vuelto; Martin, el de mi mujer; ya sabes: el del "Dos Hermanas", que se había perdido.

Y el cafetero, con tres copas en una mano y una botella en la otra, se acercó, barrigudo, sanguíneo, plético, y preguntó con calma:

—¡Toma! ¿Estás de vuelta, pues, Martin?

Martin respondió:

—Estoy de vuelta. Era un espectro, y, para muchos, un muerto que estorbaba demasiado...

(Continuación de la pág. 14) LA ESCALERA

—¡Veinte francos! Si me hubiesen dado veinte francos no estaría tan satisfecho!

—¡Vieja sinvergüenza! —gritó mi tío indignado— ¡vieja bandida! ¡vieja maldita!... No hay idea de mujer tan monstruosa!...

Pero a ella le importaba poco todo eso. Su alegría era tal que, sofocada y reso-

lando como un fuelle, no podía ya sino mostrar con el dedo la nuez de su garganta, para hacer ver que las palabras no querían salir, por el estrangulamiento de su goce!

¡Ah! mujer encantadora que supo decirse al fin a mandar llamar a un médico. El cual recomendó, después de colocar el primer aparato, una tranquilidad absoluta para el enfermo.

Naturalmente aquello era pedir un imposible.

El enfermo alzó los hombros y tiró sobre sus ojos la sábana—como César tiró en otro tiempo el lienzo de su toga y esperó bravamente la muerte.

La tranquilidad había desaparecido por completo del alma de mi tío, cuyo seno llevaría en adelante una lagra igual a la que lleva el Rin alemán, desde que Condé triunfador supo desgarrar su verde manto... La rotura de la piedra no valía nada en realidad; el verdadero mal había nacido en su corazón al mismo tiempo que sus pantalones se rompieron en los bordes de aquellas gradas, llenas de grietas, de «su escalera».

En tanto mi tía, que era una mujer fuerte y conocedora del alma humana, se puso a cuidar al enfermo en vez de celebrar su victoria a son de cornetas. Sabiendo que hay ocasiones en que la humildad sabía del vencedor es un golpe de hierro candente en las heridas del vencido, no quiso manchar con una palabra equivocada, ni con una alusión agria, ni con una mirada maliciosa, el brillo inmaculado de su triunfo.

Durante los once días que mi tío guardó el lecho, ella no olvidó un solo minuto su papel. La expresión de su rostro tenía, sin embargo, algo de radiante, y la sonrisa enigmática, incrustada en las comisuras de sus labios, era bastante terrible para que su atroz ironía persiguiese al enfermo hasta penetrar con puntas de fuego en la médula de sus huesos. Para formarse una idea vaga del estado moral de mi tío, es necesario figurarse el martirio de un hombre convertido en pelota de «allieres Jeanne l'Ouvrière», por la influencia de un genio malévol. Cada una de aquellas ta-

zas de tila que mi tía azucaraba al lado de su lecho con afectaciones corteses y con delicadezas odiosas de enemigo convencido de la superioridad de su fuerza, eran para él una herida mortal. En tales circunstancias, pues, más hubiese valido que el enfermo escupiese en su pluma estropeada rogando a Dios que helase sobre ella.

Una mañana la fiebre, con su cortejo endemoniado de delirios, vino a agravar su estado. El pobre hombre disculparía como una mujer borracha diciéndole que su mitad se entretenía haciéndolo coque a fuego lento después de haberlo desollado vivo; que ella había puesto cuatro lamparillas encendidas, en los cuatro extremos de su mesa de noche, en señal de alegría y que luego había hecho fuegos artificiales en todas las habitaciones para celebrar su muerte... Tonterías, en fin, tonterías enormes... el 14 de julio encerrado en un cerebro de Prudhomme sin honra...

«Eso tiene que acabar por una catástrofe» —dijo alguno—; y en realidad, después de representar la comedia delante de la gente durante treinta y seis horas, mi tío cerró los ojos y devolvió el alma...

En seguida llegó lo que llega siempre en esas ocasiones: un ordenador de pompas fúnebres seguido de una cuadrilla de enterradores, los cuales pusieron a mi tío en su cajón de pino y «¡Arrriba!... Y ya sonaban en la noche profunda del corredor los zapatos llenos de clavos de esas buenas gentes cuyos sombreros ganeados y cuyas espaldas azules de pizarra se perdían en la obscuridad, cuando mi tía, interviéndome dulcemente, les indicó con el dedo la otra escalera: «la suya», la que ella había construido, la que su marido no podía ver, y les dijo:

—Ustedes se equivocan de camino. Es por aquí por donde se baja...

Y luego, mientras, puesta de codos sobre la baranda con las mandíbulas apretadas, seguida con interés el descenso perpendicular y vaciante de su difunto, la buena mujer murmuró:

—Ya te había jurado que algún día pasarías por allí...

Pesaba 80 kilogramos. Ahora sólo pesa 70. Cómo una mujer perdió gordura ganó salud

KRUSCHEN (M. R.) dan salud. Pero no conoce todavía la gran eficacia de estas mismas sales para reducir la superflua y malsana gordura. Por su acción suave sobre el hígado, riñones e intestinos, las SALES KRUSCHEN (M. R.) incitan a estos órganos a arrojar los desperdicios nocivos, los cuales, dejándolos acumularse forman depósitos grasos para el cuerpo. Lea cómo esta mujer perdió la gordura y ganó salud.

«He tomado SALES KRUSCHEN todos los días casi por un año, con lo cual me siento muy bien, satisfacción que por muchos años no había experimentado. Mi peso ha bajado. Frueben la cuarta parte de una cucharadita de té de SALES KRUSCHEN (M. R.) todas las mañanas, en un vaso de agua caliente antes del desayuno. Poco a poco las malsanas acumulaciones de gordura, lenta, pero de un modo seguro, desaparecerán. Luego vendrá una sensación de vigor — los años disminuirán como por encanto y su silueta asumirá las líneas bellas de la juventud. De venta en todas las boticas.

Representante en Chile:

H. V. PRENTICE

Laboratorio Londres

VALPARAISO

POR EL SENDERO DE LA VIRTUD, SEÑORITAS



Sastre: chaquetita en lanilla cuadriculada, guarnecida de lanilla lisa. Falda lisa. Delantera en forma. Zorro blanco.

Traje capa en jersey almendra. Recortes dentados. Gruesos pliegues no aplanchados en la falda. Cinturón de cuero.

Sastre en burick rosa viejo. Alforzas en la chaqueta. Blusa en crepe georgette del tono. Cinturón de cuero. Cuello vuelto.

Sastre en paño color habano, guarnecido de astracán del tono. Blusa en crepe de Chine, haciendo juego. Cuello echarpe. Falda con godets.

Chaqueta derecha. Falda en forma ligeramente. Blusa de la misma tela, ornada de botones en la delantera.

LAS BLUSAS CAMISAS



Blusa en crepe Nicole, con ca-
lados. La falda en forma
con pliegues hondos adelante, es de
Cendrikashá damiers.

Blusa de deportes en jersey de la-
na café, cierre éclair. Falda en
Damiers Buric.

Blusa en crepe tussor color
paja. Falda con pieza y pliegues
cruzados.

Blusa de raso blanco. Falda de
floquela bordeada de seda.

LA BALADA DE DJUIDI Y ZEGAL

(Continuación de la pág. 16)

te, es bravo, es atrevido y además es sabio. Y pronto todos le proclaman jefe, jefe supremo.

Montado en su corcel, veloz como el viento marcha con sus amigos al combate; y como es el más sabio, todos le obedecen; y siendo el más atrevido, todos le siguen. Zégal es el mejor general del Imperio Persa.

Djuidi llora, Djuidi tiembla por la vida de Zégal. Se destuela y no obstante escucha su dolor. Pero su padre un día advierte que está triste. “Dime, Djuidi, ¿por qué estás triste?” Y Djuidi calla. Djuidi no dirá a nadie que ama a Zégal.

Y pasan meses. La guerra dura, y Djuidi se desueta. Tiembla por la vida de Zégal, pero otros males llegan en seguida.

“Djuidi, ponte el brazalete de oro encima del tobillo, pues muy pronto serás madre”, le dice una voz de lo alto. “Djuidi, en tu seno llevas un hijo que se parece a Zégal. Cuidado, Djuidi, que tu padre está furioso”.

Bahakari quiere saber quién ha sido el temerario que ha osado llegar hasta su hija.

El temerario ha de morir. El rey ha pronunciado el fallo. La hija de un rey no puede pertenecer más que a un príncipe de real estirpe. ¡Ay, del que la haya seducido!

—Djuidi, hija mía, dime quién te ha seducido, yo te lo mando! Quién ha sido el que te ha robado el corazón, que ha de perecer en el tormento. Lo haré buscar en todas partes y morirá el seductor de mi hija.

—Padre mío, aquel que yo amo es hermoso como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro. Pero no os diré su nombre. ¡No! No debe morir, que debe ser vuestro querido hijo, y después de vos debe brillar en vuestro trono.

—Djuidi, tú me dirás su nombre! Yo te forjaré a decirlo. Te rodearé de privaciones. Y si no lo dices ni así, lo dirás por la tortura.

Pero Djuidi no dice el nombre. Y cada día repite a su padre: “Mi amante es bello como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro”.

Djuidi sufre hambre. Djuidi sufre sed. Djuidi no duerme. Djuidi está encerrada en una torre oscura. Djuidi se desespera. Y Djuidi muere repitiendo: “Mi amante es bello como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro”. Pero antes de expirar da a luz un niño resplandeciente de hermosa. Y Djuidi, extendida y blanca como la nieve, es cubierta de de rosas, sin haber revelado el nombre de que amaba.

En tanto Zégal hace prodigios de valor. Perseguidos por él, con ardor bélico, los árabes huyen. Ha hecho prisioneros cinco entres, con todo su séquito, y siete valis, con sus huéspedes.

Zégal es un gran jefe, prudente en el consejo, bravo en la lucha. Siempre sorprende al enemigo, sin que éste jamás

logre sorprenderle. Zégal ha vencido a los enemigos. Zégal llega al frente del ejército triunfante. La legión de los mil le sirve de escolta.

El rey Bahakari sale a su encuentro y le hace noble en el acto. Está loco de gozo y abraza a Zégal, el vencedor de los árabes, enemigos de la patria.

—Dime, bravo general, ¿qué recompensas quieres? Eres capitán de capitanes. Eres mi igual; dime lo que desees, que aunque quieras sucederme en el trono, yo he de concedértelo, por Mithra te lo juro.

—Gran rey, yo amo a una persona que no veo aquí en tu séquito. Gran rey, yo volveré al combate tantas veces como quieras, yo destruiré todos tus enemigos, y si quieres otros reinos, yo iré a conquistarlos. ¡Por el brillo de tu nombre yo te haré esclava la gloria! ¡Gran rey, si quieres hacerte dichoso, dame a tu hija, que quiero ser tu hijo! A ella sólo yo amo, porque es la más hermosa, la más dulce, la más buena de entre todas las mujeres. Es como la madera de sándalo, que perfuma hasta el hacha que la parte.

—Que vayan a buscar a mi hija, que la saquen de la torre oscura y que la traigan aquí en triunfo; que quiero dártela por esposa en presencia de todo el ejército.

Ya llega una llera, y en ella Djuidi; pero Djuidi muerta, toda cubierta de rosas, más blanca que la nieve.

—Djuidi ha muerto!, cantan las doncellas. Ha muerto de amor por no revelar el nombre de su amante, que es bello como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro.

—Triste de mí, triste el rey, que he hecho morir a mi hija de amor, por no querer revelar el nombre de su amante! ¡De su amante, que es bello como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro! Zégal, Djuidi ha muerto, mientras tú volabas triunfante de los enemigos de la patria y yo venía a esperar; yo he hecho morir de amor a Djuidi! ¡Mátame, Zégal!

Zégal se desespera. Zégal no quiere ya nada. Rehúsa los presentes, tira sus armas, desmonta su caballo y corre a echarse encima del cuerpo de Djuidi, blanco como la nieve, cubierto todo de rosas. Y se abraza a ella y la cubre de besos, y... no pueden separarlo de ella porque Zégal ha muerto. Ha muerto de amor sobre el cuerpo de su amada.

El viento rey Bahakari coge la espada de Zégal.

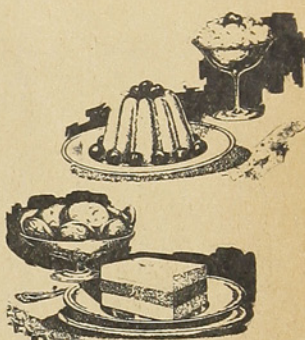
—Puesto que él no ha querido darme muerte, que me la dé su espada.

Y se la clava en el pecho.

Y un niño resplandeciente de hermosura como un sol, fue puesto en el trono, y cuando le coronaron, pasados veinte años, ordenó que los bardos cantaran esta balada en todas las solemnidades del imperio persa.

POMPEYO GENER.

El complemento de Una Buena Comida



LA BUENA mesa requiere terminar la comida con algún postre delicioso, alimenticio y fácil de digerir. Todos los platos preparados con Maizena Duryea reúnen estas cualidades y a ello debe su creciente popularidad. La próxima vez que tenga usted invitados o que prepare una comida en familia, ensaye este delicioso.

MANJAR BLANCO

2½ tazas de leche caliente — 1 cucharada de extracto de vainilla — Un poquito de sal — 6 cucharadas rasadas de Maizena Duryea — Azúcar.

Se mezcla la Maizena Duryea con un cuarto de taza de leche fría. Se le pone la sal y se agita, agregándole poco a poco el resto de la leche caliente. Se cuece al gusto. Se cuece al baño de María doce minutos, agitando constantemente hasta que espese. Se añade la vainilla mezclándola bien y se vierte en un molde sumergido en agua fría para que cuaje. Se adorna con frutas de la estación o con crema batida.

Esta receta está tomada del precioso libro de cocina de la Maizena Duryea que gustosos le enviaremos gratis a solicitud.

WESSEL DUVAL Y CIA.

Casilla 96-V. — Valparaíso

EL ENTUSIASMO

El entusiasmo es la espada mejor para el combate de la vida.

Porque la vida no es una ciencia, sino un arte; hay que sentirla en vez de razonarla.

Para vivir es preciso, antes, sensibilidad. Estamos llenos de fórmulas y de abstracciones; nuestra filosofía es una escuela de falacias y orgullos; ahogamos las sencillas verdades bajo un turbión de palabras engañadoras y abandonamos las fuentes eternas de la alegría, los bienes fundamentales.

La vida es así: buena o mala, triste o alegre, según el cristal con que se mira.

¿Por qué mirarla con los ojos turbios?

Ni aun el dolor merece desdén o rebeldía, ya que es la fuente del amor eterno.

Cuando lleguemos al final de la jornada, de la breve jornada de la vida, nuestro mejor tesoro será el recuerdo de las lágrimas, de las divinas emociones que han sacudido nuestros nervios y abrasado nuestras mejillas, y arrancado al alma una chispa de luz. El único bien que me queda en el mundo, ha dicho un poeta, es el haber llorado algunas veces.

RICARDO LEON.



MAIZENA DURYEA

TRAJES CAMISAS

7



Traje verde pálido incrustado de la misma tela de dos tonos de verde. Pliegues lisos.

Traje en seda rayada rosa y blanca. Cuello corbata. Dientes de raso liso.

Traje azul pálido. Incrustaciones y nudos pequeños. Pliegues cruzados.

Traje fondo azul, con dibujos de dos tonos de azul. Grupo de pliegues.

Aichah se sintió presa de un ligero temblor y bajo la cabeza.

Por encima de los muros del harem, al través de los jardines inmensos, el ruido y los gritos de la ciudad agitada llegaban hasta la mansión de Aichah. Pero ella no oía sino la voz de su recuerdo en donde sonaba la palabra santa del Profeta:

—Una de vosotras perderá un día la fe y hará la guerra a Alí. Todas estábamos a su alrededor. Unusilama preguntó: «¿Soy yo, maestro?». «No, no eres tú... Pero tú, Aichah, ten cuidado... no vayas a ser tú...» Yo me eché a reír y entonces Mahoma dijo: «Acuérdete de la aldea de Zicar, porque ahí será donde los perros te ladrarán».

La viuda del Profeta levantó la cabeza después de un largo ensueño; y dijo:

—Tienes razón, Alí; tratemos de que no haya diferencias entre nosotros. Tú, por cuyas venas corre la sangre de Mahoma, puedes calmar las iras del pueblo; hazlo; que Othmán sea perdonado.

Y Alí salió para recorrer la ciudad; para ir de plaza en plaza, de grupo en grupo.

Cuando el sol poniente coloreó las cúpulas de las mezquitas, Medina había ya recobrado su tranquilidad. El Amigo de Dios se dirigió fatigado, caminando despacio.

Cerca de la puerta había una mujer que se recostaba temblorosa contra el muro. Alí le preguntó:

—¿Quién eres?... ¿Qué quieres de mí?
Entonces ella levantó su velo espeso y dejó ver un rostro pálido, mortalmente pálido, cuyos grandes ojos estaban orlados de un círculo azul y muy buloso.

—¿Qué tienes de deprimida?... exclamó Alí, tratando de sostenerla. — ¿Estás herida?

Ella respondió:
—No me reconoces acaso? Vengo para morir. Soy la esposa adultera cuyo corazón está devorado por el remordimiento. Me dijiste que volviera cuando el hijo de mi crimen hubiese visto la luz del sol y vengo porque el momento del castigo acaba de sonar, porque el niño nació ya.

—¿Eres tú?... ¿Y vienes a pedir aún el castigo? Tan seguro estaba de que no te volvería a ver, que hasta te había olvidado. Pero, en dónde has dejado a tu hijo?... ¿Por qué lo abandonaste? ¿Crees, por ventura, que dar la vida a un ser humano no consiste sino en tenerlo? No; te has equivocado: ese pobre animal, esa flor de tallo débil que puede romperse entre manos mercenarias, necesita aún de tu calor y de tu sombra y de tu cuidado. Tú le debes aún tu leche y tus caricias... ¿No conoces la ley? La madre no es dueña de su libertad, sino cuando el hijo tiene siete años, porque sólo entonces, puede él vivir sin los cuidados de ella. Cumple tu deber, vuelve al harem, y si dentro de siete años todavía tu corazón no se ha endurecido, expía tu crimen.

—¿Tanto tiempo aún! dijo ella gimiendo. — ¡Tener que soportar durante muchos meses el peso enorme de la vergüenza! Y luego, el miedo del infierno que me atormenta noche y día... Pero, yo sé obedecer... dentro de siete años... está bien.

Y se alejó, vacilante, deteniéndose a cada momento contra las murallas para no caer, mientras que Alí la seguía con la vista, profundamente emocionado. Cuando su silueta triste hubo desaparecido por completo, el Amigo de Dios abrió su puerta y franqueó el dintel, murmurando enternecido:
—¡Pobre mujer!

III

Han transcurrido muchos años. Las cóleras apagadas han vuelto a encenderse y Othmán ha sido decapitado.

Hace largo tiempo que Alí es Emir-al-Mumenin y Comendador de los creyentes. Lo mismo que su predecesor, el nuevo califa ha visto su reino agitado por los gritos y las convulsiones del pueblo. Aichah se hizo guerrera y se puso a la cabeza de un partido enemigo de Alí. La profecía se acabó de cumplir cuando los perros de Zicar ladraron al verla; en esa ocasión ella quiso volverse atrás, pero cincuenta guerreros detuvieron su dromedario y le juraron, para obligarla a seguir, que aquella aldea tenía otro nombre; esa fue la primera vez que los islamitas pronunciaron el nombre de Dios en vano. Pero el castigo fue terrible y la batalla de aquel día fue sangrienta entre las sangrientas. Al fin la viuda del Profeta fue vencida y Alí quiso al principio hacerla expiar su traición pronunciando una sentencia de divorcio póstumo entre ella y Mahoma; luego la perdonó.

Ahora todo parece haberse recobrado su calma; el pueblo completo se ha inclinado ante el jefe íntegro y austero, y el equilibrio es, aparentemente, perfecto.

En Alí nada ha cambiado: su existencia sigue siendo sencilla, honesta; vive en un palacio pero sabe que ese palacio pertenece al Estado y no a él.

Roy justamente va a presidir el Diwán y aunque su alma está llena de presentimientos mortales, su rostro está tranquilo y sus palabras son, como siempre, sensatas y justas.

Ante sus consejeros, sigue siendo el jefe más escrupuloso y más atento aunque en el interior de su alma sea el hombre más desgraciado.

La sala del Consejo está alumbra por grandes lámparas colgantes, pues aunque la hora sea poco avanzada, la obscuridad comienza ya a ser muy grande; el mes de Rhamadán cae este año en invierno.

Alí escucha las acusaciones, las súplicas, las defensas, y luego dicta sentencias breves y sin apelación.

A un gobernador poco escrupuloso, le envía el siguiente dictio:

«Por culpa vuestra los hombres dichosos disminuyen y los hombres que se quejan aumentan.

«Al recibir este mensaje, abandonad vuestro puesto».

Cuando la discusión sobre los asuntos graves termina, los consejeros empiezan a reír y a hablar de negocios particulares.

Entonces, Alí llama a un esclavo y le da orden de que apague las lámparas, diciendo:

—Nosotros no debemos usar las luces apagadas por el tesoro público para hablar de nuestras cuestiones privadas.

Los miembros del Diwán encuentran exagerada la probidad del Califa y se retiran, uno por uno, para poder, fuera de palacio, murmurar y reír.

La luna muestra al fin su rostro pálido y una niebla azulado comienza a llenar el patio interior y a envolver las columnas y las ojivas de la real mansión. Alí abre una de las ventanas. La noche está templada; el soplo de la primavera comienza a entibiar la temperatura. El agua brota silenciosa del surtidor para caer luego en lluvia sonora sobre el mármol de la fuente que parece, a la luz de la luna plateada, una enorme flor de ciruelo de nueve pétalos.

El Califa mira sin poner atención en lo que ve. Al fin, cree oír una lluvia de lágrimas y entonces se dice a sí mismo: «¿Por qué llorar? ¿Qué importe la muerte?». El está seguro de que éste es el último día de su existencia... Si, él está seguro de ello, pero también lo está de que la muerte de un hombre justo no es sino el principio del eterno descanso y de la dicha eterna. ¿A qué obedecen, pues, ese temblor nervioso y esa angustia secreta?

Al fin, cierra los ojos, tratando de leer claramente la última página del libro misterioso de su destino, haciendo esfuerzos por adivinar cómo debe morir... La mirada de su imaginación cree verlo todo claramente: él acaba de entrar en la mezquita para hacer sus oraciones matutinas; de pronto se siente rodeado de sables desnudos cuyas hojas parecen ya teñidas de sangre; un reflejo luminoso de las vidrieras encarnadas; el filo de un puñal le desgarrará el corazón... luego reconoce aquel hermoso puñal que él mismo había regalado, pocos días antes, al que hoy es su asesino, después de haber sido su amigo.

Sus labios pálidos no dicen sino:

«Nosotros pertenecemos a Dios y la muerte es la vuelta al Paraíso».

Pero un escalofrío terrible sacude su cuerpo y le hace abrir los ojos. El patio lleno de claridad azulada lo deslumbra. Entonces se presenta un esclavo:

—Señor, aquí hay una mujer que pide justicia. Hace muchas horas que os aguarda y nadie puede hacerla partir.

El Califa responde:

—Es preciso no hacer nunca esperar a los que piden justicia. Dejada entrar.

Y la mujer entra y se arrodilla diciendo:

—Comendador de los creyentes, héme aquí... ¿Me reconocéis?

—Siete años han transcurrido ya desde que te vi por última vez, dijo Alí — y sin embargo, te reconozco ¡oh pecadora, cuyo arrepentimiento me desconcierta! ¿Vienes para expiar tu crimen?

—Sí, Comendador; vengo como la primera vez, a buscar el castigo que mis culpas merecen... Sólo que hoy mi sacrificio es más grande que en otro tiempo. ¿Qué podía yo ofrecer a Dios, hace siete años, sino un cuerpo lleno de pecados y a una alma llena de desesperación?... Hoy todo ha cambiado, y a pesar de lo que el arrepentimiento me hace sufrir yo era dichosa porque mi hijo, que es hermoso como un lirio, secaba mis lágrimas con su sonrisa y vendaba mis heridas con sus caricias y borraba las manchas de mi pecado con sus besos; y yo oía más su voz adorada que la voz de mi arrepentimiento...

—¡Sin embargo, has vuelto!

—Sí, pero en realidad yo ya no existo. Mi verdadero tormento consiste en haberme separado de él, y el suplicio que te pido de rodillas, no servirá sino para curar mis dolores con el olvido clemente de la muerte.

—Yo — dijo Alí — soñando que iba a morir, temblé a pesar mío ante la imagen de la muerte, y tú no temías ante ella ¡oh mujer valiente, cuyas manos desgarran el corazón para desterrar el pecado!... Mi alma comienza a tranquilizarse y la luz eterna brilla en mis ojos; he comenzado ya a caminar por la gran ruta que conduce al infinito y me ha sido dado ver mi última noche...

Luego puso su mano de sabio y de justo sobre la cabeza de la mujer arrodillada y terminó su discurso:

—Sí, hija mía: deja florecer de nuevo el lirio de tu corazón, ama a tu hijo y vive sin remordimiento, porque Dios te ha perdonado ya!

COMO LA VIDA, UN CUENTO TRISTE

(Continuación de la pág. 1)

da. ¿Acaso no te conozco? ¿Qué importan los hechos? ¿Crees, por ventura, que yo no te reservo también una historia... una historia de diez años?... Mañana, pasado, cuando nuestros ánimos se hayan serenado, nos los contaremos todo: tú tus pesares, tus quebrantos; yo mis amarguras, mis decepciones... que ahora me parecen lejanas, porque estás tú a mi lado, porque has venido a reunirme conmigo, impensadamente, en un capricho bendito de ese destino que antes he excurado injustamente. ¿Qué importan las penas, qué importan los dolores, los quebrantos, las amarguras, las decepciones, cuando el corazón se mantiene joven? Te miro ahora y te veo como te vea en Fresno, niña jovencita casi mujer. Si, porque cuando yo salí de nuestro pueblo, tú no eras mujer todavía. Y sólo en la mirada lo eres ahora. En tus ojos que no brillan de gozo como entonces... porque ha derramado lágrimas por algo más que el antojo de una muñeca o la contrariedad de un capricho. ¡Ah! No he de parar hasta que esos ojos rían de nuevo como entonces.

¿Tiemblas?... Este frío... Espera. Prepararé yo mismo un poco de café. ¿Café o té?... El mate, ¡ay!, se fué hace una semana y aún no puedo hacerlo volver... ¡Espera! Saigo un momento. Sí, hasta el patio. Voy por el calentador, que está en la cocina. Recuéstate, mientras tanto. Cuestión de cinco minutos, nada más. Arrópate. Así. ¿Me permites?... ¡Así mejor! Los pies tienen que estar bien calentitos. Si no, ¡mal! ¡Vamos, vamos, Celina! ¿Qué es eso? ¿A qué vienen esas lágrimas? ¡El mundo es nuestro, caramba! Somos jóvenes. ¿Qué digo, jóvenes? Tú eres todavía una niña, tú serás siempre para mí la Celina de Fresno, Lina, a secas, la que yo enseñé a jugar, la amiga de mi niñez... la que yo defendía de las diabluras de los demás chiquillos, ¿recuerdas?, como si fuera mi... hermana.

Y, ¡ah!, basta de evocaciones y melancolías. ¡A ver si nos vamos a poner a llorar a dúo! ¡No faltaría otra cosa!... Usted se está ahí quietecita y yo voy a preparar el café. Lo haré a fuego.

Nuevo en seguida. Cinco minutos. ¡Moca, caracollito. Puerto Rico? ¡Bah!... mejor café habrás tomado. No lo dudo. Pero más caliente, ¡nunca! Perdona si tardé. Culpa al calentador. ¡Esa mecha que no quería encenderse... "La mecha que no arde". Mañana mismo voy a escribir un cuento tragicómico con ese título.

Y, ¿sabes?, yo también sentía frío allí, en la cocina de madera, en el patio húmedo, lóbrego... Un frío extraño... Pero, ¿no te incorporas? ¡Vamos, Celina! Si se enfria, ¡adíos mi prestigio de cafetero!

¡Celina!... ¿Cómo? ¿Te has dormido, criatura?... ¡Bendita mecha! Me hizo tardar, y el sueño te ha vencido... ¡Duerme, duerme, mi Lina! El sueño para ti... en estos momentos...

¡Brrr!... ¿Qué frío!... Nunca he titirado como hoy... como en este momento.

Ese sueño te lo mandó Dios, Lina, y Dios sabe lo que hace. Dios no ha querido que tu pesadumbre aumentara con la contemplación de esta pobreza. Mañana, a la luz del día, cuando el sol venga hasta aquí, sonreírás a buen seguro. El sol es rey, pero sencillo, y visita a los pobres, sin escolta, y trae alegría a los corazones atribulados. El sol nos visitará mañana, Lina. Ahuyentará las nubes que ahora entenebrecen más aún esta noche inclemente y vendrá hasta nosotros... porque sabe que mañana hemos de necesitarlo, porque ese día que aún no alboraa ha de grabarse seguramente en nuestras almas como nueva aurora de nuestra vida sentimental... porque quizá mañana sintamos por primera vez la verdadera alegría de vivir...

¡Qué paz, qué serenidad en tu rostro, Lina, así dormida! ¿Es posible que esos ojos divinos, ocultos ahora por tus párpados, hayan perdido la luminosa alegría de antes?... ¿Qué dolores son los tuyos, criatura? ¿Hasta dónde te llevó el destino? ¿Qué misterio hay en ti? ¿Qué cruel revelación me reserves?...



El Dolor de Cabeza y los Milagros

FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZÓN
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO

Los milagros no existen para la Ciencia, pero sí existe un milagroso remedio, de efectos sorprendentes para quitar instantáneamente el dolor de cabeza más agudo. Ese remedio es la renombrada FENALGINA.

El dolor de cabeza aniquila al que lo sufre. Quita el ánimo para todo. No deja trabajar. No deja comer. No deja dormir. Y sin embargo, es tan sencillo hacerlo desaparecer! Tómense una o dos tabletas de FENALGINA en cuanto le empiece a doler la cabeza. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita.

ES INOFENSIVA.

Pueden tomarla hasta los niños pequeños.

NO ACEPTA SUSTITUTOS.

ESHA SIEMPRE QUE LE DEN



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniada.

Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Único distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

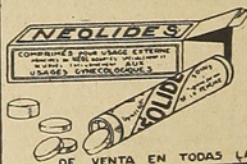
El
desinfectante
que toda mujer
debe usar
diariamente
para su higiene
intima



NEOLIDES

antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



Previenen
y alivian
demuchas
tolencias
femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

¡Lina, mi adorada, mi única! ¡Que tristeza tan honda el verte así! ¡Yo que te creía feliz allá en Fresno, de donde tu amor imposible me hiciera huir para siempre! ¡Y encontrarte ahora en este Buenos Aires desolado, sola, desamparada, dolorida, vencida, tal vez enferma!... ¡Lina, mi Lina! ¡Qué consuelo el poder llorar ahora delante de ti sin que tú me veas, sin que mi congoja aumente la tuya! Estas, Lina, son mis primeras lágrimas de hombre... y te las ofrendo.

¡Duerme, duerme! Es Dios quien te ha mandado ese bendito sueño reparador, que da una tregua a tu quebranto. ¡Y Él sabe lo que hace!

¿He? ¡Qué descon sideración! Ese opa del 18 nunca sabe volver a casa sin golpear estrepitosamente la puerta. ¡Se necesita ser... eso... lo que él es: un taurín!

¡Con tal que no te haya despertado, Lina!... No, gracias al cielo. Duerme, sigue durmiendo placidamente. Pero, ¡qué palidez, criatura!

Y ese desalmado del 18, ¿por qué alborota?... ¿Qué horas son estas de silbar?... ¡Canalla! ¿Por qué no cesa en su ruido?... ¿Por qué no comprendes que tú, Lina, te has dormido?... ¡Lina!... ¡Lina!... ¡No! ¡No es posible!... ¡Este hedor como de muerte! Yo he de calentarte tus manos con las mías... ¡Lina, háblame!... ¡Despierta!... ¡Sacude tu sople!... Me asustas, Lina. ¡Ten piedad de mí!

¡Oooh!... ¿No me oyes, querida?... ¿Es... verdad... es verdad... que no... me oyes?... ¡No! ¡Mentira, mentira! Pero, ¿por qué no respondes? ¿Por qué te complaces en prolongar mi terror?... ¿Por qué no abres los ojos, Lina?... ¿No me ves de rodillas, junto a ti?... ¿No... me ves... llorar?... ¡Lina! ¿Por qué... no te apladaste?... ¿Silencio, miserable!... ¡Silencio! Porque si no... ¡Oooh!... Entonces, ¿es verdad? ¿Tus ojos no volverán a mirarme?... ¿Y te has ido así?... callada... sin decirme adiós? ¿Y no te he dado lástima?... ¿Y nunca sabré quién fué el que causó tu desdicha?... ¿Y yo no podré vengarte?... ¡Ah, Lina, esta injusticia yo no la merezco!... Déjame besarte, aquí, en la frente... Otro... otro... Ahora, muerta, eres mi novia... ¡Mía, sólo mía!... Y a la novia casta se la besa en la frente así, así... Lina... quiero acompañarte, para que nunca más vuelvas a quedar sola y desamparada. Quiero protegerte... eternamente...

Pero, ¿por qué no enmudece ese maldito? ¡Basta, basta, por caridad! ¡Ese silbido me taladra las sienes!...

¡Lina, mi Lina! ¡Mi novicieta!... Espera... Voy a acompañarte.

EL HOMBRE Y LA SERPIENTE

(Continuación de la pág. 5)

manchas de sangre, y sus ojos se hallaban dilatados hasta su extremo límite. De sus labios salía espuma. Fuertes convulsiones recorrían su cuerpo imitando las ondulaciones recitilneas. El se enderezó a medias, estirando las piernas, aquí y allá. Y cada movimiento le acercaba un poco a la serpiente. Procuró entonces sujetarse del piso con las manos para tentar si podía retroceder, pero cada nuevo movimiento, le hacía avanzar más aún.

El doctor Druring y su mujer, estaban en la biblioteca. El sabio estaba de buen humor excepcional.

—Acabo de obtener, por cambio con otro coleccionista, un magnífico espécimen de “ophiophagus”.

—¿Y qué es eso? — preguntó lánguidamente la dama.

—¡Cómo! ¡Dios bendiga la ignorancia! Querida mía, un hombre que descubre después de un matrimonio que su mujer ignora el griego, tendría derecho, a mi juicio, para pedir el divorcio. El “ophiophagus” es una serpiente que se come a las otras serpientes.

—Ojalá se coma todas las vuestras — contestó ella, con un tono ausente, alejando de sí la lámpara. Pero, ¿cómo subyuga a las otras serpientes? Me figuro que encantándolas.

—No digas necedades. Ya sabes que me irrita toda alusión a la superstición estúpida que presta a las serpientes un poder fascinador.

La conversación fué interrumpida por un terrible grito, que retumbó en toda la casa, como la voz de un demonio surgida de la tumba. El grito se repitió distinto y espantoso. Los dos se levantaron vivamente, el hombre inquieto, la dama pálida de terror. Antes que el eco del último grito se extinguiese, el doctor se lanzó fuera de la habitación, y subió los peldaños de cuatro en cuatro. En el corredor, delante de la cámara de Brayton, encontraron a los criados, que habían corrido también hacia el piso superior. Todos se aplicaron al lado afuera de la puerta. No estaba cerrada con llave, y se

abrió sin dificultad. Brayton, estaba con el vientre vuelto hacia tierra, muerto. La cabeza y los brazos desaparecían en parte, bajo el catre. Los criados atrajeron el cuerpo hacia ellos, y lo volvieron. La faz estaba cubierta de sangre y de espuma, y los ojos abiertos, tenían una expresión aterradora.

—Muerto, — un ataque, — dijo el sabio, que se había inclinado sobre él, y mantenía una mano puesta sobre el corazón que ya no latía.

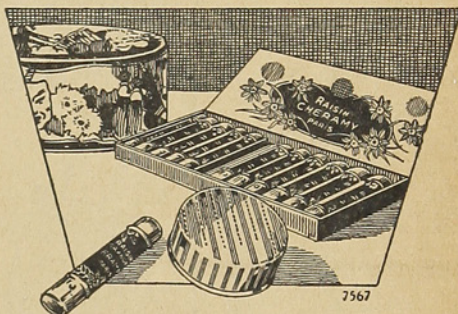
En esta posición sus miradas erraban por tierra.

—Buen Dios — exclamó de repente. Como se encuentra esto aquí?

Deslizó su brazo bajo la cama, atrajo la serpiente hacia sí y la lanzó enrollada en el medio de la habitación. El reptil cayó con un ruido sordo, y deslizándose sobre el encerado parquet, vino a chocar contra el muro opuesto, donde se inmovilizó.

Era una serpiente embalsamada. Los ojos, eran dos botones de botines.

EVA PAUL MARGUERITTE.



Los Afeites CHERMAMY

PARA
SU
BELLEZA

Para su Tez

Los Polvos adherentes
de CHERMAMY

“POUR LE THEATRE”

para teatro, para baile, para la calle...

Para sus Ojos

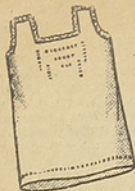
Los Lápices “PASTELS” de CHERMAMY
negro, oscuro, castaño, rubio, azul,
azul oscuro

Para sus Labios

LOS “RAISINS” de CHERMAMY
o su “ROUGE PERMANENT”

carmin - granate
anaranjado

CHERMAMY
PARIS



315



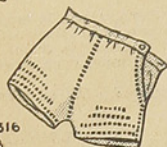
312



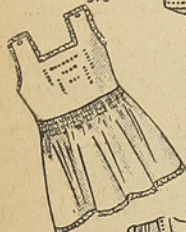
313



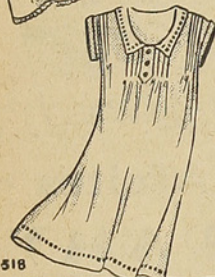
314



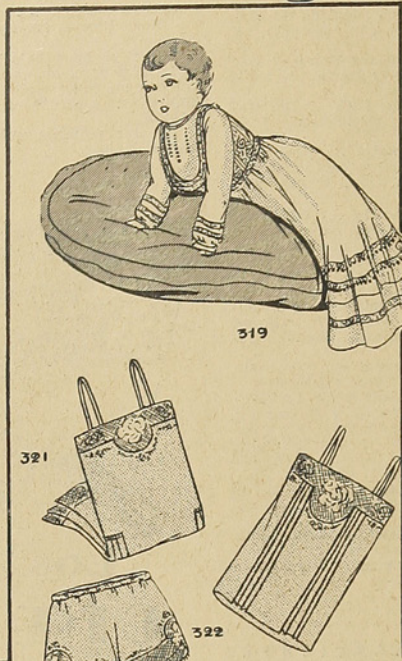
316



317

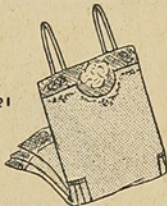


318



319

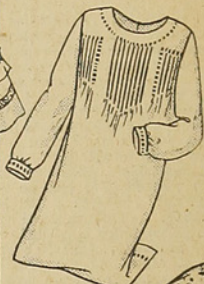
321



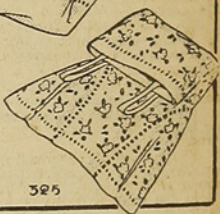
322



320



324



325

Ropita Interior



326



312.—Palcito para niño de dos años, en crepe de China rosa, incrustado de crepe de China azul pastel. Forro de franela.

313.—Zapatitos para la guagua, en crepe de China rosa, forrados en franela.

314.—Linda capelina para acompañar el traje 320, en crepe de China. La copa de este sombrero se hace con nidos de abeja, y la pequeña ala, con crepe de China lisa.

315.—Camisa de día en batista de hilo, escote cuadrado. Fino encaje. El plastrón lleva deshilados.

316.—Pantaloncito cerrado para niño de tres años, que conviene a la camisa anterior. Dos botones en la cintura.

317.—Combinación que sirve para los dos anteriores. Deshilados, encajitos. Falda muy fruncida en la cintura.

318.—Camisa de noche que completa todo el juego, adornada con alforcitas. Plastrón cerrado por botones de nácar.

319.—Batita larga para bebé de un año, en linón, y entredosos finos.

320.—Abrigo de crepe de China rosa para niña de

dos años, con nidos de abejas.

321.—Combinación para niña de diez años, con fina guirnalda y encaje.

322.—Camisa en batista de hilo, adornada con pliegues aplanchados, y guarnecida de un encaje de tul bordado, que sirve para acompañar el número 321.

323.—Calzoncillo de batista de hilo, que sirve para completar el juego anterior. Cintura de elastico.

324.—Camisa de noche para niña grandecita, en Irlanda, con gruesas alforzas y deshilados. Mangas largas, estrechas en el puño.

325.—Combinación para debajo del traje en tela de seda impresa, con los costados en forma, montados por medio de deshilados.

326.—Enagua corpiño para niña de tres años, festoneada. El corpiño va montado a una falda muy fruncida.

327.—Combinación de noche para niño de diez años con un galón bordado en el cuello, que cae por delante. El mismo adorno en los puños y en lo bajo de las piernas.

Las Damas Blancas de Worcester

Por FLORENCIA BARCLAY autora de "EL ROSARIO"

Mora se dijo que era necesario bajar a sus habitaciones para averiguar quien era aquel inesperado visitante.

Cuando se hallaba ya en la escalera de honor, encontró a Martin.

—Señora—dijo éste.—Está abajo, esperando, un hombre que desea hablar urgentemente con sir Hugo. Y como le hemos dicho que el caballero se ha dirigido hacia el Sur y que es allí ausente unos días, solicito hablar a solas con vos, si me niega a decir que asunto le trae o cual es su nombre. Maese Zacarias cree que haríamos bien en despedir al desconocido, diciéndole que vuelva, si quiere, dentro de seis días, en cuanto el caballero, a quien desea hablar, haya regresado.

Mora frunció el ceño, disgustada, pues no veía con buenos ojos que Martin y el viejo Zacarias se atrevieran a dictarle la conducta que debía seguir.

—Dime como es ese hombre, Martin—replicó.—¿Qué aspecto tiene?

—Parece un guerrero, es moreno, de aspecto muy atrevido, pero sus maneras son corteses. Zacarias y yo nos permitiríamos aconsejarle...

—Deseo verle—dijo Mora empezando a bajar la escalera.—Le veré en el comedor y a solas. Vos, Martin, esperaréis fuera a la puerta, dispuesto a entrar si os lo llamo. Ordenad a Zacarias que prepare algo de comer y una botella de vino o un jarro de cerveza, para ofrecerlo a este viajero en caso de que lo necesite.

Mora se situó en el comedor, en el mismo lugar en que se arrodillara Hugo en el momento de marcharse, y entonces entró el individuo tan bien descrito por Martin algunos momentos antes.

Ciertamente era hombre bien educado, pues en cuanto divisó a la castellana se apresuró a descubrirse, dió unos pasos y se detuvo para hacer una profunda reverencia; luego avanzó dos o tres pasos más y se inclinó de nuevo.

—¿Deseáis ver y hablar a mi marido, amigo?—le dijo Mora.

—Está ausente y no regresará hasta pasados cinco días, por lo menos. El asunto que os trae puede serle transmitido verbalmente?

Ella esperaba que aquellos atrevidos y oscuros ojos no percibirían su deseo de hablar por vez primera, con un desconocido, de Hugo como marido suyo.

El desconocido contestó con palabras concisas y con maneras francas y propias de un soldado.

—Muy noble señora—dijo,—ya que no está el caballero en cuya busca he venido, puedo daros cuenta del asunto que me trae.

Hace ya muchos años, en un campo de batalla, en Siria, tuve la fortuna, en lo más reñido de la refriega, de encontrarme al lado de sir Hugo d'Argent. Los infieles me hirieron gravemente derribándome del caballo, y habría quedado a su merced; pero el noble caballero, que me vio caer, hizo dar media vuelta a su caballo y, después de dispersar a los enemigos a derecha e izquierda, me montó en la grupa de su corcel y me llevó al campamento cristiano. Por eso juré, por la Santa Cruz de Lucca, que si algún día se me presentaba la ocasión de prestar un servicio a sir Hugo del Escudo de Plata, iría hasta el fin del mundo en su obsequio.

Hace diez noches dió la casualidad de que yo atravesara un bosque situado, aproximadamente, a medio camino entre Worcester y Warwick. De pronto apareció una banda de ladrones y yo y mi caballo nos apartamos del camino, ocultándonos en la espesura. Pero un jinete que iba solo, procedente de Worcester, no pudo evitarlos, y así, desde donde yo estaba, vi como le asaltaban, le obligaban a desmontar y le robaban cuanto poseía, mandándole, luego, regresar a pie a Worcester. No pude hacer nada para ayudarle, pues él y yo habríamos sido dos contra una docena de criminales. Los ladrones sacaron el dinero de su bolsa y también encontraron en la carta que echaron al suelo, pues para ellos no tenía valor alguno. Me fui en el lugar en que había caído, muy cerca de donde yo me ocultaba.

Terminado que fué el robo y habiendo desaparecido ya la víctima, se alejaron también los ladrones. Yo me apresuré a recoger la carta y me la guardé en la bolsa. En cuanto salió el sol la examiné y con el mayor asombro vi que estaba dirigida a mi valiente salvador, el caballero del Escudo de Plata, y de Penacho Azul. Parecía ser de la mayor importancia, pues en caso de no ser hallado el caballero en el castillo de Warwick se citaban otras seis etapas hacia el Norte y, además, se decía que el pliego debía ser entregado con la mayor urgencia.

Esta era, para mí, una ocasión excelente de prestar servicio al valiente caballero. Por consiguiente recorrí las eta-

pas indicadas en la carta y, después de ligero retraso, he llegado al castillo de Norelle, en donde me enteró de que la persona a quien buscaba se ha marchado hacia el Sur por otro camino. De modo que todos mis esfuerzos en su obsequio han resultado inútiles.

De ningún modo, amigo—replicó Mora conmovida por el relato.—No ha sido inútil vuestro empeño. Dadme la carta que recogisteis y que fielmente habéis tratado de entregar a la persona a quien va destinada. Mi marido volverá dentro de ocho días. Entonces yo se la entregaré y le diré todo lo que acabáis de contarme. Tened la seguridad de que os agradece extraordinariamente vuestro buen servicio y el leal recuerdo que de él guardáis.

Aquel mensajero casual sacó de su bolsa una carta, provista de grandes sellos y de tamaño más que regular, y la entregó a Mora.

Los claros ojos de ésta miraban con interés a su interlocutor, porque le parecía maravilloso tener ante ella a un hombre cuya vida salvara Hugo a tanta distancia, en un campo de batalla de Oriente.

—En nombre de mi marido os doy las gracias, amigo—dijo.—Y ahora mis servidores os darán algo de comer y de beber. Os ruego que aceptéis y descanséis también antes de reanudar vuestro camino.

—Os lo agradezco mucho, pero no puedo aceptar—contestó,—pues he de partir sin demora alguna. Adios, señora, y habiendo deseado que el servicio que por extraña casualidad he podido prestar al caballero, hubiera sido de mayor importancia o más peligroso.

Hizo una profunda reverencia y se marchó. Pocos instantes después salía del castillo y se dirigía hacia el Norte.

Si el hermano Felipe hubiera entrado allí, no habría dejado de observar que aquel desconocido montaba el más rápido caballo de las cuadras del Obispo.

Sin duda una vida tormentosa y sostenida por el robo y la rapina no es bastante para impedir que un hombre cumpla el juramento que hizo una vez, penetrado de gratitud, en días mejores y más honrados.

Una vez sola, Mora se dirigió a la terraza, y a la clara luz reinante examinó aquella misiva sucia y arrugada en su exterior.

Con el mayor asombro reconoció en la dirección la escritura, que tan familiar le era, de Simón de Worcester. ¿Cuántas cartas había recibido escritas por la misma mano!

Hugo no se hallaba en el castillo y estaría ausente durante unos días, pues había ido a Worcester a ver al Obispo, precisamente por haber recibido de éste una carta que le daría cuenta, sin el detalle necesario, de un asunto de importancia. Tal vez si la carta que tenía en sus manos hubiera llegado antes, y sin duda alguna también, si él la hubiese recibido, no se habría marchado.

Mientras reflexionaba acerca del particular, y casi sin darse cuenta de ello, Mora rompió los sellos. Luego se detuvo, cuando ya empezaba a desdoblarse el pergamino, preguntándose si leería la carta o esperaría hasta el regreso de Hugo.

Pero su vacilación no duró mucho, pues con toda seguridad la carta trataba de un asunto que le interesaba muy de cerca. Así se lo dijo el mismo Hugo. Además, podía ser necesario hacer algo en vista del contenido de esta primera carta que, por desgracia, había llegado después de la segunda y si no se enteraba de ella no podía, desde luego, tomar determinación alguna.

Mora volvió otra vez a las murallas. Ya no se divisaba el dorado resplandor que antes había en Fontene, pero en el cielo había aún suficiente claridad.

Tomó asiento en el banco en que lo hiciera la noche en que refirió a Hugo la maravillosa y milagrosa visión de María Antonia, y una vez allí acabó de desdoblarse el pergamino y leyó la carta del Obispo.

CAPITULO XLIX

Engañada dos veces

Los rojos resplandores del sol fueron perdiendo su intensidad y por fin desaparecieron. El cielo se había oscurecido y las estrellas empezaban a brillar sobre el mundo. Cada vez que la silenciosa mujer que se hallaba en las murallas levantaba al cielo su entristecido rostro, parecía que otro ojo brillante se abría para mirarla.

Por fin el cielo entero quedó tachonado de estrellas: los planetas se distinguían por su luminosidad, y la luna, que en aquel momento asomaba por entre los abetos, parecía enorme

y amarillenta, si bien a medida que ascendía por el cielo se transformaba en más blanca y pequeña.

Mora se cubrió el rostro con las manos. La noche de verano era apacible por demás. Las estrellas resplandecían en el negro cielo y la luna recorría triunfante su camino. Y toda la gloria de aquella noche se compadecía tan mal de su propia tristeza, que se tapó el rostro con las manos.

La carta del Obispo le había asestado un tremendo golpe.

Primero el mismo Obispo intrigaba para engañarla y parecía contar de antemano con la connivencia de Hugo.

Luego resultaba que la vieja María Antonia fue testigo de la entrevista que tuvo con Hugo, cuando éste penetró en el convento; que ello era conocido por el Obispo y que, lejos de enojarse, le satisfizo y hasta le divertió.

Finalmente, venía la extraordinaria noticia de que la visión de María Antonia fue un engaño imaginado por la astucia de la anciana; y el Obispo recomendaba al caballero que alabara a Dios por esa astucia y que cuidase de que ninguna palabra casual inclinara a Mora a dudar de la veracidad de la visión, convenciéndose de que había sido engañada y miserablemente burlada. En realidad, el Obispo y su marido se habían convertido en cómplices del engaño de María Antonia.

Entonces se explicó muy bien el escepticismo y el inoportuno humorismo que notara en el Obispo cuando ella le refirió la historia de la visión. No era de extrañar que llamase a María Antonia "niña muy prudente y muy juiciosa".

Pero cuando ya la cólera empezaba a dominarla, no sólo contra el Obispo, sino también contra la anciana a quien amara y en quien tanto confiara, siendo por ella engañada, llegó al párrafo que daba cuenta de la muerte de la anciana lega y de la fidelidad de que, hasta el fin, dio pruebas hacia Mora.

María Antonia, en vida, hubiera sido ya una figura antipática para ella, pero una vez muerta no podía sentir cólera con respecto a su engaño.

En resúmenes cuentas, la falsa visión de la anciana hermana lega era asunto insignificante ante la cuestión que en aquel momento se presentaba. ¿Qué haría Hugo? ¿Guardaría silencio, convirtiéndose así en cómplice del engaño, o a toda costa le diría la verdad?

Había evidencia del cambio que el amor operara en ella, puesto que este punto le parecía, entonces, el más importante, de tal modo que hasta que se resolviese no podría tomar en consideración otros aspectos del mismo asunto.

Satisfecha, recordaba la escrupulosa sinceridad de Hugo en el asunto del Padre Gervasio, pero ¿para qué habría ido Hugo a consultar al Obispo si no estaba dispuesto de antemano a conformarse con los consejos de éste?

Mas hasta que no se hubo dirigido a su estancia y se arrodilló ante el altar de la Virgen, no pudo comprender que había desaparecido por completo la razón que justificaba su salida del convento, siendo así que no hubo visión alguna.

¡Virgen bendita!—rogaba con las manos entrelazadas y en alto.—Yo que he sido engañada dos veces, una al entrar en el claustro y otra al salir de él, te ruego, por los dolores que atravesaron tu corazón, que me concedas una visión que realmente sea para mí la visión de la verdad.

CAPITULO L

El Escudo de Plata

El Obispo estaba sentado ante una mesa redonda, en el centro del comedor de honor, y en aquel momento bebía de su cubilete rojo mientras el caballero comía.

No estaban solos, pues algunos hermanos legos, calzados con sandalias, iban en silencio de un lado para el otro y el hermano Felipe permanecía inmóvil detrás del Reverendo Padre.

El cual discurría alegremente acerca de muchas cosas mientras observaba a Hugo, ya más tranquilo después de haberse lavado y cambiado de traje.

En efecto, su aspecto ya no era el mismo que a la llegada y hasta sus maneras volvían a ser, como usualmente, corteses y deferentes.

Guardando silencio oía la conversación agradable de su interlocutor, pero éste pudo observar en él cierta inclinación al mutismo, después de todo muy natural en un hombre cansado por largo viaje, que se encuentra ante una mesa bien servida.

Sin embargo, el caballero comía poco y apenas probó el vino italiano.

Terminada la refacción, el Obispo despidió a sus servidores y fue a sentarse al sillón inmediato a la chimenea, indicando al caballero que hiciera lo propio en el sillón contiguo.

Así estuvieron nuevamente sentados como en la noche en que llegara el mensajero del Papa, a excepción de que ahora no había fuego en la chimenea ni bujías sobre la mesa, pues los rayos del sol atravesaban las abiertas ventanas.

—Querido Hugo—dijo el Obispo.—Creo que podrás ya decirme las razones que te han traído. Es indudable que han de haber sido muy importantes para obligar a un hombre tan amante y a un marido reciente a dejar a su esposa, dos semanas después de la boda, para emprender un viaje de diez días.

—He venido, monseñor—contestó el caballero en voz baja y haciendo un evidente esfuerzo,—para oír de vuestros labios la verdad entera acerca de la visión que fue causa de que la Priora de las Damas Blancas, renunciando a sus votos, abandonara el convento y se casara con el que fue su prometido antes de entrar en el claustro.

—¡Alto!—exclamó el Obispo.—Las Damas Blancas no tienen Priora. La Madre Sub-Priora ejerce las funciones de tal hasta que el Prior y yo nombremos a la que ha de ocupar el cargo en propiedad. Aquí no estamos para hablar de Prioras, hijo mío, sino de esa noble y hermosa dama que, con la bendición de Dios y el favor de Nuestra Señora, es ya tu esposa. Espero que continuaras mereciendo tan buena fortuna.

El caballero no protestó de aquellas palabras, y al oír el nombre de Nuestra Señora su mano tocó el medallón que llevaba colgado al cuello y lo apretó con fuerza.

El Obispo, en vista de que el caballero guardaba silencio, añadió:

—¿De modo que desees conocer la historia entera de la inspirada devoción de la pobre María Antonia, cuya alma habrá acogido Dios?—los dos se santiguaron devotamente cuando el Obispo nombró a la difunta.—¿Quieres saberla en seguida, hijo mío, o esperar hasta mañana, cuando el descanso te haya puesto en mejor disposición?

—Antes de que se ponga el sol, monseñor, deseo haber empredido el negocio hasta el fin.

Siendo así voy a complacerme sin más dilación.

Entonces empezó a referir la costumbre de contar a las Damas Blancas por medio de los guisantes, y luego comunicó al caballero la historia entera de la participación que María Antonia tuvo en los sucesos del convento el día de su intrusión, así como también en todo lo que siguió, haciendo especial mención de su fidelidad y cariño hacia Mora y de sus constantes ruegos a Nuestra Señora para que aguzara sus sentidos.

Indudablemente el Obispo se propuso introducir en el relato mayor misticismo y sublimidad de lo que requerían los hechos. Pero una vez que se hubo aventurado en la narración, no pudo abstenerse de la satisfacción de hacer algunas observaciones humorísticas al referir la historia entera. Hizo mención de las divertidas maneras y movimientos de María Antonia y describió con la mayor gracia el rostro de hurón de la Madre Sub-Priora y las largas narices de sor María Rebeca, siempre dispuesta a humear y a denunciar las faltas ajenas. Por fin el Obispo llegó a su conversación con Mora en el pabellón de las rosas, cuando ella le exclamó: "Has oído estas cosas a los prudentes para revelarlas a los niños."

Cosa que divirtió mucho al Obispo, que replicó: "Una niña anciana. Verdaderamente, una niña muy juiciosa y prudente." Luego refirió la escena ante la puerta de la celda de la Priora y la conmovedora confesión y muerte de María Antonia.

El caballero escuchó el relato con el rostro oculto entre las manos.

—Por consiguiente, hijo mío—acabó diciendo Simón de Worcester,—al recordar nuestra conversación en el jardín y que te comunicué mi creencia de que la anciana lega estaba enterada de tu visita al convento y de cuanto sucedió en la celda de Mora, me apresuré a avisarte para evitar que, inadvertidamente, hablastes de eso a tu esposa, suscitando así alguna duda acerca de la veracidad de la visión, con lo cual habrías destruido la paz de su espíritu y puesto en peligro la felicidad de ambos. ¿Te había hablado ya de la visión?

—La noche anterior a la llegada de vuestro mensajero, monseñor.

—¿Dijiste algo acerca de mis palabras sobre María Antonia?

—En cuanto ella mencionó a la anciana lega, le di cuenta de lo que vos me habíais dicho. Pero Mora me contradijo, añadiendo que ella fue la que pronunció tales palabras antes de conocer mi identidad, pero que luego la anciana lega le confesó que se había equivocado. Y como esta explicación me pareció buena, no insistí y no dudé de la verdad y de la maravilla de la visión.

—¡Alabados sean los Santos!—exclamó el Obispo.—En tal caso no ha habido mal alguno. Y como tú y yo somos los únicos que conocemos la historia entera y seríamos capaces de aventurar nuestras vidas para lograr la felicidad de Mora, no hay ya peligro que temer.

—Monseñor—dijo Hugo levantando la cabeza y mirando a su interlocutor.—Creéis que sin la visión Mora habría abandonado el convento para ser mi mujer?

No, querido hijo, nada de eso habría ocurrido. Aquella misma mañana, según te dije, rompió y pisoteó el mandato del Papa, sin querer aceptar la absolución que se le ofrecía. Y añadió que nada sería bastante para una reconvención a excepción de una visión directa o de una revelación de Nuestra Señora.

—Pero, ¿crééis que hubo visión o revelación alguna, monseñor?

El Obispo miró con escrutadores ojos y luego, sonriendo, contestó:

—Entre nosotros, querido Hugo, podemos decir que no ocurrió nada milagroso, a excepción de que Nuestra Señora aguzó los sentidos de María Antonia. Por consiguiente, a este hecho debéis tu esposa, y podemos dar gracias a Nuestra Señora por el milagro que operó en la anciana lega.

—Pues rehusó—dijo el caballero levantándose—deber mi esposa un sacrificio, a un fraude y a una falsedad.

El Obispo se quedó muy pálido, pero sus ojos, que parecían atravesar al caballero, impidieron a éste desviar la mirada.

Y en voz baja, más impresionante que si hubiera gritado, exclamó:

—¡Loco, loco ingrato! ¿Qué quieres decir con eso?

—¡Llamadme loco si queréis, monseñor—replicó el caballero—pero nunca permitiré que mi conciencia me pueda llamar bión.

—¿Qué quieres decir con esas palabras?

—Que si la verdad abriese un abismo por el que yo pudiera caerme al infierno, lo preferiría a poder entrar en el cielo a través de un puente tejido con embustes.

Simón de Worcester que, muchos días, había trabajado, sufrido y perdido mucho, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Por las llaves de San Pedro! Nada me importa, caballero, que vayáis al infierno o al paraíso. Pero me importa, en cambio, que no destruyáis la paz espiritual de la mujer que os es por esposa. Por consiguiente, os aviso que si salís con ese propósito, no llegaréis vivo a vuestro destino.

El caballero sonrió y sus ojos miraron firmes y serenos.

—No suelo desvanecer la espada cuando sólo me amenazan, monseñor. Pero si estas amenazas toman forma humana, os aseguro, por San Jorge, que daré buena cuenta de ellas. Con esta misma espada me abrí camino, una vez, a través de veinte sarrazenos. ¿Os figuráis que una docena de bandidos podrán impedir que me reúna con mi esposa?

—¡Y esas palabras calmaron al Obispo, pues en ellas descubrió la intensidad del amor de Hugo, y como poseía la rara cualidad de reconocer en el acto y de aceptar lo inevitable, así como también la de darse cuenta de si cometía una falta, comprendió que era preciso variar de táctica.

Como se encolerizaba muy raras veces, los efectos de la cólera sobre él eran en extremo deprimentes, de modo que se quedó recostado en el sillón cual si estuviera privado del sentido.

Asombrado alarmado, Hugo buscó auxilio a su alrededor, y, no encontrándolo, se acercó a la mesa, llenó de vino el cubilete veneciano y arrodillándose junto al Obispo se dispuso a ofrecerle aquel cordial.

El Obispo abrió los ojos, contempló el ansioso rostro inmediato al suyo y apartando con una mano el cubilete llevóse la otra al cinto y sacó una cajita de oro, exquisitamente labrada y adornada con esmeraldas.

La miró un momento, como si no se decidiera, y luego tocó un resorte; se abrió la tapa y sacó del interior una pastillita blanca que echó al cubilete de vino.

El caballero vio que la tabletta se disolvía en seguida.

Mientras tanto, el Obispo parecía haber olvidado al caballero, la conversación que habían suspendido, el cubilete de vino y la pastilla que echó en él; y, muy absorto, contemplaba como un estandarte que colgaba de las vigas de roble del techo oscilaba de un lado a otro sin razón aparente.

—¿Por qué se moverá?—preguntó a sí mismo.

—Bebed, Reverendo Padre—rogó el caballero,—os lo suplico.

—Sin duda habrá una corriente de aire—murmuró el Obispo.

Pero casi en seguida tomó el vaso de vino que le ofreció el caballero y se bebió poco a poco el contenido.

—¡Ah, mi querido Hugo!—dijo ya reanimado y extendiendo la mano.—Me alegro mucho de que estés aquí. Vamos a continuar nuestra conversación si estás en situación de escucharme, porque tengo mucho que decirte.

El caballero, lleno de alegría al notar que el Obispo se había restablecido, tomó su mano y la besó fervorosamente.

Aquel fué el reverente homenaje de un corazón leal y Simón de Worcester bendijo a su interlocutor; en seguida continuó la conversación en el mismo punto en que la dejara, antes de dar aquel paso en falso.

—Por consiguiente, mi querido Hugo, te he referido, con detalles, la verdadera historia de la visión, lo cual demuestra que la debemos a la devoción terrenal y no a la mediación divina, aunque, en realidad, aquella puede ser el medio de que se ha valido ésta. Ahora debemos considerar y decidir acerca de la conducta que hemos de seguir con respecto a Mora, a fin de rogar que no pierda la paz espiritual y que su felicidad no sufra quebranto de ningún género.

—Por mi parte ya he tomado una decisión, Reverendo Padre.

—¿Qué te propones hacer, querido hijo?

—Dar a conocer a Mora, en cuanto vuelva, la verdad entera.

El Obispo levantó los ojos para ver si el estandarte se mo-

vía aun y como observase que continuaba del mismo modo, se dijo que debía de haber una corriente de aire.

—¿Y qué efecto crees que va a causar en tu esposa el conocimiento de esa verdad?

—No deseo aventurarme en suposiciones, Reverendo Padre; sencillamente, en mi caso, no puede haber más que hechos.

—Así es, hijo mío—replicó el Obispo uniéndole los dedos de las manos y llevándose los labios.—Sin embargo, cuando nos hallamos ante las causas, es conveniente tomar en consideración los efectos a fin de que no nos cojan desprevenidos. ¿No comprendes que tu esposa, al dejar el Convento y casarse contigo, se ha creído justificada sólo a causa del permiso milagroso concedido por la Virgen y que en cuanto lo sepa que no hubo tal milagro se creará culpable?

—Mucho lo temo—dijo el caballero.

—¿Y crees que ella no ha tenido verdadera justificación de sus actos, prescindiendo de la visión?

—De ningún modo—contestó el caballero.—Siempre, desde que supe que la engañó su hermana, he tratado de conquistarla con toda lealtad. El cielo sabe que cuando ella pronunció sus votos, yo seguí siéndole fiel y continué considerándola como tal, como prometida. El cielo me permitió descubrirla viva y todavía sana. Seguramente, mi modo de pensar, no era necesario el permiso divino, y cuando llegó la absolución del Santo Padre, creí que ya nada se interponía entre nosotros. Pero Mora pensaba de otro modo.

Los ojos del Obispo se animaron con astuto brillo y luego observó:

—No has oído decir nunca, hijo mío, que dos negativos equivalen a una afirmación? ¿No crees que, aplicando este principio, dos despepciones pueden constituir una verdad? Mora fué víctima de un engaño al entrar en el convento y de otro cuando salió de él; pero de este nuevo engaño surge la gran verdad de que, a los ojos del cielo, ha sido siempre tuya. La primera despepción anula la segunda y el único hecho positivo es que Mora está casada contigo y tú tienes el deber de guardarla y de protegerla contra el dolor; y aquellos a quienes Dios ha unido, no deben dejar que los hombres los desunian.

Hugo d'Argent se pasó la mano por la frente y luego dijo: —Deseo, con toda el alma, que Mora tenga esta misma opinión.

—No creo que ocurra así—dijo el Obispo.—Cuando tu esposa, mi querido Hugo, sepa que fué engañada por María Antonia, su mente hará que vuelva a sentirse la misma de cuando nada sabía de la visión mentida y se considerará todavía Prora de las Damas Blancas.

—Lo mismo he creído yo desde que me enteré de eso—contestó el caballero.

La eficacia de la droga calmante que tomara el Obispo le había debilitado sobre manera.

—Y en tal caso ¿qué te propones hacer con esta Prora casada? ¿Esperas acaso que continúe en tu casa y que cumpla sus deberes de esposa?

—¡Temo—contestó en triste tono el caballero—que me abandonará.

—Es seguro.

—Precisamente este temor de lo futuro fué lo que me obligó a venir, monseñor. Si Mora desea, como decis, volver al convento, ¿tendréis la bondad de disponerlo todo para que recobre su cargo de Prora de las Damas Blancas de Worcester?

—¡Imposible!—exclamó el Obispo.—Es demasiado tarde.

Hubo un largo silencio que duró muchos minutos y luego el caballero, haciendo un esfuerzo, dijo en voz muy baja:

—No es demasiado tarde.

Los ojos agudos del Obispo miraron los del caballero y, como a su pesar, exclamó:

—¡Loco!—pero esta palabra expresaba mejor la compasión que el desdén.—¿Acaso has descubierto que no te ama?

—No es eso—se apresuró a contestar el caballero.—Gracias a Dios y a Nuestra Señora, mi esposa me ama como nunca soné que pudiera amar una mujer tan perfecta como ella. Aunque al principio se advertía claramente que el amor era algo nuevo y desacostumbrado en Mora, hay que tener en cuenta que su vuelta al mundo y la libertad de ir de una parte a otra y de viajar, había de sorprenderle de un modo extraordinario. Yo me preocupé, ante todo, por su bienestar, cosa fácil amándola como la amo. Por consiguiente, formé un plan y vinimos en que, a causa de la necesidad habida de celebrarla en seguida la boda, sería mejor, antes de considerarnos verdaderamente casados, continuar por algún tiempo el noviazgo, y eso, aun después de haber llegado al castillo de Noelle, por tantos días o semanas como ella quisiera. Es decir, hasta que llegara la ocasión en que me pidiese que la llevara a casa. Y cada día de nuestro viaje hacia el Norte era más agradable que el anterior y cada hora de cada día más dulce que la precedente. Así ocurrió que en la noche de nuestra llegada al castillo de Mora, después de habernos separado y antes de acostarnos, volvimos a encontrarnos en las murallas, en el mismo sitio donde años atrás nos despedimos; y allí, sentados a la luz de la luna, me relató la maravillosa visión otorgada por Nuestra Señora y luego, con palabras de perfecta ternura, me dió cuenta de la maravilla todavía mayor de su amor, diciéndome que a la mañana siguiente es-

taria dispuesta a ir conmigo a nuestro definitivo hogar. Nos separamos poseídos de un éxtasis de amor tan profundo y tan puro, que el sueño se apoderó de nosotros fácilmente, dada nuestra intensa alegría. Pero por la mañana, muy temprano, me despertó una fuerte llamada a mi puerta y al levantarme vi al hermano Felipe que me entregaba vuestra carta. . . .

«¿Cuánto me habría gustado—exclamó el Obispo—saber que ella lograba convencerte de que yo nada te dije acerca de María Antonia!»

Al hablar así el Obispo estaba distraído, porque, en aquellos momentos, en lo más secreto de su alma estaba librando tremenda batalla con la tentación que volvía a ofrecerle el amor que sentía por Mora.

Y, a su pesar, recordó las numerosas entrevistas que con ella tuviera en el convento, tan deliciosas para él, y se decía que ya nunca más podría deleitarse con aquellas conversaciones con la mujer que amaba.

Y así resultaba que la infinita pérdida del Obispo constituía la incommensurable ganancia de Hugo. Y ahora que éste parecía inclinado a arriesgar su felicidad, se invertían las respectivas situaciones. Si llegaba a realizarse esta pérdida que se anunciaba para el caballero ¿no se convertiría en ganancia para el Obispo?

Para éste sería muy fácil ir al encuentro de Mora, a pocas millas de Worcester, y, con la mayor pompa y esplendor, reintegrarla al convento de las Damas Blancas, ordenando que abriesen de par en par la puerta principal, para recibir a la que seguía siendo su Priora, y anunciando que el elevado servicio para el cual fué nombrada había sido cumplido ya. Indudablemente toda la comunidad sentiría extraordinaria alegría, pero el más dichoso de todos sería el Obispo, que, en adelante, podría verla, hablar con ella, y sentarse a su lado tantas veces como quisiera. Y ya no habría más soledad espiritual para él y la misma conciencia de Mora estaría tranquila.

Pero la razón se impuso, haciendo comprender al Obispo que la mujer que, con palabras de intensa ternura, había revelado al caballero la maravilla de su amor, manifestándose dispuesta a ir con él a su casa, jamás gozaría de la tranquilidad del claustro.

Si Hugo persistía en la locura de mostrarse franco y turbaba su paz espiritual, ella le abandonaría. Y si el Obispo facilitaba la cosa, podría, también, volver al convento, pero en tonces la verdadera vida de ella se quedaría en el mundo y no llevaría al claustro más que la conciencia lacerada y un corazón destruido.

Seguramente si los dos hombres que la amaban ponían de lado sus sentimientos egoístas, para pensar sólo en ella, podrían salvarla del dolor que la esperaba. Y el Obispo resolvió hacer, por su parte, cuanto le fuese posible.

—Mi querido Hugo—dijo,—haz hese bien en venir para consultarme acerca de estos planes antes de dar un paso definitivo. Únicamente yo puedo hacer reintegrar a tu esposa como Priora de las Damas Blancas y, además, mi presencia frecuente en el Convento sería esencial para asistirle en el desempeño de su cargo. Pero yo no estaré aquí, porque dentro de muy poco me marcharé de Worcester, abandonando esta tierra y volviendo a la hermosa Italia. El Santo Padre ha tenido la bondad de comunicarme, privadamente, que muy en breve me ofrecerá una nueva dignidad, y yo he decidido aceptarla. Regresaré a Italia como Cardenal de la Santa Iglesia.

Hugo se levantó e hizo una reverencia, pero en sus ojos se leía el mayor desdén.

—Os felicito, Ilustrísima. El hecho de que un capelo de cardenal os aleje de vuestra Catedral, de esta noble ciudad inglesa y de todos los que os aman, dejando para siempre la tierra en que nacisteis, tal vez pueda comprenderse. Pero que por una nueva dignidad eclesiástica, por alta que sea, estéis dispuesto a marcharos dejando a Mora sumida en el dolor y en un trance dificultoso cuando tanto necesitaba de vuestro auxilio.

El caballero se detuvo asombrado de que el Obispo se riera a carcajadas en aquel momento, pues rara vez lo hacía. ¡Pero, no! Más bien parecía que estaba llorando.

Entonces Hugo, y aun antes de que el Obispo hablase, sintió que se le caía la venda de los ojos, pues comprendió que el amor del Prelado era, por lo menos, tan grande como el suyo.

«¡Mentecato!—exclamó el Obispo.—¡Quieres obrar a tu capricho mientras tan fácilmente te engañas! Cuando te hablé de marchar, lo dije por ella, esperando que mi ausencia te apartaría de tu propósito, pero ahora estoy convencido de que corres el peligro de destruir tu felicidad y la suya. Por consiguiente, buscaré el medio de entretener al mensajero del Santo Padre, de modo que mi respuesta no tenga lugar hasta pasadas dos semanas. Tú podrás reunirte con Mora dentro de cinco días, a lo sumo, y en cuanto ella decida lo que quiera hacer comunicámelo por medio de un rápido mensajero. Si resuelve volver al convento, dile cuándo y dónde debo hallarla y yo saldré a su encuentro. Tengo aquí su hábito de Priora y la cruz de su cargo. El primero me lo devolviste desde la hostería y la última la encontré en la celda. Lévaselo todo, porque si se decide a volver debe hacerlo vistiendo el traje que le corresponde. Si resuelve continuar contigo ¡ojalá Dios lo quiera!, y, por lo tanto, no necesita mi ayuda, comunicámelo también por medio de un mensajero. Entonces

podré regresar al hermoso país, al que primeramente fui por su causa, y al que dejé, también, por ella y del que volveré con gusto si me necesita. El tiempo que hijo le concederé un margen de cuatro días para decidirse.

—Os ruego que me perdonéis, monseñor—dijo el caballero humildemente,—por haber tomado en serio lo que me dijisteis en broma, tal vez para apartarme de mi propósito y ojalá lo hubierais conseguido.

Hugo—añadió el Obispo, con vehemencia,—¿la creíste justificada cuando vino hacia ti, prescindiendo de las visiones que pudiera tener?

—Es cierto—contestó el caballero—pero por mi parte no me siento justificado para tomarla y para que me dé su amor, sabiendo que lo hace con el corazón libre a causa de su fe en la visión. De este modo mis alegrías más puras quedarían veladas por mi vergüenza secreta. Y al estar yo enterado del engaño, también la engañaría, a pesar del amor y de la confianza que en mi tiene.

—No puedo razonar acerca de estas cosas—respondió el caballero poniéndose en pie y apoyando la mano en el pomo de la espada,—no puedo definir la diferencia entre ocultar una verdad y decir una mentira. Pero cuando mi honor está en juego, pongo en ello la mayor atención y salgo a combatir contra mi mismo, si es preciso, o contra quien sea. En los campos de batalla de Oriente, en la Guerra Santa, conquisté un nombre conocido de amigos y enemigos: "El caballero del Escudo de Plata". Nuestro nombre es Argent, y hemos tenido siempre derecho a llevar un escudo de plata pura. Pero yo conquisté tal nombre porque mi escudo estaba siempre brillante. Y por que ni una vez se cayó al suelo ni permití que nadie lo empuñara. Tan brillante era, que cuando montaba a caballo lo llevaba ante mí y al reflejar los rayos del sol deslumbraba al enemigo. Y no puedo empuñar mi escudo, monseñor, cooperando a que esté en pie la mentira o guardando silencio cuando mi honor me ordena hablar.

Al contestar así la gallarda figura que se erigía ante él, el alma del Obispo se puso a tono con tan nobles palabras y sintió el deseo de alabarlas y aplaudirlas. Pero el recuerdo de la paz espiritual de Mora y de su corazón, recientemente despertado al amor, se lo impidieron y en su obsequio era preciso tomar una decisión rápida.

—Mi querido Hugo—dijo,—todo eso que me dices es muy preciado para un caballero en el campo de batalla, pero el hombre que ama ha de aprender una lección más dura, ha de renunciar a sí mismo y hasta, si es preciso, a los sentimientos tan brillante ¿qué veías en él? Seguramente tu orgulloso rostro. Ahora, cuando tanto temas que tu honor quede empañado, ¿serás capaz de conservar brillante ese escudo a costa de Mora y lo embrazarás orgullosamente, sólo para tu gloria, reflejando el sol, deslumbrando a los que estén delante, mientras que tu esposa, tan amada y que tanto confía en ti, tu esposa, que te manifestó la maravilla de su amor con palabras tan profundamente tiernas, quedará desolada en la obscuridad de su vida y con su corazón destruido? Quisiera, Hugo, que pensaras un poco en el tesoro de su corazón de oro, más que en la brillantez de tu egoísta escudo de plata.

—¿Egoísta?—exclamó el caballero.—¿Es egoísmo tener un honor sin mácula? ¿Es egoísta avergonzarse de engañar a la mujer amada? ¿He sido acaso egoísta, yo, que lo he sacrificado todo ante su bienestar? ¿Lo parezco, por ventura, al portarme como lo hago con mi esposa en esta hora de crisis?

Se dejó caer pesadamente en el sillón. Luego apoyó los codos en las rodillas y la cara en las manos.

Aquella actitud de desesperación llenó al Obispo de agradecimiento. (Acaso cuando ya había abandonado toda esperanza, lograría la victoria?)

—Peligrosamente egoísta, mi querido hijo—dijo,—pero, gracias a Dios, todavía no se ha cometido daño alguno. Escuchame y verás como puedes conservar inmaculado tu honor, impidiendo, sin embargo, que Mora se entere de lo que ocasionaría la pérdida de su paz espiritual, y podrás asegurar así su felicidad y la tuya propia.

CAPÍTULO LI

Dos nobles corazones que van por distintos caminos

Aquella misma tarde, una hora antes de la puesta del sol, los dos hombres a quienes Mora amaba estaban frente a frente para darse el adiós final.

El Obispo dijo todo lo que tenía que decir. Sin interrupción habían fluido sus palabras, elocuentes, lógicas, conciliadoras y persuasivas.

Varias veces había tratado de imaginar qué ideas se albergarían tras la frente del caballero y deseaba ardientemente que la rigida actitud de intensa desesperación se relajara un poco. Había usado en sus consejos los tonos de voz más persuasivos, pero sin éxito. Deseaba que el caballero interrumpiese su silencio, aunque fuera para manifestar su desconformidad o su ira. Pero no lo logró, había hecho alguna indicación apropiada, y, finalmente, convirtió en argumento poderoso una



Como el agua apaga el fuego Jarabe de los Vosgos Cazé apaga la tos

Fórmula: Acónito, Drosera
Rosas, 1352.—Santiago.
Depósito: Est. Colliere.

En todas las farmacias
\$ 9.— el frasco grande.



deducción falsa, más no logró hacer salir de su mutismo al caballero.

Después, sin embargo, Hugo levantó la cabeza y se recostó en su sillón para contemplar, a su vez, el pendón colgado en el techo. Probablemente el padre Benedicto había cerrado el ventanillo oculto tras una viga y por el cual tenía la costumbre de observar desde arriba si todo estaba en orden y si el Obispo necesitaba algo.

De paso digamos que este extraordinario celo, por parte del padre Benedicto, halló misera recompensa, porque habiendo comprendido el Obispo la razón de aquella corriente de aire, dio secretas instrucciones al hermano Felipe, lo cual tuvo por resultado que, cuando el capellán se dispuso a sorprender otra conferencia privada, se encontró con que la puerta por la que llegara a su observatorio estaba cerrada y no pudo abrirla. Por consiguiente, el padre Benedicto tuvo que observar al Obispo y a su huésped mientras compartían las tres comidas antes de que pudiera dar a conocer su apuro y solicitara ser puesto en libertad. Y aun entonces el Obispo tardó mucho en darse cuenta de la voz que imploraba socorro. Al descubrirle llamó a varios hermanos para que fuesen a prestarle ayuda, de modo que sus salvadores fueron testigos del pálido rostro del padre Benedicto, cuando éste, con el estómago vacío, tuvo que presentarse ante el Obispo para contestar a sus preguntas tratando en vano de dar una razón plausible de la situación singular en que fué descubierto.

El caballero había levantado la cabeza, pero siguió silencioso. Y cuando, al fin, el Obispo hizo una pausa, esperando algún comentario, Hugo d'Argent, separando sus miradas del techo, preguntó:

—¿Dónde os proponéis, ilustrísima, encontraros con la Priora, en caso de que mi esposa, al saber la verdad, resuelva volver al Convento?

Así fué cómo el Obispo se dio cuenta de que toda su elocuencia, sus chanzas y sus sólidos argumentos, así como la ternura que expresara, las amenazas y cuanto, en fin, utilizara en favor de su causa, habían ido a tropezar con la resolución firme del caballero, sin lograr conmoverlo en lo más mínimo. Entonces, en silencio, el

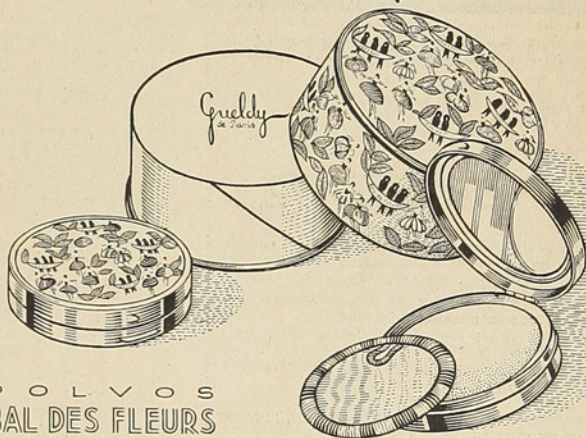
Obispo se levantó y se encaminó hacia la biblioteca, en donde los dos se disponían a darse el adiós final. Cada uno de ellos se daba cuenta de que su propia persona sería la ganancia del otro. Pero en aquel momento ambos pensaban tan sólo en la paz espiritual de Mora, aunque diferían en su manera de concebir el modo de conservar mejor aquella paz.

—Debo llevarme la cruz de su cargo, señor Obispo—dijo el caballero, muy decidido.

El Obispo se inclinó sobre un cofrecillo que había en el

LA PERFUMERIA DE LA
GRAN MARCA

Guelddy
de Paris

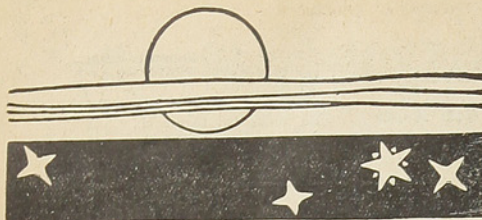


POLVOS
BAL DES FLEURS

COMPACTO
BAL DES FLEURS

GUELDDY
La de Moda en Paris
370 RUE ST HONORE

Unicos distribuidores:
Casa Jazz.—Agustinas, No 985.
Botica Klein.—Huérfanos, esq. Bandera.
Huérfanos, esq. Ahumada.
Perfumeria Ex Pagan.—Portal Fernández
Concha.



Un sueño tranquilo

es bienhechor para los nerviosos y para los que trabajan sin descanso, fortalece y da nueva vitalidad. Para conseguir un sueño tranquilo se emplean las

Tabletas de

Adalina

M.R.: a base de Bromodietilacetilurea

¡No tiene los efectos nocivos del Bromuro!



LEA UD.

escran

En esta revista social, cinematográfica y teatral, que aparece quincenalmente los martes, hallará usted interesante y amplio comentario social.

Informaciones especiales sobre vida, amores y trabajos de los artistas más famosos del cine.

Retratos en papel couché, recortables, de artistas populares.

LA MUSICA DE MODA DE LAS PRINCIPALES PELICULAS SONORAS.

ARGUMENTOS LITERARIOS DE LAS OBRAS DE CINE MAS IMPORTANTES.

Fotografías de bellezas Chilenas.

CONSEJOS DE BELLEZA, de las artistas del cine.

ARTICULOS LITERARIOS DE FIRMAS PRESTIGIADAS.

Consultorio sobre temas teatrales y cinescos.

CRITICA DE TODAS LAS PELICULAS DE CADA QUINCENA.

rincón de la estancia, lo abrió y dando la espalda al caballero se metió la mano en el pecho y sacó de allí una cruz de oro adornada con esmeraldas. Luego cerró la tapa del macizo cofrecillo y, volviéndose, puso la cruz en las manos del caballero.

—Te la confío, mi querido Hugo, con una condición: la de que me la devolverás sin falta dentro de dos semanas. Si decides referir a tu esposa la verdadera historia de la visión, deberé ver esta cruz sobre su pecho, cuando vaya a su encuentro, en su viaje hacia Worcester, ya nuevamente convertida en Priora de las Damas Blancas.

—Si, por otra parte, prevalece un consejo mejor y decides no decirselo, deberás devolverme inmediatamente esta cruz en un paquete sellado y por medio de un mensajero.

—Se lo diré—contestó el caballero—Si decides abandonarme, veréis nuevamente esta cruz en su pecho. Si, por el contrario, se resuelve a continuar conmigo, os la mandare por medio de un mensajero.

—Te abandonará—aseguró el Obispo.—Si se lo dices todo, no hay duda de que te abandonará.

—Me ama—dijo el caballero con tierna reverencia y tal mirada en su rostro que cualquiera hubiese podido creer que hablaba de su fe en Dios.

—Hugo—dijo el Obispo tristemente.—Hugo, mi querido hijo, no tienes experiencia alguna acerca del corazón de una monja. Cuanto más te ame más decidida estará a marcharse. Si tú mismo le das la razón de que encuentre injustificado su amor, entonces la misma causa de su felicidad se convertiría en motivo de temor. Abandonará la dicha, como los corazones puros se alejan del pecado; porque a causa de tu locura su alegría le parecerá recaminosa. Hijo mío—añadió suplicante.—Dios y la Santa Iglesia te han dado a tu esposa y si le dices eso vas a perderla.

—Me llevaré también su traje—dijo el caballero.—para que si quiere marcharse lo haga ya con su hábito de Priora.

El Obispo se dirigió otra vez al cofre, levantó la tapa y sacó el traje que allí estaba arrollado. Al verlo ambos se quedaron silenciosos, como si estuvieran en presencia de un difunto, y el caballero sintió funesto presentimiento al recibir el traje de manos del Obispo.

Los dos salieron de la estancia para encaminarse a la terraza que daba al río y luego pasaron al patio, en donde el hermano Felipe esperaba ya montado y otro hermano lego sujetaba por las riendas el caballo de Hugo.

—Felipe te acompañará por espacio de algunas millas—dijo el Obispo.

—Lo agradezco, Padre, mas no hay necesidad. El buen hermano ha pasado muchos días a caballo.

Al contrario, es indispensable que lo el Obispo.—El hermano Felipe te acompañará hasta que hayas pasado el bosque del Monje y te encuentres ya en camino abierto. Entonces, si lo deseas, podrá regresar.

—Acaso es para asegurar la integridad de los bandidos de Worcester, monseñor?

—Es posible—contestó.—Impunemente puede hacerse picadillo de sarrazenos, pero no podemos permitir que esto acontezca a los naturales de Worcester. Además, querido caballero, llevas cosas de mucho valor que no han de correr peligro. Los tiempos están muy revueltos y los riesgos abundan. A tres millas de distancia de aquí puedes despedir al hermano Felipe y dirigirte solo al castillo de Norelle.

El caballero guardó el traje y la cruz de Mora en las alforjas de su caballo y luego, doblando una rodilla y con la cabeza descubierta, solicitó la bendición del Obispo.

Simón de Worcester se la dio y después, inclinándose, añadió en voz baja:

Y Dios y los benditos Santos te ayuden a obrar juiciosamente.

Amén—dijo el caballero besando el anillo del Obispo. Luego montó a caballo y, sin mirar atrás, atravesó las puertas del Palacio seguido de cerca por el hermano Felipe.

CAPITULO LII

El Angel Infantil

Simón de Worcester dió media vuelta y, despacio, atravesó el patio hacia el parapeto que dominaba el río; allí, con la cabeza inclinada, se quedó observando largo rato la rápida corriente del Severn.

Sus ojos estaban fijos en el mismo lugar a que se arrojará el caballero en busca de la piedra blanca. Pero ¿podía llamarse "impulsivo" a aquel salto? Y el Obispo, tratando de encontrar siempre la palabra más apropiada, se dijo que más bien podía calificarse de "repentino" que de impulsivo, a semejanza del guerrero que desvainaba la espada cuando le sorprende el enemigo, después de haberse cerciorado previamente de que sale con facilidad de la vaina y confiando en sus propias fuerzas. Aquel acto fue, pues, rápido y no impulsivo. Fue un acto instantáneo realizado y basado en la seguridad de ser capaz de ello y en la determinación de obtener la victoria a toda costa.

La mano del Obispo se apoyaba en el parapeto. La piedra de su sortija no brillaba azulada ni roja, sino que había pallido de un modo extraordinario, hasta el punto de pare-

cer, como una vez observó la Priora, una lágrima en el dedo del Obispo.

Este sentase deprimido en grado sumo, pues con la marcha del caballero pereció como si hubiese desaparecido algo esencial en su vida.

Le agobiaba la sensación de su fracaso. No había podido lograr que Hugo d'Argent se conformara con su voluntad, ni tampoco logró la franca apreciación de la leal caballerosidad que no quería gozar de la dicha a expensas del honor. Y a pesar de que su mente se negaba a aceptar la opinión del caballero, su alma sentía el deseo de aplaudirla. Y mientras luchaba hasta el fin, para lograr la felicidad de Mora, había mantenido su tono de burlona desaprobación.

Nunca más tendría la oportunidad de avisar al Caballero del Escudo de Pata, pues los hábiles dedos de su sofistería habían logrado aflojar la armadura brillante del caballero. Y, de momento, no podía imaginar siquiera hasta qué punto lo había logrado. Pero mientras estaba mirando la rápida corriente del agua, deseó haber procurado reforzarla y no debilitarla. Mas tal vez lo obrar así había asegurado su propia felicidad, dando otra vez a su corazón la alegría de vivir a expensas de las dos personas que entregó una a otra, en nombre de la Divina Trinidad.

Si Hugo persistía en su locura, perdería a su esposa y el Obispo encontraría nuevamente a la Priora, con la conciencia clara de haber luchado para disuadir al caballero.

Si, por el contrario, Hugo, modificando su opinión, guardaba juicioso silencio, el Obispo podría ir a vivir a la tierra que amaba y gozar de la nueva dignidad de Cardenal.

Mientras tanto, habían de pasar dos semanas de incertidumbre.

Se volvió y empezó a recorrer el jardín de un extremo al otro, con la cabeza inclinada y las manos unidas a la espalda. Cada vez que llegaba a la pared que separaba el patio del jardín encontraba dos rosales, uno rojo y otro blanco, tan inmediatos, que sus ramas y sus flores se confundían.

Entonces el Obispo consideró simbólicas aquellas rosas: Las blancas significaban la deseada presencia de la Priora y las rojas el alto honor que le esperaba en Roma.

Y se le ocurrió la extraña idea de cerrar los ojos y de rogar a San José que guiara su mano al dar tres pasos hacia adelante y la primera flor que tocaran sus dedos; según fuera el color podría asegurar lo que le esperaba.

Pero sonrió ante la infantilidad de aquella fantasía, semejante a los entretenimientos de María Antonia cuando jugaba con los guisantes y parlamentaba con el petirrojo. Además, nunca había nada con los ojos cerrados y hasta, si la Naturaleza no se le hubiese opuesto a ello, los hubiera conservado abiertos hasta el sueño.

Una vez más recorrió el jardín con las manos unidas a la espalda y sus ojos perdidos en la lejanía.

—¿Vendrá o me marcharé?

Y mientras se volvía hacia el parapeto, una voz parecía murmurar con insistencia: “Una rosa blanca significará su presencia en el claustro y una rosa roja, Roma.”

Cuando se acercaba a la pared, los ojos de una niña le miraron a través del arco. El se detuvo y miró a la niña. Nunca viera otra tan hermosa. Un rayo de sol parecía haberse cobijado en los rizos de su cabello. Su moreno rostro semejaba una fruta madura y sus ojos miraban tímidamente como un gamo asustado.

El Obispo sonrió y entonces la mirada de la niña brilló alegremente. Simón de Worcester le hizo una seña de que se acercara y ella, recobrando ánimo, fue a situarse entre el prelado y las rosas.

—¿Cómo has entrado aquí, pequeña?—le preguntó el Obispo con voz cariñosa.

—Encontré abierta la puerta, señor.

—¿Y cómo te llamas, hermosa?

—Verdad—contestó la niña avergonzada y con las mejillas teñidas de rubor.

—De modo—dijo el Obispo— que la verdad ha entrado por mi puerta? ¿Necesitas algo que pueda darte?—preguntó sonriendo.

La niña frotó sus pies desnudos uno contra otro, sin atreverse a contestar.

—No tengas miedo—dijo el Obispo.—Píde lo que quieras; si es preciso te daré la mitad de mi reino o la cabeza del Padre Benedicto.

—Una rosa—contestó la niña desdefinando otras ofertas.—Una rosa de este rosal.

—Bendito sea Dios—murmuró el Obispo. E inclinándose hacia la niña le dijo:—Verdaderamente, pequeña, puedes tomar una rosa pero, al mismo tiempo, vas a coger otra para mí. Escoge la que más te guste. Mira, me vuelvo de espaldas para las manos unidas. Entonces coge las rosas y pon una de ellas, la que prefieras, en mis manos. Hecho esto puedes marcharte a tu casa. Adiós, angelito. Dios te bendiga.

El Obispo empezó a andar despacio, con la cabeza inclinada y las manos unidas a su espalda.

Los desnudos piecitos no hicieron ruido alguno sobre la hierba, mas antes de que el Obispo estuviera a la mitad del jardín, sintió entre sus dedos el tallo de una rosa y cuando dio la mano oyó a su espalda una alegre carcajada que se debilitó al alejarse.

Aquel ángel de inocencia había elegido una rosa para ella y dejó otra en las manos del Obispo, como augurio de su destino.

El Obispo, sin detenerse, siguió adelante, mirando por un momento al agua del río y más allá, hacia los distantes bosques, por los cuales viajaba entonces el caballero.

Luego, y siempre con las manos a la espalda, atravesó el jardín y entró en la biblioteca. Y hasta que se hubo arrodillado ante el altar de San José, no miró la rosa que en su mano dejara la niña.

Hacia muchos años que el Obispo no había llorado y se figuraba que no lo haría ya nunca. Sin embargo, al ver la rosa que para él eligió aquella niña desconocida, aquel parecido conmovió en su interior y empezó a llorar desconsoladamente. San José, barbado y moreno, parecía mirarle compasivo y tal vez él mismo lloró de igual modo cuando, después de sufrir intensa tortura mental, se le apareció el ángel del Señor para decirle: “No temas nada.”

Poco después el Obispo se alejó del altar y dirigiéndose hacia el cofrecillo en que guardaba sus más preciadas cosas dejó la rosa sobre la piedra blanca.

—Aquí están mi querido caballero—murmuró,—tu piedra y mi rosa. Las dos hacen buena pareja, pues cada una representa el triunfo de una firme resolución. Sin embargo, la mía se desvanecerá pronto, en tanto que la tuya, querido hijo, permanecerá eternamente inmutable.

El Obispo se sentó a la mesa y agitó la campanilla. Poco después apareció un hermano leigo.

—Benedicto—dijo el Obispo.—Llamad inmediatamente a Fray Andrea Filippo, porque he de hablar con él sin la menor demora.

CAPITULO LIII

En el Monte Sagrado

Al noveno día de la partida de Hugo, día posible de su regreso antes de la noche, Mora se levantó muy temprano.

A la hora en que tenía la costumbre de tocar la campana del convento, andaba rápidamente por la llanura y hasta subía por las colinas.

Había recordado una pequeña capilla en lo alto de la montaña, habitada por un santo ermitaño que gozaba de reputación de santidad y de justa fama por la sabiduría de sus consejos espirituales, así como su habilidad en curar a los enfermos.

Durante la noche, Mora tuvo la idea de que si hiciera una confesión completa a aquel santo hombre, tal vez pudiese divisar un rayo de luz en las tinieblas de su perplejidad, y aquella esperanza se vigorizó al despertar.

Sólo tenía dos pensamientos. Primero: el de que Hugo, guiado por el Obispo, quisiera guardar silencio, por lo cual sería cómplice del engaño. Segundo: la posición en que ella se hallaba por el hecho de haber dejado el Convento a causa de aquel engaño. Pero, por el momento, el primer pensamiento era más importante. Y no quería examinar el segundo hasta que el primero hubiese quedado resuelto.

Salió del castillo y anduvo muy de prisa, sintiendo la certidumbre de que encontraría ayuda.

No aminoró el paso hasta que la ermita estuvo a poca distancia, con sus grises paredes brillando a la luz de la mañana y un bosquecillo de frescos a su lado; detrás había una roca enorme, caída muchos siglos antes de la montaña inmediata, y en una hendidura de esta roca crecía un roble cuyas ramas se extendían por encima del tejado de la capilla, que estaba rodeada de helechos y flores silvestres.

Muy cerca se hallaba la vivienda del ermitaño, cuya puerta se veía abierta en aquel momento.

Mora se acercó y llamó a ella, pero nadie contestó. Evidentemente el ermitaño no estaba vacío. Se aventuró a entrar y pudo convencerse de la certeza de su suposición. Sobre una mesa rústica se veían aún los restos de una frugal comida. También había un breviario abierto y muy usado, y en uno de los extremos de la mesa hallábanse algunas plantas medicinales aún atadas en forma de ramillete, como si antes estuvieran en una bolsa contigua. Probablemente el santo ermitaño había sido llamado aquella misma mañana, muy temprano, cuando tomaba el primer refrigerio. Mora se volvió hacia la puerta y, haciendo de su mano un pañal, para los ojos, miró al paisaje. Al principio no veía más que algunas cabras que pacían tranquilamente o que, saltando por las rocas, desaparecían en la espesura, pero muy pronto, en una loma lejana, divisó unas figuras. En una reconoció el hábito pardo y la capucha del ermitaño y en la otra un muchacho campesino, que corría con los pies desnudos para conservar la distancia con su compañero. Desaparecieron por la cima de la colina y Mora comprendió que transcurrirían muchas horas antes del regreso del ermitaño.

Aquel obstáculo para el cumplimiento de sus deseos, lejos de desanimarla le produjo inesperada sensación de alivio. El interior de la celda del ermitaño le traía a la memoria la austeridad de la vida del claustro. El punto de vista del ermitaño estaría, seguramente, de acuerdo con la habitación. Sería imposible que comprendiese la maravilla de aquellos días,

desde que ella y Hugo salieron de Warwick y que culminó en aquella hora exultante en las murallas, cuando ella le refirió la visión y tiernamente le hizo la promesa de su rendición, aun cuando él, fiel y paciente como siempre, se limitó a mirarla.

«¿Cómo podría un ermitaño, que vivía solo entre grandes y silenciosas montañas, comprender la tremenda fuerza de aquel amor muto, el resplandor, la intranquilidad profunda y dulce, la llamada de un alma a otra y los latidos de aquellos corazones que llenaban la púrpura noche con el suave batir de angelicas alas? ¿Cómo podría un ermitaño comprender la emoción de Hugo al medir el enloquecedor tormento y el abismo de esperanza perdida en la carta del Obispo? ¿Cómo podría, precisamente poco después de que dijera: "No pido más alegría que la de presenciar el nacimiento del día en que te conducirá a mi hogar?" Pero el nacimiento de aquel día le trajo tan sólo la severa necesidad de alejarse de ella.

Y ¿por qué? ¿Qué diría aquella segunda carta? ¿Contenía menos detalles que la primera y Hugo fué a Worcester a enterarse de la verdad entera? ¿O bien fué a ponerse de acuerdo con el Obispo para lograr engañarla por completo y de un modo definitivo?

Y mientras estaba en la meseta de la montaña, la brisa de la mañana soplabla suave a su alrededor, en tanto el sol ascendía triunfante en el cielo y por el ambiente se difundía el aroma de las plantas silvestres, el zumbido de las abejas y los alegres trinos de las alondras. El cuerpo de Mora vibraba con su propia fuerza vital y le parecía imposible que Hugo resistiera a la tentación de conservar a toda costa aquella felicidad. ¿Y cómo podría juzgarle un ermitaño tan misericordiosamente como ella, que le amaba y sabía como debía ser juzgado?

Por eso se alegró de la ausencia del ermitaño, aunque le causó cierta decepción el tener que prescindir de su consejo.

Mirando hacia la humilde vivienda, observó que alguien había trazado algunas letras en la viga del dintel de la puerta. Era una inscripción latina, pero como ella, durante muchos años, había practicado esa lengua, pudo leerla sin dificultad.

«Con él en el Monte Sagrado», decía la inscripción.

Mora repitió las palabras una y otra vez, y mientras lo hacía parecía sentir una Presencia Invisible en su soledad.

Se volvía a la capilla y observó que en el dintel había otra inscripción, y acercándose la leyó.

«Y cuando hubieron levantado sus ojos, no vieron a ningún hombre, sino sólo a Jesús».

Mora abrió la puerta y entró en la capilla. Al principio, deslumbrada por la luz exterior, le pareció oscura, pero como dejara la puerta abierta la luz entró también con ella.

Entonces levantó los ojos y miró, comprendiendo en seguida el significado de la leyenda de la puerta de entrada.

En aquella capilla no había más que una Figura, solamente una Figura y ninguna otra imagen de Nuestra Señora ni de los Santos, así como tampoco ningún Crucifijo.

Pero en un nicho situado encima del altar, había una maravillosa figura de Jesucristo. No moribundo ni muerto, no glorificado ni ascendido al cielo, sino muy humano, andando por la tierra en forma humana, pero, sin embargo, tranquilo e inconfundiblemente divino.

Aquella figura de marfil fué sin duda, esculpida por la misma mano que hiciera la Virgen que el Obispo trajo de Roma y que instaló en la celda de Mora, en el Convento. Fué el regalo del Prelado a su antiguo amigo, el ermitaño. A primera vista Mora recordó haber oído la descripción de labios del Obispo, pero luego la belleza de la escultura se apoderó de su ánimo y olvidó todo lo demás.

Vivía. El rostro tenía una mirada de escrutadora ternura; en los labios había una sonrisa de amorosa comprensión y en las tendones de la mano una actitud de compasión infinita.

Mora cayó de rodillas e instintivamente recordó la recomendación del Padre Gervasio a sus penitentes de que, al arrodillarse ante el Crucifijo, repitieran: "Siempre vivió para interceder por nosotros." Y, por extraño que pareciera, este recuerdo se asoció al de la rebelde voz de María Serafina cuando, contemplando al moribundo Redentor, decía: "Quiero vivir y no morir."

Allí estaba, en verdad, la Vida. Allí estaba el Salvador del mundo en figura mortal. Allí estaba el Palabra encarnada.

Mora levantó los ojos y llevó las palabras que, en letras doradas, estaban inscritas en el arco del nicho, que brillaban a la luz del sol sobre la paciente cabeza del Hombre Divino. «Siempre y en todas partes sufriendo tentaciones como nosotros, pero sin pecado».

Y un poco más arriba, por encima del arco, se leía: «Un gran sacerdote... Pasó al cielo».

Y en el silencio y la tranquilidad de aquel lugar, la que fué Priora de las Damas Blancas estaba arrodillada y sumida en la oración.

La Invisible Presencia se acercó y ella cerró sus ojos. El contacto de su Señor estaba sobre su corazón.

En su celda había rogado que Sus atravesados pies, clavados a la cruz, llegaran a ser para ella tan queridos como los pies del niño que estaba en las rodillas de la Virgen María. Y esta petición le fué concedida en el dolor que experimentara.

Pero una vez en el mundo, y entre los hombres y las cosas, necesitaba más. Necesitaba Pies que amaran y se moviesen, y entrasen y salieran de la casa y del hogar, que

se detuvieran ante la chimenea, que fuesen a la fiesta nupcial y se acercasen a la tumba recién cubierta; Pies que hubieran recorrido los caminos de la Vida y que hubiesen marchado por lugares intranquilos, pero que nunca hubieran tropezado.

Allí estaba Quien podía comprender la dura tentación de Hugo y Quien se apiadara si Hugo caía. Allí estaba Quien comprendería el dolor de su joven corazón humano si, amando a Hugo como le amaba, se veía obligado a dejarlo.

Y ¿qué necesidad tenía de otro sacerdote mientras se hallaba con Él en el Monte Sagrado? Y pasó al cielo, pero seguía viviendo para interceder por nosotros.

Profunda paz reinó entonces en su corazón mientras estaba arrodillada en estrecha comunión con aquel sagrado lugar, donde, por primera vez en su vida religiosa, se encontró con "Jesús solo".

—¡Ah, Señor bendito!—exclamó al fin.—Tú que conoces el corazón de un hombre y puedes adivinar lo que pasa en el de una mujer, concédeme hoy una visión verdadera; una visión que me aclare, sin duda posible, cuál es tu voluntad con respecto a mí.

CAPITULO LIV

La Invisible Presencia

El mundo le pareció nuevo y maravilloso cuando, al salir de la capilla, dirigió sus pasos hacia el castillo.

Hasta entonces había creído que la tentación era un pecado, pero ahora las Sagradas Palabras: "Siempre y en toda parte sufriendo tentaciones como nosotros" parecían santificar el hecho de sufrir tentaciones con tal que se pudieran añadir las palabras "Pero sin pecado".

Y mientras andaba ligeramente, descendiendo a los senderos limitados por la hierba y por la maleza, la Invisible Presencia marchaba a su lado.

Parecía extraño que en el mundo pudiese haber encontrado el dulce secreto de aquella Presencia Eterna que nunca encontró en el Convento. Muchas veces, cuando sus deberes le llevaban a cualquier parte, en el Convento, o durante el paseo por el camino subterráneo, al regresar de la Catedral o, también, cuando en busca de fresco se dirigía al jardín del Convento, echaba de menos la santa tranquilidad de la capilla o deseaba hallarse en su celda para arrodillarse ante el altar de la Virgen y allí tratar de comprender la adorable pureza del corazón de Nuestra Señora, o, postrándose ante el Crucifijo, contemplar los Sagrados Pies heridos y luego levantar lentamente sus ojos para mirar las demás heridas sagradas y obligar a su mente a comprender y a su fiel corazón a aceptar el hecho portentoso de que el divino Redentor estaba crucificado y sufría por sus pecados.

A veces, en su celda, había tenido momentos de entera comprensión, o cuando observaba vigilia en la capilla del convento o en la Catedral, miraba el altar mayor, alumbrado por numerosas velas, perfumado por los incensarios, y oía los cánticos de los monjes y el tañido de la campana de plaza. Pero los transportes eran el resultado de su propia determinación de comprender y de responder a semejante comprensión. Una vez pasado el esfuerzo mental desaparecía, y su corazón estaba más frío que nunca, su espíritu más muerto y su mente más apática. Y cuando mayor era el esfuerzo para obligarse a sí misma a comprender, más completa era también, la reacción a la no comprensión.

Pero entonces, en aquella maravilla de su nueva vida, no necesitó esfuerzo alguno, sino que se limitó a esperar, deseando que le llegaran las Divinas impresiones. Y ahora sentía de un modo fácil en su interior que una Presencia Real revelaba otra exterior exactamente igual. Y el Cristo la acompañaba en su paseo. Los ojos de Mora ya no podían negar el desconocimiento porque la prometida Presencia del Paraíso la llenaba por entero, quitando el velo a su visión espiritual y murmurando en su corazón: "Es el Señor."

"Cuya voz oímos", escribió San Pedro. "Cuando estábamos con Él en el Monte Sagrado." Ella también la oyó cuando estaba a punto de descender se sentía aún acompañada por Él. Y los cantos de los pájaros, el murmullo de la corriente, la brisa de los abetos y las abejas al volar y toda la Naturaleza parecían decir: "Es el Señor."

La tristeza, el sufrimiento y la desilusión podían esparirla en la llanura, pero con la Presencia Divina a su lado y la voz en su interior, se sentía fuerte para hacerles frente y para vencerlos.

Al medio día estaba en el jardín, tranquila y serena, y preguntándose si Hugo llevaría a la puerta del sol o por la noche y qué le diría para explicarle la razón de su viaje a Worcester. Ignoraba si la enaeraría como habían hecho los demás y si, como los demás, su conducta sería poco digna.

Reflexionando así se levantó y se dirigió hacia la terraza. Por unos momentos trató de contestarse a estas preguntas, mientras sus ojos miraban hacia las lejanas montañas.

Entonces algo la obligó a volverse a mirar al comedor de honor y allí, en el mismo lugar donde se arrodillara para pedirle su bendición al partir, estaba Hugo con los brazos cruzados, con los ojos fijos en ella y esperando que le viese.

(Continuando)

En el Santuario del Hogar

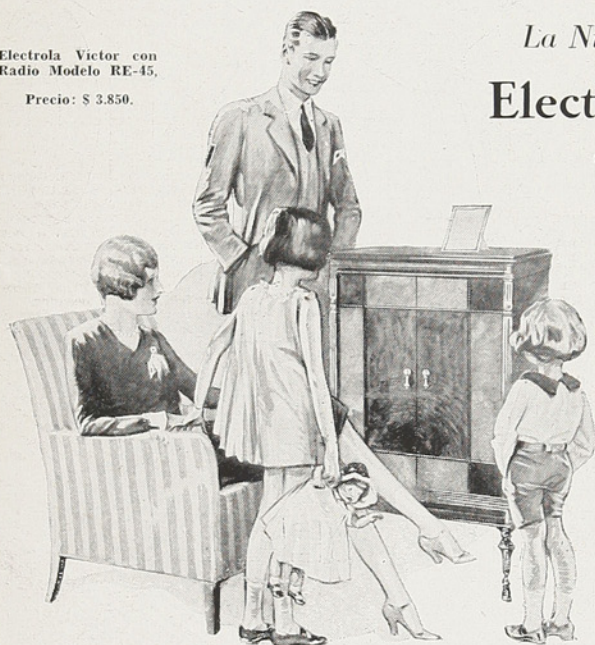
La imponderable Nueva Electrola Víctor, con Radio, es el medio ideal de diversión

Esta maravilla llevará a su hogar la música que vaga por los aires y la grabada en los famosos Discos Victor Ortofonos... pero con un realismo y perfección que le dejarán pasmado. ¡Su música favorita reproducida fiel y limpiamente en el momento preciso que la desee! Goce intensamente de sus momentos de ocio, con la Electrola Victor. Entérese de los acontecimientos mun-

diales tan pronto tomen lugar; oiga escogidos conciertos reproducidos con *realismo absoluto*; diviértase a su familia y amigos con bailes modernos y toda otra clase de música. Francamente, nada hay que pueda compararse con la elegante Electrola Victor con Radio. Oigala en el establecimiento del comerciante Victor más cercano. Cuesta poco.

Electrola Victor con
Radio Modelo RE-45.

Precio: \$ 3.850.



La Nueva
Electrola - Victor
con **Radio**

Micro-Sincrónico

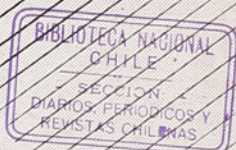
VICTOR DIVISION
RCA VICTOR COMPANY, INC.
CAMDEN, NEW JERSEY,
E. U. de A.

TODO EL PAIS ESTA ADQUIRIENDO EL RADIO-VICTOR.— OFRECEMOS FACILIDADES DE PAGO.

CURPHEY Y JOFRE LTDA.

SANTIAGO: Ahumada 200, esq. Agustinas

VALPARAISO: Blanco 637, Esmeralda 99, Plaza Victoria 446



CINZANO

VERMOUTH

